DANIELA FERRI & MAIKO PINK

La estela de la estrella



La estela de la estrella

DANIELA FERRI
&
MAIKO PINK

Primera edición digital: diciembre 2024
Título Original: La estela de la estrella
©Daniela Ferri, 2024
©Maiko Pink, 2024
©Editorial Romantic Ediciones, 2024
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Para todas las mujeres valientes que se atreven a amar, soñar y leer sin miedo al juicio. Que nunca dejen de ser auténticas, porque en las páginas de un libro también se encuentra la libertad.

A Bruno, por ser mi noche y mi día, mi tormenta y mi calma.

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Sé que estamos llegando a puerto incluso desde mi posición y con los ojos cerrados. Me he hecho el dormido desde que nos metimos corriendo en los camarotes, cuando el helicóptero apareció de la nada en alta mar y comenzó a fotografiarnos.

Claire está llorando sin parar, sabe tan bien como yo que la prensa la va a destruir. Es una chica natural, preciosa e inocente, y se van a cebar con ella como nunca. El teléfono lleva vibrando horas en mi bolsillo, estoy deseando que se quede sin batería porque sé que mi representante ya debe haberse enterado.

—Señor Kane, ya puede desembarcar cuando quiera. —Una mano femenina me agita para sacarme de mi supuesta ensoñación.

—Perfecto, muchas gracias. —Le tiendo unos euros y me arrastro hasta el coche con los cristales tintados que espera en el puerto.

La prensa no aparece por ningún lado, lo que me preocupa todavía más. No sé cómo he podido dejar que se me vaya tanto de las manos hasta llegar a esto. ¿Y si vuelvo a caer en la tentación? No, no,no… no puedo permitirlo. Ha sido una recaída y eso es todo.

Los sollozos de Claire me sacan de mis pensamientos.

—Me has destruido la vida, David. Y estás tan tranquilo, ¿acaso no te importo? —Me dice mientras me mira con los ojos enrojecidos.

—Pues claro que me importas, Claire. Lo que ocurre es que se nos ha ido de las manos el fin de semana. Esto ha sido cosa de los dos.

—¡No! Yo solo quería pasármelo bien y la idea de follar en la proa del barco ha sido solamente tuya.

—Claire, entiendo que estés enfadada por lo que ha pasado, pero yo no sabía que la prensa iba a estar ahí y menos que iban a aparecer en helicóptero. Hemos pasado un par de días con el mínimo de tripulación para poder estar tranquilos, tal y como pediste. Hemos visitado calas desiertas, he contratado a personal de seguridad que se han adelantado a cada pueblo que has querido visitar antes de bajarnos del barco… creo que no puedes culparme por todo. No te he obligado a beber, de hecho, has sido tú la que has decidido comprar botellas de Limoncello y mezclarlas con champán…

—¡No se te ocurra echarme la culpa! Estaba desnuda, todo el mundo me verá. Mis padres… ¡oh, Dios mío, mis abuelas! Voy a ser la vergüenza de mi familia y de todo el mundo. No tengo nada que ver con esas supermodelos con las que te suelen fotografiar.

—Por ese motivo estoy contigo. —La obligo a mirarme a los ojos—. Porque no quiero que te parezcas a ellas, porque eres una chica natural y sensible, que se preocupa por mí y con la que me encanta pasar tiempo. Eres preciosa, Claire. Y siento que tengas que pasar por esto.

Ha seguido sollozando el resto del camino hasta el hotel. Le he pedido al conductor que entre por la parte trasera por si había prensa. He intentado abrazarla en varias ocasiones, pero no ha querido saber nada de mi contacto y ha rechazado hasta que le coja la mano.

Le pregunto si quiere ducharse o si le preparo el baño, pero se ha tirado en la cama a continuar llorando. Le ofrezco agua y desaparezco bajo el grifo para dejarle un poco de intimidad. Quizá si se desahoga pueda estar más tranquila y podamos charlar después.

Mientras estoy en la ducha escucho mi teléfono que no cesa en su vibración. ¡Maldita sea! Esta batería no tiene fin…

—¡Sí! —Respondo malhumorado.

—¡No, no y no! David, ¿acaso estás loco?

—Joder, Karen —susurro pellizcándome el puente de la nariz.

—No, joder Karen, no. Estoy en la sesión de quimioterapia con mi marido, me saltan millones de alarmas en el móvil y me encuentro tu culo bronceado en primer plano en todos los periódicos. ¿Quién es esa pelirroja de las fotos? Esa chica está desnuda, depilada y en posiciones muy poco decorosas…

—Ya.

—¿¡Cómo que ya!? No me vengas con esas, David. ¿Has vuelto a consumir? Porque sería la única explicación que encuentro para esta barbaridad. ¿No hay hoteles en el mundo para poder hacer estas cosas?

—No he vuelto a consumir… bueno, he tenido una recaída, o eso creo.

El silencio se adueña de la línea telefónica entre Karen y yo. No la oigo ni respirar. He pasado de la ducha a la bañera para remojarme otro rato, tengo la piel tirante y enrojecida de estar tanto tiempo al sol en alta mar.

—Necesito que te hagas un test de drogas para llamar al centro de reh…

—¡No! Karen, solo he bebido Limoncello.

—David, nunca me has mentido, no creo que sea el momento de comenzar ahora.

—¡Te lo juro por mi vida! A Claire se le ha ocurrido que podría ser una buena idea para un cóctel. Lo ha mezclado con champán y lo ha preparado para ella. Estaba frío, hacía calor y en cuanto he tomado un par de copas bajo el sol, en alta mar, me he puesto un poco intenso.

—Ya veo. Intenso que parece que estás convirtiendo a la muchacha en una brocheta… Tienes que volver a Londres, David. Sé que apenas tienes unas semanas de vacaciones antes de seguir el rodaje, pero… tienes que volver. Estos días en Italia no te están sentando bien. ¿Me puedes explicar por qué no le has contado a tu acompañante tu situación?

—Ella lleva sin beber todos estos días. Me parecía que tenía derecho a divertirse y no es culpa suya. Ella no me ha ofrecido, Karen. Ha sido cosa mía y me ha sentado mal.

—Me quedaría más tranquila si antes de coger el avión te hicieses un análisis.

Voy a replicar, pero me doy cuenta de que es difícil creer en mi palabra con mis antecedentes. Jamás le he ocultado a Karen mis consumos y salí completamente limpio de rehabilitación. El alcohol hace que me sienta enfermo, es uno de los efectos secundarios del tratamiento, pero hace unas semanas que no tomo las pastillas y… creo que le debo eso.

—¿Cómo está tu marido? —Suspiro antes de seguir—.Me haré el análisis que quieras. Orina, sangre o lo que te haga estar más tranquila. Voy a llamar a John para ver qué podemos hacer frente a la publicación y voy a ver las fotos.

—Está mal, David. Y yo ahora mismo no necesitaba esto en mi vida. Me has decepcionado. Tengo que colgar, vuelvo a la sala con él.

Corta la llamada y lo primero que hago es mirar las fotografías. No me lleva más de un par de segundos localizarlas.

Vaya. Sí que estoy bronceado…

Llamo a mi representante y procuro mantenerme sereno ante sus gritos. Tiene toda la razón, pero de verdad que no creí que a tantos kilómetros de la costa pudiesen cazarnos, ¡son incansables!

Después de un largo rato entre la ducha, el baño y las llamadas, me parece que Claire puede estar más tranquila para poder charlar con ella e intentar ver cómo podemos hacer que esto llegue a menos gente.

Cuando abro la puerta me encuentro una habitación vacía. Llamo a Claire varias veces, pero no hay respuesta. Me asomo en albornoz al pasillo asustando a una señora que pasaba justo por delante de mi puerta.

Maldigo entre dientes cuando acudo al armario y sus cosas no están.

Encuentro una pequeña nota en la almohada.

> «He visto las fotos. Esto es demasiado para mí. Tú eres demasiado para mí, no puedo más. Te querré siempre, Claire».

CAPÍTULO 1

David

El sonido de nuestras respiraciones rompe el silencio de la sala, hasta que mis dedos comienzan a tamborilear en el brazo del sillón, mostrando aún más mi nerviosismo. Solo puedo pensar en por qué me está haciendo esto. Después de tantos años a mi lado me deja.

—No me puedo creer que vayas a dejarme, ¿y ya está? —A veces no reconozco el ser egoísta en el que me estoy convirtiendo.

—David, ¡no es para tanto! No hagas un mundo de esto, no es algo inmediato, aún tenemos unas semanas y te ayudaré a encontrar una sustituta. Además, estoy segura de que acabarás encantado con el cambio. —Karen está triste y nerviosa a la vez, lo noto cuando dice la última frase.

—¡No hay una sustituta válida, Karen! No puedes dejarme, tienes que encontrar otra solución. Esto no es lo que necesito. —El cerdo egoísta que soy, de nuevo al ataque.

—¿Que no es lo que necesitas, David? —Una sonrisa irónica se dibuja en su cara—. Tengo cuarenta y dos años, tres hijos estupendos casi criados, un marido prejubilado. ¿Acaso crees que a mí me viene bien estar embarazada? Sabía que todo esto iba a ser duro. Eres como un padrino para mis hijos, un amigo y parte de la familia, el mejor jefe del mundo, y un hombre maravilloso, pero no puedo jugarme la salud. Pensé que podrías comprender por lo que estoy pasando y que no puedo renunciar a este bebé. Ha llegado tras el cáncer de Mike y se va a llevar casi diecisiete años con su hermana mayor. Pero es una bendición del cielo.

—Para mí no es una bendición. Sabes que te he apoyado y te he concedido todo lo que me has pedido. Has sido ¡eres!, la mejor asistente que podría haber tenido jamás. Pensé que te jubilarías a mi lado, que serías tú quien seguiría manteniendo mis pies en la tierra. Pero,sobre todo, quien se encargaría de mí cuando de nuevo se me fuese la vida de las manos. ¿Podemos encontrar otra solución? —Intento suavizar el tono, la cabeza me va a mil por hora pensando cómo convencerla de que no salga de mi vida para siempre.

—Estoy apenas de cuatro semanas, pero, por prevención, tengo que hacer reposo. No puedo viajar, no puedo tener reuniones con los publicistas ni estar horas pegada al teléfono discutiendo por tu sueldo. No puedo seguir luchando con los tabloides para que no publiquen fotos tuyas con tu última supuesta conquista. Eres un adulto de treinta y nueve años, David, sabrás encontrar una solución. Necesito todo el tiempo para mí y para mi familia, igual que ocurrió con la enfermedad de Mike. Entonces sí lo entendiste, ¿por qué ahora no? —Agarra mi mano, mientras me mira a los ojos rogando una respuesta.

—Aquella vez sabía que sería algo temporal. Sabía que Mike iba a salir adelante y que volverías a mí, feliz por estar de nuevo trabajando. ¿Recuerdas que fue mi última recaída? Me sentí muy solo, me perdí. Pero esta vez es definitivo, no me estás dando opciones. ¿Podrías trabajar desde casa ayudándome a enseñar a la nueva? —las palabras se agolpan en mi garganta y me hacen apretar la mandíbula con firmeza—. Solo si el médico te lo permite y a ti te apetece. Nada concreto, sin horarios. Para que le enseñes mis manías, explicándole mis antecedentes, ayudando a creer en mí, ¡nadie me va a comprender como tú! —Saco el as que guardo en la manga para estas ocasiones, mi sonrisa de conquistador, esa que siempre funciona y que tengo

tan ensayada.

Veo cómo se mueven sus ojos mientras baraja todas las posibilidades. Comprendo que ha estado buscando una solución cuando las arrugas de su frente se agolpan formando una sola línea. Parece cansada, las marcas que tiene bajo los ojos junto con la falta de brillo en su piel, me confirman que ha hecho lo imposible antes de abandonarme. Veo con otros ojos a la mujer que me ha dado, probablemente, los mejores años de su vida y recuerdo cómo comenzó todo.

La fama me había llegado muy tarde. Las grandes estrellas de Hollywood solían saltar a la fama de niños o jóvenes adolescentes. A mí me llegó en torno a los veintiocho años, cuando un papel secundario en una película de acción, hizo que muchos directores pusieran los ojos en mí. Mientras, había sobrevivido con culebrones, series de clase B, anuncios de dentífricos, pero, sobre todo, con obras de teatro.

Desde entonces mi vida ha sido un caos y muchas veces he ido por el camino incorrecto. Me alejé de mi familia intentando alcanzar un sueño que parecía no llegar nunca. Pero Karen llegó a mi vida cuando aún trabajaba de secretaria en una productora.

Me vio salir destrozado de una prueba para un papel en una comedia romántica. Estaba borracho y mi última novia me acababa de dejar. Ese había sido mi gran problema siempre, que me enamoraba hasta las trancas y lo daba todo. Hasta que Karen me enseñó a valorar a las mujeres, pero, sobre todo, a valorarme a mí como hombre. Se acercó con un café muy cargado y con una tarjeta de un médico especialista en adicciones. No tuvo que convencerme ni decir nada más y, aunque después de aquello tardé unos meses en volver a verla, no dudó ni un momento en convertirse en mi asistente, aunque yo fuera un don nadie por aquel entonces. Ella me ha hecho quien soy, ella es más David Kane que yo mismo.

—Eso sí puedo hacerlo. Pero nada de llamarme de madrugada, ni los fines de semana, y nada de presentarte en mi casa a esconderte cuando los *paparazzi* te persigan. Necesito tranquilidad, tiempo para mí y comprensión. Si te saltas alguna de estas normas, me encargaré personalmente de que estés todo mi embarazo trabajando fuera del Reino Unido, ¿te queda claro? —Aprieta sus labios y forma una fina línea blanca esperando mi respuesta.

—¡Clarísimo! —Dando una palmada al aire que me sirve de celebración, me siento un poco menos abandonado, un poco menos solo, y feliz de tener a esta mujer aún en mi vida.

CAPÍTULO 2

Lucía

El viaje de Madrid a Londres no es nada nuevo para mí. Es la segunda vez que voy a pasar una larga temporada en la capital inglesa, dispuesta a deshacerme de las malas experiencias que me han perseguido los últimos meses. Casi puedo recordar el camino a casa de María de memoria. Me apetece tanto volver a verla, que mi corazón late desbocado. Años después de pasar muchos meses en su casa, vuelvo igual que cuando llegué en aquella ocasión: sin nada que perder, indefensa y con mucha ilusión. La única diferencia esta vez es que el inglés ya no es un problema para mí.

El trayecto desde el aeropuerto siempre me pone nostálgica. Es un camino largo que me hace pensar en la inmensidad de esta ciudad. No es mi lugar favorito del mundo, pero está tan lejos como para poder comenzar de nuevo y lo suficientemente cerca como para visitar a mi familia un fin de semana al mes. Me permito hacer un repaso de lo que me ha llevado hasta aquí de nuevo, mientras miro con la misma curiosidad de la primera vez a la gente conduciendo por el lado equivocado de la carretera.

Por fin terminé el trabajo en el que llevaba los últimos seis años. Después de un cambio en la dirección de la empresa, la recolocación y despido de la mitad de la plantilla, solo permanecimos los que éramos indispensables. El programa de gestión de la energía eólica que habíamos diseñado nos aseguraba un puesto. Nunca pensamos que nuestro pequeño grupo de dos mujeres y tres hombres se acabaría convirtiendo en cinco personas independientes que pretendían pisarse la cabeza para mantener su sueldo.

El nuevo responsable de producción nos dejó muy claro que había dinero para un único sueldo más elevado que el que cobrábamos, pero que prescindiría de los más débiles. Nosotros, que durante seis años habíamos estado trabajando juntos, no pensamos que aquellas palabras cambiarían tanto nuestra forma de trabajar. Yo fui la penúltima en salir de la empresa. Juan y yo nos quedamos a cargo del proyecto: por no tener cargas familiares, no tener pareja, vivir con nuestros padres, pero, sobre todo, porque no entramos en conflictos. Yo me dejé llevar como las veletas, meciéndome por lo que hacían mis compañeros mientras seguía dando lo mejor de mí. Juan se centró en el trabajo abandonando hasta la necesidad de ir al baño o comer. Cuando llegó la hora de la verdad me invitaron a largarme con una buena indemnización y la promesa de no volver a necesitar nada de ellos jamás. Al fin y al cabo, las mujeres siempre somos menos valoradas. Había dejado de creer que en mi país había lugar para una mente inquieta como la mía. Largos meses de jornadas de trabajo maratonianas junto con la enfermedad de mi padre que me dejó agotada y de la que se ha recuperado como un toro, volver a Londres para cambiar de aires y encontrar un nuevo trabajo me pareció la mejor opción.

Tampoco dejo a tanta gente atrás en este momento, se han ido apartando de mí en cuanto no he podido dedicarles el tiempo que consideraban que se merecían. No creo que eche mucho de menos a nadie, salvo a mis padres.

No me doy cuenta de que está llegando mi parada y de que tengo que volver a cargar con la misma maleta verde de hace una década. Me cuesta mucho bajarla del autobús y recuerdo las costumbres inglesas al no ver a nadie mover un solo dedo para ayudarme.

Sonrío para mis adentros al alzar la vista y ver a María en la parada del autobús. Los años la han tratado muy bien. Debe estar cerca de los cincuenta, pero sigue pareciendo una mujer, como mucho, de cuarenta. Su pelo rubio, larguísimo, sigue siendo de un color vivo. Y me fijo en que ha perdido peso, lo que me alegra por sus problemas de espalda. Su sonrisa sigue transmitiendo la misma seguridad de años atrás y sus pobladas cejas, se mueven inquietas mientras me acerco a ella.

—¡Qué larga se me ha hecho la espera, Lucía! Si no llegabas en este autobús, me iba para casa a esperar allí. —Su ligero acento al pronunciar las erres, me hace sonreír al escuchar su voz.

—¡Qué bien te veo, María!, ¿cuál es tu secreto? —digo casi en su oído, mientras la aprieto intentando mostrarle lo mucho que la he echado de menos.

—No tener cerca a ningún hombre y trabajar como una burra. Para que luego digan que los españoles hemos venido a cobrar ayudas, ¡ja!

La María reivindicativa no me sorprende. Ella sola ha conseguido un lugar en esta terrible ciudad. Hasta vivir en su piso actual, ha pasado por un calvario. Vivió prácticamente en la indigencia, pasó por un piso de protección oficial, y algunas situaciones vividas no fueron muy agradables.

Estamos muy cerca del cementerio de Highgate, de hecho, recuerdo que desde la habitación donde dormía, se ven parte de las lápidas. Es un barrio precioso, no muy mal comunicado, pero sobre todo tranquilo. No tienes inseguridad en ningún momento, y puedes salir a comprar en pijama si te apetece, que nadie te va a decir nada.

María montó su propia empresa de limpieza. Humilde, pero suya. Comenzó limpiando en restaurantes y tiendas de ropa, y el boca a boca hizo que pronto tuviese que contratar a más gente para cubrir todos los trabajos que salían. Así nos conocimos, y estuve limpiando con ella durante toda mi estancia. Eran trabajos sencillos y que María pagaba muy bien. A mí me tocó una oficina, un colegio y una tienda de ropa. Siempre cuando no había gente en los locales, por lo que no tenía que levantarme muy pronto. Me permitía ganar dinero, poder acudir a clases de inglés y tener los fines de semana libres para mí. Y así, también, terminé viviendo en su casa, alquilando una de sus habitaciones por un precio irrisorio.

Ella fue lo mejor que me pudo pasar porque la casa donde vivía antes era cara, sucia y con gente muy rara. Ella me dio la oportunidad de ser feliz en Londres, cuando yo había dado todo por perdido.

Durante estos años hemos mantenido el contacto telefónico, por carta y cada vez que he vuelto a la ciudad, he acudido a verla.

El trayecto hasta casa de María es corto, solo hay que cruzar la carretera y ya estamos allí.

—La habitación está lista para ti. Ya sabes que estuvo mi sobrina una temporada larga conmigo, pero desde que se ennovió con aquel escocés, no hay quien le vea el pelo. Así que encontrarás la habitación algo cambiada, pero es toda tuya —dice María, mientras cuelga su abrigo y abre la puerta.

El piso tiene dos plantas. Abajo está el baño y mi habitación junto con el pequeño recibidor. Arriba hay un aseo, la habitación de María, el despacho, el salón-comedor y la cocina. Las escaleras marcan una intimidad muchas veces necesaria, y María siempre me anima a traer a casa a quien quiera, pero nunca lo he hecho. Igual que jamás lo he hecho en casa de mis padres; para eso soy una persona muy tradicional y respetuosa.

María me deja en medio de la habitación, sumida en mis pensamientos, mientras comienzo a sacar mis cosas de la maleta y coloco mi nueva vida frente a mí.

CAPÍTULO 3

Lucía

El primer día lo dedico a ponerme al día con María, que se toma un descanso en su trabajo para estar conmigo. Coloco la habitación a mi gusto y después hacemos un recordatorio del funcionamiento del transporte, de los vecinos y situaciones nuevas tras los atentados que habían vivido en Londres. Pero, sobre todo, hace que me sienta como en casa.

Consigo conectarme con mis padres para que vean mi nueva habitación y noto a mi madre muy triste. Al final me confiesa que no pensó que me iba a volver a ir y que la casa está muy vacía sin mí. Treinta y dos años juntas, a pesar de mis temporadas fuera, es mucho tiempo.

Al día siguiente me levanto muy temprano pese a estar muy cansada. He salido a comprar y estoy preparándole un delicioso desayuno a María. Me moría de ganas de cocinar para ella, de devolverle cada plato que cocinó cuando una joven Lucía, inexperta y muerta de hambre, llegaba a su casa con ingredientes, pero sin saber cómo encender un fuego.

—¿¡Pero qué ven mis ojos!? No me acordaba de que tenía estas tazas tan preciosas. Qué alegría que alguien me haga el desayuno. Muchas gracias, Lucía. —Una María adormilada sonríe feliz ante el desayuno que hay en la mesa de su cocina.

—Gracias a ti. Estoy muy contenta de que me hayas puesto las cosas tan fáciles para volver. Quiero que me cuentes un poco más sobre tu empresa.

Durante el desayuno hablamos de sus empleadas, todas de países de fuera del Reino Unido, a las que les había costado mucho encontrar un trabajo. La mayoría están solas, otras huyen de relaciones tormentosas, otras casadas, con niños o solteras, pero todas muy trabajadoras. Ella ha ido dejando el trabajo de limpieza para centrarse en los papeles. Excepto uno de sus clientes, uno importante por cómo hablaba de él, y que no ha permitido que María deje de ir a su casa, y a ella no parece importarle lo más mínimo. Se siente enterrada por la burocracia y ese motivo es el que nos lleva a profundizar en la conversación.

—Así que, se me ha ocurrido que podrías ayudarme hasta que encuentres algo. No me da tiempo a supervisar los trabajos, llevar los contratos a la abogada, buscar nuevas empresas para trabajar, cubrir alguna baja, limpiar en casa de mi cliente y tener vida. ¡Necesito que te encargues de la oficina una temporada! Por supuesto, tendrás un contrato y el tiempo que necesites para buscar un trabajo. Ahora ya sabes lo que vales, tienes una carrera, un buen nivel de inglés y experiencia. Te van a llover las oportunidades.

—En realidad no me parece mala idea. Con sacar dinero para el alquiler y el transporte, no necesito mucho más. Quiero conocer Londres como no pude hacerlo antes. Quiero viajar los fines de semana y visitar el resto de la isla, y no descarto buscar un trabajo más al norte.

—¿Al norte?, ¿en Groenlandia? —pregunta María, confusa.

—No, más al norte de aquí, en Escocia. Siempre he querido visitar ese país y me veo trabajando en un castillo, no sé. —Noto como una sonrisa se dibuja en mi cara mientras me imagino de guía turística de un precioso castillo escocés, uno junto a un lago.

—Lucía, tienes que buscar un trabajo que te haga feliz. Pero, ¿sabes lo bien que pagan aquí a gente preparada? Trabajarás muchas horas, eso sí, pero podrás ahorrar y…

—¡No necesito ahorrar! —aclaro con rapidez—, vivir en casa de mis padres me ha dado la

posibilidad de tener buenos ahorros. Si los unimos a la indemnización que me han dado, la verdad es que tengo para comprarme un piso en mi barrio sin hipoteca. Uno de una habitación y un baño, pero uno que sería mío. Y yo no necesito nada más. No es el dinero lo que busco. Es complicado, pero lo que quiero es encontrarme de nuevo a mí misma y, sobre todo, viajar.

—En ese caso, me parece bien. Pero encuentra un trabajo que te permita viajar sin consumir tus ahorros. Por experiencia propia te digo, que saber que tienes un colchoncito, te da una tranquilidad que no consigue nada más.

Terminamos el desayuno en paz. Mientras yo recojo y limpio, María se ducha y luego, cambiamos. De esa manera estamos listas para marcharnos casi a la vez.

Pasamos el resto del día en la oficina. No exageraba cuando decía que había muchas cosas que hacer. Con solo diez trabajadoras, once contándome a mí, María está enterrada en papeles. La burocracia del país no es algo fácil de comprender, y las trabas que hay para que una persona pueda sacar adelante una empresa, son similares a la que los autónomos tienen en España. Pero ella ya tiene un dominio de la legislación y del inglés, que en nada se parece al de tiempo atrás.

Concretamos unos horarios, un sueldo y mis funciones.

Muy contenta con la perspectiva de comenzar cuanto antes, salimos a tomar algo con el resto de trabajadoras de la empresa. Me siento acogida y cómoda desde el primer momento, y al final del día siento que me duele la cara de tanto sonreír. Aún es muy pronto para poder decirlo, pero una persona positiva como yo no puede remediarlo: estoy muy feliz de haber dejado España atrás para volver aquí.

CAPÍTULO 4

David

El anuncio que colgamos en internet, en los periódicos y que hemos movido entre todos nuestros contactos, no ha servido para nada.

La mayor parte de las personas que se han presentado, no cumplen con el perfil, porque no son Karen. Las he descartado a todas y cada una de ellas antes de que pusieran un pie en mi casa. No me he molestado en conocerlas.

Karen ha venido a la ciudad a una revisión médica y me ha traído el desayuno para sacarme de la cama a regañadientes. Estoy sentado,sin vestir, en la isla de la inmensa cocina viendo cómo termina de hacer café.

—Tienes muy buen aspecto, ¿qué te ha dicho el médico? —pregunto, mordisqueando uno de los bollos que ha traído.

—Que todo va muy bien y me ha cambiado la medicación para las náuseas. Todos mis embarazos han sido horribles hasta el quinto mes. Parece ser que el último no va a ser diferente. —No se gira para hablarme, pero noto un tono de preocupación en su voz.

—Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, no tenías que traerme el desayuno, pensaba salir a correr más tarde y tomar un *brunch* —admito con desgana.

En ese momento ella coge un taburete, se sitúa frente a mí, con una taza de descafeinado mientras pone delante de mí un zumo de naranja natural y una taza inmensa de café solo.

—David, tienes que poner de tu parte. No puedes simplemente decir que no a todos los currículums que te traigo, a los que te llegan a tu *email* o a las recomendaciones que te hacen. Alargarlo solo juega en tu contra. El mes que viene comienzan los viajes para la promoción de tu última película, ya hemos hablado de ello. Lo puedes hacer solo, pero si quieres que alguien te acompañe, necesitamos todo el tiempo del que disponemos para que entienda cómo funciona este mundillo —dice muy serena, mientras mira fijamente cómo el café de su taza gira al son de la cuchara.

La respuesta a lo que ella está diciendo es sencilla y sé que tengo que darle la paz que merece. He luchado contra la idea todo lo que he podido, pero tras una semana sin trabajar para mí, su aspecto ha mejorado mucho. En ese momento me doy cuenta de que podría estar aún mejor si ya no sintiese que yo soy su responsabilidad y que tengo que dejarla ir. Aunque nunca, jamás, la voy a soltar del todo.

—Tienes razón, pero realmente las candidaturas que nos han llegado, no estaban a la altura. Prometo ser más prudente y pensar las cosas bien, pero tienes que ser tú quien elija tu sustituta. Si tú crees en ella, yo también lo haré.

En ese momento la puerta del apartamento se abre dando paso a la larga melena de María y a su radiante sonrisa. No recordaba que hoy fuese el día que venía, ni que Karen me hubiese comentado nada, pero sé que eso significaba algo maravilloso: buena comida durante un par de días.

—¡Buenos días a los dos! —Su acento español siempre me sorprende pese a que estoy ya más que acostumbrado.

Como siempre le ocurre, su cara enrojece al darse cuenta de que solo llevo los calzoncillos.

Karen me da un golpe en el brazo y voy hasta el dormitorio a ponerme unos pantalones de chándal y una sudadera. Aprovecho para lavarme la cara y preparar la ropa para salir a correr, mientras recojo la ropa sucia.

Al volver a la cocina, me encuentro a las dos bellas mujeres sumidas en una conversación que cesan nada más verme.

—Sé que estáis hablando de mí —digo con desgana, cogiendo el resto del desayuno y sentándome en el sofá de cualquier forma—, podéis seguir criticándome.

—No te estamos criticando, estamos hablando de tu nueva asistente —dice Karen con una sonrisa enorme que ilumina su cara.

Mi mirada alterna entre María y Karen, y se me quitan las ganas de comer. ¿Qué están tramando?

—Creemos que tenemos la solución —añade María, mientras se sirve una taza de café tan cargada como la mía.

—Aunque tú digas que yo soy la que tengo la última palabra, no queremos hacer esto sin tu permiso, David —añade Karen.

—¿Queremos?¿Por eso me preparas el desayuno?¿Qué ocurre aquí? —Me acerco a ellas enfadado, aprovechando mi altura para intentar que confiesen lo antes posible. Pero estas dos mujeres están demasiado acostumbradas a mí como para que esto las ponga en alerta.

—María pasó por mi casa la semana pasada, en cuanto se enteró de que estaba embarazada. Estuvimos charlando y salió en la conversación la necesidad de encontrar una nueva asistente para ti —comienza Karen.

—Ya sabes que conozco a mucha gente de muchas partes por el tema de la limpieza, pero la idea me vino al recordar que Lucía venía a Londres para quedarse una temporada —sigue María.

—¿Quién es Lu-cí-a? —Me cuesta mucho pronunciar un nombre tan difícil.

—Puedes llamarla Lucy, ella siempre se presenta aquí con ese nombre. Lucía es ingeniera informática, es una persona responsable, muy trabajadora, sabe hablar inglés además de francés y se muere de ganas de viajar. Acaba de terminar la relación con su empresa en España y está buscando nuevas oportunidades en Londres. Es una chica guapísima, simpática, muy buena persona y cocina de muerte —dice María de carrerilla.

—No tiene experiencia como asistente, pero lleva días trabajando con María en su oficina. Hasta que ella no ha visto cómo se ha desenvuelto, no teníamos claro si le gustaría el trabajo. Ella aún no sabe nada, pero estamos convencidas de que es la persona que puede ocupar mi puesto. Por juventud, por capacidad, pero, sobre todo, por ganas. Si esa chica tiene ganas de viajar, contigo se va a hartar.

Confío plenamente en estas mujeres, y ver la cara radiante de Karen, me da una pista de lo importante que es esto para ella. Pero hay algo en toda la historia que no me convence. Mantengo silencio mientras aguanto mi cara de enfado más de lo necesario, solo por el placer de hacerlas sentir mal y que piensen que todo esto no va a servir de nada. Pero mi corazón se está ablandando y decido que lo mejor es investigar un poco más.

—¿Qué quiere decir que terminó su relación laboral con la empresa? Supongo que es una manera educada de decir que la echaron. —Una sonrisa pícara se dibuja en mi rostro.

—¡No te equivoques, David! Lucía ha luchado mucho por su puesto de trabajo, pero las cosas en España están muy difíciles. Finalmente le dieron el trabajo a su compañero; solamente por ser hombre —me corrige María.

—¿Cuántos años tiene? —No sé por qué esa pregunta acude a mis labios.

—Tiene la edad perfecta para el trabajo, ¿qué clase de jefe eres para preguntar por la edad de tus empleados? —me regaña Karen y con razón.

—¿Por qué una ingeniera informática, preparada, con experiencia y con ganas de viajar iba a trabajar para un actor cascarrabias, con un pasado de adicciones y quedarse sin vida personal? —esa es la pregunta que quería hacer desde el principio—, no entiendo muy bien quién querría hacerlo.

—Primero:porque es una gran fan de tu trabajo, ella cree en tu talento. Segundo: porque se muere por viajar y tercero —la sonrisa de María crece por momentos—, porque sé que cuando se lo planteemos, no se lo va a pensar dos veces. Ahora mismo está en ese momento de su vida en el que puede hacerlo, así sin más.

Siento que dan la conversación por zanjada por el tono y la manera en que gesticula.

Dejo a las mujeres terminando el desayuno entre cuchicheos, mientras le pido a María que cocine la tortilla de patatas que tanto me gusta. Voy a la habitación a cambiarme y salir a correr por el parque. Es lo que necesito para deshacerme de los pensamientos que sobrecargan mi mente: correr, sudar y comenzar a hacerme a la idea de todo lo que va a cambiar mi vida. Estoy concentrado en que la promoción de la nueva película sea un éxito, y no quiero que los cambios me hagan estar menos centrado en ese tema. Además, en unos meses empezará el nuevo rodaje, y aún no tengo los lugares ni las fechas. Está siendo todo demasiado complicado.

Una hora más tarde vuelvo a casa, empapado y agotado, pero con una idea clara en mi cabeza. Karen se ha marchado dejándome una nota y María está sumida en sus pensamientos mientras saca la vajilla del lavaplatos.

—No tomaré ninguna decisión sin conocerla primero —digo asustándola, al estar detrás de ella de repente—, y necesito una persona que se quede conmigo mucho tiempo. No me gustan los cambios, si veo una sola duda en sus ojos, todo esto se terminó. Tiene que hacer las mismas cosas que hacía Karen, eso es todo —digo mientras destapo la botella de agua que acabo de coger de la nevera.

María se gira y reprime una gran sonrisa. Pero lo que no puede evitar es el brillo de sus ojos. De camino a mi habitación, sé que coge el teléfono para llamar a Karen y decirle lo que acaba de salir de mis labios. Espero no equivocarme con esta decisión, pero tampoco es que tuviese muchas más opciones.

Me animo y llamo a mi madre para pasar un par de días en casa antes de empezar con la nueva asistente y el brutal viaje para la promoción de la película. Tengo ganas de ver a mis padres,a mis hermanas y soltar un poco de tensión en el gimnasio de siempre antes de que todo comience.

CAPÍTULO 5

Lucía

La semana ha sido durísima, pero el fin de semana me ha servido para recuperar fuerzas. Ya he cogido el primer resfriado londinense y comienzo a notar en mi pelo y en mi piel los estragos de la humedad. Es un daño colateral pero no el único. He hablado con mis padres más que nunca. Los primeros días han sido duros,aunque cada día veía un poco mejor a mi madre. A través de la pantalla intenté explicarle lo que siento y los planes que estoy haciendo. En nuestra última conversación, le enseñé mi libreta con todos los lugares que tenía pensado visitar y al verme tan feliz, ella comenzó a encontrarse mejor.

La enfermedad de mi padre nos ha unido un poco más y él, totalmente recuperado, es ahora el que tira de la familia tal y como hizo mi madre durante tanto tiempo.

Con tantos planes por hacer, hoy decido visitar un museo. María no quiso acompañarme y,a media tarde, recibo un mensaje con una dirección en el que me pide que nos reunamos. Además, incluye el contacto de un taxista privado que me va a llevar hasta el lugar acordado. No añade más explicaciones, pero me imagino que será por algún tema de trabajo. Paso por casa, me doy una ducha, me cambio de ropa y decido llamar al taxi.

El barrio al que me lleva es una zona residencial de poder adquisitivo medio, alejada de la vorágine del centro de la ciudad, pero en continua conexión con esta. Las casas son preciosas.

Me sorprende el lugar en el que nos detenemos, parece una localización sacada de una novela ambientada en la campiña inglesa. ¿De quién será esta casa? Antes de que me dé tiempo a abrir la puerta del coche, alguien aparece frente al cristal tintado, dándome un susto de muerte.

—¡Qué susto, María!, ¿es que quieres matarme? —digo, mientras me pongo una mano en el pecho al salir del coche.

—Lo siento, es la emoción. ¡Gracias, Said! —dice en inglés para despedirse del taxista que, durante todo el trayecto, me ha dejado tranquila con mis pensamientos—. Pasa por aquí y tú tranquila.

La miro extrañada. Sí, siento curiosidad, pero estoy tranquila. ¿Por qué tendría que estar nerviosa? Al llegar a la puerta de la casa, una mujer de unos cuarenta años sale a recibirnos.

—Hola, Lucía. Estoy encantada de que estés en mi casa. Aprovechemos que estamos las tres solas para ponernos al día —sus perfectos modales junto a su maravilloso acento me hacen sonreír, pero a la vez, sentirme más confusa.

—Errr… muchas gracias —es lo único que atino a decir, el inglés ha desaparecido de mi mente junto con el resto de palabras en cualquier idioma.

Las dos, una a cada lado de mi cuerpo, me hacen pasar a una casa repleta de recuerdos. Está cargada de un olor peculiar. Hay retratos por todas partes, pero no me dejan detenerme a mirarlos y me hacen pasar a la cocina. Allí nos espera una deliciosa cena de uno de los restaurantes más caros de Londres.

—Bueno, Lucía—dice por fin María en inglés—, te estarás preguntando qué pasa aquí y quién es ella —señala a la otra mujer que no deja de sonreír encantada.

—Me llamo Karen, y esto es una entrevista de trabajo —dice mientras señala a su alrededor, incluyéndome a mí y a la cena.

—¿Una entrevista de trabajo para María? —pregunto extrañada.

—No, cariño, para tu nuevo trabajo —apunta María en español—, ¿confías en mí?

—Pues claro que confío en ti, María, pero no he enviado ningún currículum y no puedo venir todos los días a trabajar hasta aquí. Está muy lejos de casa. No entiendo nada —contesto también en español, mientras miro a Karen muy confundida.

—Bien, empecemos por el principio. Como ya te he dicho me llamo Karen, tengo cuarenta y dos años y hasta hace unas semanas trabajaba como asistente personal de…una persona muy conocida. Por una serie de circunstancias, ya no puedo trabajar más para esa persona y necesito buscar una sustituta. —Me quedo en «asistente personal y sustituta»el resto de sus palabras se diluyen en mi confusión.

—Hemos pensado, las dos, que tú eres esa persona ideal para el puesto. Y eso, nos ha llevado hasta aquí —añade María mientras comienza a servir vino en dos de las copas, y agua en la tercera.

—Perdonadme, y no penséis que no soy una persona agradecida, pero, yo no tengo experiencia como asistente personal. Soy informática y es de lo único que he trabajado en mi vida desde que terminé la carrera. No creo que sea un…

—… ¿trabajo para ti? —termina Karen—, permíteme que te cuente. En este trabajo viajas la mayor parte del tiempo y, aunque es cansado,te alojas en hoteles y comes en restaurantes que ni tú ni yo podríamos pagar jamás. Conoces a mucha gente famosa, acudes a fiestas, estrenos de cine y de teatro, recibes regalos y conoces otras culturas. Las tareas de asistente personal son las típicas; llevar la agenda de la persona en cuestión, concretar sus citas, visitas, reuniones, entrenadores personales, vigilar sus rodajes, tiempos de descanso y concederle algunos de sus pocos caprichos.Sobre todo y, ante todo, cuando estéis fuera del país, acompañarle y apoyarle en todo lo que necesite. Tendrás que estar para él siempre. Es un trabajo sacrificado, pero con muchas cosas positivas, te lo aseguro. Yo lo he desempeñado durante los últimos once años y me hubiese gustado mucho poder seguir —dice Karen, mientras acaricia distraídamente su estómago.

Me dejan un segundo para pensar, supongo que visto así no parece complicado. ¿Quién será la persona? Era un «él», de eso estoy segura. Una persona conocida y había dicho rodajes, sabía que María limpiaba en casas de presentadores de televisión, de algún cantante e incluso de actores, pero con tanto misterio me veía de asistente del príncipe Harry y obvio el tema de los rodajes por un momento. Una risa nerviosa me invade y no puedo parar.

—Vale, ¿me estáis gastando una broma o algo? Tengo mucha imaginación y si no me decís quién es la persona, me estoy imaginando trabajar para el príncipe Harry —digo quitándole importancia.

—Igual de famoso, sin su seguridad y bastante menos pijo —completa Karen.

Su respuesta me deja fuera de lugar. María ha aprovechado para servir la cena que huele deliciosa. Entre las dos mujeres logran que pruebe un poco de cada plato, pero la verdad es que se me ha cerrado el estómago. Mi cabeza no deja de darle vueltas a quién podría ser y por qué han pensado en mí para este puesto. Además, si el trabajo le gustaba tanto, ¿por qué Karen no sigue trabajando para esa persona?

—Sé que no nos conocemos de nada, Karen, pero has dicho que a ti te gustaría seguir desempeñando el trabajo, ¿puedo preguntarte por qué no lo haces? —No me importa interrumpir la conversación que mantienen entre las otras dos mujeres de mi mesa.

—Bien, bueno, he descubierto que estoy esperando mi cuarto hijo. Evidentemente no es un

embarazo programado, pero sí deseado y que va a llenar mi casa de alegría. Aunque todo parece ir bien, por mi edad, es un embarazo de riesgo y no puedo viajar.

—No pienses, en ningún momento, que el jefe de Karen no ha luchado porque ella siga. No tiene nada que ver con eso. Ha sido ella la que ha puesto punto y seguido a su relación laboral, por su salud y la del bebé —añade María, llenando mi copa con más vino.

—Entiendo. ¿Hay algún motivo por el que no me digáis el nombre de la persona? —formulo la pregunta muy seria y las dos mujeres se miran fijamente.

—En el caso en el que estés interesada en saber más, primero tienes que firmar un par de cosas: un contrato de confidencialidad que te detallaré en profundidad y unos documentos para solicitar todos los permisos que necesitas para viajar —concreta Karen, mientras se levanta a rellenar la jarra de agua.

—¿Viajar? Pero ¿a dónde? Habéis dicho que se viaja,aunque no me habéis dicho dónde ni cuándo. En realidad es que no me estáis diciendo mucho —añado mientras doy otro trago de vino que baja calentándome la garganta y templando los nervios.

—En menos de un mes saldríais a una gira por Europa, Asia, Estados Unidos y parte de Latinoamérica que durará unas cinco semanas. De ahí, la necesidad de comenzar con tu formación ya —enumera Karen, colocando unos papeles delante de mí y un bolígrafo—, aunque no sé si lo podemos llamar formación. Necesito una persona dispuesta, discreta, que no se deje sobrepasar por las circunstancias. Alguien con saber estar, mucha educación, pero de temperamento y que esté dispuesta a trabajar en jornadas maratonianas que no dejan tiempo ni para respirar. Hay un par de cosas que tienes que saber sobre tu jefe, antes de comenzar, y solo porque él me ha pedido que te las cuente.

La situación me resulta absurda, pero las ganas de saber más pueden conmigo. Al oír la cantidad de lugares que visitaré, el corazón me late desbocado provocando mi respuesta. Un gran sí quiere salir de mi boca sin más.

Le pido a Karen que me explique el contrato de confidencialidad y no hay nada en él que no me parezca lógico. Incluido no poder compartir en mis redes sociales nada sobre los lugares en los que me encuentre en ese momento. Esa iba a ser la peor parte, no poder matar de envidia a mis excompañeros de trabajo con mi nuevo puesto, pero es algo que estaba dispuesta a hacer. El contrato incluye cláusulas de privacidad, confidencialidad, secretos y situaciones a evitar. Me parece correcto y tras apurar el contenido de mi copa, me decido a estampar mi nombre en el contrato.

—Firmado el contrato, te reunirás con tu jefe y conmigo mañana en su casa —dice una entusiasmada Karen—, quiero que tengas claro que el trabajo es tuyo, porque eres la persona adecuada para el puesto y porque yo era quien tenía que tomar la decisión. Pero es él quien tiene la última palabra. Si te ve dudar o cree que la situación te va a poder por el tema de los medios y de la fama, no va a querer seguir adelante.

—Simplemente déjate llevar y aprovecha las buenas cosas de la vida, cariño —añade María.

—¿Mañana?, ¿no voy a saber nada más hoy? —No me puedo creer que después de todo este rato, me vayan a dejar a medias.

—Así lo ha pedido la persona que va a contratarte. Ten, aquí tienes la dirección. Mañana sobre las diez, te esperamos los dos. Yo estaré en el portal para presentarte al portero y al personal de seguridad, no te asustes de los *paparazzi* en la puerta. ¡Puedes ir presentándote también a ellos! —dice Karen sonriendo.

Paso el resto de la cena en absoluto silencio. Una mezcla de inquietud, curiosidad y emoción

me invade, seguida muy de cerca por el miedo a lo desconocido y la sensación de que este no va a ser un trabajo para mí. Disfruto del resto de la cena y aprovecho para conocer un poco más a Karen. Cuando voy al baño me acompaña hasta la puerta y se asegura de que no deambule por la casa. Me resulta una situación extraña, pero las costumbres inglesas son muy diferentes a las nuestras.

En el camino de vuelta intercambio un par de frases con María, pero la conversación no va más allá. Me tiro en la cama releyendo la copia del contrato que tengo delante en la que solo aparecen las siglas D.H.K como pista. Podría buscar en internet, quizá encontraría algo, pero se perdería la magia.

Decidida a parecer lo más descansada posible mañana, apago la luz pensando en todas las posibilidades que se abren ante mí.

CAPÍTULO 6

David

Estoy saliendo de casa de mis padres rumbo a Londres, cuando recibo un mensaje de Karen en el que me dice que mañana nos reunimos con Lucy. Dentro de mí tengo una curiosidad muy grande por conocer a la mujer que ha quitado las dudas de Karen, que ha conquistado a María y que será mi asistente por un tiempo indefinido. La persona a la que le tendré que confiar todos mis secretos, contactos, citas, mi agenda, problemas médicos y cualquier cosa que se interponga entre mi mente y los guiones de los personajes que me toque desarrollar.

Por eso Karen ha insistido en el contrato de confidencialidad. Ella fue quien me explicó, tras un par de experiencias muy desagradables con la prensa, la necesidad de poder confiar con plenitud en alguien. Y en mi caso, y por la fama, no puedo dejar esa necesidad a mi corazón, sino a la ley. Quedé escarmentado tras el escándalo en el barco con Claire. Después de aquello, me puse las pilas y me juré que jamás se repetiría. Uno, porque no era bueno para mi carrera, y segundo porque tanto Karen como mi madre acabarían con un infarto.

Sí, soy famoso, la gente conoce muchos aspectos de mi vida, pero hay parcelas que son ajenas a los medios mientras yo quiera, como es mi familia.

El contrato incluye todas las cláusulas que ha preparado el abogado que lleva todos mis temas. Nos asegura que están cubiertas casi todas las circunstancias que se puedan dar. Ajusto un par de cláusulas que me parecen muy restrictivas como, por ejemplo, prohibir a mi nueva ayudante el uso de las redes sociales. Si bien es cierto que tendremos que explicarle ciertas cosas, podrá usarlas siempre y cuando no revele localizaciones de rodaje ni lugares donde no quiera ser encontrado. Pero no pasa nada porque cuelgue fotos una vez que haya pasado la situación en particular. Podía ser una buena publicidad, según John, mi representante y publicista.

Las partes relativas a publicidad y contratos de ese tipo ya los lleva John desde hace tiempo. Los nuevos guiones los revisaremos tanto Karen como yo, aunque ella insistió en pedirle opinión a Lucía para que comprendiese qué clase de guiones son los que quiero desarrollar. En cuanto a los demás temas, son solo flecos y yo estoy dispuesto a colaborar en todo lo posible.

En el momento en el que la propia Karen se adjudicó tareas para no dejar de estar en contacto conmigo, no pude más que sentir que era el momento de rendirme y colaborar. El cambio ya estaba en marcha. Incluso se lo había contado a mis padres y a mis hermanas, que especularon con la posibilidad de que un idilio naciera de esta nueva relación laboral. Lo único que pude hacer es poner los ojos en blanco mientras terminaba mi cerveza.

El miedo siempre está a mi lado cuando Karen se aleja de mí. Ella es mi ancla al mundo, la mujer que sabe ponerme en mi sitio y que me conoce mejor que mi propia madre. El hecho de saber cuánta responsabilidad iba a recaer en los hombros de Lucía, había sido uno de los motivos por los que Karen me había propuesto una pequeña subida de sueldo para la nueva asistente. No lo pensé y dije sí.

Conduzco despacio, disfrutando cada curva mientras la noche cae sobre mí. No sé por qué he venido en moto, quizá porque sentir el frío en mi cuerpo me mantiene alerta y me recuerda estar pendiente y ser prudente.

Llego a casa en un abrir y cerrar de ojos. Me sorprendo otro día más al ver que no hay

fotógrafos en la puerta del portal ni en la del garaje.

Bajo el chorro de la ducha me tranquilizo del todo, sintiendo cómo se desentumecen los músculos tras la posición en la moto. Me tumbo en la cama, poniendo el despertador para salir a correr con tiempo, antes de conocer a mi nueva asistente.

CAPÍTULO 7

Lucía

Como era de esperar el metro está estropeado, así que no me queda más remedio que salir al exterior y coger un taxi. Doy gracias que el tráfico es más fluido que a primerísima hora. Llego al barrio de Kensington y comienzo a pasear pensando en el príncipe Harry y mi idea loca de trabajar para un miembro de la Casa Real. He desechado la idea de pensar más en mi futuro jefe, simplemente estoy centrada en hacer bien cualquiera que sea mi trabajo y en aprovechar la oportunidad de viajar.

Mientras camino sumida en mis pensamientos, oigo una voz que dice mi nombre. Alzo la vista y me encuentro con Karen en una cafetería cercana al portal que me indicó ayer.

—¡Llegas muy pronto! Eso me gusta—dice Karen, invitándome a entrar con ella dentro del local.

—Sí, bueno, el metro no funcionaba y he cogido un taxi. Aunque he decidido caminar un par de calles para despejarme —respondo, mientras tomo asiento en la mesa que me indicaba y espero a que me llamen para recoger el café que he pedido nada más entrar.

—No estés nerviosa, Lucía. Me alegra que hayas venido pronto porque así podemos concretar un par de cosas antes de subir a casa de David.

Mientras dice el nombre, no puede evitar que asome en mi cara una gran sonrisa. Supongo que es una pista, pero estoy tan impaciente que prefiero llevarme la sorpresa sobre que David es, en persona. Así que simplemente asiento y dejo que continúe la conversación.

—Quería hablar contigo sobre varias cosas, entre ellas está el pasado de David. He de decir que ha sido él quien quiere que te cuente esto y que quiere que sepas esta situación desde el principio. —Coge aire, como confundiéndose valor antes de continuar—: David ha tenido un pasado de adicciones en la época en la que le conocí, y en la que no conseguía papeles. Dejó atrás la tradición vinícola familiar para cumplir su sueño de convertirse en actor y, al no conseguirlo, se frustró. Si a eso le añadimos que tuvo un par de parejas que no ayudaron, la cocaína acabó llegando hasta él —toma un sorbo de su bebida antes de continuar—, se desintoxicó sin mayor problema, y parecía que todo iba bien hasta hace un tiempo. Tuve que alejarme del trabajo en otra ocasión por tiempo indefinido cuando mi marido enfermó de cáncer. La verdad es que fue una época durísima, pero David se portó de maravilla con nosotros, aunque se sintió un poco perdido al no tenerme a mí revoloteando alrededor. Un par de malas decisiones después, un papel que no consiguió y una novia complicada, y el cóctel de nuevo explotó. Su última gran juerga fue en la que le pillaron montándoselo con una pelirroja en un yate en Los Ángeles, ¡su culo salió en todas las revistas! —dice, mientras agita la mano, como queriendo quitarle hierro al asunto—. El papel que acababa de perder era para Bond y no recuerdo si fue por ser demasiado joven o demasiado serio, demasiado alto, o demasiado rubio, y lo estaba pasando mal porque yo no estaba con él. Él lo llama su «recaída» pero cuando se refiere a eso, no habla de nada más grave. De hecho, no necesitó rehabilitación y, después de aquello, no ha vuelto a consumir más y puede enfrentarse a la bebida sin recaídas.

Sus palabras me hacen pensar y no estoy acostumbrada al mundo de las drogas. No puedo, ni debo, juzgar a nadie por su pasado. Pero, ante todo, me parece muy valiente contarlo y hablar de

ello abiertamente.

—Es un chico muy sano. Tiene una tendencia natural a engordar, según los medios, por lo que trabaja mucho su cuerpo en el gimnasio. Excepto entre guiones, que prefiere salir a correr, disfrutar de comida sana y tomarse las cosas con calma. Tiene unos hábitos muy normales para ser una estrella y es un buen chico —dice Karen con un deje de emoción en la voz.

Aprovecho para enterrar mi cabeza en el vaso de café que tengo delante e inhalar su olor, como si ese aroma fuese a despejar todas las cosas que pasan por mi mente. No tengo ni idea de cómo hay que lidiar con una persona que quiere consumir, menos aún si esa persona es tu jefe.

—Entiendo que te sientas insegura —dice tras un largo silencio que me permite serenarme— y seguro que estás pensando que no sabes llevar a alguien que consume, y probablemente sea así. Pero, si hay algo que te puedo asegurar, es que David es muy fuerte. He visto cómo consumían delante de él, cómo le ofrecían incluso y cómo ha sido capaz de ver la situación y alejarse. Sabe lo mucho que le pueden aportar las drogas, pero le alejaron de su verdadero yo, de su familia y de su trabajo. Tiene claro que tiene más que perder de lo que gana consumiendo.

—Comprendo lo que me dices y me gustaría saber si hay alguna manera de identificar, quizá, una recaída. —Estoy terminando el café y no puedo evitar preguntar.

—Cuando no hace ejercicio en una temporada, cuando se pasa bebiendo, cuando empieza a acostarse con mujeres sin ton ni son… creo que te darás cuenta como la mujer observadora que eres. Y, si tienes dudas, llámame y te ayudo a ponerle en su sitio. Aunque sé que no vas a necesitarme —concluye Karen, mientras me pide que nos pongamos los abrigos y nos encaminemos hacia el portal.

En el trayecto hasta el portal me mira de reojo como esperando alguna nueva reacción. Intento mantenerme serena y recuerdo las palabras que me dijo la propia Karen: «dispuesta, discreta, que no se deje sobrepasar por las circunstancias, con saber estar, mucha educación, pero temperamento y que esté dispuesta a trabajar en jornadas maratonianas».

Sí, definitivamente, esa podría ser yo.

Conozco al conserje del portal, Mario, con el que conecto inmediatamente. Por respeto a Karen hablamos en inglés, aunque intercambiamos un par de palabras en español y me encanta su acento costarricense. Me toma una serie de datos para la policía y el listado de habituales, y poco más. Para ser una zona tan pija, la verdad es que todo parece relativamente normal. El portal me recuerda mucho a los portales que hay por la zona de Goya y Diego de León en Madrid: puertas de madera altísimas, donde antes entraban carruajes, grandes losas de mármol y mucho brillo. La diferencia reside en lo recio de la decoración, que choca con el modernismo de los sistemas de vigilancia. Una gran alfombra escarlata nos indica el camino a los ascensores.

Como no podía ser de otra forma, David reside en el ático. Solo uno de los ascensores lleva hasta su piso. Karen me enseña el código y me da una copia de las llaves del piso. De repente, noto el peso del metal en mi mano como si de mí dependiera la vida de alguien.

El ascensor sube con rapidez ya que las casas de esta zona no son grandes edificios de mucha altura. Me parece que las puertas tardan una eternidad en abrirse y un terrible nudo se asienta en mi estómago sin avisar.

—Bueno, ¿estás preparada? —dice Karen, a la vez que se pone en marcha para salir del ascensor.

—Creo que ya es tarde para decir que no, ¿verdad? —afirmo, mientras paseo las palmas de mis manos por los pantalones para secar la humedad.

Karen sonríe mientras saca otro juego de llaves del bolso e introduce la llave en la única

puerta que hay en este nivel. Una casa por planta, ¡deben ser inmensas! En cuanto traspasa la puerta, me indica que la siga. Un recibidor pintado en tonos grises y blancos se abre ante mí. Hay un armario perfectamente ordenado donde Karen cuelga su bolso y su abrigo junto a un par de abrigos largos de hombre, una gabardina y ropa deportiva. En el suelo hay varios pares de zapatillas de deporte y bolsas también deportivas, esperando para ser usadas. Dejo mis cosas en el lugar en el que me indica la antigua asistente y me quedo frente a una gran puerta blanca con cristales opacos. Me obligo a respirar un par de veces mientras Karen se descalza.

—No me puedo creer que no vaya a poder llevar más mis tacones. ¡No soy nadie sin ellos! —me dice distraída, mientras se frota los dedos a través de las medias.

Instintivamente miro mis pies, en los que calzo unos Oxford clásicos, que combinan perfectamente con mis vaqueros y el maxi jersey que lo acompaña. De repente, me siento incómoda por mi vestimenta y me pregunto si tendría que haberme vestido de manera más seria, y si tendría que cambiar mi vestuario de ahora en adelante. Aprieto mis grandes gafas negras, haciéndolas rozar con las pestañas maquilladas, mientras vuelvo a respirar profundamente.

—Entremos, me muero de ganas de que os conozcáis. —Una Karen, visiblemente más baja, abre la gran puerta blanca ante mí. Y como si de una visión de mi futuro se tratase, la oscuridad es lo único que tenemos ante los ojos.

CAPÍTULO 8

Lucía

—¡No me lo puedo creer! —gruñe Karen mientras comienza a encender luces—.Estoy segura de que se ha vuelto a quedar dormido. Este hombre es imposible.

Me quedo plantada donde estoy por miedo a tropezarme con algún objeto muy valioso, y perder el sueldo de varios meses. La mujer que me acompaña acciona varios mandos y las persianas de un enorme mirador comienzan a subir. El inusual brillo de la luz del sol me sorprende, haciendo que tenga que entrecerrar los ojos para poder ver algo más.

Aunque desde fuera no lo parece, el edificio es tan alto como para no coincidir con ninguno enfrente. Todo el lateral de la casa son ventanas, cristaleras y miradores de suelo a techo. Puedo ver los tejados de Londres y árboles del parque cercano hasta donde alcanzan mis ojos.

Todo está pintado de blanco y una preciosa chimenea antigua reposa en medio del salón, como dividiendo dos espacios. Está construida en forja, haciendo resaltar el color negro de la repisa sobre el blanco de la pared, impoluto.

Hay una mesa con cuatro sillas, pequeña para tanto espacio. Una cinta de correr y pesas, además de una esterilla como las que se usan en yoga. Una alfombra blanca bajo la mesa no deja apreciar el precioso suelo que está bajo mis pies. Es de madera y con toda probabilidad es el original de la casa, de un color que encaja a la perfección con las paredes, las ventanas y la claridad que entra por ellas.

Al otro lado de la chimenea, está el salón propiamente dicho. Con una gran pantalla plana, un equipo de sonido envolvente y estanterías de suelo a techo con vinilos, discos de música y bandas sonoras, pero sobre todo películas. Una increíble colección de películas colocadas por año de estreno que hacen esquina, dando cobijo al espectador.

En la otra pared, la que queda enfrente del televisor, un inmenso sofá en un tono muy claro, hace esquina de manera opuesta a los armarios y llena la longitud completa del salón. Creo que nunca he visto un sofá con semejante tamaño en toda mi vida.

Claro, que no he estado en un salón tan inmenso nunca. Desde el salón se ve la cocina ya que, a pesar de no compartir un espacio abierto, sí que se puede decir que están integrados.

La pared del fondo es de ladrillo visto, y la cocina es toda negra, incluidos los electrodomésticos. ¿He visto electrodomésticos negros antes? Si era así, no lo recuerdo.

La encimera brilla impoluta y recogida, supongo que tras el paso de María estos últimos días. Está equipada al completo y me parece preciosa, aunque no pueda verla por completo desde donde estoy.

Karen me apremia para que la acompañe, tras colocar las cortinas, dejar en su sitio un par de mandos y gruñir por lo bajo unas palabras que no comprendo.

—Pues no va a ser la mejor forma para conocer a tu jefe, pero al menos tiene buen despertar —dice Karen, arremangándose la blusa, en un claro gesto que indica que se pone manos a la obra con algo.

El salón da paso a otra zona de la casa en la que no me había fijado todavía, donde hay tres puertas más. Es lo que podemos denominar un gran recibidor, que está repleto de libros de suelo a techo. Una escalera tan blanca como las estanterías, te invita a subir para acariciar los lomos de

las obras. Cada estantería está iluminada como en una biblioteca antigua. Los volúmenes no parecen estar organizados de manera alguna, lo que contrasta con el orden que he apreciado en las películas del salón. Me sorprende ver tanta cantidad de libros juntos mientras giro sobre mis talones trazando un círculo. Hay libros encima de las puertas de las habitaciones, cada espacio está aprovechado al milímetro. La estancia es muy grande, no tanto como el salón, pero sí lo suficiente como para dejarme con la boca abierta.

—La de la derecha es el baño principal, puedes usarlo siempre que quieras. David tiene baño propio dentro de su habitación. La del medio es la habitación de invitados, toda tuya si la necesitas, y esta de aquí es la de David —indica la mujer mientras coge la manilla de la puerta entreabierta.

—¿No pensarás que voy a entrar ahí? —digo mientras doy unos pasos atrás hacia el salón—, creo que será mejor que espere fuera, aquí sentada.

Karen sonríe ante mi reticencia. Comprensiva, me pide que prepare café y luego veo cómo desaparece ante la oscuridad que sale de aquella habitación. Segundos después comienzo a escuchar unos murmullos, imposibles de identificar desde donde yo me encuentro. Voy hacia la cocina, evitando pensar en lo incómodo de la situación. Cuando entro, lo que veo me deja sin habla. La cocina termina en unas ventanas francesas tras las que hay una enorme terraza con muchísima vegetación. Parte de ella está cubierta y se puede cerrar, convirtiéndola en una especie de cenador. La otra parte es perfecta para desayunar, leer o... cualquier otra cosa. Es un espacio decorado con luces solares, cojines y mesas de madera.

Una vez que dejo de estar pasmada por la preciosa terraza, rebusco en los armarios y encuentro varios tipos de café. Me decanto por el que resalta más el olor, que me parece más potente. Me sorprende ver que se conservael gusto por el buen café y las cafeteras italianas. Mientras dejo que se cocine en el fuego, oigo la suave voz de Karen.

—No me puedo creer que te hayas quedado dormido, ¿sabes que hoy teníamos la reunión con Lucía? —dice susurrando enfadada.

—Sí, ¡joder!, te prometo que he puesto la alarma —una voz de hombre, adormilada y con un marcado acento inglés, se oye junto a la de Karen.

—Venga, lávate la cara, despéjate y te espero fuera, ¡date prisa! —apremia Karen, saliendo de la habitación, con una sonrisa que cubre toda su cara—. Esto, por desgracia, es muy habitual. Este hombre no duerme, se muere. Seguramente el despertador haya estado sonando horas, pero¡nunca los oye!

Asiento ante el comentario y tomo nota mentalmente. Siento una terrible envidia, puesto que yo nunca descanso lo suficiente y siempre tengo sueño y en alguna ocasión, he tenido que tomar pastillas para dormir.Mientras pongo unas tazas encima de la mesa, decido tomar solo un vaso de agua. La cantidad de café que tengo en mi organismo no hace más que agudizar mis nervios.

Nos sentamos en unos taburetes, una frente a otra. Desde donde estoy puedo ver las habitaciones y mi pierna comienza a moverse nerviosa mientras Karen revisa mensajes en su móvil.

Oigo un par de puertas que se cierran, muebles que parecen moverse, silbidos y canturreos. ¡Sí! Parece que tiene buen despertar, lo que contrasta totalmente con la forma en la que yo me despierto.

Y entonces, la puerta de la habitación se abre y aparece ante mí el dueño de la voz que había oído canturrear hace unos instantes.

CAPÍTULO 9

David

Me siento descansado, y no puedo entender que Karen se enfade conmigo por haberme dormido un rato. Al fin y al cabo, aún hay tiempo para vestirme y estar en condiciones de conocer a Lucía. Tengo que recordar preguntarle cómo puedo llamarla, estoy convencido de que la manera en la que yo pronuncio su nombre no es la correcta.

Me lavo la cara e intento hacer algo con mi pelo mientras canturreo una canción que está en mi cabeza. Caigo en la cuenta de que es la elegida como despertador y que por eso está metida a fuego en mi cerebro. Igual sí es un poco tarde.

Dejo mi pelo por imposible, me pongo los pantalones grises del chándal y mientras me estiro, salgo al salón. Al abrir la puerta de mi habitación, me topo de frente con dos enormes ojos marrones cubiertos por unas grandes gafas negras.

Los ojos me recorren de arriba abajo mientras yo noto el calor acudiendo a mi cara. Karen, tan observadora como siempre, se da la vuelta ante la expresión de la que debe ser mi nueva asistente.

—Por Dios, David, ¿te parece esa la manera de acudir a una reunión? —me regaña Karen, mientras señala mi torso desnudo.

No sé qué decir, no es muy habitual que me quede mudo, pero en esta ocasión mi exasistente me ha hecho una jugarreta al no decirme qué hora es y que Lucía está ya esperándome fuera. Creo que nunca olvidaré esos grandes ojos color café, cambiando de tono y tornándose negros, mientras me repasan de arriba abajo.

Mientras me coloco una camiseta y vuelvo al salón, miro de nuevo a esos luceros que me observan. Me llama la atención su brillo, pero no puedo evitar dejar de mirarlos para observar la preciosa sonrisa que los acompaña. Una que enseña una fila de pequeños dientes blancos perfectamente colocados, enmarcados por dos profundos hoyuelos. El pelo debe ser largo, por la cantidad que se agolpa en aquel moño desordenado oscuro. Lucía no siente ni un poco de vergüenza ante lo que acaba de presenciar, y sonríe divertida ante la retahíla de improperios que me suelta Karen. En un acto reflejo, me acerco a mi exasistente y le doy un sonoro y baboso beso en la cara, mientras ella me aparta de un manotazo y tomo asiento frente a mi nueva asistente. El olor del café llega a mis fosas nasales y me hace inspirar con gusto.

Lucía se debe dar cuenta y, sin que yo necesite mediar palabra, me sirve una taza, concentrada en no derramar una gota.

—Me gusta —las palabras salen de mi boca sin pasar el filtro. En ese momento observo cómo, esta vez, la rojez si llega hasta la cara de Lucía y cubre sus orejas—el café, que huele genial, me gusta —me apresuro a decir intentando que mi voz suene convincente.

Aprovecho y guiño un ojo que siempre deja despistado al personal.

—Lucía, este es David. David, esta es la maravillosa y dulce Lucía, la mujer que me va a liberar de tus cadenas, tu nueva y eficiente asistente —dice Karen, irónicamente, mientras señala a la pequeña mujer que tengo ante mí.

—Encantada de conocerte por fin, David. Puedes llamarme Lucy, si resulta más fácil para ti. —Una muy profesional Lucía, me tiende la mano para saludarme.

Observo la menuda mano que está ante mí, con sus uñas pintadas de un rojo fuego. No lleva nada más que un anillo y parecen muy cuidadas. El acento de Lucía se parece vagamente al de María y me resulta reconfortante.

—El placer es todo mío —añado marcando mi acento como hago siempre que quiero agradar, mientras cubro su mano con la mía apretándola en un cálido saludo para después posar mis labios sobre sus nudillos.

Veo de reojo cómo Karen pone los ojos en blanco y no puede reprimir una sonrisa traviesa. Me sorprende mucho que Lucía no tartamudee, no me mire con vergüenza o no se sorprenda al tenerme delante. Sí, me gusta mi empleada.

—Ahora que ya os conocéis y dado que Lucy tiene toda la información que necesita, creo que mi tiempo aquí ha terminado. Os dejo para que os organicéis. Lucy, sobre la mesa del salón tienes la agenda de David para los próximos meses, una copia de sus contactos, datos necesarios sobre seguro médico, pasaporte y los permisos que necesitáis para volar. Del resto se encarga la productora. Para cualquier cosa que necesites, llama a Sam. Su número está en la agenda y es el mejor contacto que podemos tener.

—No hay problema, Karen. Muchas gracias y espero no tener que llamarte muchas veces —contesta Lucía, mientras pega pequeños sorbos de su vaso de agua.

—Llámame las veces que sean necesarias, aunque si no es una emergencia, te agradecería que antes me envíes un mensaje, porque con el cambio horario no me gustaría que despertásemos a toda la familia, ¿te parece?

—¡Claro!, y de nuevo muchas gracias por la oportunidad —insiste Lucía en su agradecimiento.

La mirada que me dedica Karen no la puedo explicar con palabras. Me dice tantas cosas en un mudo silencio, que me estremece. No puedo más que levantarme y apretar a esa preciosa mujer entre mis brazos. Inhalo el olor de su cabello una vez más, ese olor que me tranquiliza y me calma, la noto temblar entre mis brazos y sé que estoy haciéndole llegar todo mi amor. La noto sollozar y veo cómo Lucía desaparece de la cocina para darnos intimidad.

—¡Eh!, ¿al final me vas a echar de menos? —digo, intentando sonar divertido.

—Muchísimo, lo sabes perfectamente. Hoy es uno de los días más duros de mi vida, pero sé que te dejo en buenas manos y sé que ella también lo estará. Cuidaros mutuamente y no te conviertas en un famoso cretino como los demás.

—Eso jamás. Voy a ser el David de siempre y por siempre —contesto, dejando un poco de espacio para que respire.

—Quiero veros antes de que os vayáis de viaje, ¿está claro? —dice elevando la voz, para que Lucía también pueda oírnos.

Alargo el contacto un poco más, tal y como había hecho ayer cuando me despedí de mi madre. Karen y ella, junto a mis hermanas, son las mujeres de mi vida. Sus olores, sus costumbres, sus manías, sus rabietas, su calor… ¡soy muy afortunado de vivir rodeado de mujeres tan maravillosas!

Pasado un tiempo prudencial, me separo y le tiendo un pañuelo a su llorosa cara mientras pido un taxi. Los tres nos sentamos en el sofá sin hablar de nada en concreto mientras que llega el coche a recogerla. Las dos mujeres intercambian un par de dudas y me doy cuenta de lo inteligente que es la nueva. Con apenas un vistazo a los papeles que tiene delante, ha descubierto cuál es la película y quién es la productora. No todo el mundo, siendo abrumado por tanta

información, sería capaz de centrarse y razonar de una forma tan serena.

Oímos el timbre del portero, que avisa de la llegada del taxi de Karen.

—Por favor, espera aquí mientras acompaño a Karen abajo, ¿de acuerdo? —le digo a Lucía que sigue embebida en la agenda y buscando datos en su teléfono.

—¡No!, prefiero bajar sola no vaya a ser que me ponga a llorar delante de Mario, ¡quédate aquí!

La Karen de siempre ha vuelto. Algo más recompuesta recoge su bolso y su abrigo y, echando un último vistazo a la casa y luego a mí, me acaricia la mejilla y se despide con un beso al aire.

Cuando la puerta se cierra tras ella, un silencio nuevo se instala en mi casa. Arrastro los pies descalzos hasta el salón, dispuesto a conocer un poco más a la que va a ser la nueva mujer en mi vida.

CAPÍTULO 10

Lucía

Al principio finjo un interés desmedido en la agenda para dejarles su espacio. Esperaba que no se notase que estaba haciendo verdaderos esfuerzos porque mi mandíbula no se descolgase. ¡Estoy en casa de David Kane!

Es más, David es mi jefe. Recordaba perfectamente la primera vez que había visto al actor en una serie de época una década atrás. Tenía un papel secundario en una serie de la BBC y era muy joven. En una reposición que pasaban los sábados por la noche, me topé con su cara en la pantalla. Recuerdo acribillar a María con preguntas sobre el actor e imaginarme paseando por las calles de Londres y tomando un café con él.

Todavía no era muy famoso por aquel entonces, pero empezaba a serlo. Le sigo la pista en casi todas las películas que ha hecho, pero, sobre todo, en redes sociales. Adoro los vídeos que cuelga casi a diario, contando lo que hace, con sus entrenamientos, viajes, pensamientos y bueno, situaciones que me parecen muy personales. Ahora descubriré si tenía a alguien que le decía qué tenía que colgar, cómo de largos eran los vídeos y si se tenía que poner o no camiseta para grabarlos.

Personalmente siempre elegiría el David sin camiseta. Aunque el David con traje y chaleco de las entregas de premios, no está nada mal tampoco. Y, definitivamente, el David en bañador de su última película es simplemente perfecto. Tan atractivo, tan alto y tan inglés…

Cuando me recompongo de la sensación de estar frente a él, vuelvo a poder leer lo que tengo delante. La agenda me ha ayudado a centrar mis pensamientos y, cuando observo el itinerario marcado, solo puedo buscar distancias entre diferentes puntos. ¡No puede ser posible!

Oigo sus pasos antes de verlo a él.

Levanto la vista y me encuentro con una cara que no dice nada, salvo por sus cejas que se juntan en un punto, creando una arruga de clara preocupación.

—Me gustaría saber si puedo llamarte Lu. Lucía me cuesta muchísimo, Lucy es muy típico, pero Lu es más… personal —dice mientras se deja caer de cualquier manera en el sofá.

—Por mí no hay ningún problema. Nunca nadie me ha llamado así —aclaro— ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte?

Por lo que me ha contado Karen, la mayoría del tiempo que David está entre rodajes, el trabajo es sencillo. Él es el que marca los horarios y el que decide cuándo te necesita. Nunca te llama de madrugada para que salgas a comprar helado, o para que le recojas de una fiesta, no es ese tipo de famoso. Tampoco es que conociese a muchos más, pero son las típicas cosas que se cuentan.

Veo cómo una sonrisa va abriéndose paso en su cara, dejando a la vista las arrugas propias de su edad.

—En realidad, creo que sí. Nos vamos a ir a pasar el día fuera para conocernos. Bueno, más bien debería decir que para conocerte a ti. Parece ser que tú sabes mucho más de mi vida de lo que me gustaría y, lo justo es justo.

No me pregunta, es una afirmación. Me encuentro a mí misma pensando en que no me disgusta la idea de pasar tiempo a solas con el hombre que está delante de mí. Y un escalofrío me

recorre entera. Asiento ante su expresión impaciente, ¿qué otra cosa podría hacer?, ¿empezar en mi trabajo diciendo que no?

—Dame un rato para que me duche, coja un par de cosas mientras sigues aprendiendo mi agenda de memoria. Cogeremos el coche —dice mientras se dirigía hacia su habitación.

—¿El coche? —pensé que estaríamos en su casa o en un restaurante, ¡no sé!—, ¿dónde vamos a ir?

No obtengo respuesta. La puerta de su habitación se cierra tras él y me sumo en mis pensamientos de nuevo. Mi teléfono personal vibra para avisar de un nuevo mensaje. María quiere saber cómo me va. Tras una escueta contestación avisando de que no sé cuándo voy a llegar a casa, pulso la tecla de enviar. Recibo un gracioso emoticono como respuesta.

El siguiente mensaje es de Karen. Ni siquiera he notado la vibración antes. Se disculpa por su llantina, y me pregunta si me siento cómoda. Le contesto que me voy a ir con David pero que no sé dónde. Un emoticono con una gran sonrisa y la frase «cualquier cosa puede pasar con David, disfruta» cierran su último mensaje.

Una vez que tengo claro los horarios de los primeros días y tras una corta llamada a Sam para presentarme, estoy un poco más preparada para seguir con mi día de trabajo. Me siento extraña y me acerco hasta la terraza. Me apetece tomar el aire y la mañana de Londres es perfecta para despejarse. Algo poco habitual para finales de marzo.

Aprecio las plantas, los tomates y las lechugas ,pero sobre todo, la paz que se respira en este lugar. No se oye el bullicio de los coches, y apenas pasa gente por la calle. Realmente es un barrio muy tranquilo.

—¿Estás lista, Lu?

No puedo evitar dar un respingo al oír su voz tan cerca de mí. Ni siquiera he oído la puerta abrirse. Me giro para responderle sin pensar en qué aspecto puede tener. Pero lo que me encuentro, me gusta bastante.

Su pelo, ahora húmedo, cae de cualquier manera sobre su cara. Está más rubio desde su última película, pero las mechas dan paso a su tono natural, un castaño claro mucho más bonito. Sus ojos grises resaltan con el bronceado de su cara y sus dientes están blanquísimos. Los labios forman dos finas líneas rosadas entreabiertas. Su nariz, grande, está más marcada que antes quizá por la disposición de su cabello. La barba que asoma en su mentón, le da un aspecto maduro muy interesante y contrasta con el color de su pelo.

Lleva unos pantalones vaqueros de color oscuro y unos zapatos de ante. Un jersey negro sobre una camiseta blanca, terminan el perfecto atuendo. Sobre su brazo reposa el típico abrigo inglés verde, resistente a cualquier tipo de lluvia, con el tan característico forro a cuadros. El olor que desprende es una mezcla de ropa limpia y perfume caro, que me deja algo descolocada.

Ahora que está vestido, parece más grande que en televisión. Me sorprende mucho verle plantado delante de mí, sonriendo, mientras yo termino de mirar cada una de las prendas que lleva. No dice nada, cambia el peso de pierna y pone los brazos en jarras, mientras la expresión de su cara pide una respuesta.

Miro de nuevo mi ropa. Yo me siento bien así, pero, al no saber dónde vamos, las dudas me acechan de repente.

—¿Necesitas que te lleve a casa para que te cambies? —dice al adivinar qué estoy pensando.

—En realidad me siento cómoda, solo que no sé si voy vestida para donde sea que vayamos a ir—acompaño mi frase mirándole firmemente a los ojos, esperando alguna muestra de piedad.

—Lo que importa es que vayas cómoda. ¿Te gusta pasear? —añade, mientras repasa sus bolsillos buscando algo.

—Sí, ¡mucho!, aunque llueva. Cuando hay una lluvia fina y puedes resguardarte bajo el paraguas, mientras todo está en silencio, esos son los paseos que más me gustan —añado mirando al cielo despejado del Londres de marzo.

—No parece que tengamos un mal día aquí, cuando lleguemos a Bath, veremos qué tiempo hay. —Me guiña un ojo como quitándole importancia a su confesión.

—¿Bath?, ¿Bath el de Jane Austen? —Mi parte fanática de la escritora no puede reprimir la emoción.

—Pues sí, creo que no hay ningún otro. Desde luego, es un marco incomparable. Creo, por tus palabras, que no lo conoces…

—¡No!

Como una niña emocionada me encuentro a mí misma en medio de la terraza de mi jefe, dando estúpidos saltos y aplaudiendo ante la idea de ir a Bath.

David se queda plantado con la mano en uno de los bolsillos traseros del vaquero. Una extraña expresión cruza su rostro mientras su boca se entreabre. Ceso mi celebración de inmediato, me subo las gafas, y me dispongo a meterme en mi papel profesional. Paso junto a él, mientras termino de recoger las tazas de café. Sin mencionar palabra, me dirijo hacia la salida cogiendo mi abrigo y mi bolso del armario. Me mantengo en silencio, esperando a que me alcance para irnos juntos rumbo a Bath.

CAPÍTULO 11

David

Su expresión me ha dejado fuera de juego. En un momento parece una perfecta profesional y al segundo después, su parte más juvenil sale a relucir. Esa frescura me recuerda mucho a la que veo en María y, fuera de molestarme, me ha resultado enriquecedora. Tener a una persona a mi lado capaz de entusiasmarse por viajar a Bath, es justo lo que necesito. Nueva energía, ganas y una personalidad que amenaza con ser arrolladora.

No sé si la asusto al quedarme tan sorprendido por sus saltitos, pero, de repente, desaparece de mi vista. Tengo el tiempo justo para ver cómo cuadra los hombros mientras se sube sus grandes gafas, apretándose el puente de la nariz. Termino con mi rutina de repasar los bolsillos: móvil, llaves de casa, llaves del coche, dinero en efectivo, gafas de sol o paraguas. Es lo único en lo que varía levemente, pero el gesto siempre acaba siendo el mismo.

Al llegar a la salida veo cómo termina de ceñirse el abrigo, con el bolso al hombro. Siento que tengo que decir algo, está muy seria o preocupada. No sabría identificar su gesto de manera concreta, pero algo le pasa. Al final, es el silencio el que gana la batalla.

Abro la puerta mientras le pido que salga delante de mí y pulso el botón del ascensor. Una pequeña sonrisa en su rostro hace que me sienta un poco menos preocupado que segundos atrás.

El ascensor nos lleva directo hasta el garaje. Me acerco hasta el todoterreno que utilizo siempre que existe la posibilidad de tener que atravesar algún camino rural, dejándola a mi espalda. Hago que pite y se ilumine al tocar el botón y le abro la puerta. Ella se queda plantada, mirando el interior del vehículo y mi cara, alternativamente.

—Es un coche muy grande —dice, como si no fuese algo obvio.

—Y muy inglés, como yo. Hay un par de lugares que me gustaría enseñarte y necesitaremos un coche que no patine con el barro —digo mientras le tiendo la mano para que suba.

Ya había percibido su pequeño tamaño. Primero, cuando posó su mano sobre la mía y luego al verla en la terraza. Ahora, al lado del coche, sí que parece un vehículo mucho más grande. Después de quitarse el abrigo sube al todoterreno y yo cierro la puerta, mientras ella se abrocha el cinturón.

Ya situado en el lugar del piloto, dudo entre crear conversación o poner música. Marco el punto exacto en el GPS para que calcule la mejor ruta para salir de la capital según el tráfico, y una vez fuera del garaje, simplemente decido dejarme llevar.

—¿Conoces mucho sobre Bath? —pruebo con una pregunta fácil.

—He visto fotografías, he leído sobre la ciudad y la zona y bueno, sé que es una ciudad preciosa —dice tranquila, mientras observa Londres pasando por la ventanilla.

—Yo diría que es la más bonita de Inglaterra —sentencio, fijando mis ojos en su cara, mientras dura el semáforo.

—¿En serio?, te imaginaba más como un urbanita.

—Soy un chico de campo, eso siempre estará en mí. Bath es historia viva, es preciosa y además está muy cerca de Londres. Para mí es la definición de un lugar perfecto.

Asiente y una sonrisa cubre su rostro. Aprovecho para refrescar mis conocimientos sobre la ciudad que estamos próximos a visitar y me pongo en plan guía turístico.

Le cuento que está declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Además, es considerada el epicentro de la arquitectura georgiana y conocida por sus aguas termales y sus vestigios romanos que contrastan con sus tiendas sofisticadas, sus refinados restaurantes y sus deliciosos rincones. El río Avon es siempre un precioso telón de fondo, presente en la historia de la ciudad.

Una vez que hemos entablado una conversación, más o menos seguida por los dos, decido comenzar a preguntar. Aún quedan unas dos horas hasta que lleguemos a nuestro destino.

—Bien, ¿por qué aceptaste el empleo? —pregunto sin perder un segundo más.

—Me gustaría poder tener una respuesta clara para esa pregunta, pero no es así. Podría decirse que por el incentivo de viajar.

—¿Imaginaste que trabajarías para mí? —continúo, sin dejar de mirar los coches que nos rodean.

—No, en ningún momento me han dado pista alguna sobre quién sería mi jefe.

—Y ahora que sabes que tu jefe soy yo, ¿cambiarías de opinión sobre el empleo? —esta es la pregunta que quería hacerle. Si la veo dudar, todo esto se termina.

—No —dice sin más.

Asiento levemente, mientras me cambio de carril. El cielo parece encapotarse siguiendo la estela de mis pensamientos.

—¿Qué esperas de este trabajo? —continúo el interrogatorio.

—Son muchas preguntas para llevar trabajando apenas unas horas.

—Supongo que Karen te habrá dicho que no quiero dudas, que quiero saber que puedo confiar en ti y que, realmente, estás interesada en el puesto.

Esta vez no responde, se mantiene firme en su postura mientras mira por la ventana. La oigo coger aire y entonces sé que va a decir algo.

—¿Sabes?, podría decir que te conozco por lo que he leído sobre ti a lo largo de mi vida. Pero eso sería muy pretencioso. Prefiero conocer qué clase de persona eres, saber si puedo ser el apoyo que necesitas y si podemos confiar el uno en el otro. Soy una persona muy discreta, David. Y aunque nunca haya sido la asistente de nadie, creo que puede ser un trabajo interesante. Siempre que no seas como se supone que han de ser las estrellas de cine —responde, girando su cara hacia mí.

—¿Y cómo se supone que tenemos que ser las estrellas de cine? —pregunto, obligándome a no levantar la vista de la carretera y para leer sus ojos.

—Petulantes, engreídos, caprichosos, inmaduros y, sobre todo, personas que se piensan que, por la cantidad de dinero que tienen, son dueños de las personas que trabajan para ellos.

—Es un vocabulario muy rico para alguien que no es una nativa —digo, intentando parecer divertido.

—Bueno, una sabe cómo usar un diccionario —afirma mientras guiña un ojo cuando la miro de soslayo.

La siguiente pregunta que me apetece verbalizar, se resiste a salir de mis labios. Aprovecho para poner la radio y una de mis canciones favoritas nos envuelve en su melodía.

—¿Qué es lo que, se supone, has leído sobre mí? —pregunto, finalmente.

Veo que golpea levemente su cabeza contra el asiento, como queriendo fundirse con él. Esta no se la esperaba.

—Que tu fama llegó muy tarde. Que eres un actor con mala suerte, pese a que tienes mucho talento. Que eres muy enamoradizo, que te encanta la naturaleza y los animales, pero también los

lujos de grandes ciudades como Londres o Nueva York. Además, creo que la prensa no te hace ningún favor hablando solo de tu belleza y dejando a un lado tu calidad como actor. Parece ser que también eres una persona muy solitaria y que tu última relación te dejó tocado.

—Y, de todas esas cosas que has leído, ¿cuál crees tú que encaja con la realidad?

—Es mi primer día de trabajo y eres mi jefe. Soy lo suficientemente lista como para no dar una respuesta a esa pregunta. —Está girada hacia mí y puedo percibir su sonrisa pese a estar mirando al frente—. Además, no he mencionado nada que sea realmente malo para ti, puede que haya seleccionado la información que más me gustaría que tuvieses como persona. Para ser mi jefe, claro.

—¿Lo de la belleza también es parte de eso que te gustaría que tuviese? —digo muy rápido, evitando que tenga tiempo de pensar.

—Cualquiera que no pueda ver tu belleza exterior, a simple vista, solamente podría ser invidente —lo ha dicho tras cuadrar de nuevo los hombros, queriendo parecer más profesional.

—Te han delatado tus mejillas —digo, señalando hacia su cara.

—¿Perdón? —dice agitada.

—Te ha traicionado el rubor de tus mejillas. Has querido parecer muy profesional al darme la respuesta, pero tu vergüenza por el tema en cuestión ha salido a la luz. Eso puede ser porque realmente me encuentres atractivo o porque me estás mintiendo a la cara. —Agito la mano, como quitándole hierro al asunto. Este juego me está divirtiendo.

—Parece que sabes leer muy bien a las personas.

Con esa respuesta ambigua que sale de sus labios, estaciono el coche en el lugar más alejado de la gente.

Bajo del coche y, con un par de zancadas, alcanzo la puerta antes de que ella se dé ni cuenta. Al verme a través de la ventanilla, se sorprende. Abro y le ofrezco la mano para bajar del mastodóntico vehículo. Cuando se me pasó por la cabeza la idea de pasar el día con Lu, Bath acudió a mi mente como la mejor idea del mundo. Ahora mismo, no me parece tan buena idea estar expuesto a los medios, con una persona desconocida y siendo una mujer. Me planto las gafas de sol raudo e intento calarme bien el abrigo, para ver si puedo esconderme y pasar inadvertido.

—¡Vaya! —la oigo de fondo al otro lado del vehículo.

Se ha asomado a la esquina de la calle desde donde puede apreciar el río. Ahora podemos comenzar un paseo muy agradable para conocer la pequeña villa.

—El río Avon, uno de los encantos de Bath. Si te fijas en la otra dirección, verás las barcazas en las que vamos a subir.

—No me gusta mucho eso de navegar, me hace sentir mal —lo ha dicho intentando explicarse con alguna palabra que no ha encontrado en su mente.

—¿Te mareas navegando? —asiente—. No te preocupes, estas barcazas no se mueven apenas, es un paseo agradable que nos hará conocer la ciudad desde esta perspectiva, para que luego decidas qué quieres visitar.

—¿Yo? No tengo ni idea de qué se puede ver aquí. —Me fijo en que ha inhalado el riquísimo olor que nos envuelve y no sé si tendrá hambre.

Sin mediar palabra me pongo en marcha esperando que sus pequeñas piernas puedan seguir mi ritmo. Estoy tan acostumbrado a oír de fondo los tacones de Karen, que tener esas pisadas amortiguadas detrás de mí me parece muy raro. Observo la tienda antes de entrar y veo que hay unos pocos turistas de mediana edad que parecen inofensivos. Es el momento de la prueba de

fuego.

—Vamos a coger provisiones y así luego podemos parar un poco más tarde para el almuerzo, intentaré que sea con un horario más español. Entremos. —Sujeto la manilla de la famosa tienda para que pueda pasar.

Estamos en Sally Lunn, una preciosa pastelería que esconde uno de los grandes secretos de Bath. Me quedo plantado en la puerta con Lu escondida detrás de mí. Los turistas se giran y nos observan, una chica sonríe tímidamente pero no me han reconocido. Respiro más tranquilo.

—La leyenda cuenta que, en el año 1680, una mujer llamada Sally empezó a hornear una especie de pan más grande de lo habitual y muy rico. Utilizando huevos frescos, mantequilla de los granjeros locales, así como un poco de leche, empezó a servir este peculiar pan en las casas de desayuno y en los *afternoon tea.* La receta es aún secreta y solo se puede adquirir aquí, hay gente que viene de todo el país para poder probarlo —digo de carrerilla en voz baja esperando que haya podido entenderme.

—Ya veo, huele de maravilla, desde luego —sonríe mientras me mira, pero con ojos ansiosos busca en la tienda alguna muestra del maravilloso pan de Sally—, ¿y lo podemos pedir para llevar?

—No habrá problema. Ahí enfrente pediremos el té. Toma las llaves del coche, verás que hay botellas de agua y un par de termos que Karen siempre lleva en el maletero; así podremos llevarnos el té en ellos. Cógelo todo, pide el té y yo te esperaré aquí, que parece que tenemos para rato. —Estoy empezando a ser yo con ella, espero que no le parezca mal.

Asiente muy convencida, pero algo le frena en la puerta, me mira, mira las llaves del coche y veo que aprieta los labios. Me acerco a ella y le entrego unas libras disimuladamente, excusándome por no haberme dado cuenta antes de que no hemos cogido el sobre que ha dejado Karen con el dinero para este tipo de gastos.

Los turistas tardan mucho en pedir. Cuando terminan y justo cuando me están entregando el paquete, aparece Lu cargada con una pequeña mochila en la que, supongo llevará todo lo que le he pedido. Asiento ante su aparición y salimos a la calle juntos, no sin antes volver a mirar a mi alrededor para observar si alguien se ha percatado de mi presencia.

CAPÍTULO 12

Lucía

El paseo en barca ha sido tan agradable como me había vendido David. Me he dado cuenta de que siempre está en tensión, mirando a su alrededor. Me imagino que eso es la fama, vivir con el miedo a que alguien te estropee los planes y te robe tu privacidad. He visto un par de mujeres que lo repasaban de arriba abajo mientras cuchicheaban entre ellas. No me ha parecido que le hayan reconocido, pero sí que les gustaría mirarle más de cerca.

Al bajar de la barca, con el estómago lleno y el cuerpo entibiado gracias al té, comenzamos una agradable caminata hacia el centro de Bath. Me alegra recibir un chute de historia de alguien que adora la ciudad. Hemos podido visitar las termas romanas y me ha llamado la atención el color de sus aguas. Me ha dado unos peniques para poder tirar al pozo de los deseos y, estaba tan eclipsada por la belleza, que no recuerdo haber pedido nada. El puente Pulteney me ha transportado al mundo de las sombrillas y los vestidos de Jane Austen. En la puerta del centro que lleva su nombre, me he hecho un par de fotografías con un cartel suyo a tamaño real, que atesoro en mi móvil como la lectora empedernida que soy. Hemos dejado la visita al interior para otro momento, aunque David ha insistido en entrar. La abadía me ha dejado impresionada, no esperaba el tamaño y el aspecto.

Mientras paseamos por la calle comercial de Bath y admiro todas las tiendas que veo a mi paso, me doy cuenta de que comienzo a estar muy cansada. Me duelen los pies entre tantos adoquines y tengo un poco de frío.

—David, ¿podríamos parar un rato? Estoy un poco cansada y empiezo a tener mucho frío.

Un David ausente, sumido en sus pensamientos, asiente mientras otea el horizonte.

—Conozco el lugar perfecto. Déjame hacer una llamada y en menos de media hora, estaremos sentados en la mesa —dice quitándose las gafas y sacando el móvil del bolsillo de su abrigo.

De nuevo, observo mi aspecto y el suyo. Parece leer mis pensamientos cuando sonríe guiñándome un ojo y se aleja con el aparato pegado ya a la oreja. Me olvido de David y entro en una tienda de recuerdos observando todas las cosas que tienen de la escritora a la venta.

Decido comprarme algo que pueda atesorar siempre, de mi primera visita a esta hermosa ciudad. En ese momento soy consciente de que no será la última. Me compro un libro que contiene las cartas secretas que Jane escribía a modo de diario y, justo al ir a pagar, veo algo que me hace reír y lo compro para David.

En el exterior, observo que está terminando su llamada con una gran sonrisa en la cara. Da una palmada, algo que parece ser un gesto muy suyo, y dirige sus pasos hacia mí.

—Junto con Karen, mi madre y mis hermanas son las mujeres más importantes de mi vida. Van a comer con nosotros, de hecho, vamos a ir a comer con ellas.

Me acabo de quedar muda, el primer día de trabajo estoy conociendo a algunas de las personas importantes en la vida de David, y me siento abrumada. Asiento mientras recuerdo el bulto envuelto en papel de regalo que tengo en mi mano y que acabo de pagar.

—Toma, he comprado esto para ti. Me ha hecho mucha ilusión encontrarlo aquí, precisamente contigo. —Extiende su mano con el calor subiendo a sus mejillas.

—No hace falta sobornar al jefe el primer día. Pero, para que lo sepas, me encanta el jamón de

tu país —dice mientras comienza a quitar el papel con rapidez.

Al ver lo que es, una sonrisa envuelve su rostro y una carcajada sale de su garganta. Suena tan alto, que ahora sí que hemos llamado la atención de la gente.

—Cuando viví hace años con María, estábamos enganchadas a la serie de la BBC en la que salías. Ya sabes, la que está basada en uno de los libros de Austen, y al ver el imán, no me he podido resistir. Esa fue la primera vez que te vi en televisión.

He intentado sonar profesional, pero, al final, un deje de añoranza ha envuelto mis palabras.

—No sabía que seguían vendiendo este tipo de cosas, muchas gracias por pensar en mí. Suelo guardar recuerdos de todos mis proyectos, pero no tenía nada como esto. ¡Verás cuando lo vean mis hermanas!

Me ofrece el brazo y me quedo un poco parada. Al final me infundo valor y enhebro el brazo como decimos en Madrid, mientras caminamos rumbo al coche.

Me da pena dejar Bath a nuestra espalda, pero la visión que hay de la ciudad desde este camino lleno de barro, me deja sin aliento. He hecho más fotografías que en toda mi vida. Está comenzando a oscurecer y no entiendo cómo, la familia de David, puede comer a esta hora tan tardía. ¿Les habría avisado él?

Después de unos cuantos baches que me han hecho soltar un par de tacos en español que a David le han hecho mucha gracia, llegamos al final del trayecto. Estamos ante una casa de una planta, con caballerizas y lo que parece un granero a la derecha y un gran huerto a la izquierda. Tiene una enredadera que no está en su mejor momento y árboles que amenazan con ser una preciosidad, pero que tienen muy pocos brotes para la época en la que estamos. De la chimenea sale humo y no puedo reprimir las ganas de sacar una foto. Me avergüenzo de inmediato al darme cuenta de que es la casa de los padres de David.

—Mi madre se va a sentir muy orgullosa cuando le diga que has hecho una foto de su casa. La heredó de mis abuelos y tanto mis hermanas como yo, nos hemos criado aquí. De hecho, todos nacimos en esta casa. Mi padre tiene viñedos en Estados Unidos y mi madre ha sido maestra en Bath desde siempre. Se conocieron aquí, se casaron en la abadía y así de ligada está mi historia a esta preciosa ciudad. Mi padre lleva el negocio vinícola desde aquí, aunque siempre hemos viajado mucho a California hasta que murieron mis abuelos. Bueno, entremos ya, que tengo un hambre que me comería un caballo —me dice mientras sujeta la puerta la puerta y me ofrece la mano para saltar del coche.

De repente se abre la puerta de la casa y una mujer pelirroja, de unos sesenta años sale con una amplia sonrisa. Ya puedo adivinar de dónde le viene la sonrisa y los ojos a David.

—Me estás malacostumbrando con tantas visitas seguidas, cariño. Pasad, he tenido que engañar a tu padre más de cien veces para que no devore la comida. Espero que hayáis podido pasear por Bath con calma, y que merezca la pena tomar el almuerzo a la hora del té. ¡Tú debes de ser Lucía! —Ha hecho un gran esfuerzo al pronunciar mi nombre, pero la mirada serena que me transmite me ha dado mucha paz.

—Así es, señora Kane, lo pronuncia usted a la perfección. Permítame que diga que su casa es de película. Me ha enamorado desde que la he visto al principio del camino. Incluso le he tomado una fotografía de recuerdo, no pienso compartirla con nadie —me apresuro a decir, antes de incumplir alguna de las normas del contrato.

—Mamá, como ves, esta es mi nueva asistente y espero que amiga, Lu. Lu, esta es Jane Kane,

antes Brown, mi madre.—Mi madre me mira extrañado ante el diminutivo que le regalo a mi empleada—. Yo no lo pronuncio tan bien como tú, prefiero abreviarlo. ¿Están mis hermanas?

—No, mi amor, Emily ha tenido que salir al hospital por una urgencia. Mel directamente tuvo que rechazar la invitación, puesto que tenía una reunión en el despacho por los problemas de producción de los viñedos. Supongo que eso hace posible que tu padre pueda estar con nosotros. Pasad ya, supongo que estarás helada, Lu.

Agradezco la invitación pese a tener un terrible dolor de cabeza. Llevo todo el día hablando en inglés y midiendo las palabras. Me resulta agotador tener que estar pensando qué decir cada momento, aunque cada vez me siento menos tensa y más agradecida de haber dicho que sí al empleo. Solo por este día ha merecido la pena tantos nervios.

Si la casa parece de postal, la mesa que tenemos ante nosotros es de revista de decoración. La chimenea encendida de fondo me ha aportado la tibieza que necesitaba al quitarme el abrigo. Me indican dónde está el baño para que pueda asearme y veo desaparecer a David tras el umbral de una gran puerta.

Es el primer descanso que tengo a solas desde esta mañana y ahora es cuando todo el cansancio del día y la tensión acumulada cae sobre mí. Un bostezo me envuelve como pidiendo ese café de después de comer que mi hora española marca. Al salir, están todos en la mesa disfrutando de una copa de vino. Al verme llegar, David se levanta y rodea la mesa para separar mi silla e invitarme a sentarme mientras me presenta a su padre, David *Senior*. Ahora también sé de dónde ha adquirido David su tamaño, su planta y su precioso color de pelo.

—Estamos encantados de conocerte en persona, Lucía. Nos alegramos mucho de que hayas llegado a tiempo para acompañar a David en la promoción —dice su padre, mientras llena mi copa de vino.

—Si Karen ha puesto sus esperanzas en ti, yo ya puedo respirar tranquila. David, sin una mujer a su lado que sepa llevarlo, se vuelve un poco loco. Supongo que ya conoces la historia y no hace falta que te cuente muchos detalles. —Las palabras han surgido con un tono de madre autoritaria que me deja atónita.

—Sí, señora Kane, estoy al tanto —atino a decir.

—Mamá, ya sabes que necesitas mucho más para sacarme los colores. Yo también estoy muy contento de poder contar con ayuda de nuevo, que Karen pueda llevar su embarazo con calma y de los buenos resultados que está arrojando la película. Por todo ello, quiero brindar con vosotros. —David nos pide que nos levantemos.

Brindamos entre sonrisas y se me escapa un chin chin que tengo que explicar y que entienden a la primera mientras ríen las ocurrencias españolas.

—Jane, quizá no deberías beber más con el estómago vacío. Luego tendrás una terrible jaqueca —dice el padre de David.

—Sí, querido, esta será la última. —Ella retira su copa de vino y bebe un largo trago de agua.

Esto me ha servido para hacerme un esquema mental como la ingeniera que soy, de la vida que ha podido llevar David aquí y conocerle un poco más.

CAPÍTULO 13

David

Terminamos de comer a una hora indecente para mis padres, cerca de las cinco de la tarde. Ha caído el sol y ha refrescado bastante. Me ha entrado una modorra sentado en el sillón frente a la chimenea, que me da una pereza enorme tener que conducir de vuelta a Londres. Apenas he probado la copa de vino, pensando ya en el trayecto de vuelta.

—Espero que hayáis disfrutado de la comida, me lo he pasado bomba montando la mesa como en Navidad. Lucía, ¿el café está bien así? Seguramente te parezca un poco clásica, pero no me gusta el café y he seguido las instrucciones que me dio David por teléfono. Es el único que toma café en esta casa.

—Mamá, lo dices como si fuese una especie de pecado. Hay vida más allá del té que, por cierto, sabes que también me gusta. El café combina mejor para las dietas y el deporte, ya lo sabes.

—Te has quedado muy delgado después de este rodaje, con la edad que tienes, deberías ir pensando qué papeles rechazar. No puedes seguir castigándote así en el gimnasio, hijo.

Mi madre siempre está preocupada por mis cambios físicos, si me tengo que dar mechas o ponerme lentillas para algún papel, si ella supiese lo que estoy a punto de contar…

—Bueno, pues parece que las productoras no opinan como tú, mamá, y que estoy en una perfecta forma para mi siguiente papel. Está previsto que comencemos el rodaje a mediados del próximo año, en El Cairo.

—¿Egipto?, no me imagino qué papel te han podido ofrecer para tener que pasar ese calor —dice mi padre.

—Uno muy británico —es lo único que digo seguido de mi sonrisa más canalla.

Mis padres se miran, asienten y de repente veo que mi madre abre mucho los ojos. En su mente ya está visualizando lo que ocurre.

—¡No puede ser, hijo! ¡Ay, David, que me da algo! ¿Eres el nuevo Bond? —Mi madre es una forofa de este personaje, ha leído todos los libros y su favorito siempre ha sido Roger Moore.

—Así es, mamá —una sonrisa se me escapa, no puedo ser más feliz—, después de tres *castings*, tres negativas y tres excusas absurdas, han sido ellos los que han llamado a mi puerta para ofrecerme el papel. La condición es ver qué resultados arroja la promoción de mi última película. Así que he decidido que no voy a coger más proyectos para estar sereno, prepararme en cuerpo y alma para el papel, y entrenar para las escenas de acción. No quiero dobles —digo de carrerilla mientras me reclino en el sillón ante la mirada atónita de Lu.

Creo que es la primera vez en toda mi vida que he dejado sin palabras a mis padres a la vez. El orgullo asoma en mi padre, se le ha hinchado el pecho y le veo esconder su sonrisa tras la taza de té, pero mi madre está roja. La emoción de pensar en que seré yo el que voy a encarnar al hombre por el que lleva suspirando toda su vida, la ha superado.

—Ya sabéis que todo esto es secreto hasta que podamos hacer un comunicado oficial. Ha sido el último movimiento magistral de Karen antes de irse. Ella misma habló con Daniel Maig para saber si su retirada era cierta. Además, me han subido el sueldo porque Karen no admitía menos que Maig y, bueno, digamos que estamos hablando de dos películas por el momento. La idea de

un Bond ya maduro, es algo que les lleva persiguiendo tiempo. Pero Maig es demasiado maduro, según la productora. A mí me acompaña esta cara de ángel de treinta años y el cuerpo aún no cansado. Según Karen, Daniel estaba harto de dietas, de sastres, de no poder disfrutar de su familia y de no ver crecer a sus hijos. Así que es una negativa rotunda que seguir y no han debido encontrar a nadie mejor.

—No soporto tu falsa modestia, hermanito, sabes de sobra que lo que te ha dado el papel son todos tus vídeos sin camiseta en redes sociales. —Mi hermana aparece de la nada y se sienta sobre mis piernas en el sofá—. Lo siento, huelo a muerto. Pero es que no ha sido un buen día en urgencias y no me ha dado tiempo a pasar por casa.

—Emily, coge algo de ropa de la que dejaste aquí y ponte cómoda. Ahora te presentamos a Lu —dice mi madre, tan práctica como siempre.

Aprovecho para observar a mi asistente, a la que se le ha descolgado la mandíbula en varias ocasiones. Cuando ha visto llegar a mi hermana se ha dado un susto de los buenos, creo que nadie se espera ver semejante belleza nunca. Mi madre es bellísima, pero mi hermana podría ser modelo si quisiera. Es casi tan alta como yo y tiene unos rasgos nórdicos con unos ojos gatunos que te dejan helado. Reina Elsa la llaman en el trabajo, haciendo alusión a la película que tanto gusta entre los críos.

Creo que no se cree el bombazo que acabo de soltar, no me lo creo ni yo. Pero, acostumbrado como estoy a todos los palos que me he llevado en esta profesión, quiero seguir sereno y manteniendo los pies en el suelo. Mi hermana aparece de nuevo, con el pelo húmedo y sin restos de cansancio.

—Lucía, soy Emily Kane, encantada de conocerte. Siento mucho por lo que estás pasando. —Mi hermana, la payasa de la familia.

—Encantada, supongo, no sé. —Lu se ha quedado sin palabras.

—Lu, no le hagas caso a la imbécil de mi hermana, te lo dice porque eres mi asistente, parece que te está dando el pésame porque has perdido a alguien.

—Sí, ha perdido su vida y su libertad. Y pronto va a perder las ganas hasta de levantarse de la cama, tirano —dice mi hermana mientras toma una taza de té y mordisquea una de las galletas que ha hecho nuestra madre.

—¿Cuáles son los planes a partir de ahora, David? —Mi padre se incorpora en su asiento y frunce las cejas en ese gesto que compartimos.

—Lu, ¿podrías ser tan amable de explicarle nuestra agenda para los próximos meses a mi padre? Como ayer te la aprendiste de memoria, yo voy a ejercer de mero espectador. —Ahí está, mi yo arrogante.

Lejos de amedrentarla, Lu se crece y comienza a relatar nuestro periplo. Me sorprende su memoria, pero me sorprende más aún que recuerda hasta con qué parte del reparto nos vamos a juntar en cada zona. El único que repite en todas, soy yo. No sé si es bueno o malo, pero he decidido rechazar un par de proyectos para centrarme en la promo de esta película. He acabado agotado después de más de ocho meses de gimnasio y dietas previas al rodaje y no sé cuantas semanas de frío espantoso en Hungría rodando entre nieve, con los dedos y las pelotas congelados todo el tiempo.

Me doy cuenta de que Lu, que ha pedido permiso para descalzarse hace un rato, se hace una rosca en su sofá y una idea se me cruza por la mente.

—Mamá, ¿te importa que nos quedemos a dormir? Estoy cansado, Lu está agotada y no me

apetece conducir todo el camino de vuelta a Londres.

—Claro, hijo, sabes que vuestras habitaciones siempre están listas. Pero quizá deberías preguntarle a Lu si se puede quedar a dormir, si le apetece y esas cosas. Los horarios de trabajo son para algo, David.

Una Lu sonrojada se queda un tanto atónita ante la mirada de mi madre, pero enseguida responde:

—Pues no tengo problemas, señora Kane. Avisaré a María para que no se preocupe, pero no tengo ropa ni pijama, ni... bueno, cepillo de dientes y cosas básicas. Salvo eso, no veo problema. —Me devuelve una mirada retadora que yo recojo con una sonrisa.

—En el coche, junto a la bolsa que has cogido con los termos, hay una mochila con ropa mía y de Karen que no llegó ni a estrenar. Quizá no sea exactamente de tu talla, pero te aseguro que es cómoda. Puedes ir al coche a buscarla —digo mientras le tiendo la mano con la llave.

Veo sobrevolar una mano sobre mi cabeza cuando recibo una colleja de esas que solo mi hermana me puede dar mientras comienza a hablar.

—Que yo sepa, hermanito, tienes las piernas en el mismo sitio que el resto de los seres humanos. Muévelas y llevarán tu culo hasta el coche. Traes la bolsa a tu invitada y la tratas como a una reina si quieres que te dure como empleada. Disculpa a mi hermano, Lu, él es así de cómodo. Mira que le hemos tratado como a una más, pero el gen macho alfa le sale de vez en cuando.

—No me importa ir al coche, así me despejo un momento que creo que me voy a quedar dormida con el calor de la chimenea. Aprovecho y llamo a María, dame las llaves, David —me pide Lucía extendiendo su mano hacia mí, un tanto incómoda.

Le entrego las llaves y me acerco con mi madre a las habitaciones de mis hermanas para ver dónde instalamos a Lucía. Mi madre está refunfuñando por lo bajo cuando aparezco por la puerta.

—¿Y si te pasa algo? Ya no tienes veinte años, David, no tienes edad para hacer un papel tan demandante como el de James.

—Mamá, de la gente con la que me muevo me puedo esperar que me llame viejo, oxidado o *vintage*. Pero de ti, madre, de ti me duele en el alma y sé que no es lo que me quieres decir en realidad. Habla, madre, que nos conocemos desde hace casi cuarenta años.

—Tienes razón, hijo. Tengo miedo de que no salga el papel y te vuelvas a hundir. Tengo miedo de no poder ayudarte porque sé que, en parte por mi culpa, ser James Bond es el papel de tu vida.

—Mamá, tengo los pies en el suelo, sabes que acudo a terapia siempre que puedo, además, siempre que veo que las cosas se me van de las manos. Me encuentro muy bien con mi cuerpo, con mi mente, no estoy pasando hambre, duermo un montón y ahora tengo a Lu.

—¡No pongas en sus hombros una responsabilidad tan grande, David! Es una chica que no sabe nada de este mundo, y Karen necesita recuperar la totalidad de su vida desde ya. Tienes que verlo venir, tienes que frenarlo si llega, tienes que mantener el contacto o hacernos una señal en las entrevistas que veamos por televisión si te ves superado, tienes que poder con todo. Si no, es que no es tu papel, es que no es tu momento. Tu vida es lo más preciado que tienes, hijo. Ni una mujer, ni un trabajo… ¡nada!, debe hacerte perder tu luz. Sigues sin ser el David que eras antes de Claire.

Que haya tardado tanto en sacar a relucir a Claire me sorprende. Mi ex era buena chica, pero

no pudo con todo este tema de los fotógrafos y no tener vida. Era mucho más joven que yo y, desde que se habló de nuestra relación, no tuvo más que problemas. Trasladó su residencia a Los Ángeles y conseguimos estar tranquilos unos meses, pero mi estilo de vida pudo con ella y me dejó. Lo hizo lo mejor que pudo, pero yo no lo llevé bien, no fue fácil hacerme a la idea. El día que me dijo que se volvía a Inglaterra, yo tenía en mi cuerpo el peso de muchas horas de rodaje y noches en vela y no supe reaccionar a tiempo. Todavía arrastro esa pena en mi corazón, y a veces, puede más que yo.

—Mamá, no tengo la menor intención de tener pareja ahora mismo. Mi familia, mi trabajo y mi salud es en lo que estoy centrado. Mi corazón solo tiene amor para mis cuatro mujeres favoritas del mundo. Bueno, cinco si contamos con María y sus deliciosas tortillas de pa…

—Seis, somos seis mujeres, a ver si aprendes a contar, enano —mi hermana y sus apariciones —, mamá y yo, Mel, Karen y María eso hacen cinco, con Lucía SOMOS SEIS, a ver si te crees que se nos ha escapado las sonrisas que te gastas con tu nueva asistente.

—Ya sabes que tengo mis trucos, cuando uno no es tan guapo como la princesa de hielo, tiene que hacerse valer. No busco nada especial con mis sonrisas, la mayoría son sinceras, pero tengo que evitar que se vaya corriendo. Es una fan, fíjate en lo que me ha regalado hoy mismo. —Saco orgulloso el imán del bolsillo del tejano—. Dice que fue la primera vez que me vio y es una gran lectora de Austen. Y la he traído a Bath.

Acompaño mi argumentación encogiendo los hombros frente a mis dos mujeres, y ellas ponen los ojos en blanco mientras me tiran un par de almohadas.

Lu aparece de la nada con cara cansada. Le ofrezco unas toallas y le explico que puede quedarse en la habitación de Emily que es la más caliente, porque ella vuelve a su piso. De hecho, se despiden y veo que mi hermana le deja un papel y le susurra algo al oído que Lu parece no comprender.

—Si no es posible, me gustaría darme una ducha y descansar un poco antes de la cena —dice mi asistente, dirigiéndose a mi madre.

—Claro, hija, ven, te digo dónde está el baño. Revisa lo que llevaba Karen y hay ropa de las chicas por aquí y cosas de aseo. Si necesitas cualquier cosa, David se acerca en el coche a comprarte lo que sea —dice mi madre mientras me dirige una de sus miradas de odio.

—Sí, Lu, David irá —contesto intentando sacarle una sonrisa a mi asistente, que parece más decaída por momentos.

—Gracias, creo que tengo de todo —dice mientras desaparece por el pasillo tras mi madre.

CAPÍTULO 14

Lucía

Cuando Jane se retira y me deja en la habitación de Emily, me encamino hacia el baño que me ha indicado. Tenía muchas ganas de quedarme a solas y quitarme la ropa.

El chorro de agua me hace relajar hasta los dedos de los pies. Hacía tiempo que no sentía este cansancio.

Karen es un poco más alta que yo, pero creo que la ropa que había comprado para ella, aún con la etiqueta puesta, me puede resultar cómoda. El champú con el que masajeo mi cuero cabelludo huele maravillosamente, no conozco la marca, pero la memorizo para comprarlo.

Permanezco bajo la ducha más tiempo del que debería hacerlo una invitada, pero lo necesito.

Al salir me envuelvo en una de las toallas más grandes que he visto en mi vida que huele tan bien como el resto de la casa. Es una mezcla de lavanda y cítricos que no sé diferenciar con exactitud. Cuando dejo caer la toalla y me dispongo a aplicarme la crema en el cuerpo, la puerta se abre de pronto. El grito que profiero deben haberlo oído desde Madrid con total seguridad.

—¡Joder! —Un David tan confuso como yo no sabe qué hacer—. ¿Por qué estás en este baño? El de mis hermanas es el del fondo, la puerta rosa, debería ser fácil de reconocer por otra mujer. Toma, tápate que te vas a quedar helada —dice, mientras a la velocidad de un perezoso y revisando mi cuerpo de arriba abajo, me tiende la toalla que yo misma acababa de dejar caer a mis pies hace unos segundos.

—Ha sido tu madre quien me ha indicado esta puerta y quien me ha pedido que utilice este baño por algo sobre las tuberías del otro que no he podido comprender. ¿No sabes llamar a la puerta, David? —intento sonar lo más digna que puedo, pero siento la rojez hasta la raíz del pelo.

Me envuelvo en la toalla y ya estoy lista para escuchar su disculpa.

—Para ser justos, estamos en igualdad de condiciones. Ahora ya no tenemos secretos el uno para el otro —dice mientras mete sus manos en el pantalón—. Cuando me viste por primera vez, yo tampoco llevaba mucha ropa.

—¡Desnuda! ¡No ropa! —El inglés rudimentario es lo único que me ha salido por el cabreo que tengo. He terminado el resto de la frase en español y las cejas de David se han convertido en dos interrogantes como el resto de su cara—. Que tú tenías algo de ropa, pero yo estoy totalmente desnuda. Bueno, da igual, si no te importa, sal del baño para que pueda vestirme.

—Ya que estamos, si quieres, te puedo dar un poco de crem… —La pastilla de jabón que su madre tenía sobre la encimera, ha conseguido impactar en su estómago gracias a mi puntería— vale, vale. Ya me voy. Por cierto, todas las puertas tienen pestillo, es esto que ves aquí. —Señala el cerrojo con una sonrisa de medio lado y me dan ganas de arrancarle la cabeza.

En cuanto me vuelvo a quedar sola, me doy cuenta de que me he hecho daño en las manos de apretar tanto la toalla contra mi cuerpo.

No soy una persona con complejos, pero tampoco es que me apetezca que mi jefe sepa dónde tengo más lunares o descubra mi tatuaje. Me siento en el borde de la inmensa bañera e intento controlar los nervios. Recuerdo que tengo que llamar a mis padres para contarles lo del nuevo trabajo, y me parece el mejor momento.

Recojo todos los bártulos después de darle un par de vueltas a las mangas de la sudadera que he cogido de la bolsa. Creo que debe ser de David, aunque la he acompañado de unos *leggins* y unos calcetines mullidos y me siento muy cómoda. Reviso que el baño esté recogido y, tras colocar la ropa sucia en una bolsa de tela que había entre las pertenencias de Karen, me voy hacia la habitación. Antes de entrar, llamo a la puerta, por si acaso. Tras ponerme los ojos en blanco a mí misma, entro en la habitación y saco mi teléfono para ver a mis padres por la pequeña pantalla. No tardan ni dos tonos en contestarme.

—¡Hola, cariño!, estamos preparando croquetas. Tu padre se ha empeñado en que las haga y le he dicho que él tiene que ayudarme a pasarlas por el huevo. Oye, ¿dónde estás?, esa no parece tu habitación.

—Hola, mamá, bueno, es que estoy en Bath.

—¿Bath? Eso es baño en inglés, ¿no? —contesta mi padre con el chocar de cucharas de fondo.

—Bath es la ciudad de Inglaterra. Tengo algo que contaros.

Me enrollo más de lo que me gustaría explicándole que pese a que comencé a trabajar con María en la oficina luego salió otra oportunidad. Veo cómo a mi padre se le hincha el pecho de orgullo pensando que, por fin, volveré a trabajar de lo mío. Apresuro mi narración para contarles que soy asistente personal de una persona que ellos conocen, pero que tenemos que llevarlo en secreto por mi contrato y que no se lo pueden contar a nadie.

—Vamos a ver si me aclaro, hija —dice mi padre apretándose el puente de la nariz—, ¿me estás diciendo que después de las panzadas que te has pegado a estudiar y lo que has tenido que luchar en tu último trabajo, ahora eres la secretaria de un actor?

—No, papá, soy una asistente personal y va más allá. Porque, además, tengo la posibilidad de viajar por todo el mundo gratis.

—Di que sí, hija, tú disfruta y que te quiten lo *bailao*. Has dicho que te pagan mejor que nunca, que vas a ahorrar prácticamente todo el sueldo porque vas a gastos pagados, que trabajas para actores de cine y que vas a viajar. No entiendo el problema, Manolo. Será que la niña no tiene vida para sentarse detrás de la pantalla del ordenador y picar código como dice ella. Hija, ¿no creerás que me voy a quedar con la intriga de saber quién es, verdad?

—Me tenéis que prometer que no vais a decirle nada a nadie, por favor. Me juego el puesto. —Me he puesto tan seria que se han mirado a los ojos y se han hecho una cruz en el corazón a la vez. En mi familia eso es ley, jamás dirán una palabra.

Les pido que esperen al otro lado de la pantalla y me asomo al pasillo a ver si localizo a David.

—David, ¿podrías venir un momento? Necesito ayuda con algo. —Unos pesados pasos se oyen desde una de las habitaciones y la cabeza rubia de un David recién duchado, asoma por una puerta.

—¿Qué ocurre? ¿Has cambiado de idea sobre la crema?

—Estoy al teléfono con mis padres, en una videollamada, necesito saber si puedo contarles que trabajo para ti. —Observo expectante su reacción y me doy cuenta de que algo le parece la mar de divertido.

—Dices que estás al teléfono con tus padres y que quieres contarles que trabajas para mí,¿no?

—Sí, David, exactamente eso es lo que te he dicho. Creo que habías alabado mi dominio de tu idioma como para tenerme aquí plantada repitiendo lo que digo. Pareces un loro, ¡eh!—Ha pasado delante de mí como una exhalación y se planta frente a la cama.

—Venga, coge el teléfono y preséntame a tus padres.

—No, no, solo quería saber si puedo decirle que trabajo para ti. No hace falta que…

—Buenas noches, señores y señoras. ¿Cómo están ustedes? —El propio David en un rudimentario español, se ha asomado a la pantalla del teléfono y saluda a mis padres.

—¡La madre que me parió!, el de la serie de los escoceses, ¡ay, Manolo, que me da! —Mi madre se ha retirado de la pantalla para abanicarse mientras David le regala su mejor sonrisa.

—Mamá, papá, este es David Kane, mi jefe —digo en español mirando a David que parece no necesitar traducción—, y en unos días empezamos la gira mundial para la presentación de la nueva película.

—Nena, pero ¿es él de verdad?

—Sí, mamá, el mismo que viste y calza.

—¿Puedes pellizcarle por mí? Ahí en el bracito o algo que yo lo vea, aunque preferiría que le pellizcases en otro sitio.

—Mira, Lola, vale que me tenga que tragar la serie de los tíos con falda, pero creo que te estás pasando —mientras mis padres discuten en bajito, veo que David alterna las miradas entre mis padres y yo muy divertido.

—Dile a tu padre que no son *faldas*, que se llaman Kilts y que los escoceses se ofenden mucho si no los llamas así. Lo demás no lo he entendido, pero creo que tu madre quería que me hicieses algo, por su cara.

—Sí, mi madre quiere que te pellizque para que ella lo vea. —Aprovecho y le arreo un pellizco de esos que hacen historia. Profiere un pequeño grito que centra de nuevo a mis padres en la pantalla y se despide con la mano mientras frota su antebrazo.

—Hija mía, llévame contigo, por favor, que yo a tu padre lo quiero mucho, pero a tu jefe más.

Después de despedirme y explicarles que va a ser muy difícil poder conectarme cada día, les recuerdo la clave de su *email* y prometo escribirles sin darles explicaciones extras. Pero les iré enviando fotos a medida que pasen los días, tal y como permite mi contrato. Me despido con un nudo en el estómago por haber sido una decepción para mi padre, pero creo que cuando me vea disfrutar de los viajes, se dará cuenta de que todo ha merecido la pena. Al menos eso es lo que me repito para infundirme valor.

Salgo al pasillo dispuesta a no recordar los dos momentos que he vivido con David. Al llegar al salón veo que están preparando todo para la cena y que David *Senior* me mira y sonríe de lado. La misma sonrisa traviesa que tiene su hijo.

Me escondo dentro de la sudadera esperando a que me dé el cobijo que ahora necesito.

—Lu, ¿te apetece cenar algo? Tenemos algunas sobras de mediodía o puedo preparar una sopa ligera. Hemos comido tan tarde que estamos un poco despistados hoy —dice Jane, mientras cacharrea en la cocina.

—Por mí no te pongas a cocinar, me encantará repetir alguno de los platos de la comida. De hecho, no tengo mucha hambre.

—¿Prefieres acostarte ya? Por nosotros no tienes que preocuparte, eres nuestra invitada y queremos que te sientas como en tu casa —dice David *Senior* en un tono severo que me calma —. David no tardará en acostarse también, se nota que habéis vivido muchas emociones hoy los dos.

—¡Papá!, no atormentes más a mi empleada que se va a dar cuenta que te he contado que la he visto en cueros —grita David desde otra habitación.

—No era mi intención, hijo. Solo quería quitar tensión al momento. Os dejamos solos para que os organicéis y charléis un rato.

Sus padres desaparecen en un abrir y cerrar de ojos mientras que David llega hasta mí.

—Bueno, ya me ha contado Sam que te has presentado. Me ha preguntado tu edad y si eras una mujer casada y, la verdad, no he sabido qué responderle. Vamos a coger algo de picar y nos sentamos frente a la chimenea y me cuentas.

Con los platos sobre las piernas cruzadas al estilo indio, comienza el interrogatorio.

—¿Cuántos años tienes, Lu? Soy consciente que la pregunta es extraña si hablamos de relación laboral. Pero es que realmente no he aprendido nada de ti hoy, que era el objetivo del día.

—Bueno, has conocido a mis padres —me apresuro a decir, antes de meter un delicioso trozo de pan tibio en la boca—, tengo treinta y dos años, soy soltera y sin compromiso, ingeniera informática de profesión, aunque ahora mismo no ejerzo. Me gusta comer, pero también me gusta cuidarme y compensar las horas que he pasado frente al ordenador. No me gusta usar lentillas porque creo que las gafas me favorecen mucho. Soy adicta al café y, además de español e inglés, me defiendo muy bien en francés.

—Me parece un buen resumen, aunque algunos de los datos ya los sabía. Tienes el pelo muy largo —dice, mientras coge uno de los mechones que caen sobre mi pierna—, no parecía que fuese tan largo durante el día de hoy.

—La magia de un recogido, no suelo llevarlo suelto, me parece un engorro—contesto mientras agito mi melena deseando que termine de secarse con el calor de la chimenea.

—Pues deberías llevarlo más veces suelto, te favorece mucho. Bueno, creo que deberíamos irnos a dormir. Mañana, al amanecer, saldremos para Londres, ¿te parece? —Creo que le ha costado añadir esa pregunta final, pero la agradezco.

—Sí, me parece bien. Estoy molida y me cuesta mucho dormir en camas extrañas.

—Pues te esperan unas noches, las próximas semanas, muy interesantes —dice, mientras retira los platos de la cena—. Voy a charlar un rato con mis padres. Por favor, siéntete como en tu casa y procura descansar. Buenas noches, Lu.

—Sí, buenas noches, David.

CAPÍTULO 15

David

No voy a buscar a mis padres, me dirijo directamente a la puerta para tomar el aire.

No he podido quitarme la imagen de Lu totalmente desnuda de mi mente en toda la tarde. Gracias a mis más que ensayadas caras de actor, he podido salvar la tarde.

Su piel brillaba aún húmeda por la ducha y parecía muy suave. Sus muslos eran muy firmes y no esperaba encontrar aquella abundante melena cayendo por sus hombros y llegando hasta el comienzo de su culo. Según lo vuelvo a recordar, una erección se revuelve incómoda dentro de mis pantalones. Pensé que después de masturbarme tras nuestro encuentro, estaría menos tenso, pero ya no recordaba lo que era ver a una mujer desnuda en todo su esplendor. No lo he podido evitar, al fin y al cabo, es la naturaleza humana.

Tomo aire varias veces antes de volver a entrar, lo último que necesito es encontrarme a mi padre por el camino y que se dé cuenta de... mi estado.

—Me voy ya a dormir —me acerco a mi madre y le doy un beso en la mejilla—, mañana por la mañana nos marcharemos temprano.

—De acuerdo, hijo —responde mi madre acariciándome la mano—.Me levantaré antes para prepararos algo para el camino.

—Gracias, mamá.

—Descansa, cariño. Y, oye, cuídala, parece muy buena chica. No la asustes, que no salga corriendo.

Asiento, incapaz de responder algo coherente en cuanto a mi nueva asistente. Al pasar por delante de la puerta de su habitación no puedo evitar acercarme. Miro hacia atrás, para asegurarme de que mis padres siguen en el salón y apoyo la oreja en la madera. ¿Qué estará haciendo? Seguro que ha caído redonda. Menudo primer día...

Camino hacia mi cuarto y, en cuanto me quito la ropa para tumbarme en la cama, ahí está de nuevo, una erección dura como un demonio pidiendo ser aliviada.

Gruño entre dientes porque no me gusta que me pasen estas cosas. No, un momento, a mí nunca me pasan estas cosas. Aunque, siendo sincero, tampoco estoy acostumbrado a que mi asistente sea una chica joven, preciosa, con una sonrisa de infarto y una desnudez tan natural.

Me tapo con la ropa de la cama y me niego a hacerme otra paja pensando en ella. ¡Es mi asistente! No, no voy a hacerlo.

Cojo mi teléfono y abro Instagram, a ver qué me encuentro para despejarme la mente.

Genial, la primera foto que me sale es una de Claire, con poca ropa en la playa, posando y haciendo morritos.

—Sí, así seguro que dejo de estar empalmado —ironizo en voz alta, echando la cabeza hacia atrás—. A la mierda.

Me destapo y, abriendo el perfil de Claire para mirar sus fotos, empiezo a frotarme la mano por encima del bóxer. Sigue siendo una mujer muy guapa, preciosa y está mucho más *sexy* que cuando estábamos juntos.

Me la agarro, empiezo a masturbarme con los ojos cerrados y, cuando quiero dibujar en mi mente un recuerdo de Claire desnuda, la que aparece en mi lóbulo frontal es Lu frente a mí, con

el pelo cayéndole por los hombros, parte de los pechos hasta llegarle al vientre. No se tapa, solo me mira, con las mejillas sonrosadas y se muerde el labio inferior.

Estoy muy excitado y no hago el más mínimo esfuerzo por apartar su imagen. La uso, la miro, estudio cada milímetro de su cuerpo al tiempo que me masturbo con fuerza, sintiendo que estoy a punto de correrme.

Lucía entreabre los labios y deja escapar un gemido que solo yo puedo escuchar, y que va directo a mi erección. Vuelve a morderse el labio inferior y, cuando clava la mirada en mis ojos, exploto, dando un puñetazo sobre la cama, vaciándome por completo.

Varios minutos más tarde, continúo en la misma postura, con los brazos tan laxos sobre la cama como el resto de mi cuerpo, mirando hacia el techo en la penumbra de la noche.

—¿Qué estás haciendo, pedazo de imbécil? No vayas por ahí con ella. Es tu asistente y, como Karen se entere de que empiezas a tener pensamientos lascivos con ella, te capa —me reprocho, susurrando enfadado.

Me limpio con la sábana, enfadado conmigo mismo por haber sucumbido de una manera tan fácil. Debo comportarme como un profesional.

No volverá a pasar. Lu es sagrada.

Vuelvo a coger el móvil y, echando un último vistazo a las imágenes de Claire, salgo de la aplicación y apago el teléfono, dejándolo sobre la mesita.

CAPÍTULO 16

Lucía

—Me parece que es tu teléfono el que monta tanto escándalo. —David es quien rompe el silencio que nos acompaña en el coche de regreso a Londres.

Reviso mi bolso en busca del sonido que no reconozco. Es el teléfono del trabajo que suena a toda velocidad.

—¿Sí? Soy Lucy, la nueva asistente del señor Kane, ¿en qué puedo ayudarle? —Mis reflejos de gacela no me han fallado—. ¡Hola, Sam!, sí, vamos camino de Londres. Me parece perfecto, así lo haremos. Yo también, un saludo. —Cuelgo sin dar explicaciones.

—Bien, era Sam, ¿qué quería?

—Me ha preguntado si estábamos juntos, me ha confirmado que el coche nos recogerá en tu casa tres horas antes del vuelo y poco más —digo mientras tomo notas en la agenda.

—Algo más te ha dicho, porque le has dicho «yo también». —David aprovecha un semáforo para mirarme fijamente esperando una respuesta.

—Me ha dicho que tiene ganas de conocerme y que se alegra de poder compartir conmigo esta aventura.

—Vaya, ya veo que Sam no pierde oportunidad, y todavía no te ha visto —se queja mientras aprieta el volante al arrancar a toda velocidad.

Voy a tener un par de días libres para poder organizar el viaje porque me ha dicho que él se encargará de sus maletas y de comprar lo que necesite.

Cuando me deja en casa de María, lo veo malhumorado y nuestra despedida acaba siendo un escueto y seco adiós.

Paso los dos días siguientes adquiriendo algo de vestuario, siguiendo las recomendaciones que, una muy emocionada Karen, me ha dado por teléfono. Me ha pasado por *email* un listado de las tiendas donde ella acude y ya me han escrito de algunas de ellas para que pueda ir a probarme lo que necesito antes de las galas. Pese a que los asistentes no estamos en la alfombra roja, siempre tenemos que ir de punta en blanco. Parece ser que si las cámaras nos captan, no es plan de ir en zapatillas y sudadera.

La tarde antes de partir tras charlar un rato con María y despedirme, me meto en la cama temprano para intentar dormir algunas horas, pero no dejo de dar vueltas y, cuando me quiero dar cuenta, ya estoy saliendo de casa hacia la de David.

Llego a las dos y media de la madrugada, recordando la costumbre que tiene de quedarse dormido, casi muerto. En cuanto introduzco la llave en la puerta, me doy cuenta de que tengo razón. Ni un solo movimiento en la casa y está todo oscuro. Alumbrada con la luz del móvil, voy encendiendo luces intentando no resultar muy ruidosa. Llego a la puerta de la habitación y llamo diciendo su nombre. Nada, silencio sepulcral. Repito la operación hasta en tres ocasiones y decido entrar.

Se distingue la silueta de David en diagonal en la cama. Vuelvo a decir su nombre en un tono más alto y no responde. Asustada, me dirijo hacia las cortinas que abro de un solo tirón por

costumbre porque todo sigue oscuro ahí fuera. Me giro hacia la cama y lo que veo me deja totalmente descolocada.

David está desnudo, boca abajo, con la almohada sobre la cabeza. Antes de despertarle intento taparle con la sábana no sin antes echar un vistazo a su precioso culo.

—David, te quedan veinte minutos para estar en pie. No me hagas ponerme en plan madre contigo el primer día. Por favor, despierta. —Acompaño mi petición con un zarandeo del colchón que apenas se mueve, aunque obtengo un gruñido como primera respuesta.

—Qué manía estúpida de volar de madrugada, joder. Luego que si David tiene ojeras, que si vaya cara de cansado y que si hay que aplicar mucho corrector —dice mientas se gira y la sábana se desliza dejando toda su desnudez al aire.

—Ahora sí estamos en igualdad de condiciones —digo con una risita, imitando las palmadas que suele dar él cuando algo le alegra y salgo de la habitación rumbo a la cafetera.

A los pocos segundos oigo el sonido de la ducha.

Me sirvo un café mientras me envuelvo en una manta y salgo a ver la noche londinense a la terraza. Sonrío ante la visión que he tenido de mi jefe y me doy cuenta de que me ha gustado mucho lo que he visto, por lo que lo anoto mentalmente para fantasear a placer.

Tengo unos nervios en el cuerpo que me van a destrozar, pero he comprado pastillas para poder descansar en el avión si David no me necesita y poder luchar contra el cambio de hora.

—Buenos días, Lu, espero que te haya gustado lo que has visto. ¿Café? —David parece que no puede abrir los ojos ni para encontrar la taza. Lleva una toalla anudada a la cintura y el pelo chorreando por su cuerpo.

—No es lo que esperaba para empezar el viaje, pero viendo tu forma de dormir, supongo que me pasará más de una vez. Toma, una taza bien cargada. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me alegra saber que mi función como objeto sexual en este mundo no ha terminado. Gracias por el café. Creo que lo tengo todo listo, pero sería de gran ayuda que volvieses a repasar toda la documentación y permisos del viaje y que encuentres mi pasaporte.

—Está todo listo, lo dejó Karen. Pero he preparado unas carpetas con los permisos separados por países y el pasaporte lo tengo junto al mío.

—Pues entonces necesito que me des cremita aquí y aquí —dice señalando algún punto de la espalda y subiendo la toalla para dejar libre uno de sus muslos.

—David, te has pasado media vida en *kilt* en televisión y sin camiseta, no hay nada nuevo bajo el sol. Vístete mientras preparo algo de comer a ver si conseguimos probar bocado.

Desaparece tras la puerta de su dormitorio con una sonrisa radiante en la cara. He tenido que hacer acopio de toda mi serenidad porque, ese movimiento de la toalla me ha dado taquicardia. Me siento en el taburete porque me flaquean las piernas.

Preparo unas tostadas con tomate natural que conseguimos mordisquear entre ascos hasta que desistimos, recogiendo la cocina.

—Te voy a poner un poco al tanto. Nos recogerán en un supercoche que todo el mundo mirará a su paso. En el aeropuerto va a haber muchísima prensa y, desde Londres, solo viajamos nosotros dos con Sam. Necesito que estés pegada a este culo que tanto te gusta en todo momento. ¿Has traído gafas de sol? —pregunta, mientras en su frente asoma esa arruga tan suya.

—Y una gorra del mismo color que la tuya. Mira, ya estoy lista—digo mientras paso mi larga melena por el agujero trasero de la gorra—, no veo ni torta, pero estoy lista.

—Ahora no ves, pero con la cantidad de *flashes* que lanzan, no podrías ni caminar. Además,

dejan un dolor de cabeza que recordarás toda tu vida. Van a preguntar quién eres, si salimos juntos, cuándo nos casamos. Contestaré yo una sola vez y no hay más preguntas. Procura no sonreír ante sus ocurrencias porque, si ven que haces cualquier mueca, mañana están en casa de mis padres preparando la boda. Con Karen no tuve estos problemas, nunca han pensado que una mujer como ella podría estar con un tipo como yo —dice con un deje de tristeza.

—No sé si ofenderme más por el hecho de saber que nunca, jamás, voy a estar a la altura de Karen o porque exista la opción de que yo sí pueda estar con un tipo como tú —digo mientras reviso una última vez todas las pertenencias.

—Perdona, no quería decirlo así. Quería decir que, cuando te vean joven y guapa, toda una belleza salida de la nada, nadie se va a creer que eres mi asistente. Es mucho mejor creer que el cuarentón está, de nuevo, asaltando la cuna de una jovencita a la que le va a destruir la vida. —Se acerca a mí muy decidido y me coge las manos mientras me obliga a levantar la barbilla para mirarle directamente a los ojos—. No quería ofenderte, eres muy importante para mí en este momento, debes saberlo.

Asiento y rompo nuestro contacto. Sé que puedo ser una buena empleada, pero debe darme tiempo.

Justo a la hora concretada llaman al timbre.

Como he dejado mis maletas abajo junto al conserje, David carga con sus cosas y, en un momento, estamos ante la limusina que ha venido a buscarnos.

—Bienvenidos a la diversión. —Un hombre joven, con acento americano, nos abre desde dentro con una gran sonrisa—. ¿Cómo está la estrella? —añade mientras palmea la espalda de David.

No me pasa inadvertido que David se ha estirado aún más en su altura y no le ha devuelto el efusivo saludo. Sin duda debe ser Sam. Debe tener la misma edad que David, es ligeramente más bajo que él y, se puede decir, que tiene todo el aspecto de chico americano. Pelo rubio despeinado con mucho cuidado, espalda ancha, una perfecta sonrisa enmarcada en una cara con ligera barba, dos hoyuelos muy parecidos a los míos y una ropa que le sienta como un guante. Tiene unos ojos azules que me taladran nada más que se posan en mí.

—Tú debes ser la preciosa Lucy.

—Y tú debes ser Sam, encantada de conocerte —digo, mientras le tiendo la mano para completar la presentación.

—Eres española, ¿verdad? Pues entonces dos besos —me dice mientras se agacha para que pueda besarle.

—En realidad, los dos besos se dan a personas que aprecias y conoces. A gente desconocida o en actos puramente laborales, como este, nos limitamos a saludarnos con la mano y mantener las distancias.

David, que se estaba introduciendo en el inmenso coche, ha soltado una carcajada que se nos ha contagiado a los tres.

—No tengo prisa, preciosa. Sé que me ganaré los dos besos y una cena antes de nuestra tercera parada.

Con esa promesa en el aire nos encaminamos en silencio hacia el aeropuerto.

Volar me pone nerviosa siempre, por la incertidumbre de lo que voy a encontrar en el viaje, pero lo de hoy es histeria. Justo antes de girar en la puerta de salidas internacionales, Sam nos

avisa de la cantidad de prensa que se espera.

—Lu, pegada a mi precioso culo. No lo olvides —me vuelve a decir David mientras se cala la gorra indicando que haga lo mismo.

Los reflejos de las luces de las cámaras ya se ven a través de los vidrios tintados del coche. A la cuenta de tres es Sam quien abre la puerta y nos concede un pequeño pasillo para salir.

Todo son llamadas de atención hacia David, preguntas infinitas dirigidas a los dos e incongruencias que decido no retener en mi mente. David camina con paso firme y largo. Me doy cuenta de lo difícil que es seguirle y que, a cada hueco que queda entre nosotros, los fotógrafos aprovechan para sacar una instantánea mía o del culo de David. Consigo llegar a duras penas hasta la entrada del aeropuerto, pero he perdido a David de vista. De repente, una enorme mano me agarra y me hace coger velocidad en nuestra huida.

Llegamos a la zona de embarque donde parece que me he teletransportado.

—¡Te dije que te pegases a mí, joder! No te puedes perder entre ellos, son como pirañas, te van a devorar viva en segundos. Son capaces de aplastarte contra el suelo con tal de conseguir una exclusiva —dice David, enfadándose demasiado por una tontería.

—Disculpa, no he podido ir más rápido. ¿Sabes que tenemos una diferencia de altura de casi cincuenta centímetros? ¿Quieres que te haga un croquis de cómo es tu zancada y cómo es la mía? He llegado a correr, incluso. Es la primera vez que paso por algo así, no necesitaba tu manaza para nada —me doy cuenta de que estoy hablando con él con las gafas de sol en la mano, la mandíbula apretada y casi en un susurro.

—Pues has agarrado esta manaza como si fuese tu aire para respirar. Te quiero en mi culo S-I-E-M-P-R-E y si te ves superada me adelantas a la carrera. No te quedes nunca detrás de mí, y menos sola. —Ha recortado la distancia que nos separaba y también se ha quitado las gafas y me mira desde su altura—.Yo procuraré recordar que eres un *hobbit* de los más torpes que hay.

—Capullo —digo en español dejándole a mi espalda mientras me dirijo al mostrador de facturación.

CAPÍTULO 17

David

Antes de embarcar he tenido que pasar al baño de la zona VIPa refrescarme. La ducha no ha templado mis nervios. Darme cuenta de que estaba desnudo frente a Lu me ha acelerado las pulsaciones del corazón y de la entrepierna.

Me ha molestado sobremanera que no haya sido capaz de estar pegada a mí. En realidad ha sido más preocupación que otra cosa. Pero cuando me he girado y he visto a todos esos buitres sobre ella, no sabía qué pensar.

Al alcanzar su mano he notado una paz que me ha revuelto el estómago. Su calor se ha extendido desde mi brazo a todo el resto del cuerpo y me ha hecho sentir incómodo. Me apretaba tan fuerte que pensé que me cortaba la circulación.

Cuando se ha enfrentado a mí desde su minúscula altura me ha vuelto a pasar lo del corazón. Tengo que pedirle que fije una cita con un cardiólogo porque esto no es normal. Verla enfadada, pero siendo discreta, sin armar un follón, defendiéndose siendo tan prudente, me ha vuelto a empalmar.

Joder, ¿¡qué cojones me pasa!? Y encima estoy harto de las sonrisas de Sam. Menos mal que ella parece completamente inmune a sus intentos de conquista porque solo me faltaba eso. Acabo de encontrar una nueva asistente y no me puedo permitir que se largue con el primer yanqui con hoyuelos que pase por delante.

Al salir del baño veo que se están riendo de algo que debe parecerles muy gracioso y cómo Lu le acaricia el brazo. Tengo que dejar de usar esto de Lu, me gusta demasiado ese pequeño apelativo que suena como un suspiro cada vez que lo digo y acaricia mi lengua.

—Te lo juro, cuando le veamos se lo preguntamos —dice Sam con los ojos llorosos.

—Me está costando mucho digerir todo lo que voy a vivir estas semanas, como para encima creerme que Henry Cavill es uno de tus amigos más íntimos —estalla ella en unas carcajadas que hacen girarse a un par de pasajeros que esperan en la sala.

—David también lo conoce. Tienen ese tira y afloja de yo soy más caballero británico que tú, pero, en el fondo, se adoran.

En ese momento la cara de Lucy cambia por completo al percatarse de mi presencia.

—Disculpa, David, no sabía que ya habías vuelto del baño. ¿Necesitas algo? —dice mi asistente recuperando la compostura.

—No, gracias. Puedes seguir con tu cháchara. Voy a hacer un par de llamadas —antes de terminar la frase ya me estoy yendo al lado opuesto de la sala para perderles de vista.

No comprendo qué me pasa, pero tampoco quiero darle más vueltas al tema. Cuando miro la pantalla del teléfono, veo que tengo notificaciones en varias de mis redes sociales privadas. Me dispongo a leerlos y veo que uno de los mensajes es de Claire. Me extraña mucho que haya retomado el contacto, justo cuando he pasado por su perfil para inspirar mis caricias. Hasta que me doy cuenta que, sin querer, debí darle a me gusta en una de sus publicaciones. ¡Mierda! Si no contesto quedaré como un capullo integral y si contesto estoy perdido. Pero, quizá, podamos tomar un café en Los Ángeles donde parece que está viviendo. Tecleo una respuesta rápida, contestando a sus preguntas y me sorprende ver su respuesta casi de inmediato.

He debido de invertir mucho rato en esta conversación porque oigo carraspear a Lucy a mi espalda, incómoda al no saber cómo interrumpirme.

—David, nos han llamado dos veces para embarcar. Sam ya está en el mostrador. ¿Ocurre algo? —dice intentando mirar la pantalla de mi móvil.

—Normalmente te contaría lo que está pasando. Si hubiésemos llegado a ese nivel de compenetración, claro. Pero como en vez de invertir tiempo en tu jefe te dedicas a tontear con el yanqui, pues no me apetece contarte nada.

Aprieto la mandíbula y guardo el teléfono en mi bolsillo. Su cara cambia de repente a un estado de alerta y preocupación, sus grandes ojos se vuelven vidriosos y creo que va a decir algo mientras traga saliva y asiente cabizbaja.

—Puedo asegurarte de que no volverá a ocurrir, estaré pendiente de ti las veinticuatro horas del día puesto que ese es mi trabajo. Siento mucho haberte perdido de vista en la entrada por tener las piernas tan cortas y también lamento haberte podido molestar con mi comportamiento. Quiero que sepas que puedes hablar conmigo siempre que lo necesites. No soy Karen, no soy tu madre o tu hermana, me acabas de conocer, pero tengo muy claro que mi cometido va más allá de saber si en tu habitación hay agua fría o de fijar la cita con el entrenador personal. Por favor, confía en mí —de nuevo lo ha dicho serena y, a medida que iba hablando, mi corazón se ha saltado un latido. No es lo que ha dicho, sino la intensidad con la que lo ha hecho.

—Me has llamado capullo cuando has hablado en español antes, ¿verdad?

—Sí, lo siento mucho, no pretendía...

Levanto mi mano y la pongo frente a su cara.

—Esperaba que fuese un insulto algo más fuerte porque me he comportado como un cretino y un imbécil. Capullo no me parece suficiente. No me voy a disculpar por haberme enfadado porque no me hayas podido seguir, tienes que seguir el ritmo en todos los aspectos de mi vida. Pero sí que me voy a disculpar por comportarme como lo acabo de hacer. Por supuesto, puedes hablar con quien quieras. Es probable que Sam sea un buen tipo, pero los actores no solemos ser los mejores amigos de los que mandan las productoras porque son muy tocapelotas. En tu contrato especifica que no puedes mantener relaciones personales con miembros del equipo, sea este cual sea, en el momento que sea, aunque puedes reírte con el yanqui, salir a cenar con él y lo que quieras siempre y cuando estés donde tienes que estar y cuando tienes que estar. Para mí, las relaciones personales van más allá y, como yo soy tu jefe, tienes luz verde.

—Agradezco tus disculpas, pero no eran necesarias. He estado, bueno y estoy, muy nerviosa. Intento hacerlo lo mejor posible. Toma, te he cogido algo de fruta para que comas antes de subir y el agua con gas que me dejó anotada Karen que era tu preferida. He cambiado el asiento y, en vez de tener a Sam frente a ti, me he puesto a mí. Espero que no te moleste.

—¿Por qué has hecho ese cambio? —pregunto cruzando mis brazos sobre el pecho.

—Me ha dado la sensación, cuando te ha saludado Sam, que no es tu persona favorita. Sé que yo tampoco lo soy, pero parte de mi trabajo consiste en hacer de cortafuegos y ayudarte en las relaciones más difíciles que puedas tener —termina la frase casi en un susurro mientras se mira las manos.

—Me encanta que sepas leer entre líneas y has hecho justo lo correcto. Vamos, tenemos que empezar con todo este lío.

Se relaja ante mis palabras e irremediablemente aprovecho para poner mi mano en la mitad de su espalda y coger de ella la energía que necesito para no mandarme a mí mismo a la mierda.

Cuando Lucy ha mencionado que había cambiado los asientos, me ha parecido una buena idea. Ahora no lo tengo tan claro. Estoy en la ventanilla y ella está frente a mí en uno de los inmensos asientos de primera clase. Sam debería estar en la otra ventanilla, pero, como era de esperar, está sentado en el suelo frente a Lucy contando batallitas. Ni me dejan descansar, ni puedo escuchar música ni nada.

Lucy se ha mantenido serena durante toda la conversación y me ha ofrecido agua, té, ha pedido una manta y una almohada que guarda con cuidado a su lado y supongo que es para mí. Y me da cosa decirle a Sam que se vaya, porque no quiero volver a ser un idiota, pero empiezo a estar muy harto. Miro a mi asistente deseando tener la misma telepatía que con Karen.

—Sam, si no te importa, me gustaría descansar un rato. ¿Podría hablar con David en privado? —Parece que ha funcionado.

—Sin problema. Cualquier cosa que necesites, bueno, que necesitéis, soy el tipo al otro lado del avión. Tened dulces sueños —dice Sam, lanzando un beso al aire.

—Perdona, he intentado cortar la conversación en un par de ocasiones, pero parece que tiene carrete para rato —dice Lucy acuclillada frente a mi asiento—.Nunca había viajado en primera clase y me lo esperaba más espectacular. Ten, he cogido esto por si quieres descansar. Y tengo unas pastillas que puedes tomar para conciliar el sueño. No tienen efectos secundarios, ya me entiendes —añade mostrándome un bote de la farmacia de al lado de mi casa con unos calmantes homeopáticos.

—Gracias, voy a intentar dormir algo. Prefiero no tomar nada, estoy durmiendo muy bien y no quiero alterar mi ciclo. Tendríamos que descansar para llegar con el horario americano cogido. —Voy colocando las almohadas y extendiendo la manta mientras hablo.

—Si no necesitas nada más, yo también intentaré dormir. Buenas noches o lo que sea —dice incorporándose, cogiendo su propia almohada.

Cierro los ojos en un intento de limpiar mi mente, pero su olor se ha quedado impregnado en las prendas.

Una palpitación en la entrepierna me pone en alerta y vuelvo a abrirlos. Verla realizando todo tipo de movimientos contorsionistas para enroscarse como un gato en la manta, no me ayuda nada a serenarme.

Cuando consigue coger postura, le sobra asiento por todas partes. Me incorporo y veo a Sam despatarrado, durmiendo a pierna suelta cubriendo todo el espacio del largo asiento. Vuelvo a mirar a mi asistente que parece respirar profundamente.

No había podido apreciar su rostro sereno hasta ahora. Apenas se ha maquillado, pero se nota que sabe hacerlo porque ha cubierto sus ojeras sin pegotes. Sus largas pestañas reposan sobre sus sonrosadas mejillas. Tiene dos hoyuelos que se marcan casi en cada uno de sus gestos. La melena la vuelve a llevar recogida en un moño del que ha sacado varios mechones. Tiene una piel joven que parece muy suave e invita a acariciarla. De repente, mientras estoy realizando mi repaso por su rostro, abre los ojos y me mira. Gesticula un «¿estás bien?» al que asiento como un imbécil, cubriéndome con la manta para evitar dejar a la vista la erección que tengo entre las piernas.

Antes de apagarme por completo, decido concretar un lugar y una hora para tomar ese café pendiente con Claire.

CAPÍTULO 18

Lucía

Llegar a Los Ángeles acompañada de una estrella del cine no es fácil. Si tuve aprietos en Londres, lo de aquí ha sido brutal sin antecedentes. Aun así, no me he amedrentado y he salido del paso airosa, pegada a la espalda de David, tal como él me ha dicho ya en varias ocasiones.

Cuando nos hemos sentado en el coche, los tres hemos suspirado.

—Qué manera de meter mano tienen las fans —se queja Sam, riéndose.

—Bien hecho, Lucy —dice David, dándome unos toquecitos en la rodilla, sentado frente a mí.

En cuanto nos movemos, mi jefe se concentra en teclear en su móvil, sonriendo de una manera tan estúpida que hasta me dan ganas de darle una patada en la espinilla.

Decido revisar la agenda para asegurarme de no olvidar nada de lo que tenemos para hoy. Alzo una ceja al ver que no vamos a parar hasta la hora de irnos a dormir, porque hasta la hora de la cena la tenemos programada.

—Ahora nos dejan en el hotel, ¿verdad, Sam?

—Sí. Entraremos y saldremos por el *parking*, para que no atosiguen a David.

—Perfecto. David, tenemos media hora para darnos una ducha y cambiarnos de ropa. Después tenemos una entrevista en la emisora KISS FM.

—Nunca entenderé qué pintamos en emisoras de música.

—Hay que llegar al mayor número de espectadores posible. Hay muchas personas que no tienen televisión o internet.

David no le mira a la cara, continúa tecleando en el teléfono como si la conversación no fuera con él. Ni siquiera a mí me presta la más mínima atención.

—Al salir de la radio, vamos a ir a una prueba de vestuario para la gala de mañana por la noche en el Teatro Chino. Después tenemos una hora para comer y volveremos a cambiarnos de ropa porque a las cuatro tenemos que estar en la ABC para grabar el programa de Jimmy Kimmel Live. Al terminar, hay una reunión con todos los actores del reparto que estáis hoy en la ciudad, para hablar sobre la gala de mañana.

Alzo la vista de la agenda y veo cómo David ni pestañea con los ojos pegados al teléfono.

—David, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?

De repente, me mira y arruga el ceño.

—Acabo de relatarte lo que tenemos previsto para hoy.

—¿Tú lo tienes claro?

—Sí, por supuesto.

—Pues ya está. Con eso es suficiente.

Y sin más, devuelve la vista a su móvil.

De reojo veo cómo Sam niega con la cabeza y me hace pensar que ese es el David que voy a tener que sobrellevar durante toda la gira.

En la radio nos hemos reunido con dos actores más de la película. He visto la entrevista desde la salita de sonido y me he fijado en que cada vez que David no era el centro de atención de las preguntas, arrugaba el ceño y se cruzaba de brazos. Cuando le han preguntado sobre sus adicciones del pasado, ha desviado los ojos hacia mí, como si me pidiera ayuda, aunque ha salido

del paso de una manera estoica.

—Tenemos más entrevistas en radios y televisiones en otros países, ¿con quién tengo que hablar para que me pasen las preguntas que se le van a hacer antes de los eventos? —le pregunto a Sam con el ceño fruncido al tiempo que vamos saliendo de la emisora.

—Déjame que lo averiguo y te paso los contactos.

—Perfecto. Si puede ser hoy, mucho mejor —respondo con seguridad.

No voy a dejar ni que lo pongan en evidencia ni que le hagan sentir inseguro. Su pasado es eso, su pasado, y estamos haciendo promoción de la película que acaba de rodar, no de cómo se lo pasaba en las fiestas hace cinco años. Jamás entenderé la manía que tienen los medios sensacionalistas de ensañarse con los famosos solo para herirlos.

En el trayecto hacia la prueba de vestuario, David ha estado serio y muy callado, todo lo contrario a Sam que no ha dejado de darme conversación ni un instante.

—Oye, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? —le digo en la puerta de la tienda de ropa, aprovechando que Sam ya ha entrado.

David me mira con intensidad y cuando creo que va a decir algo, niega con la cabeza, girándose para ir a saludar a una chica pelirroja que se acerca a nosotros muy sonriente.

Se abrazan y después él le da un beso en la mejilla. La chica le toca los brazos mientras se sonríe, poniéndose colorada por momentos.

—Lucy, perdona, pero están esperándonos —me llama la atención Sam asomándose a la calle.

—De acuerdo.

Me cuelgo bien el bolso en el hombro y me acerco a ellos, aclarándome la garganta para anunciarme.

En cuanto me ve, la chica me hace una radiografía de arriba abajo, sin cortarse lo más mínimo a la hora de dedicarme una mirada de desagrado.

—*Myboo*, creo que una fan te ha reconocido.

Al escucharla, mi mente empieza a reproducir algunos tacos en castellano y hago un gran esfuerzo para no verbalizarlos.

David se gira en el instante en que yo llego a su altura.

—No, es mi nueva asistente —le informa él, dándome la espalda de nuevo.

—David, tenemos que entrar. Están esperando por nosotros para empezar.

Escucho cómo chasquea la lengua y hace un gesto con los hombros.

—Te espero dentro —digo dándome la vuelta, caminando hacia la tienda.

Siento todas las miradas sobre mí cuando entro en la tienda y decido irme al lado de Sam.

—¿Dónde está David?

—Ahora viene —respondo sin darle más información.

—He estado hablando con los de la productora y me han dado los contactos de las emisoras de radio, revistas y televisiones que visitaremos en este *tour*. —Mete la mano en el bolsillo de su pantalón y me entrega un papel doblado—. Toma.

—Muchas gracias. —Sonrío.

Cuando entra David, sale un hombre de los probadores. Cuando me doy cuenta de que es Jason Leiman, casi me atraganto con mi propia saliva. Sobre todo cuando me dedica una mirada y sonríe acercándose.

—Creo que no nos conocemos, aún. Soy Jason Leiman.

—Y ella mi asistente —responde David, entrando en los probadores como si fuera el rey del mundo.

—Me llamo Lucía. Encantada de conocerte, Jason —digo sin hacer caso al modo tan grosero en que mi jefe le ha hablado.

—¿Le ha pasado algo a Karen? —se interesa.

—No, solo que necesitaba un descanso —soy escueta porque es un tema que no me incumbe y no sé tampoco qué tipo de relación tenía Karen con Leiman como para darle esa información tan personal.

—Jason, con nosotros ya han terminado. Tenemos que irnos —dice una mujer rubia con los ojos azules.

—Perfecto. Mira, Danna, ella es Lucía, la nueva asistente de David Kane.

—Oh, encantada. Cierto, había oído en la productora que Karen se quería jubilar ya —me da la mano y yo la estrecho con una sonrisa—, nos vamos a ver mucho en este *tour*, si necesitas algo solo tienes que decirlo.

Me parece una mujer muy elegante y simpática. Me tiende una tarjetita blanca en la que está su nombre y su número de teléfono.

—Muchas gracias, Danna.

—Esta noche nos veremos en la cena. —Jason vuelve a sonreírme.

—Hasta la noche pues —digo.

—¡Lucía! ¡Te necesito! —exclama David dentro del probador.

Me levanto como un resorte y entro tras las cortinas.

—No sé si la corbata roja o la dorada, ¿qué opinas tú?

Me dan ganas de decirle que llame a la pelirroja que le ha llamado *myboo* hace unos minutos, pero me contengo y miro su reflejo en el espejo. Cojo primero la roja y la pongo sobre la camisa negra y después la dorada. Suspiro y me mordisqueo el labio inferior.

—¿Qué? ¿No te gustan?

—Me gustan las dos, ese es el problema. La roja queda bien con el tono de tu pelo y la dorada creo que queda muy bien con la camisa. Creo que la roja, sí, es la mejor.

Alzo la cabeza y veo a David mirándome muy serio, con el ceño fruncido y los labios tan apretados que forman una fina línea.

—Me llevaré las dos —susurra.

Me aparto de él y me apresuro a salir del cubículo, de repente ha empezado a hacer demasiado calor.

—¿Señorita Prieto? Por favor, pase a este probador, dentro están sus dos vestidos, elija el que más le guste.

Cuando entro a mi cubículo y veo las dos prendas, me quedo en *shock*.

—Los zapatos también son para usted. Si necesita ayuda, dígamelo —se ofrece la dependienta.

—Un momento. Yo solo soy la asistente, dudo que estos vestidos sean para mí —confieso algo azorada.

La chica revisa su *tablet*, mira las etiquetas de los vestidos y asiente.

—Todo está correcto. Estaré aquí afuera si me necesita.

Me quedo sola y vuelvo a mirarlos. ¿Acaso voy a caminar por la alfombra roja como si fuera una más del reparto? Suspiro y decido probármelos, de todos modos, no tengo ni idea de cómo funciona este mundillo todavía.

El primero es negro, sin mangas, atado al cuello con un fino cordel. Es largo hasta el suelo, sin nada de vuelo y tiene una apertura en el lado izquierdo que me llega a la mitad del muslo. Es muy bonito y elegante, y la tela es espectacular. Con el pelo recogido como lo llevo ahora me encanta.

Me pongo los zapatos y siento que son la combinación perfecta. Son unas sandalias doradas atadas al tobillo, con una sola tira sobre los dedos. Me miro y me deleito porque me siento muy guapa y *sexy*, poderosa.

Aunque el color del otro vestido no me atraiga demasiado, siento cómo me llama para que me lo ponga. Me desnudo otra vez, quedándome solo en bragas, cuando la cortinilla se abre unos centímetros y aparece la cabeza de David.

—Oye, ¿te queda mu...?

—¡David! —chillo poniéndome colorada.

—Joder, Lucía —dice pronunciando fatal mi nombre—, lo siento, lo siento.

—¿Qué quieres?—le pregunto, colándome con rapidez en el vestido gris.

—Que si te quedaba mucho para terminar. Oye, no pensarás venir solo en bragas al estreno, ¿verdad?

—No, no me queda mucho. En cinco minutos salgo. —Prefiero no entrar en su juego porque ya tengo suficiente con sus despertares nudistas.

No dice nada más y me concentro en lo que me acabo de poner. Me he enamorado, ha sido un flechazo en toda regla. Es gris claro, con unos detallitos repartidos por todo él en forma de perlitas grises brillantes. Es también largo hasta el suelo, con bastantes pliegues que salen de debajo del pecho, de tirantes muy finitos y, lo que más fascinada me deja al verme con él puesto, un escote en V profundo que me llega casi hasta el ombligo. Me giro para ver cómo me queda por detrás y no puedo más que ratificar en que es el vestido más bonito que he visto en mi vida. Queda toda la espalda completamente al descubierto. Me subo a los tacones y sé que ya he elegido el vestido de mañana.

Me visto con rapidez y, al salir, veo a David hablando de nuevo con la pelirroja, apoyado en el quicio de la puerta, diciéndole algo que provoca que ella se ría de un modo tan estúpido y falso que no puedo evitar poner los ojos en blanco.

—¿Con cuál se queda? —me pregunta la dependienta.

—El gris y los zapatos negros.

Y me encamino hacia la salida, donde carraspeo para que el baboso de mi jefe me deje pasar.

—Hasta luego, pequeña.

—Hasta luego, *Boo.*

Cuando los escucho, contengo las ganas de girarme y meterme los dedos en la boca para vomitar. Qué estúpidos me parecen.

—¿Ya has terminado de ligar, Romeo? —se mofa Sam.

—¿Y desde cuándo te importa a ti lo que yo hago en mi vida personal?

—A mí no me importa lo más mínimo, seguiré trabajando donde estoy, contigo o sin ti.

—¿Y eso tiene que importarme a mí?

—¡Ya está bien! —intercedo, dedicándole una mirada repleta de reproche a Sam. Tiene que controlar su bocaza y no meterse donde no le llaman—.Vayamos a comer.

Me pongo las gafas de sol y entro en el coche que acaba de pararse justo ante nosotros. El primero en seguirme es David, que se sienta frente a mí, y después Sam, que se acomoda a mi lado.

—Así que has conocido a Jason Leiman, ¿eh? —me pregunta Sam dándome con su hombro.

Antes de responderle, veo cómo David aparta los ojos de su móvil y los clava en mí.

—Es un hombre muy interesante y educado. Muchos deberían aprender un poco de él.

—¿Eso es una indirecta? —se mete David en la conversación, pasándose las manos por el pelo con exasperación.

—¿Qué? No, claro que no, David.

—Parecía que me mirabas a mí cuando has dicho lo de que muchos deberían aprender de él. Déjame que te diga que es un promiscuo, que se folla a toda la que se le pone por delante y que le gusta el sexo duro.

Su contestación no solo me deja a mí con la boca abierta. He escuchado cómo la mandíbula de Sam crujía de tanto abrirse.

—A mí con quien se acueste la gente me da igual. No valoro la amistad de alguien por eso.

—¿Amistad? Por el modo en que Jason te miraba cuando he entrado en la tienda, no tiene ninguna intención de que seáis amigos.

—Bueno, ¿y?

—Te recuerdo que tienes un contrato firmado en el que especifica que no puedes mantener relaciones con nadie del reparto.

—Y creo que me dejaste claro en el aeropuerto que me dabas luz verde para acostarme con quien me diera la gana. ¿No era así?

Aprieta la mandíbula tanto que hasta veo cómo le tiembla.

Cierro los ojos, suspiro y tomo aire. No puedo ni debo entrar en su juego.

—David —digo con la voz muy calmada—, no estoy aquí para acostarme con nadie. Soy tu asistente, mi trabajo es ayudarte en todo lo que esté en mi mano. Y lo que no está, me encargaré de que lo esté.

Ahora el que se ha quedado alucinado ha sido él. No sabe por dónde tiene que salirme y, mientras Sam sonríe tapándose la boca, a mi jefe le va a dar un jamacuco en cualquier momento.

CAPÍTULO 19

David

Cuando llegamos al restaurante, me excuso para quedarme en la calle un momento. Tengo que hacer una llamada, es lo único que les he dicho. Me estoy pasando con mi asistente, pero es la única manera que tengo de mantenerla alejada de mis pensamientos.

Aun así, creo que el karma me está puteando todo lo que quiere y más. Cuando la he visto solo en bragas, casi salgo ardiendo por combustión espontánea. Qué pechos más bonitos tiene, sé que son más pequeños que mis manos y desde que se los he visto no me quito la idea de cómo debe ser tenerlos entre las palmas para masajearlos. Y sus pezones...

Sacudo la cabeza en cuanto descuelgan.

—Soy David Kane.

—Oh, señor Kane, ¿ha habido algún problema?

—Ninguno. Mi asistente, Lucía Prieto, se ha probado dos trajes y ha elegido uno. Quiero que le envíen el otro al hotel hoy mismo. En una caja envuelta de regalo y con una tarjeta que ponga: «Disfrútalo con quien te apetezca. D.».

—Por supuesto. Ahora mismo nos encargamos.

—Tienen la dirección del hotel, ¿verdad?

—Sí, sí.

—Gracias.

No dejo que contesten y cuelgo. Sé que la ropa se la ha elegido Karen, porque ella misma me lo dijo. Es su primera gala, donde vamos a estrenar la película, en el Teatro Chino de Los Ángeles. Tenemos que darle un poco de cancha a Lucy para que no salga pitando. Si Karen se entera de la cantidad de desaires que le estoy haciendo, me corta los huevos y me deja sin lengua.

Suspiro.

La culpa la tiene Karen. ¿Qué necesidad tenía de buscarme una asistente tan joven, capaz, eficiente, preciosa, atractiva, simpática... como Lucy? Así no puedo concentrarme, sobre todo porque pasa de mis ataques.

Vuelvo a acordarme de sus pechos y estoy a punto de darme media vuelta para irme al hotel y llamar a Claire.

Resoplo, maldiciendo para mis adentros.

Esta noche me lo pasaré bien con Claire y estaré más sereno junto a Lucy.

El *show* de Jimmy Kimmel es una pasada. Ya lo conocía de antes, es un tío muy auténtico y es imposible parar de reírse con él.

Durante la grabación, a lo lejos, podía ver con claridad a Lucy junto a Sam. Él no hacía más que darle conversación y ella, cuando le respondía, lo hacía sonriendo.

A la salida, hemos ido directos al local que la productora tiene en la ciudad. Lo primero que han hecho ha sido prueba de maquillaje, peluquería, micrófonos, nos han dado los pases para la fiesta de después de la *premiere* y nos han dicho la zona del teatro donde estarán nuestros asientos. Podemos llevar acompañantes.

—Llevaré a Claire —le digo de vuelta en el coche—. Ya la he avisado que en cuanto nos bajemos del coche, vaya contigo sin moverse de tu lado.

Ni se ha inmutado cuando se lo he dicho. Se ha recolocado las gafas, ha anotado algo en la agenda y ha apuntado el nombre de Claire en una de las invitaciones que nos han dado.

Llegamos al hotel y quedamos en vernos una hora más tarde en el garaje para ir al restaurante donde vamos a cenar todos los que estamos en la ciudad.

Me doy una ducha y, cuando me estoy enjabonando, los malditos pechos de Lucy se cuelan en mis pensamientos. Soy un tío débil y llevo demasiado tiempo sin sexo, así que no me cuesta nada sucumbir a la tentación y me masturbo pensando en ella otra vez.

Salgo muy cabreado de la ducha, por lo que he hecho y porque, además, no ha servido de nada. Llevo una empalmada que no sé cómo me las voy a apañar para subirme la cremallera de los tejanos.

Decido anticipar mi cita con Claire. Le envío un mensaje instándola a que venga ya al hotel y me dice que no tarda ni diez minutos en llegar. Llamo a los de seguridad para que la dejen pasar y, como me ha prometido, en apenas diez minutos toca a la puerta.

Ni siquiera la saludo. Tiro de ella y empiezo a desnudarla. Ella lo tiene mucho más fácil, la he esperado solo con una toalla alrededor de mi cintura y una erección tan dura como una roca.

No voy a ser delicado, no voy a hacerle el amor. Necesito follar y descargar el peso que llevo encima desde que Lucy ha entrado en mi vida.

Estoy tan caliente que no soy capaz ni de llegar a la cama. La tumbo en el suelo y le meto mano como si no hubiera un mañana.

No me paro ni a quitarle las bragas, cuando me he puesto el condón las aparto y me hundo en ella con todas mis ganas. Claire chilla en mi oído y me pide más, que no me detenga, que continúe así, que la folle duro. Y yo la obedezco.

Entro y salgo de ella con una brutalidad que me descoloca, pero no puedo parar. Cuando siento que voy a correrme, me agarro a sus hombros y me clavo en ella con fuerza.

Me descargo y, sin darle tiempo a reponerse, salgo de ella y me tumbo de espaldas en el suelo.

—Hola, *myBoo* —susurra con la voz entrecortada, besándome el cuello, lamiéndolo después.

No estoy para ñoñerías porque no he conseguido quitarme a Lucy de la cabeza y me cabrea de un modo que no lo sabe nadie.

Me levanto y me meto en el baño en silencio. Necesito ducharme otra vez.

Estoy apoyado en la pared con las dos manos, dejando que el agua me empape por completo, cuando siento las manos de Claire acariciarme el pecho desde detrás.

Me giro, la tomo por la cintura y apoyo su espalda en los baldosines. Nos devoramos las bocas y cuando siento que empieza a tocarme, le agarro las dos manos sobre su cabeza. Con la que me queda libre, le toco los pechos, los recordaba bastante más pequeños. Se ha operado, son más grandes, más duros y sus pezones son más gruesos. Se los aprieto, buscando un consuelo en ellos, pero no lo encuentro.

Salgo de la ducha, cojo otro condón y me lo pongo antes de volver bajo el chorro del agua.

Claire me espera dispuesta, tocándose, masturbándose con una mano y tirándose de uno de los pezones con la otra. Al verme, se lame los gruesos labios, que también se ha operado desde que no nos hemos visto, y me hace un gesto obsceno con la lengua.

Vuelvo a sujetarle las manos, le levanto una pierna poniéndola en mi cintura y la penetro de nuevo con fuerza.

Aunque ella tiene varios orgasmos, yo ya no soy capaz de correrme. Sigo estando lleno, pero no puedo hacerlo. Estoy tan ofuscado con el continuo pensamiento de Lucy, que es como si hubiera tenido un gatillazo, aunque Claire ni se ha dado cuenta. Ella cree que me he corrido, y así

debe seguir siendo.

Una hora más tarde, bajamos en el ascensor y sé que Lucy me va a echar la bronca. Me ha llamado dos veces y lo único que ha obtenido de mí ha sido un escueto «Estaba ocupado. Ya bajamos». Para qué mentir, a estas alturas sí, intento molestarla con mi actitud porque ella no deja de meterse en mi mente.

Cuando nos ve salirno dice nada, pero puedo ver la desaprobación escrita en su mirada.

Claire, a mi lado, cuando ve a Lucy, se pega más a mí, intentando marcar un territorio que no sé si quiero que le pertenezca. Aun así, dejo que haga lo que quiera.

En el coche recuerdo la llamada a la tienda de ropa. ¿No le han hecho llegar el vestido? Como sea así, se van a cagar. Bueno, quizá se lo han entregado y no se lo ha querido poner. Esa idea hasta me cabrea un poco porque voy a pagarlo yo y no me gusta que me hagan desprecios así.

Sam no ha dicho ni media, va sentado al lado de mi asistente y no deja de mirarla de reojo. Seguro que habrán estado hablando de mí mientras me esperaban.

Vuelvo a mirar a Lucy y me fijo en su ropa. Lleva una blusa blanca por la que se transparenta un sujetador del mismo color. Unos pantalones negros que parecen una falda, combinados con unos zapatos también negros con un poco de tacón. Se ha soltado la melena y lleva una pequeña trenza como si fuera una diadema. Me llama la atención de que no lleva gafas, por lo que hoy ha debido decidir ponerse las lentillas. No va muy maquillada y no sé si el rubor de sus mejillas es por algo que le ha dicho el idiota de Sam o porque lleva colorete. De igual modo está preciosa y muy elegante.

La cena no ha estado mal del todo. Salvo por el hecho que he tenido que ver cómo Leiman se deshacía en halagos hacia Lucy y ella se derretía cada vez que él la sonreía. ¿Qué deben verle a ese tío las mujeres? ¡Si es calvo! Y, además, tiene cincuenta y pico años.

Al final he decidido marcharme en cuanto hemos acabado el postre. Me he cansado de ver las estupideces del tío este.

CAPÍTULO 20

Lucía

Si hace unos meses me dicen que acabaría compartiendo mesa con Jason Leiman, lo hubiera tratado de loco. Madre mía, si en la tele de casa ya me parecía un hombre *sexy*, en las distancias cortas ¡lo es mucho más! Y qué acento, qué sonrisa, qué adulador...

—Déjame ir al servicio y podemos irnos —le digo a David cuando me ha dicho que nos íbamos.

—No, Lucy. Nos vamos Claire y yo. Tú disfruta de la noche. Nos vemos mañana.

—Pero...

—No, no necesito nada, Lucy. Te doy la noche libre.

—*My Boo*, que lo mismo pretende meterse en nuestra cama a alumbrarnos —le dice la pelirroja con prepotencia.

David no dice nada, pero la mira con desaprobación. Que haya dado a entender que van a acostarse parece que le ha molestado.

—A las siete estaré esperándote en el pasillo —le digo justo antes de darles la espalda para ir a sentarme en mi silla.

Una no es de piedra. Y cuando un hombre como Jason no deja de tirarte la caña en toda la noche, y si a eso le añades un toque de alcohol, las cosas pueden resultar muy fáciles.

Ha insistido en llevarme al hotel con su coche privado. Él vive en Los Ángeles y tiene chófer, además de un Tesla todoterreno alucinante.

En cuanto nos hemos sentado, se ha lanzado a besarme y yo no me he achantado.

Debe ser la experiencia, porque menudo beso. Me ha dejado casi sin respiración.

Me he venido muy arriba cuando me ha acariciado los pechos por encima de la camisa y, dejándome llevar por el calentón, me he sentado a horcajadas sobre sus muslos. Le he quitado el jersey y he tenido que hacer acopio de todas mis fuerzas para no sonreír como una estúpida al ver el cuerpo que se gasta. Para que luego digan que los cincuentones no se cuidan, más quisieran algunos de veinte tener la tableta que tiene Jason.

La cosa se ha calentado hasta el punto en que he acabado con el sujetador desabrochado.

—Espera, espera —le digo jadeando al sentir sus palmas acariciándome los pechos.

—¿Qué? ¿Te he hecho daño? —Se aparta ligeramente y deja caer sus manos sobre mis muslos.

—No, para nada, Jason. Esto estaba yendo genial, pero...

—Lo sé. Eres su asistente.

—Y vamos a vernos durante todo el *tour*.

Asiente y yo suspiro.

—No pasa nada. Bueno, sí que pasa. —Sonríe mirando hacia abajo, donde su erección sigue pidiendo a gritos atención.

Me muerdo el labio inferior mientras me abrocho el sujetador y me paso la camisa por los brazos.

—Lo siento.

Niega con la cabeza y, sin dejar que me baje de su regazo, me ayuda a abotonarme la camisa.

Yo le acabo de cortar el rollo y él se pone en plan tierno a ayudarme.

El coche se detiene y por la ventanilla veo que estamos frente al hotel.

—Quizá, cuando todo esto acabe, podamos retomarlo donde lo dejamos ahora —dice dedicándome otra sonrisa.

—Quizá.

No puedo evitar cogerle la cara con las dos manos y besarle de nuevo.

Él pone las suyas en mi culo y me aprieta más contra él.

—Vete o no seré capaz de dejarte bajar.

—Gracias, Jason.

Me coloco la camisa por dentro del pantalón, cojo mi bolso y, sonriéndonos de nuevo, me bajo del coche.

Dentro del ascensor, pienso en la mala suerte que tengo en el amor. Y que acabo de perder un polvazo que me hubiera alegrado la existencia.

Saludo al de seguridad, que custodia la planta para que no se cuelen fans, y me encamino hacia mi habitación.

Menuda nochecita.

Cuando paso ante la puerta de la de David, tengo que volver dos pasos atrás para ver si lo que me ha parecido oír es cierto o es debido al calentón que llevo después de lo de Jason.

Pego la oreja a la madera y me tapo la boca *ipso facto*. Se escucha a Claire gimiendo como una cosaca, pidiendo que la folle a gritos. Cuando escucho a David jadear, siento cómo me humedezco al instante.

Apoyo la frente en la puerta y suspiro.

Al menos alguien ha mojado esta noche.

Entro en mi habitación con una frustración nivel Diosa del Olimpo Griego.

Abro la maleta y busco el pijama. Cuando remuevo la ropa veo algo que me hace soltar una carcajada bestial. El «amigo a pilas» que María me regaló justo antes de marcharme. Así lo apodó ella y me dijo que me vendría bien para todas las noches de soledad que iba a vivir en este *tour*.

—¡Ay, María! Si tú supieras. —Me río yo sola mientras me lo llevo conmigo a la cama para que me alivie.

Cuando suena el despertador, me estiro y me siento de muy buen humor. Estoy relajada y sonrío al ver el aparato en la mesita.

—Bendita seas, María, qué gran regalo. —Suelto una risita y vuelvo a cogerlo.

Tengo tiempo de darme un rato para mí sola en la ducha antes de que empiece mi segundo día en Los Ángeles.

Bajo el chorro de agua templada, me doy placer y disfruto de mi sexo. No puedo evitar deshacerme en gemidos cuando las vibraciones del pequeño aparatito me llevan al éxtasis total.

Salgo de la habitación con una sonrisa que no me cabe en la cara y, pillándome por sorpresa, me encuentro con David y Sam que me miran.

—Por tu cara diría que acabaste muy bien la noche. —Sam sonríe con picardía, a sabiendas de que me marché con Leiman.

David frunce el ceño y gira la cabeza hacia el yanqui, como él lo llama, sin comprender a qué se refiere.

—La verdad es que fue muy bien —respondo sin borrar mi gran sonrisa.

—¿Puedo saber de qué estáis hablando? —pregunta mi jefe de manera muy seca.

—Aquí tu asistente —empieza a decir Sam, pero le corto.

—He dormido genial. ¿Nos vamos? No podemos llegar tarde a la revista.

Y así, dejándole con las ganas de saber más, me encamino hacia los ascensores.

La entrevista en *The Hollywood Reporter* ha sido un éxito. David lo ha bordado y se ha metido en el bolsillo a la periodista.

Mientras David, Sam y el resto del reparto que han asistido a la entrevista comen algo en el pequeño *buffet* que les han preparado, yo decido salir a la calle a hacer algunas llamadas. Tengo que asegurarme de saber qué van a preguntarle a mi jefe en el resto de las ciudades. No quiero que vuelva a verse acorralado con preguntas desagradables.

Cuando ya he hablado con los de Nueva York, Toronto, Shanghái y Pekín, que van a enviarme las preguntas por *email* para que les dé el visto bueno, veo a Jason salir cargado con un vaso.

Me saluda con la mano y se acerca a mí.

—¿Interrumpo?

—No, para nada. Hacía unas llamadas de trabajo.

—Toma —me da el vaso—, te he visto salir en cuanto ha acabado la entrevista y me he fijado en que no has tomado nada. Pensé que quizá te apetecería.

Sonrío y no puedo evitar acercarme para darle un beso en la mejilla.

—Muchas gracias, Jason. Ha sido un detalle.

—No tiene importancia. ¿Cómo has dormido? —me pregunta sonriendo de lado.

Me atraganto con el café y los dos empezamos a reírnos a carcajadas, incapaces de parar.

—Lucy, nos vamos.

La voz de mi jefe hace que los dos nos giremos.

—Nos vemos en la gala —dice Jason.

Asiento sonriéndole y voy tras David, que camina a grandes zancadas.

—¿Sam no viene con nosotros?

—No lo sé, no soy su asistente —responde de mala gana—. Necesito que te asegures de que Claire está en el listado de la fiesta.

—De acuerdo. —Abro mi agenda—. ¿Cuál es su apellido?

—McLean, Claire McLean.

—Perfecto. Si me das un segundo llamo ahora.

—No, ya llamarás en tu tiempo libre.

Alzo una ceja, dándome cuenta de lo distante que está mi jefe conmigo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Se gira de repente y se detiene, mirándome muy serio.

—Claro.

—¿Qué intenciones tienes con Leiman?

Me deja descolocada y me quedo con la boca abierta unos segundos.

—Tengo la intención de que tu compañero de reparto esté a gusto en tu presencia. Así que estoy haciendo las labores de compañera que tú no sabes hacer —respondo con seguridad.

David no responde, solo cierra los ojos y suspira. Se da la vuelta y se encamina al coche.

CAPÍTULO 21

Lucía

Cuando llegamos al hotel, David se va a su habitación para cambiarse de ropa porque en media hora viene a buscarlo el entrenador personal.

Lo primero que hago es llamar a John para que añada a Claire en la lista de invitados tanto de la *premier* como de la fiesta. No quiero demorarlo porque esa chica no me cae bien, hay algo en ella que no me gusta nada. No me parece trigo limpio.

Saco el portátil de la mochila y mientras lo enciendo, alguien toca a la puerta.

—¿David? ¿Ha pasado algo?

Lleva un ramo de flores en la mano que me tiende con el ceño fruncido.

—Toma, es de tu amigo Leiman. Imagino que las labores están surgiendo efecto positivo.

—¿Te lo ha mandado a ti para que tú me lo entregues? —pregunto confundida.

—¡No! ¡Te lo ha enviado a ti, pero la floristería me lo ha entregado a mí! —añade muy molesto.

Me sorprendo, pero no puedo evitar oler las bonitas rosas de color rojo. Cojo la tarjetita ante la atenta mirada de mi jefe y la abro.

«Para la encantadora Lucy, Jason».

Me sale una sonrisilla tonta. No todos los días Jason Leiman le envía a una un ramo de flores.

David se aclara la garganta y veo que continúa con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—A saber el tipo de labores que estás haciendo con él para que te envíe flores.

Yo no tengo malos prontos, ni soy agresiva, pero lo que acaba de insinuar David me ha tocado la moral. Bajo el ramo y me acerco a él muy enfadada.

—No sé qué problema tienes con que un hombre me regale flores, pero no se te ocurra volver a decirme algo así.

Doy un paso atrás y le cierro la puerta en las narices.

Estoy tan enfadada que me dan ganas hasta de marcharme y dejarlo tirado. ¿Cómo puede comportarse de ese modo? ¡¿Qué narices le importará si me acuesto o no con Jason o con su primo el del pueblo?!

Doy varias vueltas por la habitación intentando calmarme, pero sé que así no voy a llegar a ningún lado. Cojo el bolso, meto el portátil, la agenda, el móvil y me marcho del hotel porque necesito despejarme si no quiero que las cosas se me vayan de las manos.

Salgo a la calle y al otro lado de la acera veo una cafetería con varias mesas en la entrada. Cruzo, me acomodo en una de ellas y, cuando la camarera se asoma, pido un *cappuccino*. Saco el ordenador y, antes de ponerme a trabajar, decido llamar a mi casa. Allí todavía es temprano y mis padres estarán despiertos viendo la tele.

Al segundo tono, la cara sonriente de mi madre aparece en la pantalla de mi teléfono.

—¡Hija! —exclama feliz.

—Hola. —Sacudo la mano sonriendo.

—¿Cómo está la niña de mis ojos? —pregunta mi padre asomando la cara.

—¡Genial! Y vosotros, ¿qué tal estáis?

—Muy bien, cariño. Ya debéis estar lejos de Londres, ¿verdad? Que veo que es de día ahí.

—Sí. Estamos en Los Ángeles, hoy es la *premier* de la película.

—Pues a ver si tenéis suerte y le dan el premio.

—¿Qué premio, mamá? —Alzo una ceja confundida.

—¿No me acabas de decir que hoy son los premios?

Me paso la mano por la cara y empiezo a reírme.

—La *premier*, mamá, la *premier*. Que hoy se presenta al público por primera vez.

La camarera deja en la mesa la taza y se marcha sin hacer ruido.

Las carcajadas de mi padre casi se escuchan aquí sin necesidad del teléfono. Aunque se calla en cuanto mi madre lo fusila con la mirada.

—Es que sois muy modernos los jóvenes, Lucía. Haberlo dicho en cristiano desde el principio que ya sabes que yo el inglés aún no lo domino.

—No, te domina él a ti —dice mi padre.

No puedo evitar soltar una carcajada. Y cuando veo que mi madre le tira el bol de palomitas en la cabeza a mi padre, casi me atraganto de la risa.

Aunque la convivencia con mi madre ya no era soportable cuando me fui, es verdad que ellos me dan vida cuando hablamos.

—¡Lola! ¿Y ahora qué?

—Ahora vas a la cocina a hacer más. ¿Quieres que te lo diga en inglés?

Vuelvo a reírme porque veo a mi padre dudando si contestarle que se lo diga en inglés. Pero se levanta, coge el bol y se marcha a la cocina.

—Me alegra ver que las cosas en casa van como siempre.

Mi madre mira hacia atrás, a la cocina, y después me guiña un ojo.

—Ya sabes que nos lo pasamos bien chichándonos, pero no podemos vivir el uno sin el otro.

Suspiro.

—A ver, ahora que estamos solas, cuéntame qué tal te va con el bombón de tu jefe. Mira que es guapo hasta decir basta.

Suelto un bufido y me coloco las gafas.

—Uy, eso me lo conozco yo. ¿Qué pasa?

—Nada, mamá. No te preocupes. Las cosas van bien.

Estoy tentada de contarle que he conocido a Jason Leiman. Pero conozco a mi madre y es capaz de irse al aeropuerto para venir a que se lo presente.

—Hija, ya sabes que si tienes problemas puedes contar con nosotros.

—Por supuesto. Después te enviaré una foto con el vestido que me han dado para lo de esta noche. Es precioso.

—¿Sí? —Al escucharme se le iluminan los ojos—. ¡Ay, disfruta mucho, Lucía! Que valga la pena todo lo que estás haciendo para que te sientas contenta con tu trabajo.

Asiento. Doy un pequeño sorbo al *cappuccino* y sonrío al ver a mi padre que vuelve con más provisiones.

—Bueno, voy a dejar que sigáis con lo que hacíais, que yo tengo trabajo.

—¡Cuídate mucho, cariño! —Mi padre lanza un beso a la pantalla y me saluda acercándose.

—Sí, cielo, cuídate.

—Vale. Un beso para los dos.

Centro la vista en el ordenador y de reojo veo salir a David con un chico algo más joven que

él vestido también con ropa deportiva. El entrenador. A pesar de ir bien camuflado, sé que es David por su forma de caminar y calarse la gorra casi hasta las cejas.

Se alejan corriendo de manera suave y aparto la mirada cuando los pierdo de vista.

Si David no fuera tan desagradable a veces, sería un buen partido.

Al recordar a su acompañante para esta noche, decido que es un buen momento para hablar con Karen. No sé cómo preguntarle por Claire, tampoco quiero que le vaya con el cuento a mi jefe y me despida en el segundo día de trabajo fuera de Londres.

—¡Lucy! ¿Cómo estás, querida?

—Genial. ¿Y tú? ¿Cómo llevas el embarazo?

—Estupendamente. No me puedo creer que exista esta paz. —Se ríe y yo la imito—. Cuéntame, ¿cómo va la promo?

—Muy bien, muy bien. Por ahora no hemos tenido ningún problema. Y he decidido ponerme en contacto con los responsables de las próximas entrevistas.

—Ya le han preguntado por su pasado —confirma suspirando.

—Sí —asiento, aun sabiendo que no me ve—, pero David ha sabido sortearlo y ha salido del bache sin responder, pero de un modo muy profesional.

—Lleva mucho a sus espaldas. ¿Cómo se encuentra? ¿Cómo va todo por Los Ángeles?

Hago un mohín y, antes de contestarle, ella carraspea.

—Cuéntamelo. ¿Qué ha pasado?

—No es nada grave, pero ¿qué me puedes contar de Claire McLean?

—¿Claire? ¿Está con él?

—Sí. Han pasado la noche juntos. Hoy lo va a acompañar al estreno y también a la fiesta.

Karen suspira, murmurando algo que no logro descifrar porque apenas la oigo.

—Es una ex. David estuvo bastante enamorado de ella y su ruptura lo dejó muy tocado. No entiendo por qué se está viendo con ella de nuevo, creía que era algo que, hoy en día, ya tenía más que superado. Hablaré con él.

—No, Karen, por favor. Déjamelo a mí. Los tendré vigilados y si veo algo raro, te aviso. Estando yo a su lado puedo darme cuenta de lo que está pasando sin necesidad de crear alarmas.

Chasquea la lengua.

—De acuerdo. Lucy, David puede comportarse como un capullo integral si se lo propone, pero confía en ti. Haz lo que tengas que hacer para mantenerlo con los pies en el suelo y a raya. No dejes que se desvíe de lo que de verdad importa.

Sí, puede ser un grandísimo capullo, cuánta razón tienes, pienso al tiempo que lo dice.

—Gracias, Karen.

—No se merecen. Te dije que me llamaras con cualquier duda que tuvieras. A todo esto, ¿te han gustado los vestidos que elegí para la *premier*?

—¿Fuiste tú?

—Sí. Va a ser un gran evento, además de tu primera puesta en escena a lo grande. Quise que te sintieras una más en la alfombra roja.

Cuando lo dice, me emociono. No me extraña que David la aprecie tanto, es adorable.

Entonces me acuerdo de que el vestido negro ha acabado en mi habitación, como regalo por parte de David. Aunque no pienso darle ni las gracias por lo que ha escrito en la tarjeta: «Disfrútalo con quien más te apetezca». Me ha parecido fuera de lugar y como me pregunte por él, no voy a darle ni las gracias.

La voz de Karen me trae de vuelta a la terraza donde estoy sentada.

—Muchísimas gracias. Me he quedado con el gris. Me he enamorado de él nada más verme en el espejo.

—Sabia elección. Es muy elegante y vas a ser el centro de muchas miradas.

Oigo un suave pitido en mi teléfono y, al apartarlo de la oreja, veo que me están llamando.

—Tengo que colgar, Karen, me están llamando.

—Cuídate. Un beso.

En cuanto la línea se corta, descuelgo la nueva llamada.

—Lucía Prieto, dígame.

—Señorita Prieto, la llamo desde la recepción del hotel. Acaban de llegar los trajes del señor Kane, del señor Smith y el suyo. ¿Quiere que se los dejemos dentro de sus habitaciones?

—No. Ahora mismo voy.

Cuelgo, recojo las cosas, me levanto y voy a pagar.

Un botones me ha ayudado a subirlos en el ascensor. El mío, que era el más voluminoso, lo hemos dejado en mi habitación, junto con el de Sam. Y el de David me he encargado de llevarlo yo a la suya.

Al entrar, me encuentro con la madre de todos los desastres. Hay ropa por todos lados e incluso las sábanas de la cama están por el suelo.

No soy su criada, pero me da vergüenza ajena el desorden que han dejado. No tiene nada que ver con lo poco que he conocido de David hasta ahora. Recojo su ropa y la doblo, dejándola ya preparada dentro de las maletas. Cuelgo el traje de la *premier* en el armario y lo dejo todo listo para que solo tenga que ducharse y vestirse.

Cuando vuelvo a mi habitación, envío un mensaje a Sam para que pase a buscar su ropa y después me meto de lleno a leer las preguntas de las entrevistas de Nueva York y Toronto.

CAPÍTULO 22

David

La sesión con Mike ha sido durísima pero muy reconfortante. Pese a que debería estar agotado, me siento con energías renovadas y con otro ánimo. Después de la carrera hemos pasado por el gimnasio de moda entre las estrellas a realizar una buena sesión de fuerza. Siento que me he quedado con todas las toxinas que me quedaban en el cuerpo. No deberían ser muchas, después de las sesiones de sexo maratonianas con Claire, pero ahora me doy cuenta de que necesitaba algo más.

Al girar la esquina antes de llegar al hotel, veo que hay un pequeño revuelo de fans. Procuro parecer lo más decente posible por si me piden algunas fotos. Mi sonrisa más ensayada aparece fácilmente y recuerdo relajar la arruga de mi frente.

Las fans han sido muy educadas pidiéndome permiso para hacerse algunas fotografías conmigo. Una de ellas me ha entregado su número de teléfono escrito en una tarjeta de un *parking*. Al menos sé que tiene edad para conducir.

Como no quiero parecer grosero, guardo discretamente el papel en el bolsillo y me encamino hacia mi habitación.

Decido subir andando por las escaleras y rematar así un entrenamiento perfecto.

Casi sin resuello, llego a la puerta de mi habitación y compruebo que el cartel de «no molestar» sigue colgando de la manilla.

Al entrar veo algo que no me cuadra. La habitación está recogida. Mi traje y la camisa están colgados en perfecto estado. Varios pares de calcetines reposan sobre la cama, ahora hecha, junto con el cinturón, el reloj y algún complemento optativo más por el que no me decidí en la tienda. Además, hay un bote con mi perfume favorito y algún producto de belleza masculina que siempre me olvido aplicar.

Junto a todo hay una nota con una letra que no identifico: «La estilista pasará a las cinco. Si no vas a estar, por favor, avísame. L».

Pero ¿qué coño...? Paso al baño a darme una ducha y también está todo recogido y huele muy bien. La papelera, donde estaban todos los restos de mis encuentros con Claire, está vacía.

Como ha prometido mi asistente, a las cinco llama ella misma a la puerta y va acompañada por un montón de personas que se adueñan del espacio de mi habitación. Como ya llevo puestos los pantalones y la camisa, me dan algunos toques de maquillaje, me peinan y acaban de ayudarme con la corbata y demás accesorios.

Mientras ellos recogen todos sus bártulos, Lucy decide hacerme varias fotos para las redes sociales, haciendo que me coloque delante del ventanal de mi habitación, para que de fondo se vea la ciudad.

—Bueno, ya he tenido suficiente por hoy. Os podéis marchar todos. Necesito estar solo un rato.

A los demás no les extraña nada mi actitud, pero Lucy me mira con el ceño fruncido. Y decido continuar poniendo distancia entre nosotros.

—Lucy, llama a la compañía de vuelos y reserva un billete para Claire, y que vuele mañana con nosotros a Nueva York. Si no queda sitio en primera clase, cógelo en turista y cuando

subamos al avión os cambiáis.

Mientras se lo digo, lo va apuntando en su agenda, pero al escuchar lo último, me ha mirado y sé que se ha quedado con ganas de contestarme, aun así, no lo ha hecho. Tiene más templanza que nadie que haya conocido antes. Cualquier otra persona en su lugar, me habría mandado a paseo.

—Por cierto —alzo la voz y el personal de maquillaje y demás me miran—, Lucy se va a poner un vestido negro. Quiero que le hagáis un recogido, que se deje las gafas puestas y que la maquilléis un poco. Nada más, podéis marcharos.

Lucy es la primera en salir de la habitación y sé que está muy enfadada por el portazo que ha pegado.

En cuanto veo a Claire, decido que no va a salir en una sola foto conmigo. Lleva un vestido blanco tan ceñido que no sé ni cómo va a ir sentada en el coche sin que se le descosan las costuras. No le digo nada porque sé que me dará el coñazo para que la exhiba ante la prensa.

Bajamos en el ascensor hasta el garaje y, al salir, Sam está hablando entre sonrisas con una mujer que lleva un vestido gris con la espalda descubierta. Lleva el pelo suelto, colocado hacia delante sobre el hombro. ¿Quién es?

—Vaya, ya era hora, don Juan —se mofa Sam mirándome de arriba abajo.

Voy a contestarle cuando la mujer se da la vuelta y me quedo petrificado al ver que es Lucy, mi Lucy asistente. Está impresionante, ¡podría pasar por una actriz de Hollywood! Nos hemos quedado todos callados hasta que Claire me ha dado un codazo tan fuerte en las costillas que casi me parte una.

—Córtate un poco, ¿no? A mí no me has mirado así ni cuando he llegado.

Me ahorro contestarle lo que pienso de su ridículo vestido y decido ignorarla.

—¿Nos vamos? Ya deberíamos estar llegando —dice Lucy, echándose el cabello hacia atrás. Sam abre la puerta y la invita a pasar, dándole la mano para ayudarla.

Durante el camino, soy el único que está callado. Claire no para de hablar sobre no sé qué estupideces y yo no le hago ni caso porque estoy prestando más atención a los otros dos. Hablan sobre el Teatro Chino y el Kodak, de lo que se nos viene en los próximos días… Tienen una complicidad que hasta me da rabia. ¿Cuándo han cogido esa confianza? Seguro que se han visto a solas en más de una ocasión. Como al yanqui este se le ocurra hacerle daño, le voy a poner la cara como un mapa.

El coche se detiene y, cuando Claire se atusa el pelo, miro a mi asistente.

—Por favor, no la dejes sola. Que vaya contigo hasta que entremos al teatro.

Lucy asiente y veo cómo se le dibuja una sonrisa fugaz al ver la cara que pone mi acompañante.

Salgo del coche y me deshago en sonrisas hacia todas las personas que gritan mi nombre.

Tras de mí veo cómo salen ellos y caminan a paso ligero hasta la entrada, donde está el *photocall* con todos los periodistas.

Firmo algunos autógrafos, me hago varias fotos, saludo, incluso varias fans me besan, hasta que uno de los de seguridad se pone en plan protector y les corta el rollo.

Cuando me acerco a la zona de las fotos, veo que Lucy se apresura hacia mí.

—David, ¡la bragueta! —dice entre dientes, tendiéndome mi móvil con una sonrisa muy elaborada.

—¿Qué?

—¡Coge el móvil! —dice en un susurro—, tienes la bragueta abierta. No te muevas.

Tardo un segundo en reaccionar mientras la miro a los ojos. Simulo una breve llamada mientras los fotógrafos me llaman impacientes. Lucy asiente levemente y, mientras ella me cubre con su cuerpo, yo me subo la cremallera haciendo creer que estiro y coloco la americana. Antes de devolverle el teléfono, tecleo algo rápido y se lo entrego susurrando un gracias y haciendo que nuestras manos mantengan el contacto algo más de lo necesario, al tiempo que la oigo suspirar como si no quedase aire en el mundo.

Los gritos y silbidos de los fotógrafos me devuelven a la realidad y, cuando me quiero dar cuenta, Lucy ha desaparecido de escena. Me acaba de salvar de estos buitres y del bochorno de aparecer en todos los medios enseñando los calzoncillos.

CAPÍTULO 23

Lucía

Mientras vuelvo al lado de Danna, que me mira sonriendo, echo un vistazo a la pantalla del móvil y leo lo que David me ha escrito.

«Gracias, acabas de ahorrarme muchas horas de terapia. Recuérdame que te suba el sueldo».

—Haber dejado que enseñara la ropa interior. —Se ríe Sam.

Niego con la cabeza y toco el brazo de Danna.

—Gracias por avisarme.—Sonrío y ella me imita.

Me ha pegado un silbido al más puro estilo granjera llamando a sus reses para soplarme lo de la cremallera y yo no puedo estarle más agradecida.

Se forma un jaleo muy grande y, en un momento, todo el elenco de la película aparece ante mis ojos. Tengo que estar muy concentrada para no abrir la boca y soltar algún grito para jalear a alguno de mis actores favoritos. Me llama la atención las pocas mujeres que siguen apareciendo en este tipo de superproducciones, pero las compañeras de David son espectaculares. Tengo muchas ganas de poder acercarme para presentarme y confesarles mi profunda admiración como actrices y mujeres que pelean tan duro en este mundo de hombres.

Me gustaría que no fuese así, pero me fijo en David y le veo pletórico saludando a todas sus compañeras de reparto. Está siendo muy caballeroso con ellas, colocándole los largos vestidos de gala, ofreciéndole la mano para que puedan apoyarse si lo necesitan y no caigan de los vertiginosos tacones.

Tras una profunda respiración y un par de fotos con el móvil de mi jefe, para que pueda decidir si las colgamos o no en redes, devuelvo mis pensamientos a un plano más terrenal.

John, el representante de David, me llama y entro con él hacia el *hall* del teatro.

En cuanto pongo un pie dentro, me quedo fascinada. Toda la moqueta tiene unos dibujos de dragones enormes, en colores rojos, naranjas y amarillos. Es precioso y no puedo evitar sentirme tentada de pararme y ponerme a hacer fotos cual turista que soy en este momento.

—¿Vienes? —John me espera a varios metros, sonriendo.

—Perdona. —Me sonrojo.

—No te preocupes. Todos reaccionamos así la primera vez que lo vemos por dentro. Si me guardas un secreto, te diré que yo me sigo sintiendo del mismo modo después de tantísimos años, aunque lo disimulo muy bien. —Me guiña un ojo y me abre la puerta que da a la zona de butacas.

Qué teatro más bonito y grandioso. Qué cantidad de detalles hay en el techo, unas filigranas chinas espectaculares.

—En la reunión de ayer se dijo que David estaría en la tercera fila. Por eso te he hecho venir. No voy a permitir que esté en segundo plano siendo uno de los actores principales de la película. —Bajamos por la escalera hasta quedar justo delante de la tarima—. Mira, estos cinco asientos son para nosotros. ¿Te encargarás de que aquí se siente David? —Me pide con una sonrisa.

—Sí, claro, por supuesto.

Salgo de nuevo a la calle y busco con la mirada a mi jefe y a la estirada de su acompañante, pero no los veo por ningún lado.

—¿Has visto a David? —le pregunto a Danna.

—No.

—¿Dónde se habrá metido este hombre? —Me exaspero.

—Habrá ido al servicio. —Danna sonríe—. Oye, ¿quién es la que va con él? No sé cómo no se ha caído rodando por el suelo. ¿Te has fijado en ese vestido?

—Sí, ¿quién no se fijaría? Es un ligue.

Veo a Sam acercarse a nosotros y le pregunto por mi jefe.

—No, no lo he visto. Espera, mira, por ahí viene.

Me giro hacia donde él señala con un gesto con la cabeza.

Claire va recolocándose el vestido, sobre todo el escote y David se pasa las manos por el pelo, para después ponerse recta la corbata.

—Joder con tu jefe —me susurra Danna.

—Lucy, ven un segundo —la voz de Sam suena muy seca.

Nos apartamos un poco y sé que no me va a gustar lo que me va a decir.

—Este comportamiento no se puede consentir. Me parece estupendo que se traiga a sus ligues a los estrenos, pero que se vaya al baño a echar un polvo es pasarse mucho de la raya. Es lo que le dijeron desde la productora que no debía hacer y se suponía que lo tenía claro.

—Sam, te lo pido por favor. Déjame hablar con él, no se repetirá.

Me mira a la cara y, tras varios segundos, suspira y asiente.

—Lucy, si alguien se da cuenta de lo que han hecho o peor aún, si alguien les hace alguna foto comprometida, a ti y a mí se nos cae el pelo. En realidad, más a mí que a ti.

—Gracias, Sam —pongo una mano en su antebrazo y asiento—, te prometo que lo soluciono ahora mismo.

Me aparto de Sam y, acercándome a David, le agarro por el codo haciendo que se separe de todo el mundo

—¿Se puede saber qué estás haciendo, David?

Alza una ceja y mira mi mano, que continúa en su codo.Le suelto y él se coloca la chaqueta, haciendo un gesto con los hombros.

—Si tienes celos tengo más aquí para ti. Y créeme que estaría encantado de darte lo que me pidieras, Lu —gruñe contra mi oído al tiempo que noto cómo me roza ligeramente un pecho por el costado del vestido.

Por un segundo, los dos nos miramos a los ojos conteniendo el aliento. Cuando abre la boca para decir algo más, da un golpe con el puño en la pared y se aleja de mí a toda prisa. ¿Qué narices ha sido eso? Me ha dejado descolocada... y cachonda, para qué mentir.

Echo a caminar cuando siento que mis piernas dejan de ser de mantequilla, incapaz de dejar de pensar en lo que acaba de pasar.

Sam me mira con el ceño fruncido, pero paso de largo. Ahora mismo no puedo hablar ni con Sam ni con nadie. Lo que mejor me iría sería una ducha de agua fría.

—Venid conmigo. John nos ha cambiado los asientos.

Bajamos las escaleras y me pongo frente a los nuevos sitios. Miro a David y señalo el suyo. Después, ignorando a la del vestido blanco, tomo asiento lo más alejada de mi jefe y comienzo a revisar el *email* para serenarme.

Sonrío al ver que tengo un par de *emails* más con las preguntas de las entrevistas de Shanghái y Pekín. Esto mejora mi ánimo considerablemente.

—¿Puedo sentarme aquí contigo? —me pregunta Danna, tocándome el brazo.

—Sí, claro que sí.

Charlar con ella me irá bien. Descargo los dos documentos y guardo el teléfono.

—Oye, ¿qué le pasa a tu jefe? No deja de mirarte, parece... ¿frustrado? —dice haciendo una mueca con la cara.

—Es así de raro —respondo sin mirarlo—. ¿Hace mucho que trabajas con Jason?

Necesito dejar de pensar en David, espero que no se haya notado mucho que he cambiado de tema.

—Bastante.

—¿Y cómo es?

—¿Jason?

—No, bueno, me refería a cómo es trabajar con una estrella como él.

—Oh, es muy fácil de tratar y no es nada caprichoso. Es un hombre encantador. Jamás he tenido un solo problema con él.

—¿Y vosotros...?

Danna sonríe, tapándose la boca. Ha captado por dónde voy.

—No, no, qué va. No podría ni aunque estuviera tan pedo que no supiera ni mi nombre. Le quiero como a un hermano mayor, nos respetamos muchísimo. Además —se acerca a mí y empieza a susurrarme—, yo tengo pareja desde hace bastante tiempo.

—¿Y por qué susurramos? —pregunto en el mismo tono.

Suelta una risita nerviosa y, sacando su móvil, me enseña una foto. Al principio no lo reconozco, pero cuando me fijo en sus ojos rasgados, doy un salto en mi butaca.

—¡¿Kiannu?! —Doy un gritito ahogado.

—¡Shhh! —Me da un toquecito en la nariz con el índice y vuelve a reírse, guardando el teléfono.

—Ay, perdona el momento fan, pero es que me encanta. Es tan... adorable.

—Sí, lo es. Es el hombre de mi vida.

Suspiro, apoyándome en el brazo del asiento y pongo una mano bajo mi barbilla.

—Nos conocimos hace diez años, cuando yo llevaba unos cuantos meses trabajando con Jason. Es más, fue él quien nos presentó en una cena en su casa. Invitó a varios amigos entre los que estaba él. Nos pusimos a hablar, quedamos varias veces y una noche... pues se me declaró con un ramo de flores silvestres que él mismo había cogido.

—¡Qué bonito, por favor! Y ¿puedo preguntarte por qué lo mantenéis en secreto?

—Nos va genial así. Nadie nos molesta. Aunque Kiannu es un hombre al que los medios persiguen poco porque jamás ha dado que hablar de manera negativa.

Suspiro y me imagino cómo debe ser tener a tu lado a un hombre así.

—No quiero que pienses que soy una pesada, pero David no deja de mirarte.

Giro la cabeza y lo observo de soslayo. Cuando se da cuenta, aprieta la mandíbula y se mete las manos en el pantalón. Sin cortarme un pelo, lo miro de arriba abajo, porque tengo que aceptar que ese traje le queda que ni pintado. Cuando hemos salido todos de su habitación, iba con el traje gris pero ha aparecido con el negro. Y sé que cuando ha visto que yo no llevaba el vestido negro, se ha quedado a cuadros.

Danna y yo nos hemos pasado la película hablando y me ha contado cotilleos de varios famosos. Por suerte, Sam se ha sentado a mi otro lado y, al final, ha acabado cotorreando con nosotras con disimulo.

Al acabar la reproducción, y mientras todos los créditos aparecen en la gran pantalla, los productores mandan subir a todo el elenco participante.

Nos levantamos a aplaudir y hacemos mucho ruido para mostrar nuestra aprobación. David busca mi mirada e intercambia un asentimiento ante mis aplausos.

CAPÍTULO 24

David

Me duele la cara de sonreír y el brazo de llevar a Claire pegada a mí en todo momento. Le he tenido que decir en varias ocasiones que no puede posar conmigo siempre. Necesito tener mis momentos solo, con mis compañeras y hasta con algún fan que consigue llegar a estas fiestas.

No se me olvida la cháchara que he escuchado durante toda la reproducción de la película. Las ganas de decirle a Lucy lo hipócrita que ha parecido su aplauso, se agolpan en mi garganta. También le diría lo mucho que deseo ver qué pone ese tatuaje tan *sexy* que asoma en casi cada uno de los movimientos a través del lateral de su vestido.

Mientras agito la cabeza intentando borrar mi último pensamiento, la veo pasar rauda hacia la mesa del *catering*. Me giro hacia Claire para poder quedar enfrentado a su cara.

—Ahora vuelvo, voy a comer algo y al baño. ¿Podrías quedarte aquí tranquila y sin seguirme?

Asiente como una autómata, le entrego mi copa y me dirijo hacia la mesa de la comida.

—¿No te gusta nada de lo que ves? —Asusto a Lucy de manera deliberada.

—La verdad es que me podría comer toda la mesa sin problema. ¿Nunca come nadie en estos actos o qué?

Se introduce un pequeño bocado de lo que parece salmón y veo como su lengua roza la comida antes de que acabe dentro de su boca. Suelta un suspiro mientras se limpia y me parece el momento ideal para atacar.

—Ya te darás cuenta de que todo lo que ves aquí es hipocresía. O quizá ya te has metido en este mundo más rápido de lo que me imaginaba —digo haciendo un círculo con las manos a mi alrededor.

Lucy me mira extrañada y una arruga aparece entre sus cejas.

—¿No se supone que pasar inadvertida es uno de mis cometidos? No entiendo a dónde quieres llevar esta conversación, David.

—¿Qué te ha parecido la película? —digo sin poder sujetar más las palabras que me llevan ahogando largo rato.

—Me ha gustado y sorprendido a partes iguales. No sabía que no utilizabas dobles para las escenas de acción y me ha encantado la trama.

—¿Qué es lo que te ha gustado más de la trama, Lucy? —insisto un poco más para saber hasta dónde llega su cara dura.

—Que queda abierta a una segunda parte. Que tu personaje es un malo comprensible, que no es un villano al uso y que parece que mueres, pero yo creo que no…

—¿Sabes qué creo yo?

Me mira extrañada porque he cortado su disertación a la vez que niega con la cabeza.

—Que tú sí eres una hipócrita al uso. Te levantas a aplaudir como una loca cuando no has prestado atención a la película. No ha habido un momento en el que no haya oído tus cuchicheos con Danna. Y luego Sam, que debe ser un cómico frustrado que os hace reír tanto. Soy tu jefe, pero se supone que me debes un mínimo respeto como profesional. Es la primera vez que se emite la película completa para el público, y es la primera vez que nosotros la vemos terminada. Creo que ha sido una falta de respeto muy grande y me estoy planteando si haberte dado la

oportunidad de trabajar conmigo ha sido una buena idea.

Noto la rabia agolpándose en su cara y las palabras luchando por salir. Deja la copa y la servilleta sobre la mesa y me vuelve a separar de la gente en el pasillo que va hacia la salida de emergencia.

Su contacto es una tortura.

—Mira, David, no sé cuándo se ha torcido nuestra relación laboral ni en qué momento has creído que podrías tener suficiente confianza conmigo para hablarme así. Soy una persona muy educada y positiva, estoy haciendo lo imposible por gustarte. Pero me estás poniendo muy difícil las cosas. Eres una estrella y todo eso, pero yo he tenido la suerte de conocer al David antes de llegar al aeropuerto y no creo que tú, precisamente, puedas hablarle a nadie de hipocresía —su bronca ha sido apenas un susurro, pero sus gestos me dicen que desearía gritarme a la cara todo lo que siente—, la oportunidad de tener a una buena persona a tu lado quizá sea tuya y empiezo a pensar que a la que no merece la pena todo esto es a mí.

Veo sus intenciones de marcharse cuando comienzo a oír el frufrú de su vestido. Miro a mi alrededor antes de cometer la locura que se me pasa por la cabeza. La agarro, firme, y la vuelvo a poner contra la pared.

—Ni por un momento pienses que puedes largarte de mi gira cuando quieras. Tienes un contrato que te blinda a mí y, con un solo chasquido de mis dedos, te arruinaría la vida. —Después de chasquear los dedos, vuelvo a posar mis manos sobre su cuerpo—.Tú estás haciendo lo imposible por gustarme y yo haciendo lo imposible para que no sea así.

Sin pensarlo dos veces acaricio sus pechos por encima de la fina tela del vestido, mientras poso mi frente sobre la suya. Cierra los ojos ante mi contacto y yo miro sus labios fijamente deseando besarla. En cuanto abre los ojos, sé lo que va a pasar antes de que ocurra.

Una bofetada, que estoy seguro de que se ha oído en la sala, me calienta la cara y el corazón.

—Es la segunda vez que me pones la mano encima. Que seas mi jefe, famoso y que tengas mucho dinero no te da derecho a tratarme como lo haces. No tienes mi permiso ni para rozarme siquiera.

La dejo ir porque sé que es lo mejor y estoy en un punto de no retorno. Sus palabras tienen un peso sobre mí que me deja totalmente hecho polvo. Necesito acompañar mi ánimo con las palabras que debería haberme dicho Lucía.

—Eres un gilipollas y un mierda, David.

Una vez que lo he dicho en voz alta, no me siento mejor.

Antes de volver a la fiesta me escabullo hacia el baño para ver el resultado de su bofetada. Tengo que esperar unos minutos para que la rojez desaparezca.

Recompuesto, me voy hacia la fiesta con un solo objetivo en mente: olvidarme de Lucy, de lo que acaba de ocurrir y de cómo me hubiese gustado que terminase.

CAPÍTULO 25

Lucía

Vuelvo a la fiesta haciendo unas respiraciones que me serenan. Es cierto que hemos parloteado durante la película, no lo voy a negar. Pero hemos comentado muchas escenas, diálogos y he disfrutado de la emoción de estar viendo algo por primera vez en primerísima fila y con las mismas personas que están en la pantalla sentados a mi alrededor.

Tengo que plantearme si merece la pena seguir con esto. No tiene absolutamente nada que ver a como lo imaginaba. Estoy a punto de estallar cuando veo aparecer una copa frente a mí.

—Creo que eres la persona de esta sala que más necesita una copa. Y eso que estamos rodeados de alcohólicos rehabilitados, reincidentes y de mujeres que solo beben por no engordar.

Sam ha ejercido de salvador en el momento justo. Me obligo a respirar una última vez cuando comienza una actuación en directo. Aunque me sé el programa de memoria, ver aparecer ante mis ojos al mismísimo Justin Timberlake, hace que mi ánimo cambie de manera radical. Es uno de los cantantes que participan en la banda sonora del film.

Cojo la copa que me tiende Sam y me la bebo de un trago. Recuerdo el hambre que tenía antes de mi encuentro con mi jefe y noto que el estómago se queja. Prefiero no acercarme a esa zona de momento y decido adentrarme más en la fiesta.

—¿Quieres contarme qué ocurre? Puedes confiar en mí, Lucy. Acabas de llegar a este mundo y puede ser muy duro la mayor parte del tiempo. Créeme si te digo que puedo entender casi cualquier situación por la que estés pasando —me dice Sam mientras nos acercamos a rellenar las copas.

¡Si él supiera! No creo que su jefe sea una egocéntrica estrella de Hollywood que piensa que puede tratar a las personas como cosas siempre que quiera. Ni que tenga que lidiar con el mal humor de un hombre que cambia de sentimientos como las veletas. Ni que sienta la humedad que siento yo entre mis piernas después de tener que abofetear a ese mismo jefe que, hace un momento, me ha acariciado poniéndome a mil por hora. No, estoy segura de que no tiene que lidiar con ninguna de esas cosas, sobre todo con la última.

—Muchas gracias, Sam. Solo necesito algo de tiempo para asimilar mi nueva vida. A veces no me queda muy claro si podré llegar a hacerlo. —He tardado un poco más de lo que me gustaría en darle una respuesta, pero necesitaba serenarme antes de hacerlo.

—Yo estoy seguro de que sí puedes. Y de que eres una mujer que puede hacer cualquier cosa que se proponga. Tienes pinta de que un David cualquiera no va a poder someter una fuerza como la tuya —responde, mientras coge mi mano y deposita sus labios suavemente sobre mis nudillos.

Le aparto con un toque en el brazo y una gran sonrisa mientras que, de fondo, oigo que Danna se acerca a nosotros antes de verla. De nuevo su silbido se hace notar entre el jaleo de la fiesta.

—Vaya con la nueva, tienes a nuestro Sam loquito, ¿eh? —con ese comentario, Danna hace que Sam se sonroje hasta la raíz del pelo.

Con una excusa tonta, Sam desaparece y se introduce en la conversación de otro grupo palmeando la espalda de Jason.

—No pretendía interrumpir, pensé que estabais de broma —dice Danna un poco preocupada.

—Y lo estábamos, no te preocupes. Necesito que me ayudes a olvidarme del día de mierda que llevo. ¿Qué cotilleo tienes para mí? —digo intentando parecer realmente interesada en cualquier chisme.

Danna duda, se acaricia el mentón y me coge de la mano.

—Vamos a buscar a Jason, quiero que te presente a alguien.

Con esta promesa, y una nueva copa repleta en mi mano, me dejo arrastrar entre el gentío. Localizamos al jefe de Danna con facilidad ya que es el hombre rodeado de más mujeres en toda la fiesta. Bueno, hemos pasado de refilón por el grupo en el que estaba David y tampoco se queda atrás. Pero creo que Claire le está cortando un poco el rollo.

Danna palmea levemente la espalda de Jason que, antes de girarse, ya se está excusando de su ausencia. Me gustaría saber cuánto tardaron en llegar a esa compenetración y si, alguna vez, podré tenerla con David.

—Señoritas —dice mientras hace una pequeña reverencia—, no sé si he dicho suficientes veces que son ustedes las mujeres más bellas de toda la sala.

Danna pone los ojos en blanco y se cuadra frente a su jefe. Se acerca a su oído de una manera muy sutil y Jason comienza a asentir mientras cubre su rostro con la mano y una sonrisa traviesa escapa de su rostro. Ella se separa de Jason, ambos me miran y señalan en una dirección.

—Lucy, ¿podrías seguirme por favor? —me dice el jefe de Danna, mientras nos ofrece ambos brazos para que nos agarremos.

Hipnotizada por la música, el calor que desprende este hombre y la emoción contenida de Danna, nos dirigimos hacia el punto opuesto de la sala.

Sé que es él antes de que gire su cuerpo. No puedo evitar frenar en seco y decir un «¡ay, Dios mío que me da!» en español, igualito que el que dijo mi madre cuando vio a David a través de la pantalla.

Creo que los pies se me han quedado clavados al suelo y una estúpida sonrisa se va a quedar a vivir en mi cara para siempre. Danna me da un leve empujón,Jason carraspea y Kiannu se gira al momento. Ambos hombres, con una diferencia de estatura asombrosa, se saludan con una reverencia. Creo que es un saludo de alguna de las artes marciales que deben practicar.

Jason se gira hacia mí y comienzo a negar con la cabeza mucho más rápido de lo que me gustaría.

—Me gustaría presentarte a una persona, querido amigo. Sé que es una gran fan de tu trabajo y que tiene muchas cosas que decirte. Ella es la señorita Prieto, pero todos la llamamos cariñosamente Lucy. Es la nueva asistente de Kane y, además de una gran fan, es una mujer muy interesante. —Jason coge mi mano y me hace quedar frente a frente con Kiannu que es tan alto o más que David—. Lucy, aquí tienes a este gran hombre, por dentro y por fuera.

Y con esas palabras se aleja y siento que me he quedado sola en el mundo frente a este hombre.

—Con esa presentación que te ha hecho mi amigo, no puedo más que agradecer que seas una seguidora de mi trabajo. Permíteme que me presente por mí mismo. Kiannu Magnes, tu humilde servidor —lo ha dicho con una gran sonrisa, mientras se agacha y coge mi mano para depositarla en su frente.

He visto ese saludo antes y es un símbolo de respeto en Asia. Miro emocionada a Danna que se tapa la boca para evitar dejar salir las carcajadas.

—Soy ingeniera informática por tu culpa. Gracias a ti, quiero decir. Tu trilogía me marcó tanto que moría por hacer lo mismo que hacíais en la película—digo mientras hago una

reverencia como si fuese alguien de la realeza.

Ante mi comentario, una sonrisa sincera aparece en su rostro y, más relajada, comienzo una conversación con mi actor favorito. No me pasa desapercibida la mirada intensa que Danna deposita sobre él en todo momento, ni el leve gesto que ha hecho él cuando Danna le ha traído una botella de agua.

—Creo que no me voy a lavar la mano en lo que me queda de vida —le digo a Danna mientras dejamos al señor Magnes con otro grupo de gente que ha solicitado su presencia—.Es todavía mejor de lo que siempre he imaginado. Te odio.

Las carcajadas de Danna sobresalen por encima del ruido tanto como sus silbidos. No puedo evitar sentirme contagiada por ella y las dos reímos como tontas.

Sam nos alcanza y nos pregunta el motivo de tanto alboroto. Cuando Danna le cuenta mi reacción de fan quinceañera al conocer al señor Magnes, este asiente y me mira con un brillo en los ojos que me hace sentir especial.

—Me da mucha pena habérmelo perdido. Ver a Lucy con la guardia baja, tiene que ser algo digno de vivir en primera persona —dice Sam dando un largo trago a su cerveza.

Me permito echarle un vistazo a Sam. Su pelo, delicadamente descolocado, está algo más corto que cuando nos conocimos. Lleva un traje negro, con una camisa blanca y una finísima corbata negra con algo de brillo. Ahora la lleva desajustada y es justo ese punto el que me ha provocado un calor que no había notado hasta ahora. Me he imaginado a mí misma deshaciendo el nudo de esa corbata.

Parece que me lee el pensamiento cuando, tira de ella, y se la guarda en el bolsillo. No puedo evitar chasquear la lengua y buscar con mi mirada la mesa de la comida.

—Voy a ver si consigo picar algo, que no he comido nada en toda la noche. ¿Me acompañas? —digo encaminándome hacia la mesa de la comida.

—Vas un poco tarde para eso. Es la magia de estas fiestas, parece que nadie come, pero la comida desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Veamos si puedo conseguirte algo —dice mientras llama con un gesto a uno de los camareros.

Se acerca a él y me señala, luego le pide algo y el camarero gesticula para, al momento siguiente, desaparecer. Sam me sonríe desde lejos y no puedo evitar devolverle la sonrisa como una tonta.

Un escalofrío recorre mi espalda y noto que alguien me mira. Al girarme veo a David en el centro de la zona de baile. Lleva una copa en la mano y Claire le está chupando el cuello como si disfrutase de un helado. La gente se ha separado de ellos y están a la vista de todo el mundo. La situación es un poco bochornosa y, para terminar de arreglarlo, mi jefe agarra a la muchacha del cabello y le da un beso baboso sin quitar sus ojos de los míos.

Gesticulo un «asqueroso» y rompo el contacto.

Lo que me encuentro no me puede gustar más. Hay una pequeña bandeja con varias de las cosas de la cena, noto cómo mis tripas rugen de agradecimiento.

—Eres todo un caballero, Sam. Esto sí que es salvar la vida de una dama —digo introduciendo algunos de los pedazos de comida dentro de mi boca.

—Y eso que no soy británico —dice mientras limpia la comisura de mis labios con una servilleta.

Danna se acerca y llama mi atención con sutileza. Me avisa de que Jason se queda por ahí, pero que ella tiene el resto de la noche libre. Con un *ya sabes* que me hace entender todo lo que

su boca no dice, sé que se va a marchar muy bien acompañada. Ojeo la fiesta y Jason sigue con todos los compañeros de reparto, bebiendo agua y ayudando a su novia en la ficción para que se quite los zapatos. De hecho, todo el reparto está junto y sonriente menos mi jefe, que sigue dando el espectáculo en la pista de baile.

Sé que Sam también los ha visto y no me ha dicho nada. Creo que sabe que el momento no es el idóneo y que es un tema del que me voy a encargar.

Picoteo un poco, pero prefiero seguir disfrutando de la noche y de las copas. Interactúo con algunas personas más, siempre acompañada de Sam o Jason, e incluso de John que aparece y desaparece a toda velocidad.

Le he perdido la pista a David y, desde entonces, es cuando comienzo a disfrutar de verdad. Esta fiesta parece no tener fin, pero mi dolor de pies y mi leve mareo me dice que quizá sí haya terminado para mí.

Estoy en uno de los laterales de la zona de baile cuando veo marcharse a Jason solo. Se despide de mí con un beso al aire que me hace sonreír. Me dispongo a quitarme las tiras de mis preciosos zapatos cuando comienza a sonar una canción que me gusta mucho. Dua Lipa y su voz sensual me hacen buscar con la mirada a Sam.

Parece que tenemos algún tipo de conexión extraña, porque se gira justo cuando poso los ojos en él. Me sonríe y repite, a la vez que la cantante, parte de la letra sin quitarme los ojos de encima.

Let's get physical
Lights out, follow the noise
Baby, keep on dancing like you ain't got a choice
So come on (Come on)
Come on (Come on)
Come on
Let's get physical

Sonrío mientras un calor envuelve mi cuerpo. Termino de quitarme los zapatos y ya le tengo al lado.

—Creo que debería marcharme ya, mis pies han dicho basta —digo intentando sonar muy seria.

—Creo que deberíamos marcharnos —corrige Sam casi en un susurro.

Mira a su alrededor antes de acariciar con sutileza todo mi brazo desnudo. Llega hasta el lateral de mi cuerpo, cerca de mis pechos, justo el punto donde David ha estado hace unas horas. Me estremezco, aunque no sé muy bien si es por su roce, el recuerdo de las manos de David sobre mí o el alcohol que corre por mis venas.

Sin necesidad de decir una sola palabra, llamamos a la compañía de transporte que se está encargando de llevar a todo el elenco a sus hoteles. A nadie le extraña que compartamos taxi, puesto que estamos alojados en el mismo hotel y en la misma planta. Algunas de las actrices vuelven directamente a sus domicilios.

Al llegar al hotel, Sam hace un pequeño repaso con los de seguridad. Tengo la sensación de que está preguntando por cierto actor británico de ojos grises.

—Señorita Prieto —dice llegando hasta mí mientras me indica el camino del ascensor.

—Señor Smith, todo un caballero —digo risueña, el alcohol me tiene muy animada.

En el ascensor no evitamos nuestros roces. Una caricia sutil en la mano, un codazo leve al dejar salir a otras personas y muchas sonrisas cómplices.

Llegamos a la puerta de mi habitación y Sam mete las manos en sus pantalones. Yo abro la puerta con los zapatos aún en la mano.

—Bien —digo sin tener ganas de despedirme.

—Bien —responde Sam, pasándose una de las manos por el pelo.

No me lo pienso mucho y, antes de arrepentirme lanzo mis zapatos dentro de la habitación. Introduzco parte del cuerpo y le llamo con el dedo.

—Por favor, caballero, ¿sería tan amable de ayudarme a encontrar mis zapatos? —le digo, susurrando de manera sensual.

Veo cómo una preciosa sonrisa inunda toda su cara. Mira a ambos lados y le hace un gesto al de seguridad. Un segundo después está dentro de la habitación y cierra la puerta tras de sí.

—Llegados a este punto, señorita Prieto, necesito saber cómo de caballero tengo que ser con usted —dice mientras recorre la distancia que nos separa y me mira desde su altura.

—Llegados a este punto, Sam, ni tú quieres ser un caballero ni yo quiero ser una dama.

Apenas termino de decir las palabras cuando ya lo tengo sobre mí. El beso me ha pillado con la guardia baja porque me ha dejado sin respiración. Me besa con pasión, pero también con una ternura que hace que me quiera quitar la ropa yo misma.

—Un momento —me pide con la voz entrecortada.

Lleva la mano a su bolsillo y se coloca la corbata.

—¿Qué haces? —pregunto entre carcajadas.

—He visto cómo has mirado esta corbata en la fiesta. Y sé que deseabas quitármela tanto como yo que lo hicieses. —Se vuelve a pegar a mí mientras aprieta mis nalgas fuertemente—. Quiero que tus manos hagan lo que tus ojos pedían.

Me tiro a por su boca como si jamás hubiese besado a nadie antes. Me entretengo enredando los dedos en su pelo y, cuando llego a quitarle la corbata, cambio de idea y me separo de él.

Se queda plantado, en medio de la habitación en penumbras, sin saber qué ocurre.

Me doy la vuelta y comienzo a deslizar la cremallera de mi vestido. De espaldas a él dejo caer la tela quedando solo con el precioso tanga que ha pagado mi jefe. Desecho la idea de dejarle siquiera ocupar mi mente ni un solo segundo.

Me giro mostrándole toda mi desnudez mientras me acerco a él sigilosa como una gata. Me pongo de puntillas para comenzar a deshacer el nudo de la corbata. Se lo ha apretado demasiado, así que pego mi cuerpo más a él para poder llegar al nudo con facilidad. No tardo ni un segundo en tener sus manos en mi culo y cerrar los ojos de placer.

Cuando consigo deslizar el nudo de la corbata le doy un beso profundo que solo interrumpo para sacar la prenda por su cabeza. Sus manos recorren todo mi cuerpo sin dejarse un centímetro. Me separo de él e introduzco la corbata por mi cuello.

—Lo que me pasaba con tu corbata, Sam, es que estaba segura de que me iba a quedar mejor a mí que a ti, ¿no crees?

Su sonrisa me conquista, pero lo que realmente me lleva hasta otro nivel es que me coge en volandas mientras me obliga a poner mis piernas alrededor de su cintura. Así llegamos hasta la cama y se tumba sobre mí.

Me mira con adoración y eso me excita aún más. Me revuelvo inquieta bajo su cuerpo y de un tirón se quita la camisa y los pantalones. No sé cuándo ha perdido los zapatos y los calcetines, pero le tengo completamente desnudo ante mí.

Sonrío ante la visión magnífica que me muestra. Está muy en forma y el dorado de su piel confirma que debe pasear mucho a la orilla de la playa. Sus piernas son tal y como predecía su pantalón. Tiene gran parte del cuerpo depilado, pero lo que más me llama la atención es la erección que señala hacia mi persona. Se agacha y coge algo de su pantalón y lo tira de cualquier manera sobre la cama, mientras vuelve a dedicarme sus caricias.

He echado de menos su contacto y parece que es mutuo porque, enseguida, me cubre entera. Cuando por fin se introduce mis pezones en la boca suelto un grito que espero que no se haya oído en el pasillo. Me pide, entre susurros, que no seamos escandalosos y eso nos hace reír aún más a los dos.

Aprovecho que tiene la guardia baja para ponerme sobre él. Ahora es mi turno y recorro su cuerpo desnudo clavando levemente mis uñas. Veo cómo su piel responde ante mi caricia y se eriza por completo mientras se retuerce bajo mis piernas. Muerdo y lamo a placer, hasta que llego a su erección que me saluda amable. Pruebo con pequeños lametones que le sacan una sonrisa hasta que, de improvisto, me la meto completa en la boca y le dejo sin respiración.

No tarda mucho en acudir ante mí y cubrir mi boca con la suya. Se gira y me acaricia de nuevo hasta que llega a mi entrada, que lo recibe húmeda y preparada. Introduce un dedo tímido que hace que un escalofrío me recorra entera mientras devora mi cuello y dedica caricias a mis pechos. Siento que no puedo más y, de nuevo, como si me leyese el pensamiento desaparece hacia el lado de la cama donde ha tirado el paquete del bolsillo de su pantalón.

Coge un condón que se pone de manera sensual ante mí. No puedo reprimirme y me acaricio sin dejar de mirar sus movimientos. Eso parece excitarle más y se acerca muy despacio hasta mi altura.

—Espero que estés preparada.

—Nací preparada —respondo de manera chulesca.

Me tumba con mucho cuidado sobre la cama, sus besos han bajado de intensidad, pero no sus caricias. Cuando estoy completamente perdida entre sus manos, noto la presión apunto de llenarme. Entra en mí y los dos no podemos evitar suspirar al son. Me doy cuenta de que sonrío como una tonta y de que él está haciendo lo mismo. Le pido que siga con su estocada mientras le animo con giros de mis caderas. Un movimiento más profundo y ya estoy perdida, sumida en mi orgasmo. Noto cómo coge el relevo cuando comienza a aumentar el ritmo. Se incorpora y pone una de mis piernas sobre su torso y la otra muy separada. En esta postura me llena por completo. Levanto levemente la cadera y se gira, dejándome todo el poder a mí.

No tardo en acomodarme en toda su longitud y coger el ritmo. Justo antes de correrse profiero un taco que me lleva, de nuevo, hasta ese lugar del que no quiero volver.

Ya descansando uno al lado del otro se recoloca para pedirme que me tumbe junto a él.

—Bien —dice con la voz aún ronca por el orgasmo.

—Bien —repito con una sonrisa enorme en mi cara.

Parece que la noche no ha terminado para nosotros, ya que vuelven las caricias y llevamos nuestro placer al siguiente nivel en la ducha.

CAPÍTULO 26

David

A pesar de que la rojez ha desaparecido de mi cara a los pocos minutos, he continuado sintiendo los dedos de Lucy toda la noche. Y mucho más viendo cómo bailaba en un rincón de la gran sala.

Cuando Claire me ha pedido entre jadeos que nos marcháramos al hotel, no he podido evitar buscarla con la mirada. No entiendo muy bien por qué me he cabreado al no encontrarla. Después de cómo la he tratado, lo que me merezco es que se marche y no vuelva a verla en mi vida.

Sigo dándole vueltas al tema de mi asistente al entrar en el coche. Y apenas me inmuto cuando Claire empieza a sobarme la entrepierna por encima del pantalón. No soy de piedra así que me deslizo hacia abajo un poco y le doy luz verde, echando la cabeza hacia atrás y dejando mis brazos laxos a los lados de mi cuerpo.

Me desabrocha los pantalones y mete la mano dentro. Me masturba un buen rato hasta que se me pone dura como una piedra. Se inclina y se la mete en la boca, chupándola, lamiéndola, gimiendo. Me está haciendo una mamada de diez y yo solo puedo pensar en el escote de Lucy, en lo suave que es su piel, en sus pechos, en ese tatuaje…

Me corro dentro de la boca de Claire, alzando las caderas, apretándole la cabeza para que no se aparte. Cuando la miro, no veo un pelo pelirrojo, sino uno moreno y muy largo. Tiro del cabello y, cuando se descubre su cara, Claire me está sonriendo de lado, mientras se limpia la comisura con el dorso de la mano.

Me cierro la bragueta y chasqueo la lengua. Se supone que mi asistente está en mi vida para ayudarme, no para joderla y desbaratarla. Suspiro y mi voz interior me da un buen toque. Ella no está haciendo nada que no deba, eres tú el que lo está confundiendo todo, imbécil, me reprendo.

Vuelvo a echar la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y no hago caso a lo que mi acompañante me está contando.

Los de seguridad me saludan cuando llegamos a mi planta y estoy tentado de preguntarles si Lucy ya ha llegado al hotel. Aunque me contengo, sobre todo porque Claire me está dando el coñazo con que le gustaría hacer un trío.

—Venga, consiénteme, ¿acaso no te gustaría montártelo conmigo y otra tía más? —me susurra nada más entrar en la habitación, apoyándose en mí, lamiéndome los labios.

Alzo una ceja y lo pienso. La aparto y voy a buscar los pantalones de deporte que llevaba esta tarde cuando llegué de entrenar. Saco la tarjetita que me ha dado aquella fan y sonrío pagado de mí mismo.

Media hora más tarde, Claire vuelve a entrar en la habitación, acompañada de una chica rubia de ojos azules y cara de no haber roto un plato en su vida.

—*Boo*, ella es Lizzy.

Escuchar ese nombre hace que recuerde a mi asistente. La miro de arriba abajo y sonrío de lado cuando se quita el abrigo y veo que solo lleva una combinación de encaje rojo.

Claire se quita el vestido blanco y se queda solo con un diminuto tanga que no deja nada a la

imaginación.

Me siento en el sofá, con las piernas abiertas y me cruzo de brazos. Claire sonríe y se acerca a Lizzy. Empiezan a besarse y un par de segundos después, están tan metidas en su papel, que empiezan a gemir y a hacer ruidos húmedos con la boca. Se acarician y es Lizzy la que toma la delantera de meter la mano entre las piernas de Claire. Suelta un grito ahogado, abriéndose de piernas, y eso me anima a bajarme la cremallera del pantalón para empezar a sobarme.

Siento cómo el calor me embarga y empieza a sobrarme la ropa. Me quito la corbata, pensando en Lucy y en cómo me rozó la piel del cuello al ayudarme a elegir una. Me arranco la camisa, haciendo saltar los botones, y la tiro al suelo con rabia.

Lizzy me mira de reojo y se aparta de la boca de Claire. Alzo una ceja y la invito a acercarse a mí con una mirada. Se arrodilla entre mis piernas y tira de mi pantalón para quitármelo.

Claire se sienta a mi lado y empieza a comerme la boca con desesperación. Como he hecho con mi camisa, le arranco el tanga y ella se sobresalta, pero lejos de amedrentarse, se agacha y empieza a lamerme el pecho.

Jadeo al sentir cómo Lizzy me lame la erección. Se la mete entera en la boca y me mira con lascivia, poniéndome muy cachondo.

La pelirroja llega también hasta mi entrepierna y se turna con la rubia para chuparme, empaparme y mordisquearme.

Me dejo llevar, con una mano en cada cabeza, instándolas a no detenerse ni un instante. Alzo las caderas, les lleno la boca y ellas gimen. Cuando siento que voy a correrme, les tiro del pelo para que se aparten, me agarro y me derramo en sus caras. Se lamen mi esencia de los labios y la que les salpica en los pechos, se la masajean por los pezones. Es como vivir una película porno en una televisión muy realista.

Me levanto y nos subimos a la cama. Saco la caja de condones que guardo en la mesita, me pongo uno y, dándole un empujón a Lizzy, la tumbo de espaldas. Le abro las piernas y me hundo en ella de una sola estocada. Se agarra a mis hombros y gime como una condenada mientras yo entro y salgo con rudeza.

Claire se agacha y le masajea un pecho, chupando y mordisqueando el pezón.

Lizzy se yergue, como puede, y me lame la boca. Y yo respondo agarrándole el mentón sin cuidado, besándola.

Antes de que se corra, salgo de ella y me giro hacia Claire. Estira la mano y me da otro condón al ver que me quito el que llevo puesto. Hago que se ponga a cuatro patas y la penetro a lo bestia. Sé que a la nueva Claire le gusta de esta manera. No quiere romanticismos, quiere que la folle, como me dijo la primera noche.

En cuanto las sonrosadas mejillas de Lucy aparecen por mi mente, gruño, clavándome en la humedad de Claire una y otra vez, con fuerza, haciéndola chillar. Lizzy se abalanza hacia su boca y se besan como si se conocieran de toda la vida.

Le doy un azote en el culo a Claire, ella me pide más y yo, cachondo como estoy, no la hago esperar. Ella chilla con cada manotazo y yo me vengo arriba. Le acaricio el ano con el pulgar y tanteo la entrada. Claire se remueve, apretándose más contra mí y yo le meto el dedo. Chilla otra vez y le doy otro manotazo. Salgo de ella y la penetro por detrás. Grita muy fuerte y, cuando se gira a mirarme, alzo una ceja pero ella sonríe, se lame los gruesos labios y asiente, dándome carta blanca para que haga lo que quiera.

Me vuelvo loco con su estrechez y me pica la mano cuando vuelvo a darle otro manotazo. Al parecer no tiene bastante con lo que yo le estoy haciendo, cuando veo que Lizzy se tumba,

abriéndose de piernas, y Claire empieza a lamerle entre los muslos.

Joder, a pesar de haberme corrido dos veces ya, sé que voy a volver a hacerlo, no entiendo qué me pasa. Si no fuera porque sé que es imposible, me siento como cuando consumía drogas. Tengo un subidón como los de entonces, y me siento fuera de mí. Debe ser por todo el champán que he bebido y lo poco que he comido.

Me agarro a sus cachetes y acelero las embestidas. Siento que necesita que la lubrique, así que estiro una mano y la masturbo por delante, dándole ligeros pellizquitos en ese botón tan hinchado que tiene.

Ella, que ahora está con varios dedos metidos en Lizzy, se gira, se yergue y me besa con fiereza, dejándome un regusto salado de la esencia de la rubia. Vuelve a agacharse y me regala una estampa perfecta de su sexo.

Lucy vuelve a colarse en el cuarto a través de mi mente. Me mira mordisqueándose el labio y me la imagino bajándose el vestido que llevaba esta noche. Madre mía, sin ropa es tan preciosa…

No me detengo y, cuando vuelvo a meterme en Claire, acelero, haciéndola gritar de nuevo. Me pide que le dé varios azotes y, cuando escucho a Lizzy chillar por un orgasmo, me corro yo también, clavándome en el culo de Claire.

Me despierto de repente, escuchando la melodía de mi teléfono que suena con insistencia. Abro los ojos y veo que ya es de día. Intento estirarme, pero tengo dos cuerpos que me lo impiden.

Claire está sobre mi pecho, con una pierna enrollada en las mías. Y Lizzy está apoyada en mi otro brazo, boca arriba, dejando a la vista unos pechos tan operados como los de la otra.

Me libero y, de manera muy perezosa, me levanto de la cama. Busco mi teléfono entre las cosas del suelo y veo que quien me llama es John, mi representante. Antes de descolgar, chasqueo la lengua, ¿qué querrá el tío este ahora?

—¿David?

—Buenos días, John —carraspeo.

—Te he llamado cuatro veces a ti y cinco a Lucy, ¿dónde os metéis?

Arrugo el ceño cuando nombra a mi asistente. Se supone que su trabajo es coger llamadas, entre otras cosas.

Desvío la mirada hacia la cama y, al ver que Claire se remueve, me aparto de la cama y me meto en el baño.

—¿Qué pasa?

—Me han propuesto que hagas un *spot* publicitario de relojes de lujo. Anoche te vieron varias marcas que quieren contar contigo.

—Me gusta la idea.

Cualquiera que me conoce bien, sabe que los relojes son algo que me encanta y jamás salgo a la calle sin uno.

—Tendremos que estudiar las ofertas, pero quería hablar contigo antes para ver qué te parecía. No quería molestarte, pero bueno, ya te he dicho que Lucy no me ha cogido el teléfono.

—Debe estar ocupada —digo con desgana quitándole importancia, aunque en realidad me cabrea mucho.

¿Qué narices estará haciendo?, o… ¿con quién?

Cuando cuelgo, salgo de nuevo a la habitación. No sé si me apetece que se me vuelva a ir la

situación de las manos tanto como anoche. Me rasco la cabeza y me siento algo confundido con los recuerdos que me vienen a la mente. De repente, que Claire se venga a Nueva York con nosotros, ya no me parece tan buena idea.

Suspiro y las despierto para que se vistan después de haber contratado un taxi que las recoja en la puerta del hotel.

—¿A qué hora nos vemos luego? —pregunta Claire pintándose los labios de color rojo chillón.

—Te enviaré un mensaje cuando hable con Lucy y sepa la hora del vuelo.

—Vale, *Boo*.

—Lizzy —me acerco a ella y sonrío—, un placer haberte conocido.

—El placer ha sido todo mío —dice con un acento que no reconozco.

—Tú no eres americana.

—No, soy rusa, pero llevo en Los Ángeles cinco años, trabajando como modelo.

Sonrío y dejo que se acerque a darme un beso muy cerca de la boca.

—Volveremos a vernos —susurra como si fuera una promesa.

—Ya estoy lista. —Claire se acerca a nosotros y me da un pellizco en el culo.

—Os acompaño al ascensor. El coche ya os está esperando en la puerta.

Salimos al pasillo y, mientras ellas hablan sobre no sé qué marca de ropa interior italiana, escucho cómo se abre la puerta contigua a la mía, la de Lucy. Me giro y, dejándome totalmente descolocado, veo salir a Sam con la ropa que llevaba anoche. Alza la cabeza y me mira, dedicándome una sonrisa.

—Buenos días, David.

—Buenos días —respondo de manera seca.

—¿Desayuno para llevar? —dice de manera irónica mirando a mis acompañantes.

—Ya hemos desayunado, es más, no hemos parado de comer en toda la noche.

—Para ser un caballero británico, eres un poco ordinario, ¿no crees? —añade mientras busca algo en su bolsillo.

—No sabía que tenía que ser un caballero contigo. Hablando de caballeros, ¿por qué no ha cogido el teléfono Lucy? ¿No la has dejado o no ha podido?

—Aún duerme —responde Sam bajando el volumen de la voz como evitando despertarla—, tiene que recuperar fuerzas, ya sabes. Nos vemos en el aeropuerto, David.

—Como si tuviese otra opción —murmullo dejándolo atrás.

Lo primero que se me pasa por la cabeza es aporrear la puerta de Lucy para pedirle explicaciones. Miro a mis dos acompañantes y decido que no bajo con ellas ni en el ascensor. Espero a que se cierren las puertas y me encamino hacia la habitación de mi asistente. No me permito serenarme y aporreo la puerta con ansia, esperando despertarla con un buen susto. Espero unos segundos que me parecen eternos y no oigo sonido alguno. Repito los golpes a la puerta y los acompaño de patadas.

Veo cómo los de seguridad se yerguen en su puesto y les hago una señal con la mano para que me dejen en paz.

CAPÍTULO 27

Lucía

Me hago la remolona en la cama cuando Sam se marcha. Es pronto, aún tengo tiempo de sobra de darme una buena ducha a solas, recoger las cuatro cosas que me quedan fuera de la maleta, bajar a desayunar con tranquilidad e ir a por mi jefe para marcharnos.

Mi teléfono suena y veo que es Sam. Sonrío descolgando.

—Qué rápido me has echado de menos.

Escucho cómo suelta una risa suave, pero suspira.

—Siento tener que llamarte para contarte esto. Cuando salía de tu habitación, he visto salir a David con la pelirroja y, además, con una rubia. Tengo que confesarte que se lo he reprochado, porque es mi trabajo vigilar que no se pase de la raya.

Me pellizco el puente de la nariz.

—Sam…

—Ayer te dije que no diría nada, aun jugándome mi puesto de trabajo, porque te aprecio y confío en tu poder de convicción cuando hables con tu jefe, pero no sé si por él me merece la pena.

—Tienes razón y te agradezco enormemente lo que haces por mí. Y te vuelvo a pedir que me des un voto de confianza. Déjame que hable con él, por favor.

Estoy que trino con la conversación que estoy teniendo. No me puedo creer que este hombre esté liándola de este modo en tan pocas horas. Estoy a punto de colgar cuando se escuchan unos golpes en la puerta de un modo tan bestia que parece como si al hotel le estuvieran pegando fuego.

—Te dejo. —Ni siquiera le dejo despedirse.

Cuelgo, tiro el teléfono sobre la cama y voy a abrir la puerta más cabreada que nunca.

—¡¿Qué?! —chillo desquiciada.

Al otro lado me encuentro, nada más y nada menos, a mi querido jefe. Genial, me acaba de poner a huevo la charla que le voy a dar.

Me mira de arriba abajo y se acerca a mí con la mandíbula muy marcada. Me empuja al interior de la habitación y cierra con un portazo que hace que tiemble la mampara de la ducha.

—¿Se puede saber por qué narices no coges el teléfono cuando te llaman?

Mal empezamos.

Me contengo, no sé por qué, pero sus malos modales ya me están hartando demasiado.

Suspiro, cierro los ojos y me doy la vuelta.

—¿Qué estás haciendo, David? ¿Sabes que me acaba de decir Sam que tiene que hablar con los de la productora por lo que está pasando? ¿Cómo se te ocurre dar la nota como la dabas anoche con Claire y encima pasearte hoy por el hotel con ella y otra chica más?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Y lo es dejar que te quiten el papel de Bond? Porque sabes que eso es lo que va a pasar si Sam habla con ellos.

—Sam, Sam, Sam. ¿No sabes hablar de otra cosa?

—Pero ¿¡qué dices!? Te estoy hablando de algo muy serio, David. ¿A qué viene todo esto?

¿Por qué no he cogido las llamadas de John? Yo también tengo derecho a descansar.

—¡Tú tienes derecho a lo que yo te diga! —grita fuera de sí—.Te dije que podías hacer lo que quisieses siempre que estuvieses donde tienes que estar. En este caso si tienes que levantarte de la cama para coger el teléfono pues lo haces. Y si tienes que dejar a medias un polvo con Sam, pues para eso te pago.

No me puedo creer que haya dicho eso, lo peor de todo es que no parece arrepentido. Observo cómo sus ojos descienden por mi cuerpo y me doy cuenta de que la bata se ha abierto dejando a la vista el minúsculo tanga y uno de mis pechos. Recoloco mi ropa intentando taparme, pero con una bata de semejante tamaño, me resulta bastante difícil.

Aprieta más la mandíbula y comienza a pasearse por la habitación como un león enjaulado.

—¿Sabes?, de verdad creía en ti y pensé que podría funcionar. Sabía que iba a echar de menos a Karen, pero no podía imaginar que ibas a hacerlo tan mal. La llamada que has dejado pasar es una oportunidad única en la vida —arrastra las palabras con desesperación—.Era John ofreciéndome una campaña publicitaria de relojes.

—¡El papel de Bond también lo es, David! Creo que no eres consciente de lo que te estás jugando —añado bajando el volumen de nuestra conversación—, pensaba llamarle nada más bajase a desayunar. No es que tengas que firmar un contrato ahora mismo. ¿No crees que te estás pasando un poco?

—¿No crees que la que se está extralimitando en su libertad eres tú, Lucy? ¿No crees que te estás tomando muchas libertades con Sam y con Jason? Desde luego parecías mucho más mosquita muerta de lo que en realidad eres. ¿Cómo consigues tenerlos contentos a los dos?

—Pensaba preguntarte qué te pasa, si necesitas algo, si lo que has hecho esta noche atiende a razones que yo no comprendo. Pensaba hacer un ejercicio muy grande de empatía y ponerme en tu lugar. Pero también pensaba que eras un buen hombre, una persona con la que se puede mantener un diálogo, pero veo que estaba muy equivocada. —Las lágrimas comienzan a caer sin que pueda retenerlas—.Hablaré con Karen hoy mismo antes de que se desate el escándalo de tu trío. Tomaremos las medidas necesarias y nos adelantaremos a lo que la prensa pueda decir. Una vez que resuelva ese problema, le pediré a Karen que busque a otra persona. Podría ser Danna quien te eche un cable en lo que necesites mientras mi sustituta llega.

Termino de hablar entre hipidos y casi en un susurro. David se ha girado a mirarme en cuanto mi tono ha cambiado fruto de mi llanto. Consigo controlarme lo suficiente para pedirle que salga de mi habitación. No se mueve de donde está.

—David, por favor. Sal de mi habitación. Tengo muchas cosas que hacer, pero antes necesito darme una ducha y recomponerme. Esto no va a ser fácil, te puedo asegurar que vendrá una ola de críticas a tu comportamiento de anoche. Todo el mundo te vio magrearte con Claire y vio su horrendo vestido. A mí me dices cómo tengo que vestirme que ni siquiera salgo en las fotografías, que no soy nadie, y no te preocupas del vestuario de tu acompañante oficial. —Vuelve el llanto, pero me da fuerzas para preguntarle lo que realmente quiero saber—. David, ¿has vuelto a consumir?

Se apoya en la pared y su largo cuerpo resbala hasta el suelo. Ahora soy yo la que lo miro en toda mi altura, esperando obtener una respuesta. Me mira con los ojos llenos de emoción, pero también escondiendo algo más.

—No necesito consumir para hacer lo que hago. Este soy yo. El de ayer por la noche también era yo —dice, sorbiendo la nariz—. Bebí algo, pero estoy seguro de que bebiste tú más que yo.

—No, David, este no eres tú. Desde que llegamos al aeropuerto ha ido empeorando tu humor.

—Me agacho hasta tenerle frente a mí—.Al principio supuse que era la tensión o la emoción. Incluso lo mucho que echas de menos a Karen y todo era comprensible para mí. Te he dejado tratarme mal porque parecía que te sentías más aliviado tras hacerlo. No me ha importado cargar con tu mal genio si, a cambio, estabas espectacular en las entrevistas o posabas con tu sonrisa más sincera.

Hago un silencio, esperando contener la emoción y esperando, también, una reacción por su parte que no llega.

—David, mírame, por favor. ¡David! —digo levantando la voz, con mi mano bajo su mentón —.Esto, lo nuestro, no ha funcionado. Ahora que sabes en qué fallas lo puedes hacer mejor con la siguiente. Este no eres tú, este es el David del que todo el mundo habla mal. Eres lo que quieren que seas, no le des el gusto.

No lo he visto venir. David se ha tirado a mi boca justo cuando he terminado de hablar. Me da un beso tan profundo, entre suspiros, que no puedo más que devolvérselo. Me tumba con delicadeza en el suelo y me agarra los laterales de la cara. Separa nuestro contacto y sus ojos están totalmente empañados.

—Lu —dice en un susurro ahogado mientras repite el beso—, no me dejes, por favor.

Se levanta como un resorte, se agarra a la puerta, carraspea un par de veces antes de salir sin mirar atrás.

Me quedo justo donde estoy, sin saber qué ha pasado ni qué hacer. Intento recomponer las piezas del puzle en mi mente, pero me siento completamente perdida. El beso de David ha supuesto tantas cosas para mí que no puedo controlar el llanto que me alcanza y me llena de dudas, aún más si cabe.

Salgo de la ducha con ánimos renovados y decido que voy a comenzar por lo fácil. Le devuelvo la llamada al representante, que me comenta la posibilidad de trabajar con los de los relojes.

—… Lo que más les gustó fue ese aspecto de caballero inglés que tenía anoche. El porte, el traje, la sonrisa sincera, y que David está muy bueno. Para qué vamos a decir otra cosa —añade John muy contento—, a mí lo que me preocupa es que alguna foto de sus besuqueos de ayer pueda salir a la luz y arruine las negociaciones.

—Si solo fuesen las de los besuqueos creo que podríamos manejarlo, pero creo que deberías saber algo más. Probablemente mi relación laboral con David termine en unos días, eso es otro tema, pero puesto que es una persona que me importa y en la que creo, debemos anticiparnos a lo que está por venir. No tengo muy claro qué tengo que hacer, aunque sé que tú tendrás más conocimientos que yo.

Después de la breve introducción le comento lo que me ha contado Sam y que David no lo ha desmentido durante nuestra conversación. Mientras escucho las numerosas ideas del representante, que le quita hierro al asunto, no me puedo quitar de la cabeza la manera que ha tenido David de besarme. No era un beso de amor o de pasión, era un beso roto, de dolor, desesperado. Un suspiro acude a mi garganta sin que pueda remediarlo.

—… Ahora que lo sé y que puedo estar preparado, voy a preguntar en recepción quién estaba cubriendo la salida a la hora que indicas que han salido estas señoritas. Si consigo contactar aún no les habrá dado tiempo ni a descargar las fotos de la tarjeta de memoria —concluye John.

—Muchas gracias, me encuentro muy perdida con este tema. Voy a llamar a Karen para ponerla al día ahora que tú no ves tanta gravedad en el tema.

Cuelgo la llamada con el representante y soy incapaz de llamar a Karen. Tengo tanto que decir que se me parte el alma. No sé cómo decirle a Karen que no quiero seguir en mi puesto, no sé cómo se lo va a tomar ni cómo puede afectar a su embarazo. La culpabilidad me embriaga y no consigo teclear su nombre en mi teléfono.

CAPÍTULO 28

David

Bajo la seguridad del chorro de la ducha, lloro como si se hubiese abierto una compuerta que jamás podré cerrar. Nunca había llorado así y, ahora, soy consciente de que no estaba siendo yo mismo. No recordaba hacer una gira estando tanto tiempo sereno. No sé cómo se hace esto sin una raya que acompañe mis mañanas o sin desayunar el *whisky* caliente que sobró de la juerga de la noche anterior.

No sé lo que es acompañar a una chica al ascensor o al taxi después de habérmela follado salvajemente la noche anterior, porque ni siquiera era capaz de recordar con quién follaba.

No ceso el llanto, dejo que me abrace y me meza a placer. No sé cuánto tiempo permanezco en la ducha, pero estoy agotado. El peso de la noche salvaje cae sobre mí como una losa. Se me pasa por la cabeza contactar con mi antiguo camello. Si la gente ya piensa que consumo, ¿qué diferencia hay en hacerlo de verdad?

No me puedo quitar de la cabeza las palabras de Lu, su determinación tomando decisiones para salvar mi carrera ante la prensa. Un hipido me pilla totalmente desprevenido cuando estoy secándome frente al espejo. Limpio el vaho del vidrio y veo mi reflejo. Tengo un aspecto horrible que no va a ayudar en nada a lo que la prensa pueda estar pensando sobre mí. Recupero los potingues que Lu dejó en mi habitación y busco algún tutorial en internet que me recuerde cómo se aplican.

El resultado no me disgusta. Recojo todo el desastre de la noche mientras recapacito y dejo que el calor del beso que le he dado a Lu llegue de nuevo a mí. No puedo explicar lo que he sentido al besarla, al notar cómo se rendía ante mis labios. Lo más cercano sería decir que me he roto y que no tengo muy claro cómo puedo recomponerme.

Recuerdo que tengo una copia digital de la agenda de Karen y concierto una cita para el terapeuta de Nueva York. Me parece la mejor solución en este momento. El siguiente paso aparece claramente ante mí. Cojo de nuevo mi teléfono y llamo a Claire.

—*My Boo*, ¿ya estás impaciente por volver a verme? En un rato estaremos en el aeropuerto.

—Justo te llamo para eso, Claire, lo siento, pero hay un cambio de planes —añado con rapidez sin pensar mucho en lo que voy a decir—.Salgo ya para la Gran Manzana porque tengo que hacer una promo que ha salido de repente. Cambiaremos tu vuelo a pasado mañana y solo tendríamos unas horas para vernos. Quizá no te apetezca el plan.

Intento sonar menos esperanzado de lo que estoy de que se decida a no venir.

—No me importa, David. Pero puedo ir antes y así pasearme por la ciudad e ir de tiendas —dice quitándole hierro al asunto, aunque con ese David me ha confirmado que le ha molestado el cambio.

—Te envío en un mensaje los datos para tu vuelo y la hora a la que te pasarán a recoger pasado mañana. —No doy opción a que responda y cuelgo malhumorado.

Me las he apañado para no quedarme a solas con Lu en ningún momento. Sam ayuda bastante con eso, la verdad. Al salir del hotel nos encontramos numerosos fans y mucha prensa y me temo lo peor. Pero, aparte de preguntarme por mi acompañante de la noche anterior como hacen siempre, todo fueron preguntas sobre la película y mis sensaciones como participante en el film.

El vuelo ha sido incómodo y apenas he intercambiado un par de palabras con mi asistente. Ha dormido casi todo el trayecto, igual que Sam. No he podido dejar de pensar en lo activos que han tenido que estar durante la noche para dormir tan acompasados. Un millón de situaciones se agolpan en mi mente y antes de dejarme llevar por ellas, me pongo yo también a dormir.

Si la llegada a Los Ángeles fue brutal, en Nueva York ha sido un baño de masas. Le he pedido a Lu que no se despegase de mí de nuevo. Y, en un momento concreto, la he visto adelantarme a la carrera tal y como le pedí que hiciese si se veía superada.

Ya no pasa inadvertida y su *look* en la alfombra roja está siendo muy comentado. Ella misma está sorprendida de la cantidad de fotografías suyas que hay en los medios. En todas aparece preciosa y tan expresiva como es.

Desde el aeropuerto tenemos el tiempo justo para recomponernos ya que vamos a una entrevista en Times Square donde acudiremos mi compañera de reparto y yo. Al ser el villano de la película, mi protagonismo está siendo muy comentado. Es la primera vez que, en una película de esta envergadura, el malo tiene tantos minutos de metraje como el protagonista. Es algo que nos costó pelear a Karen y a mí, pero que ha merecido cada gota de sudor.

Antes de entregarle mi teléfono a mi asistente veo que tengo varios mensajes en la pantalla. Descarto todos los que son de Claire porque me van a poner de mal humor y la entrevista es en directo en emisión nacional. Rescato uno de Karen en el que me advierte, en letras mayúsculas, que el cumpleaños de Lu es mañana para que no lo olvide.

Justo cuando recibo la información tengo claro qué regalo le quiero hacer y dónde lo puedo conseguir.

—David, ¿estás listo? Os llaman para la prueba de sonido antes del directo —dice Lu pegada a mi espalda.

—Claro, ten —digo mientras le entrego mi teléfono—. Lu, ¿podríamos tener una pequeña reunión cuando finalice la entrevista? Sé que es tarde y que ha sido un día duro que quizá no comenzó de la mejor manera, pero…

—No hay problema, David, no estoy tan cansada. Ahora céntrate y ve a la entrevista. Recuerda que ya hemos hablado con John sobre la posibilidad de que te pregunten por algunas cosas del pasado que no te gustan y que tienes que estar prevenido, ¿de acuerdo? —responde sin dejarme terminar.

—De acuerdo, gracias.

Me encamino a la entrevista no muy concentrado pero deseoso de poder terminarla para tener un momento a solas con ella, aunque no tenga muy claro cómo decirle todo lo que tengo que decir.

CAPÍTULO 29

Lucía

Durante la entrevista han tratado muy bien a David y a su compañera. Aún no había podido verla interactuar con la prensa, pero está claro que tiene armas suficientes para deshacerse de todas esas preguntas sobre su físico y la ausencia de ropa interior en el rodaje. Me da mucha pena que, una actriz preparada y talentosa como ella, se tenga que ver sometida a este tipo de conductas. David le ha tendido un par de salvavidas que ella le ha agradecido entre bambalinas y que han pasado inadvertidos para todo aquel que no sepa de qué va el asunto.

De nuevo hemos compartido vehículo con Sam. Estamos bajando del coche mientras que el botones recoge nuestro equipaje. Me he pasado el camino hasta el hotel abstraída mirando la inmensidad de la ciudad que nunca duerme. El bullicio, el olor, el vapor saliendo de las alcantarillas… si mis padres pudiesen estar aquí conmigo, cumplirían un sueño.

—No sé dónde estás —dice Sam, mientras me ayuda con mi equipaje de mano.

—Pues parece ser que en Nueva York —afirmo intentando parecer contenta—, aún no llevo tanto tiempo viajando como para estar tan despistada.

—Lucy —me nombra mientras me obliga a girarme hacia él y dejar la ciudad a mi espalda—, ya te he dicho que puedes contar conmigo. ¿No estarás así por lo que ocurrió anoche?

Rehúyo su contacto y niego con la cabeza encaminando mis pasos hacia el hotel. No es tan lujoso como el de Los Ángeles, cosa que agradezco. Me siento mucho menos rara en un hotel de estas características. Está muy bien situado por lo que pude ver en el mapa, aunque no me hago a la idea de las dimensiones de la ciudad.

Hago los registros, primero el de David y después el mío, cuando me doy cuenta de que nos han vuelto a tocar habitaciones contiguas. No sé si es lo más adecuado, dadas las circunstancias. Lo que menos apetece es escuchar sus sesiones de sexo a tres bandas.

—Lucy, no sé si es el mejor momento para decirte esto —dice Sam mientras recojo mis papeles del mostrador de recepción—.Me gustaría saber si querrías cenar conmigo mañana.

—No me estarás pidiendo una cita por esa promesa absurda que hiciste el día que me conociste, ¿verdad? —He intentado parecer divertida, pero lo cierto es que su pregunta me ha pillado desprevenida.

Se ríe y unas arrugas profundas enmarcan su rostro.

—Ni confirmo ni desmiento que pueda existir algo de verdad en tus palabras. Dime, ¿saldrás conmigo? Ya sabes, una auténtica cita americana en la ciudad más americana de todas las que tenemos —dice pareciendo realmente emocionado.

—Supongo que podría decirte que sí a la experiencia americana —asiento pensativa sin quitarme de la cabeza que mañana es mi cumpleaños y nadie lo sabe.

—No me tortures, anda, di que sí —me pide mientras se acerca más a mí de lo que me gustaría.

Sobre todo porque estamos delante de más gente y entre ellos está David, absorto en la pantalla de su móvil tirado de cualquier forma en uno de los sofás de la recepción del hotel.

—Vale, sí, cenaré contigo mañana.

Se ha sonrojado al oír mi respuesta y parece un poco nervioso. Le doy la espalda mientras me

acerco hasta David.

—Listo. Podemos subir a la habitación y dejamos las cosas antes de irnos—le indico a David mientras le tiendo la tarjeta de su habitación y llamo a un botones.

—No hace falta. Yo subiré nuestras cosas. Vamos —dice de un humor extraño, mientras recoge nuestro equipaje en completo silencio.

Al llegar a nuestra planta me pregunta cuál es mi habitación y cuando le indico el número sonríe divertido.

—¿Sabes? En todos los años que he estado trabajando con Karen nunca hemos tenido habitaciones contiguas. Siempre en la misma planta, pero nunca pegadas. No sé por qué Karen huía así de mí.

Mientras hablaba ha metido la tarjeta de mi habitación en el dispositivo de la puerta y ha metido las maletas dentro.

—Joder —exclama.

—¿Qué pasa? —Entro en la habitación y me coloco a su lado.

—Hay una puerta —se acerca e intenta abrirla—, parece que va a mi habitación, pero está cerrada.

No le digo nada, pero menos mal que es él el que está al otro lado y no un desconocido. No sería capaz de dormir tranquila sabiendo que otra persona puede abrir y entrar durante la noche.

—¿Nos vemos abajo en veinte minutos? —pregunta, saliendo ya por la puerta.

—Perfecto, hasta ahora.

Cierro tras de mí con una sensación que me deja intranquila. No sé si estoy haciendo lo correcto reuniéndome con David. Es cierto que tenemos mucho de lo que hablar y que debería ser él quien hablase con Karen de la situación y pidiese otra persona, pero estoy hecha un lío.

Mientras dejo que la maraña de pensamientos de mi cabeza se recomponga, me arreglo un poco y tecleo un mensaje rápido para mis padres. Les aviso de que estamos en el nuevo destino y que todo está bien. Mi madre contesta rápido con una foto mía que ha visto en redes. En ella salimos David y yo enfrentados justo antes de que pasase al *photocall*. Me está devolviendo el teléfono a la vez que me da las gracias y su mirada es realmente intensa.

Me observo durante un momento y el vestido gris me sigue pareciendo precioso. Me gusta mucho el resultado de mi estilismo y creo que buscaré algo parecido para el pase de Nueva York. Ahora me detengo en la imagen de David. Es un hombre muy alto al que le sienta muy bien el traje. Estaba muy elegante y el color de la tela resalta más sus facciones. Se ve como aprieta la mandíbula mientras dirige a mí sus ojos de una manera que hace que un escalofrío recorra todo mi cuerpo.

Seguida de esa fotografía, llegan algunas más y me alegra ver que mi madre aprueba mi vestuario con escotazo.

Veo que tengo algún mensaje más de personas que hace tiempo que no me hablaban. Sabía que se daría esta situación cuando la gente descubriese para quién trabajo. Contesto un par de ellos mientras me encamino al ascensor. Justo antes de que se cierre la puerta, una mano lo evita.

—Vaya, parece que nos iremos juntos desde aquí —dice mi jefe, que se ha cambiado de ropa y que lleva ya la gorra en la cabeza.

—Eso parece.

—¿Interrumpo algo? —pregunta mientras señala la pantalla de mi teléfono—.No tenemos prisa, puedes hablar con quien quieras.

—Estaba hablando con mis padres. Me han enviado esta foto de la *premier* y admiraba mi

vestido. —Le tiendo el teléfono para enseñarle la instantánea.

—Es una foto muy buena —dice mientras observa la pantalla—.Estabas muy guapa. Siento no habértelo dicho, creo que estaba demasiado nervioso.

Me devuelve el teléfono mientras encoge los hombros.

—No te preocupes, no me puedo imaginar la presión a la que estáis sometidos al mostrar vuestro trabajo final ante tanta gente. Yo casi me cago encima con mi trabajo de fin de carrera, ¡no te digo más! —le cuento divertida para quitarle tensión a la situación

—¿En qué lo basaste? El trabajo, digo.

—Me avergüenza un poco decirte esto, pero… en la película de Neo y su mundo—digo mientras caminamos hacia la salida del hotel.

—Vaya, no sabía que eras fan de la saga. Podría haberte presentado a Kiannu Magnes. Es un gran hombre y le encanta conocer a sus fans —dice mientras me indica hacia dónde dirigirnos.

—No te preocupes, tuve la inmensa suerte de conocerlo y poder charlar un rato con él. Jason y Danna me lo presentaron y tuve un momento fan muy vergonzoso. —Sonrío divertida al recordarlo.

David detiene su paso, me mira y chasquea la lengua justo antes de retomar la conversación.

—Si lo hubiese sabido, habría prestado atención en la fiesta. No debería ser Jason quien te presentase ante los que también son mis compañeros de profesión. Lo lamento.

No me he dado cuenta de que, tras David, puedo ver una de las entradas de Central Park. Él se percata de la dirección de mi mirada y se aparta, situándose a mi lado.

—Eso ya no lo puedo cambiar, pero puedo enseñarte una de mis ciudades favoritas. Me gustaría que, el tiempo que te quede conmigo, lo puedas disfrutar. Me gustaría hacer tu vida lo más fácil posible. ¿Empezamos por comer algo?

—¿A estas horas? No creo que podamos encontrar nada abierto —digo dudando de sus palabras.

—Recuerda que estamos en la ciudad que nunca duerme. Sígueme.

Retomamos el paso y acelera. Veo que me voy a quedar atrás y comienzo a cambiar mi ritmo para igualarlo al suyo. Se da cuenta de mi gesto y sonríe, mientras relaja la zancada. Me deja sumida en la visión del lateral del parque que se mezcla con los altísimos rascacielos. Apenas un par de minutos después, llegamos a una cafetería preciosa. Tiene aspecto de hamburguesería de los años cincuenta y los neones la hacen resaltar por encima de las otras luces de la ciudad.

Entramos y el olor a patatas fritas me envuelve y compruebo que mi hambre es bastante real. Se acerca a la barra mientras yo giro sobre mí misma para verla al completo.

—Ven, ya tenemos mesa. Me he permitido la libertad de pedirte mi plato favorito. Espero que no te moleste —dice mientras pone una mano en mi espalda irradiando un calor que me produce mucha paz.

—No, para nada. Creo que no puede haber nada en un lugar como este que no me guste. Soy bastante glotona —termino sentándome frente a él en un largo asiento de piel de un rosa chillón.

—Sí, eso lo recuerdo de nuestra conversación frente a la chimenea. Oye, Lu, quería pedirte perdón y me gustaría que me dejaras hablar antes de tomar una decisión sobre tu marcha.

—David, yo…

El camarero nos interrumpe y pone delante de mí una hamburguesa de la que asoma carne mechada con una salsa oscura que parece ser barbacoa. El olor envuelve mis fosas nasales al instante. Viene acompañada de unas patatas fritas con alguna especia por encima, y para beber un refresco casi tan grande como yo.

Miro a David y él solo tiene un café.

—No pensarás que voy a comer sola, ¿verdad? —digo mientras introduzco una de las deliciosas patatas en mi boca.

—Así va a ser. Discúlpame, pero no me encuentro muy bien y prefiero no comer nada ahora. Estaré encantado de disfrutar la comida a través de ti —dice mientras me acerca más el plato.

—¿Te ocurre algo, David? —pregunto preocupada.

—La verdad es que no lo sé, Lu. De eso quería hablarte. —Se toca la visera de la gorra y después se frota los ojos con las yemas de los dedos—. Me he dado cuenta de que mi comportamiento estos días no ha sido el adecuado, que se me está escapando algo, pero no comprendo el por qué.

—Cuando te pregunté si habías vuelto a consumir, me respondiste con una evasiva.

—Lu. —Estira la mano, pidiéndome la mía.

Cojo la servilleta, me la limpio y se la ofrezco.

—Te juro por mi carrera que no me he metido nada. Lo único que he hecho ha sido beber alcohol, que sé que tampoco debería haberlo hecho, pero es lo máximo.

—Estabas muy agresivo —susurro mirando nuestras manos.

Ha empezado a dibujar unos pequeños circulitos en el dorso de mi mano con el pulgar y su tacto es electrizante para todo mi cuerpo.

—Necesito que me creas tú más que nadie en este mundo —confiesa, haciéndome mirarle a la cara con asombro—.Por favor, quédate conmigo. Desde que me has dicho que ibas a dejarme, siento un vacío demasiado grande en el pecho. Prometo analizar más las cosas y, si hay algo que no me gusta, hablar contigo sin sacar las cosas de contexto.

Chasqueo la lengua porque el debate que se está formando en mi mente es complicado. Aunque hay una fuerza muy extraña que me atrae hacia David y no puedo negarlo, el hecho de marcharme y dejarlo abandonado me hace sentir ruin. Sé que él me necesita, aunque no acabe de comprender muy bien por qué.

Asiento y en su bonita cara masculina se dibuja una gran sonrisa que ilumina todo mi alrededor.

—Gracias, Lu. Gracias de corazón. No te arrepentirás de haber tomado esta decisión.

Tira de mi mano y se la lleva hasta la boca, depositando un suave beso sobre mis dedos, apretando ligeramente.

Atrapo mi labio inferior con el filo de los dientes y me concedo un par de segundos para pensar mis palabras antes de decirlas.

—¿Por qué me besaste, David?

Me doy cuenta al instante que no se lo esperaba. Se echa hacia atrás y me suelta la mano.

—Fue un impulso… —se pasa la lengua por los labios y, tras suspirar, me mira a los ojos— que llevaba días reprimiendo.

Ahora la que se queda muda soy yo. Hubiera esperado que me dijera que fue un calentón, pero ¿que llevaba días reprimiéndose? Me paso las palmas por los muslos, sin saber qué decirle.

—Oye, me gustaría invitarte a cenar mañana por la noche.

Me retuerzo los dedos de las manos y me siento muy tentada a decirle que sí, pensando una excusa que darle a Sam. Pero no, yo no soy así.

—Lo siento, David. Tengo que ser sincera contigo y es que Sam me ha invitado antes y ya le he dicho que sí.

Sonríe con amargura, una sonrisa de esas que son todo fachada, de las que usa con la prensa y

con las personas que no le caen demasiado bien.

—No pasa nada.

—¿Estamos bien? —le pregunto con cierto temor.

—Sí, claro que sí. Tenemos muchos días para cenar. Otro día que no tengas planes, ¿aceptarás cenar conmigo?

—Por supuesto. Aunque, ya estamos cenando juntos ahora, ¿no? —Sonrío quitándole hierro al asunto.

Los labios de David me regalan una preciosa sonrisa, de las buenas, de las sinceras y verdaderas.

—No sé qué habré hecho para merecer tener a una persona como tú a mi lado. Siento no haber estado a la altura con mi comportamiento.

Volvemos paseando, charlando de cosas banales y muy cómodos el uno con el otro.

—Que descanses —me dice en la puerta de mi habitación. Se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Igualmente —susurro.

Y cuando él me guiña un ojo, sé que me he puesto colorada como un tomate. Le doy un toque en el hombro y él, mientras se encamina hacia su cuarto, suelta una gran carcajada.

Cuando entro me siento renovada y muy esperanzada.

—¡Voy a conservar mi trabajo! —exclamo, girando sobre mí en medio de la habitación.

Sé que David está arrepentido, que todo lo que me ha dicho ha sido en serio. Confío en él porque, además de que siento que debo hacerlo, en realidad no me ha dado motivos para desconfiar.

Todo va a mejorar y, en unos meses, estará rodando ese papel que tanta ilusión le hace a él y, sobre todo, a su madre.

CAPÍTULO 30

David

Por primera vez en mucho tiempo, madrugar me resulta placentero. Me he pasado la noche soñando con Lu, con su sonrisa y con la promesa de quedarse a mi lado.

¡Es la primera vez que llego a la cita antes que nadie! Cuando Lu sale de su habitación y me ve sentado en uno de los bancos que hay en el pasillo, se queda con la boca abierta y empieza a reírse.

—Esto debe ser algo excepcional.

—He dormido muy bien. Aunque no te acostumbres, que a mí me gusta llegar siempre tarde para que todo el mundo se fije en mí.

Pone los ojos en blanco y me saca la lengua.

—Qué egocéntrico.

Me río y, cuando veo que sale Sam de su habitación, me levanto y me aliso la ropa.

—El yanqui ya está aquí —digo sonriendo—, podemos irnos.

—Vaya, el inglesito se ha levantado graciosillo hoy. —Me da unas palmadas en la espalda y se encamina hacia los ascensores.

—Tengamos la fiesta en paz, David —me regaña mi asistente.

—Pero si se lo digo con cariño. ¿Eh, tío Sam? —Me río al llegar a su altura.

—¡David! —exclama Lu, dándome un manotazo en el antebrazo.

—No, no, Lucy, déjalo. Le prefiero graciosillo antes que de la mano de la pelirroja vulgar —me ataca él.

—A ver, ¿os podéis comportar como los adultos que sois? O ¿empiezo a poneros castigos como copiar cien veces no molestaré a mi compañero?

Sam y yo dirigimos la mirada hacia Lu con asombro y, cuando nos miramos mutuamente, empezamos a partirnos de risa.

—De verdad, ¡sois imposibles!

Acabamos de salir a la calle y nos deja atrás, diciendo palabras en español que ninguno de los dos entendemos.

—Al final nos pone cara a la pared —se mofa Sam antes de entrar en el coche.

Pues yo me dejaba, pienso al escucharlo decir esas palabras, en el instante en que Sam da un respingo dentro del coche.

Me agacho y entro.

—¿Tú también quieres una colleja? —pregunta Lu, con el ceño fruncido y los brazos cruzados al pecho.

Miro a Sam y se está sobando el cuello.

Niego con la cabeza, alzando los brazos.

Qué preciosa está cuando se enfada así. Qué mala leche tiene la pequeñaja madrileña. Me encanta.

Se me cruza por la cabeza llamarla *hobbit* otra vez, para seguir picándola, pero recuerdo que es su cumpleaños y prefiero no molestarla más. Me muero de ganas por felicitarla, abrazarla y desearle lo mejor, aunque primero tengo que comprarle el regalo y ver cuándo y cómo puedo

entregárselo.

En cuanto llegamos a la primera parada todo empieza a ir muy rápido. La entrevista en la radio ha ido bastante bien. Me he trabado en un par de ocasiones, no entiendo por qué, pero salvo eso, genial.

Después hemos estado en *The Tonight Show*, con Jimmy Fallon. No es la primera vez que me topo con Fallon y reconozco que me encanta. Es un tipo inteligente que siempre sabe dirigir su programa hacia donde a él le apetece. Y hoy está encantado de habernos tenido a Jason, que ya se ha incorporado a la gira de nuevo, Scarlett y a mí en primicia en Nueva York, presentando la película en su programa.

Al salir, me despido de ellos para ir a ver a mi entrenador, pero Lu no quiere dejarme solo.

—De verdad que no me molesta acompañarte. Después daré un paseo para conocer esto un poco.

—Si no fuera porque sé que me diste un voto de confianza anoche, creería que no te fías de mí.

—David, la duda ofende. Es que, de todos modos, no tengo nada mejor que hacer. Te acompaño, veo algo más de la ciudad y cuando te deje, pues sigo haciendo turismo —insiste.

Ni ella me quiere dejar solo ni yo me quiero alejar de ella, está claro. Y por el ligero sonrojo de sus mejillas, me da que a ambos nos une el mismo sentimiento.

Cambia el peso de su cuerpo de un pie al otro, colocando la tira del bolso.

—Bueno, pues como quieras. Pensaba ir en taxi, pero no está muy lejos. Vayamos caminando y te voy explicando cuatro cosas por el camino.

El entreno ha sido brutal. Kekoa me ha dado una paliza en el ring, algo que agradezco, porque ha hecho que me emplee a fondo y me ha sentado de lujo.

Después de ducharme, he acudido a la cita con la terapeuta y le he contado mis sensaciones y mis miedos con lo que estoy experimentando. Me ha dicho que es normal, que lo que viví en el pasado me ha marcado y que es muy posible que esa sensación de volver a cagarla tarde mucho tiempo en abandonarme.

Cuando me he unido al tumulto de gente en la Quinta Avenida, me he sentido pletórico. El gimnasio y las palabras de la terapeuta me han administrado una inyección de energía que necesitaba con urgencia.

De camino a Strand Book Store, para mí la mejor librería de la ciudad, sopeso la idea de llamar a Karen. Me apetece mucho hablar con ella y que me cuente cómo se encuentra con el embarazo. Pero sé que va a sonsacarme información sobre estos días y acabará haciendo que confiese que ya la he liado. Y ahora no me apetece volver a sentirme un mierda por lo de Los Ángeles. Decido enviarle un mensaje rápido y guardarme el teléfono.

A unas calles de llegar, paso por delante de una joyería y veo una pulsera que llama mi atención. Es de plata y lleva varios colgantes que se quitan y se ponen. Entro y pregunto por ella. Una chica joven, embelesada por la sonrisa que le dedico, me muestra la enorme colección de complementos para ir decorando la pulsera. Le pido si tiene algo relacionado con Nueva York, Londres y Madrid.

Media hora más tarde, salgo de allí con lo que quería, como si fuera un niño pequeño y, el regalo, lo que más deseo en el mundo.

Ya en Strand, busco a algún dependiente y le pido que me ayude. Sé lo que busco, pero esto es tan gigante, que no tengo ni idea de por dónde comenzar.

El chico me mira de arriba abajo sin cortarse y me pide que le siga de un modo que parece que le ha molestado mi presencia.

—Peter, ¿a dónde llevas al caballero? —pregunta otro trabajador, dedicándome una sonrisa.

—Busca algo de Jane Austen y le llevo a la sección donde están sus novelas.

—Ya le acompaño yo. Tú sigue con lo que estabas haciendo.

El chico se encoge de hombros y se va sin más.

—Soy el encargado —me informa.

Asiento. Al menos parece más simpático que el otro chico.

—Disculpe —me habla en voz baja—, le he visto entrar y no he podido fijarme en quién es.

Alzo una ceja y, cuando estoy a punto de decirle que no quiero llamar la atención, niega con la cabeza.

—No se preocupe, nadie sabrá que está aquí. Venga conmigo, por favor.

Subimos las escaleras hasta el segundo piso.

—Casualmente tenemos una edición muy especial, pero la subastamos mañana. Mire, es esta. —Me señala una urna de cristal que contiene tres libros con aspecto de ser muy antiguos.

En cuanto lo veo, siento el deseo irrefrenable de comprarlo, cueste el dinero que cueste.

—¿Y podrían ponerme en contacto con el dueño?

—Claro que sí. —Saca un teléfono y empieza a marcar—.Le informo que fijamos el comienzo de la puja en mil dólares.

—Perfecto.

Diez minutos más tarde, el encargado está metiendo, con sumo cuidado, los tres libros en una caja de madera tallada a mano.

No me ha costado nada convencer al dueño, sobre todo cuando le he dicho de entrada que le ofrecía tres mil dólares. Se ha atragantado y ha empezado a toser. Cuando se ha recompuesto, me ha dicho que sí, que era mío. Hubiera subido el precio hasta lo que él hubiera querido, porque tenía claro que iba a llevármelo. Es una edición especial que Lu sabrá valorar como nadie.

Si la pulsera me ha emocionado, esto ya es el subidón de todos los subidones. Cuando ella lo vea, se pondrá a llorar.

Al pasar por la puerta de una tienda de *souvenirs* camino del hotel, no puedo reprimir una risita al ver un imán que sé que le sacará una sonrisa a Lu. Lo compro, además de un rollo de papel de regalo, cinta de papel para hacer lazos, un sobre y algunas hojas de papel de color morado. Lo guardo todo en la bolsa de la joyería y me voy al hotel sintiéndome muy feliz conmigo mismo.

Lucía

Qué bonita es esta ciudad. Me encantaría vivir aquí, aprender de sus costumbres... estoy tan enamorada de Central Park... el ratito que he tenido libre después de acompañar a David hasta la puerta del gimnasio, lo he empleado en ir a Times Square y a Grand Central. Y, reconozco sin que me avergüence, que en esta última, me he emocionado mucho, ¡si hasta se me han saltado las lágrimas!

He hecho una videollamada con mis padres y he tenido que apartarme de la gente, escondiéndome en un rincón cuando han empezado a cantarme el cumpleaños feliz a grito

pelado. Son únicos y me han hecho sentir un poquito cerca de casa con sus risas.

Aunque cuando mi madre ha visto dónde estaba, no ha podido dejar de hacer aspavientos. El vestíbulo es tan precioso que casi colapso la memoria de mi móvil haciéndole fotos al techo, a esas constelaciones tan bonitas. El ir y venir de la gente, cruzándose para ir a unos u otros andenes y unas galerías abovedadas que me han dejado muda.

Al salir, he recordado que el edificio Chrysler me quedaba muy cerca. He entrado a ver el vestíbulo y, por supuesto, me he hecho la foto de rigor.

Se me ha echado el tiempo encima y al final he ido a la prueba de vestuario en taxi para no llegar tarde.

De nuevo me acabo de quedar estupefacta con los trajes que me ofrecen.

—Perdone —llamo a la dependienta—, ¿seguro que son para mí?

Ella sonríe y asiente.

—Sí. El señor John Davis nos los ha traído.

Me quedo anonadada y vuelvo a meterme en el cubículo. No puedo evitar pensar que algo no cuadra, que la chica se ha debido de equivocar, ¿por qué una marca conocida iba a querer que yo, Lucía Prieto, que solo me conocen en mi casa, lleve un vestido como estos?

John descuelga al segundo tono.

—¿Qué hay, Lucy?

—John, necesito que me aclares lo del vestuario de mañana.

—¡Ay! Se me olvidó comentártelo. En Los Ángeles se fijaron en ti varias casas de moda, en tu presencia, saber estar... Y me dijeron que querían ofrecerte sus vestidos. Y ahí están. Elige el que más te guste.

—Muchas gracias.

Cuelga y vuelvo a mirar las prendas. Hay uno que me ha llamado la atención nada más entrar porque me recuerda al que Bella, de *La bella y la bestia*, lleva en el baile. Es amarillo, muy largo y con muchas capas superpuestas.

De vuelta al hotel, hago una parada rápida para comer un perrito caliente en uno de los muchos puestos que hay por la ciudad. ¿Qué puede haber más típico que comerte uno en plena calle?

—Felicidades, Lucía —digo en voz alta, mirando mi comida sonriendo.

Me sabe a gloria y me obligo a marcharme, porque estoy tentada en pedir otro más.

He quedado con Sam a las seis. No sé dónde me va a llevar, pero no voy a ser capaz de cenar a las seis de la tarde, ¡si en Madrid había días que cenaba a las once de la noche!

A unas calles del hotel, paso por delante de una tienda que tiene mil cosas para regalar y veo un panel lleno de imanes. Me detengo y los observo por inercia. Cuando veo uno que me saca una sonrisa que me llena el alma, lo cojo y entro a pagarlo. Sé de alguien que va a añadir otro más a su colección.

Miro el reloj y faltan veinte minutos para que Sam pase a buscarme. Me he hecho una trenza, me he maquillado un poco los ojos y me he pintado los labios de granate oscuro. He decidido ponerme un vestido corto negro, de media manga y sin escote.

Durante el día no he querido darle muchas vueltas al asunto porque quería disfrutar de mis horas en soledad, ver pequeños rincones de la ciudad sin agobiarme. Pero ayer en el vuelo sí lo pensé muy detenidamente. No quiero hacerle daño a Sam, pero tampoco quiero que se repita lo de la otra noche. Le aprecio demasiado y está siendo un gran apoyo para mí. Además, está el

hecho más que evidente de que siento algo por mi jefe.

—Qué guapa estás —dice en cuanto le abro la puerta.

—Tú también.

Es un hombre muy elegante y sabe sacarse partido con la ropa y el pelo, así que no decepciona cuando sale a la calle hecho un pincel.

Me ofrece su brazo, que yo acepto con una sonrisa, y nos marchamos del hotel en un coche de servicio privado.

—¿Dónde vas a llevarme?

—Es un lugar muy bonito que espero que te guste. Aunque antes de ir al restaurante, veremos otra cosa. Sé que para ti es demasiado temprano para cenar.

Me río y asiento.

Las luces de la ciudad nocturna son preciosas, le otorgan una magia que no tiene durante el día. Es que Nueva York es única la mires por donde la mires.

El coche se detiene y, cuando nos bajamos, veo un largo pasillo con muchas fuentes en medio y, al final, se yergue orgulloso e imponente el gran Rockefeller Center. Me tapo la boca y miro a Sam con los ojos vidriosos.

—Vale, no hace falta que te pregunte si te gusta a dónde vamos.

—¡Ay, Sam! ¡Me encanta! ¿En serio vamos a cenar aquí?

—Sí. Primero haremos la visita al edificio.

Qué sitio más espectacular. Las luces, el ambiente, el edificio en sí, la fuente bajo la majestuosa estatua dorada…

—No imagino cómo debe ser pasearse por aquí en Navidad —digo entrando en el ascensor que nos va a llevar al Top of the Rock, desde donde veremos la ciudad a setenta pisos de altura.

—Precioso y muy espectacular. Nueva York tiene eso, que es muy fastuosa en todas las cosas que se hacen aquí, pero también es lo que la hace única.

—Es que dudo ver algo que no me guste de esta ciudad.

—Tiene cosas malas también, ¿eh? Pero eso no se lo enseñamos a los turistas, para que no dejen de venir. —Me guiña un ojo y se coloca el cuello de la camisa.

Todavía no he estado en el Empire State y, con el ritmo que llevamos, no sé si llegaré a pisarlo, pero las vistas desde la terraza del Rockefeller son alucinantes. Me he quedado con la boca abierta mirando la inmensidad de Central Park. Qué razón más grande cuando dicen que es el pulmón de Nueva York.

No sé qué me ha pasado, pero se me han llenado los ojos de lágrimas y no he podido evitar que se me derramen por las mejillas.

—Ey, ¿qué te pasa?

Me encojo de hombros y me limpio con un pañuelo de papel que me tiende.

—Supongo que son las emociones de tantas cosas nuevas.

—Y que es tu cumpleaños —dice en voz baja.

Giro la cabeza y lo observo sorprendida.

—¿Qué? ¿Te pensabas que ibas a poder guardarlo en secreto? Yo tengo acceso a los datos de todos los trabajadores de la productora.

—Pero yo…

—Lo sé, lo sé. Tú no trabajas para la productora, pero Karen pasó tu información por si necesitaban contactar contigo.

Sonrío, aún emocionada, porque Sam haya tenido este detalle conmigo por mi cumpleaños.

—Felicidades.

—Muchas gracias.

Me acerco a él y le doy dos besos en las mejillas.

—Te los has ganado.

Sam se ríe de manera escandalosa y acaba contagiándome.

Nos hacemos varias fotos como recuerdo y nos marchamos para no llegar tarde al restaurante.

El local está al lado del gran edificio y es precioso. Está decorado con colores vivos y la música es muy moderna.

El camarero nos trae la carta, elegimos y pedimos.

—Oye, Sam. Me gustaría hablar contigo sobre algo.

—Claro, de lo que sea. Dime. —Sonríe y se inclina hacia delante.

—Es sobre lo que pasó la otra noche.

—Te escucho.

—Me lo pasé genial, no me malinterpretes, y no me arrepiento. Fue una noche estupenda, pero no se puede repetir. Estás siendo un gran apoyo para mí en esta nueva etapa de mi vida y no quiero mezclar una cosa con la otra. Prefiero que continuemos siendo amigos, muy buenos amigos y confidentes, y que nos olvidemos de ir más allá.

Lo digo tan de carrerilla que no me doy cuenta hasta que me callo y tengo que coger aire. Sam vuelve a sonreír por enésima vez y solo con ese gesto me hace sentir reconfortada.

—Me parece una idea genial. Para mí también te has convertido en una persona muy especial e importante. No voy a negarte que me gustas, eres una mujer muy atractiva y si a eso le sumamos que eres encantadora…

El camarero nos trae nuestra cena y Sam retoma la conversación.

—Sí, Lucy, prefiero mil veces tu amistad que no tener nada.

El ambiente se relaja por completo y disfrutamos de la velada hasta acabarnos el postre.

—Te he comprado un detallito —dice una vez ha pedido la cuenta y el camarero la trae junto con una bolsa de papel.

—¡Sam! Me has invitado al Rockefeller y a cenar. No tenías que haberme comprado nada. —Me sonrojo, cogiendo lo que me entrega.

Al abrirla, descubro una camiseta que creo que es de algún equipo de fútbol o béisbol. La extiendo y veo que en la espalda lleva mi nombre y el número ochenta y seis, y por delante el mismo número. Es muy bonita, de color azul *navy* y blanco.

—Es de los *cowboys* de Dallas, mi ciudad natal. El ochenta y seis es de Dalton Schultz, mi jugador favorito, además de un buen amigo. Y si te fijas está firmada. Le pedí que me enviara una dedicada. Cuando le dije que era para una amiga llamada Lucy, me la envió con tu nombre y todo.

—Oh, me encanta.

—Muy americano, como la cita que te prometí.

Ambos nos reímos y nos levantamos para salir del restaurante.

—Muchas gracias. Me ha gustado mucho. Aunque yo no tengo ni idea de fútbol.

—Es una chorrada —dice quitándole importancia a lo de la camiseta, encogiéndose de hombros.

—Así que eres de Dallas.

—De toda la vida. —Sonríe con ensoñación.

Me cojo a su brazo mientras caminamos.

—Mis padres viven en un rancho con caballos y vacas. Mi padre fue *cowboy* de joven, pero una mala caída le dejó en silla de ruedas.

—Pobre hombre.

Asiente.

—Mi hermano pequeño ha seguido la tradición familiar y es el que se encarga de todo allí.

—¿Y vas mucho a verlos?

—Cuando el trabajo me lo permite. Dos veces al año por lo menos. Tener a la familia lejos... es complicado. Por eso sé cómo te sientes.

—Sí, pero a veces hay que hacer sacrificios para tener la vida que deseamos.

Suspira y asiente.

Estamos cerca del hotel y, de camino, Sam me cuenta algunas anécdotas de su trabajo. En escasos quince minutos nos plantamos frente al edificio.

—Me ha encantado celebrar mi cumpleaños contigo —le digo en el ascensor.

—Ha sido un placer. Para eso estamos los buenos amigos.

Cuando salimos, saludamos a los de seguridad y, al encaminarnos por el pasillo, observo que hay alguien sentado contra la puerta de mi habitación. Al escucharnos, alza la cabeza y veo que se trata de David.

—Mira, alguien más te espera para felicitarte —susurra en mi oído.

Mi jefe se pone de pie y veo que lleva una bolsa en las manos.

—Buenas noches —nos saluda a ambos con tranquilidad.

—Buenas noches —responde Sam. Se gira hacia mí y me guiña un ojo—, que descanses, Lucy. —Me da un beso en la mejilla—. Hasta mañana, chicos.

David le sigue con la mirada mientras yo paso la tarjeta por el lector.

—Entra —le pido adelantándome—, perdona, pero necesito quitarme los zapatos.

Cierra la puerta tras de sí con suavidad y se queda a unos metros de mí.

—¿Ha pasado algo? He tenido el teléfono cerca todo el tiempo por si me necesitabas para algo —digo poniendo el regalo de Sam sobre mi maleta.

—No, no, nada. He venido a traerte esto.

Estira los brazos y me da una bolsa pequeñita.

—Feliz cumpleaños.

Abro la boca sorprendida, me sonrojo y acto seguido sonrío como una boba.

—Espero que te guste.

—Me gustará seguro, aunque no tendrías que haberte molestado —digo con ilusión.

Me siento en la cama al estilo indio y empiezo a desenvolver un paquetito cuadrado.

—Oh, David, ¡es preciosa!

Es una pulsera de plata, tipo Pandora, y lleva tres colgantes que hacen que se me salten las lágrimas. La Estatua de la Libertad, el Big Ben y el Oso y el Madroño. No puedo evitar sollozar, ¡no sé por qué! Estoy muy muy emocionada.

—Eh, ¿qué pasa? —Se acerca a mí y me pasa la mano por la espalda—. Si no te gusta se puede cambiar.

Su cercanía me catapulta a una Lucía que ni yo misma conocía hasta ahora mismo. Me giro, nos miramos a los ojos y le beso.

Al principio se queda inmóvil, pero no tarda en apretarme contra su cuerpo y responder al beso con ansia.

Su lengua se enreda con la mía y no puedo evitar soltar un suspiro en forma de gemido.

Nuestras bocas se separan demasiado pronto, al menos para mí, y David apoya su frente en la mía.

—Lu...

—Lo siento, lo siento mucho —susurro con los ojos cerrados.

—No, por favor, no lo sientas.

—La pulsera es preciosa. —Abro los ojos y ambos sonreímos.

Me la quita de la mano y me la pone en la muñeca.

—Hay algo más en la bolsa.

Miro en el interior y al sacarlo, empiezo a reírme a carcajadas. Es un imán de Nueva York. Aun riéndome, me levanto de la cama, cojo el pequeño paquetito que le he comprado antes y se lo doy.

—¿Y esto?

Me encojo de hombros.

—Lo vi y pensé en ti.

Cuando lo abre, estalla en carcajadas y es él el que se acerca a mí a darme un corto y casto beso en los labios.

Mis mejillas y mi entrepierna se encienden de nuevo con su contacto.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Lo he visto en una tienda. No lo tenías aún, ¿verdad?

Cuando estuvimos en Bath, le compré uno de la serie que hizo y en esta ocasión ha sido de la película que está promocionando.

—No. Me encanta, muchas gracias, Lu. Yo… tengo algo más para ti.

—¿En serio? Pero ¿por qué?

Se encoge de hombros, haciendo una mueca con la boca.

—Es tu cumpleaños y, por mi culpa, estás lejos de todos tus seres queridos. Así que me gustaría compensártelo un poco.

—Ahora tú también formas parte de esos seres queridos, Dave —cuando pronuncio la abreviatura, me muerdo el labio inferior—, perdona, David.

—No, me encanta que me llames Dave. Nadie me llama así. —Se acerca más a mí y me acaricia la mejilla con la yema del pulgar.

Creo que me va a dar un infarto y estoy sintiendo que el calor de mi cuerpo está propagándose a toda la habitación.

—Lu... —suspira, se aparta un poco de mí y me entrega una caja grande que saca de la otra bolsa que llevaba.

Tras el papel de regalo, hay una caja de madera tallada preciosa. Cuando me fijo bien, veo que pone un nombre que me suena demasiado.

—¿Jane Austen? —Doy un chillido y, mientras la abro con cuidado, veo, por el rabillo del ojo, cómo David sonríe—. ¡Oh, madre mía de mi vida! —exclamo tapándome la boca con las dos manos.

Es una edición muy muy antigua de *Orgullo y prejuicio*, en inglés. Abro la tapa y veo que está sellada como una segunda edición, datada en 1813, y, al levantarlo con cuidado, veo que son tres libros.

Me tiemblan las manos y no puedo decir ni una sola palabra.

—Lo tenían para subastar, pero he llegado a un acuerdo con el que era el dueño. No podía irme sin él, porque en cuanto lo he visto he sabido que te encantaría. ¿Te gusta?

Asiento, porque sigo siendo incapaz de mirarle sin llorar o sin tirarme a sus brazos como una loca enamorada.

—Espero estar a la altura de Sam.

Me sorprende escuchar un ligero deje de tristeza en su voz.

—Sam y yo solo somos amigos. Muy buenos amigos.

—Buenos amigos que se acuestan.

Frunzo el ceño y chasqueo la lengua.

—Perdón, no tengo derecho a decirte algo así. Lo siento, ha estado fuera de lugar. Te pido disculpas.

Mira, a la porra mi saber estar y tanto me da si mañana me echa por conducta inapropiada, pero yo no puedo aguantarlo más.

Suelto la caja sobre la cama y me lanzo hacia su cuerpo. Me siento en su regazo y le agarro del pelo mientras le beso. David gruñe, aprisionándome con sus brazos alrededor de mi cuerpo. Cae de espaldas sobre la cama y es cuando siento la enorme erección que guarda en sus pantalones. Me froto contra ella y los dos gemimos sin dejar de devorarnos la boca.

Sabe a chicle, a pasta de dientes y a maravilla hecha persona.

Sus manos se cuelan por el vestido, acariciándome la espalda. Cuando vuelvo a frotarme con su erección, siento cómo la explosión de un orgasmo me arranca un grito.

Me quedo quieta un segundo, con la frente apoyada en su hombro.

Mierda, ahora es cuando se da cuenta de la locura que estamos cometiendo y se larga de la habitación, pienso casi echándome a llorar.

Pero no, ni mucho menos. Me agarra de la cintura, cargando el peso de mi cuerpo, y nos damos la vuelta, dejándome de espaldas contra la cama.

Baja la cremallera del vestido y lo desliza por los hombros.

Me besa el cuello, la clavícula y se detiene en la tela del sujetador de encaje. Pasea la nariz por mis pechos, inspirando con fuerza, con los ojos cerrados y la mandíbula muy marcada en sus mejillas.

—Qué bien hueles —dice con un tono de voz muy oscuro que acaba de ponerme muy cachonda.

Tira de la tela y yo levanto las caderas para que me quite el vestido.

Se tumba sobre mí y vuelve a besarme. Se mueve y se frota contra mi centro, dejándome claro que sigue duro como una piedra. Doy un gritito ahogado en su boca y él me succiona el labio inferior.

—Me moría de ganas por hacer esto —jadea. Vuelve a repetirlo, clavándome los dientes con suavidad sobre la tinta de mi tatuaje—. Desde que te vi con el vestido gris y las letras asomaban por el lateral de la tela, he querido saber qué ponía.

Acaricia las letras con adoración como interiorizando su significado. El momento se ha vuelto intenso y alzo las caderas por puro instinto y él se clava más en mí.

Le quito el jersey y suspiro como una quinceañera cuando le acaricio la piel de la espalda.

—Joder, espera, espera —se queja enfadado.

—¿Qué? —Escucho mi voz entrecortada y tardo varios segundos en reaccionar.

Se marcha, se está poniendo el jersey y va a marcharse.

Mierda, no, por favor. Se me llenan los ojos de lágrimas y, cuando se da cuenta, se vuelve a recostar sobre mí.

—Vuelvo enseguida. Siento romper este momento, pero... no tengo condones.

Me da un beso rápido y desaparece. Me froto las mejillas y sonrío como una boba. No tarda ni dos minutos en volver.

Deja los sobres encima de la mesita y, antes de tumbarse sobre mí, me regala una estampa que voy a guardar en mi mente para siempre. Se quita el jersey de un tirón, después los pantalones y, por último, el bóxer. Me mira y sonríe de lado.

—¿Te gusta lo que ves?

Asiento mordisqueándome el labio inferior.

—Si eres mi regalo de cumpleaños, te falta el lacito.

Se carcajea mientras se acerca a mí. Se inclina a la altura de mis rodillas y pasea los labios por mi piel. Cuando llega a los muslos, los abre con las manos y roza la tela de mi tanga con la nariz.

—Madre mía, me encanta tu olor.

Escucho su voz ronca y me retuerzo, echando la cabeza hacia atrás, alzando las caderas.

Coge la cinturilla de la prenda y la desliza por mis piernas, con una lentitud pasmosa que me mata y me excita a partes iguales.

—Oh, Lu, mi Lu. Estás tan húmeda —susurra pasando las yemas de los dedos por mi clítoris.

Me acaricia, me martiriza y me hace explotar de nuevo. Siento cómo suelta el enganche delantero del sujetador y comienza a masajear mis pechos, jadeando al pellizcar mis duros pezones.

—Eres tan preciosa, mi Lu...

Intento cerrar los muslos al escucharle porque siento un latigazo electrizante en mi humedad, pero él me lo impide.

Se frota contra mí y yo le agarro del culo, clavándole las uñas con saña. Vuelve a separarse, dejando un vacío frío en su lugar. Rasga el envoltorio del preservativo y se lo pone con mucha agilidad.

Es casi una tortura sentir cómo se hunde en mí tan lentamente, pero cuando me llena por completo, nos quedamos los dos sin respiración.

Enrosco mis piernas a su cintura y empieza a mecerse, entrando y saliendo de mí, haciéndome ver el paraíso.

No duro mucho y en un par de embestidas, me corro. Le clavo las uñas en la espalda, en el culo, alzo las caderas para que se clave más en mí y aprieto el agarre en torno a su cintura.

David acelera, agarrándose del cabezal de la cama, haciéndolo crujir y noto cómo se hincha dentro de mí justo antes de correrse él también.

Escucharlo gemir, jadear y maldecir contra mi oído mientras se libera me excita. Su cuerpo se queda laxo sobre el mío y solo nuestras respiraciones agitadas se escuchan en el silencio de la habitación.

Se aparta y se queda tumbado de lado, mirándome con una sonrisa ladeada.

—¿Qué? —pregunto imitando su postura.

—Que ha estado muy bien.

Reprimo una sonrisa y me mordisqueo el labio inferior.

—No imaginaba acabar el día de mi cumpleaños de este modo.

—¿Hubieras preferido que fuera otro el que estuviera aquí contigo?

—Dave, no empieces, por favor.

Por el modo en que sonríe, sé que me estaba gastando una broma.

—Sam y yo solo vamos a ser amigos. Le aprecio demasiado, y él a mí. No queremos manchar nuestra amistad por… unos calentones.

—Así que estabas caliente —se mofa de mí.

—¡Oh, venga ya!

Le doy un empujón en el hombro, tumbándolo de espaldas sobre el colchón, y él me agarra de la muñeca, tirando de mí para ponerme sobre su cuerpo.

—¿Y si vuelves a tener otro calentón? ¿Qué pasará?

—Tengo métodos para aliviarme.

Al escucharme abre la boca sorprendido.

—¿Qué? ¿En serio creías que era tan mosquita muerta? Yo también tengo mis necesidades.

Alza la cabeza y atrapa mi labio inferior con los dientes. Sus besos son adictivos. Sus labios cálidos, dulces y experimentados. Cuando siento sus manos en mi culo, apretándome para que note lo duro que vuelve a estar, me siento sobre su cintura.

Coge un preservativo de la mesita y me lo da.

Rasgo el envoltorio y, deslizándome por sus piernas, le pongo el condón con lentitud, viendo cómo jadea, echando la cabeza hacia atrás.

—Joder —gruñe dando un manotazo en el colchón.

Me gusta saber que soy yo, mis manos, mi cuerpo, quien le hace sentirse de ese modo. Tan expuesto, tan real, tan vulnerable y tan él.

Me acuclillo y guío su erección, penetrándome deliciosamente. Me mezo de delante hacia atrás, dejándome llevar por lo que siento. Doy un respingo, apretando los dientes, cuando mete una mano entre nosotros y me masajea el clítoris con dos dedos.

Pierdo el control y mi yo más salvaje se hace cargo de la situación. Nos corremos a la vez y Dave se yergue, apretándome, clavándome contra su cuerpo, enterrando su rostro en mi pecho.

Me regala un montón de besos suaves, cortos por el cuello y las mejillas. Después me tumba sobre la cama y se pone tras mi espalda, abrazándome. Siento su nariz pasearse por mi pelo y las yemas de sus dedos dibujan pequeños circulitos en mi vientre.

—Cuando tengas necesidades, llámame —susurra contra mi cabello—.Estaré encantado de ayudarte.

—A veces una necesita estar a solas, en la intimidad.

—¿Tienes un amigo a pilas? —pregunta y, aunque no puedo verle la cara, sé que está sonriendo.

—Pues sí y es fabuloso.

—No tengo ningún problema con compartirte en la cama con uno de esos. Nunca lo he probado, puede estar bien.

Me giro y le miro de lado.

—¿Qué?

—Nada.

Se mueve y me tumba de espaldas.

—Va, cuéntame qué pensabas.

—No pensaba en nada.

Tuerce la cabeza y me hace cosquillas.

—¡Para!

—Cuando me lo cuentes.

—¡Vale, vale! Pero para ya, por favor, porque acabaré haciéndome pis y, sinceramente, no me apetece mearme en la cama.

Suelta una carcajada y me pasa el dorso de la mano por la mejilla.

—No te vayas por las ramas. Estoy esperando.

—Con lo que has dicho... me ha dado la sensación de que esperas que esto se repita.

—¿Y por qué no?

Lo miro con asombro.

—Somos adultos, podemos hacer lo que nos dé la gana y, si te soy sincero, ya me he contenido demasiado tiempo.

—¿Y si te hubiera dado calabazas?

—Pues me hubiera tenido que comprar un amigo a pilas.

Ahora la que se ríe a carcajadas soy yo.

—¿A ti no te apetece repetir? Porque a mí no me digas que solo quieres que seamos amigos porque te digo desde ya que no. Yo no quiero que solo seamos amigos.

—Tú lo que quieres es que te sirva en el trabajo y en la cama.

—No, no. Eso sería muy machista. En el trabajo soy tu jefe y en la cama tú haces lo que te dé la gana conmigo. Míranos, acabamos de hacer el amor y yo... madre mía, ni siquiera me acuerdo de si alguna vez he hecho otra cosa más que follar.

—Ay, David, qué vulgar has sonado.

—¿Vulgar? ¿Por decir follar? Nena —dice acariciándome el pelo—, follar mola mucho. Una sesión de sexo desmedido y fuerte es genial.

Pongo los ojos en blanco y él me da un beso en la mejilla.

—¿Y ya no soy Dave?

No le miro, pero se me escapa una sonrisita tonta.

—Me encanta que solo yo te llame Lu y solo tú me llames Dave —susurra contra mi oído —.Un día, en vez de hacer el amor, follaremos. Verás cómo te gusta.

—A mí los azotes, la asfixia, la penetración anal y esas cosas, no me van.

Dave se ríe a carcajadas y luego me estrecha entre sus brazos.

—Los azotes no te gustan porque no te los he dado yo —dice con voz lúgubre, acariciándome el oído con los labios.

Siento un escalofrío por todo el cuerpo que va directo a mi entrepierna. ¡Acaba de ponerme cachonda otra vez!

—¿Me dejas dormir contigo esta noche? —pregunta como si no hubiera dicho nada.

Prefiero dejarlo estar y no continuar por esos senderos porque se me han derretido todas las neuronas.

Vuelvo a darle la espalda, nos tapamos con la sábana, me abrazo a su brazo y asiento, sintiéndome tan cómoda como si su cuerpo fuera mi hogar.

Llevamos un buen rato en silencio y soy incapaz de dormirme, ni siquiera escuchando su respiración profunda que delata que se ha quedado dormido.

CAPÍTULO 31

Lucía

Cuando abro un ojo, veo que estoy sola en la cama. Al estirarme, siento que tengo el cuerpo agarrotado y me duelen todos los músculos. Sonrío, sonrío como hacía mucho tiempo no lo hacía. He pasado una noche increíble con David.

Con la punta de los dedos, rozo algo. Me yergo y veo que es un papel doblado.

> «Buenos días, nena, espero que hayas dormido bien. Me he despertado temprano, antes de que saliera el sol y me ha apetecido salir a correr un poco antes de ponernos en marcha. Ayer se me olvidó comentarte que, mientras esperaba que llegaras de cenar, pedí que me dieran la llave que abre las puertas que conectan nuestras habitaciones. Lo hice por comodidad, a veces es un poco coñazo que tengas que entrar y salir por el pasillo. Además, cuando te despiertes, si quieres, puedes venir a verme, he dejado abierto.
>
> Un beso, Lu.
>
> Dave».

Vuelve a salirme la risita tonta y decido guardar la nota en mi maleta.

Me levanto, me doy una ducha, me pongo ropa cómoda pero formal y me animo a abrir la puerta.

El David que va en el coche hacia Brooklyn no es el de hace unos días, ceñudo, irascible… hoy está contento y hasta bromea con Sam. Siento un pequeño pinchazo de orgullo al saber que su cambio de actitud es por la noche que hemos pasado. Yo me siento igual que él, me apetece hasta ponerme a cantar, aunque sepa que puede caer un diluvio universal después.

La entrevista en el *Brooklyn Today* ha ido fenomenal. Siguiendo las recomendaciones de John, contestar algunas preguntas sobre el pasado de David, tanto Sam como yo, lo hemos visto con las pilas cargadas.

—Veo que la noche acabó muy bien —me susurra Sam, mientras David, Chelsea, otra compañera de reparto y Jason se despiden de la periodista y los fotógrafos.

No puedo evitar sonreír, sin mirarle a la cara.

—Ya decía yo que esas miradas que David te echaba no eran imaginación mía.

—Te agradecería que no se lo dijeras a nadie.

—No te preocupes lo más mínimo. Ya te dije que te aprecio mucho y jamás contaría nada que pudiera hacerte daño.

—Gracias, Sam.

—Estáis radiantes —se mofa.

Me giro, le saco la lengua y él me da un pellizco amistoso en la mejilla.

—¿Qué tal hemos estado? —nos pregunta David al llegar hasta nosotros.

—De lujo —se me adelanta Sam, palmeándole la espalda con una gran sonrisa, empezando a caminar hacia la salida.

Dave me mira y yo me encojo de hombros.

—¿Qué va de coleguita ahora?

—Venga, no seas borde. Sam no te ha hecho nada y es muy buen chico.

—Meterse contigo en la cama. ¿Te parece poco?

Chasqueo la lengua y lo miro con el ceño fruncido.

—No te pases.

Suspira.

—Tienes razón, lo siento.

Estoy tentada de decirle que al menos él no nos escuchó como yo lo escuché con Claire, pero me lo reservo para mí, cuanto menos hablemos de esa chica, mucho mejor.

La puerta del Dumbo Loft, donde van a tener el encuentro con alrededor de cien fans afortunados, está a rebosar. Me quedo mirando a todos esos chicos y chicas y me sale una sonrisa sin poderlo evitar.

—¿De qué te ríes tú? —me pregunta Dave, acercando su cara a la mía en el cristal.

—Sé lo que es estar así. Haciendo cola, con la ilusión de conocer a tus ídolos, sabiendo que vas a poder hacerte una foto con ellos, hablar de cuatro cosas…

Sam y David se ríen al unísono.

—Mírala. Ahora mismo pareces una colegiala —se mofa de mí Sam.

—Vosotros estáis acostumbrados a estar rodeados de famosos, pero para alguien que es un simple mortal, conocer a una persona a quien admiras, es una pasada.

—Ya será menos —me pica David, sonriéndole de lado a Sam.

—Oye, que para mí conocer a los Backstreet Boys fue una experiencia única. Y son adorables —digo con ensoñación.

—¿Los Backstreet Boys? Oh, por favor, Lucy. TakeThat les daban mil vueltas. —Dave se cruza de brazos, como si se pensara que tiene la verdad absoluta.

—No flipes.

—Solo soy realista. TakeThat estaban hechos de otra pasta.

—Claro, por eso de cinco ahora son tres.

—Bueno, hasta donde yo sé, los Backs fueron cuatro durante un tiempo.

—¿Y? Pero ahí siguen, siendo cinco, como en sus comienzos. Que hoy siguen estando arriba cada vez que sacan algo nuevo. Yo a los Take That… venga, que ya no los conoce ni su madre.

—Ya, ya… espera, no me digas más, tú eras de las loquitas por Nick Carter.

—¿Y si así es? ¿Qué pasa? Bien guapo que era, ¡y es! Y tiene una mirada… que madre mía.

—¿Qué? ¿Madre mía qué? Si ese fijo que es gay.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—Típico de los que le tenéis envidia.

—¿Perdona? ¿Yo envidia a ese? ¿De qué?

Cuando Sam empieza a reírse a carcajadas, los dos nos callamos y le miramos.

—Me faltan las palomitas. Qué entretenido es escucharos discutir. Aunque, Lucy, yo sintiéndolo mucho… me decanto también por Take That.

—Claro, porque los dos sois unos viejales. Pero digáis lo que me digáis, los Backstreet Boys son mucho mejores.

Alguien abre la puerta del coche y, al escuchar el griterío de la gente, se acaba la conversación. Sam sale y, cuando voy a salir yo, Dave me coge del codo y me da un rápido beso en los labios y ,saliendo del vehículo, me deja con cara de tonta.

Estoy disfrutando de ver a las fans frente a David, Chelsea y Jason. Danna y yo nos hemos quedado en el salón, al fondo y nos estamos riendo muchísimo. A ella, que lleva tanto tiempo en este mundillo, también le hace mucha gracia la reacción de los chicos y chicas, pero yo me siento muy identificada.

Conocer a Kevin, Nick, Brian, Howie y Alex fue reconfortante para mí. Acababa de terminar la relación con mi novio y estaba con el ánimo muy bajo. Ellos me aportaron un chute de adrenalina y alegría.

Al acabar la ronda de preguntas, los organizadores se llevan a los fans a otra sala, donde van a colocarlos en filas para hacerse las fotos.

—¿Qué, Nick Carter, cómo ha ido? —bromeo con Dave.

Él se ríe y niega con la cabeza, guiñándome un ojo. De reojo, veo cómo Danna y Jason se miran entre sí por lo que acabo de decirle a mi jefe.

Los de maquillaje vienen a retocarles y pasamos al otro lado.

—Madre mía, qué de gente —se queja David.

—Nuestro pan de cada día, David —le dice Jason.

—Pues yo me lo paso muy bien en estos actos. Me encanta estar con los fans y hacerme fotos con ellos. Además, hay que pensar que gracias a ellos, tenemos trabajo.

—Totalmente de acuerdo contigo, Chelsea —digo asintiendo.

—Es que tiene toda la razón —nos apoya Danna—, así que vestid vuestra cara con la mejor sonrisa porque esta gente se merece que salgáis radiantes en las fotos.

David y Jason asienten y, cuando se acercan a donde los organizadores han montado el *photocall*, sonríen tanto que parece se les va a salir de la cara.

David

Cuando llegamos al hotel, estoy bastante cansado. Quiero darme una ducha y dormir un rato antes de irnos al pase de la película.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunto a Lu en el ascensor.

Vamos solos. Sam ha quedado con no sé quién para no sé qué. No he prestado atención porque hablaba por teléfono con John, que me ha dicho que tiene cerrado lo del anuncio de los relojes.

—Tengo que responder algunos *emails* antes de marcharnos.

—Voy a ducharme y paso a tu habitación, si quieres.

—Sí, claro. Aprovecharé y me ducharé yo también. Así cuando vengan los de vestuario, ya estaré lista.

Asiento y, antes de que se vaya a su habitación, la cojo por la cintura, la atraigo hacia mí y le doy un beso.

—Dave… —me riñe con un susurro, con los ojos cerrados, soltando un pequeño gemido.

—Toda la mañana es demasiado tiempo. —Vuelvo a besarla y ella se ríe, empujándome.

—Los de seguridad acaban de vernos.

—¿Y? —Me giro y veo cómo Spike y Toretto se dan la vuelta, dándonos la espalda—. Lu, que a mí me da igual que lo sepa la gente.

—A mí no. Estás de gira con la película, lo que menos necesitas es que estén preguntándote quién soy, desde cuándo estamos juntos… y esas cosas.

Sonrío y, tras darle un beso fugaz, paso la tarjeta por la puerta.

En cuanto cierro, llega a mí un olor dulce, como de rosas. Enciendo la luz y, al llegar a la altura de la cama, me encuentro a Claire, con un conjunto de ropa interior transparente, mirándome con lascivia.

—¿Qué se supone que haces aquí?

Arruga los labios, haciendo un mohín, y se pasa las manos por las caderas.

—Pensaba que te pondrías contento al verme. Sobre todo, porque me dejaste tirada sin decirme nada del vuelo a Nueva York.

—Lo siento, se me olvidó. Llevamos un ritmo frenético y apenas tengo tiempo de mirarme al espejo.

Al ver que se levanta, con claras intenciones de venir a besarme, me aparto sin que se me note.

—Claire, tenemos que hablar.

—¿Sobre lo que pasó la otra noche? No tuvimos tiempo de comentarlo, pero a mí me encantó. No veo el momento de que lo repitamos —susurra moviendo las caderas con exageración.

Se acerca a mí y me da un beso en la comisura de los labios.

—Aquella noche no era yo, recuerdo pocas cosas de las que pasaron.

—Pues estabas pletórico. Me pongo cachonda solo de recordarlo. —Entrecierra los ojos y me pasa la mano por la entrepierna—. ¿Qué tal si empezamos ahora?

—Claire, te he dicho que tenemos que hablar.

La esquivo y voy hacia mi maleta.

—Por cierto, ¿quién te ha dejado entrar?

—Los de seguridad. Les he dicho que quería darte una sorpresa y como saben que estamos juntos, me han abierto.

Alzo una ceja, contrariado por lo que acaba de decir.

—No estamos juntos.

—¿Cómo que no?

—Mira, yo no quiero hacerte daño. Nos lo hemos pasado muy bien y me ha gustado que nos hayamos vuelto a ver, pero no estoy preparado para tener una relación con nadie en estos momentos.

—Vaya, pero para ir besándote con tu asistente sí.

Al escucharla, abro la boca sorprendido. ¿Cómo coño sabe ella lo de Lu? Saca su teléfono y me enseña una foto. Es de hace un rato, cuando íbamos a salir del coche en el Dumbo. Madre mía, uno no va a poder ni estornudar sin que lo sepan en Marte.

—¿De dónde has sacado eso?

—Está en internet. Verás cuando te vean los periodistas.

—No tengo que darle explicaciones a nadie de lo que hago con mi vida privada.

—Bueno, tú mismo.

Suspiro, con ganas de echarla de la habitación.

—*Boo*…

—Claire, no me llames así —digo con tono cansado.

—Lo siento, ¿vale? Siento el numerito del vestido blanco en Los Ángeles.

—No me he quejado por eso.

—Pero sé que te han criticado por mi culpa.

—Que digan lo que quieran. Yo no voy a decirle a nadie la ropa que tiene que llevar. —Me

encojo de hombros por algo que me parece más que obvio.

—Y yo te lo agradezco. —Sonríe y se acerca a la cubitera donde tiene una botella de champán abierta—. David, me gustaría que por lo menos pudiéramos ser amigos. Solo te pido eso. Hace muchos años que nos conocemos, no estropeemos nuestra amistad por un par de polvos.

—Me parece perfecto.

—¿Brindamos pues? Después me marcharé —Vuelve a sonreír.

—De acuerdo. Brindemos por nuestra amistad.

Mientras ella prepara las copas, recibo un mensaje de Lu y decido no mentirle, no tengo por qué.

> «Voy a pedir algo de comer a un restaurante chino que he visto cuando llegábamos. ¿Te apetece? Apenas he comido antes en el Dumbo y no aguantaré hasta esta noche».
>
> «Lu, tengo compañía. Al entrar me he encontrado con Claire. Acabo de decirle que lo nuestro se ha acabado. Vamos a charlar un rato, me ducharé e iré a tu habitación. ¿Vale?».
>
> «Perfecto».

Suspiro porque ese perfecto me ha sonado a que se ha molestado, pero no puedo atenderlas a las dos a la vez.

—¿Problemas? —me pregunta tendiéndome la copa, mirando mi teléfono.

—No, para nada. Ya sabes, lo de siempre. —Me encojo de hombros y doy un sorbo al champán.

Miro de reojo a la puerta que separa mi habitación de la suya y no veo la hora de abrirla para ir a verla.

—¿Qué tienes con tu asistente?

—¿Con Lucy? Nada.

—¿Y el beso?

—Es un simple beso.

—Está muy buena. Si me hubieras contado que te gusta, hubiéramos podido hacer un trío con ella también.

—Lucy no me gusta.

—No digas tonterías. Tendría que estar uno ciego para no darse cuenta de que es un bombón de mujer.

—¿Podemos cambiar de tema? No me apetece estar hablando de si mi asistente está buena o no.

—Claro, lo que tú quieras, *Boo*.

Media hora más tarde, cuando la botella de champán ha volado entera, tengo que meterme en la ducha tambaleándome. No entiendo por qué, porque estábamos hablando muy contentos, recordando viejos tiempos de cuando estábamos juntos, y la verdad es que estaba emocionado acordándome de lo felices que éramos.

De repente, he empezado a sudar de manera exagerada y, cuando he intentado agacharme a coger mi teléfono del suelo, me he dado un golpe en la cabeza que ha hecho que se me salten hasta las lágrimas.

Aún bajo el chorro del agua, me siento muy mareado y sigo teniendo muchísimo calor. Creo

que tengo fiebre…

—Claire —digo a media voz—, necesito que vengas, no me encuentro bien.

Pero ni se asoma, ni me contesta. Saco la mano de la ducha y cojo mi teléfono. Abro la conversación con Lucy y empiezo a escribir un mensaje como puedo…

CAPÍTULO 32

Lucía

Al final, no he pedido nada de comer. Me ha entrado tal mala leche, que me han dado ganas de entrar en su habitación y partirle la cara a la pelandrusca de Claire.

Intento serenarme atendiendo a los correos, pero no soy capaz de concentrarme. Así que decido darme un baño, a ver si consigo relajarme antes de que David venga.

No sé cuánto tiempo llevo aquí dentro cuando recibo un mensaje. Me incorporo, cojo el teléfono y veo que es de David. Al abrir la conversación, no logro entender qué pone.

«Duch yo mar n bn».

—Este tío es tonto —digo en voz alta.

Salgo de la bañera, me enrollo en la toalla y voy a ponerme algo de ropa. Llamo a la puerta que une nuestras habitaciones, pero nadie responde.

—¿David? ¿Claire? —alzo la voz.

Apoyo la oreja, pero lo único que escucho es silencio.

—Me cago en tu estampa, David —gruño enfadada.

Abro el pestillo y giro el pomo. En cuanto la puerta se abre, escucho el agua de la ducha caer, pero no veo a nadie en la habitación.

—¿David? ¿Estás aquí? ¿Claire?

Me acerco con sigilo al baño, temerosa de lo que me voy a encontrar. Porque como sea a ellos dos dándole que te pego, vamos a acabar como el rosario de la Aurora.

—¡¡David!! —chillo al verlo tirado en el suelo en una postura casi imposible—. Dave, David, ¿qué te pasa?

Farfulla palabras sin sentido, apenas le entiendo, pero al cogerlo noto que su temperatura corporal es alta.

—Joder, ¡joder! David, por favor, háblame.

Pero es como si ni siquiera estuviera aquí conmigo. Lo suelto con cuidado, apago el agua y saco mi teléfono del bolsillo del pantalón. Marco el número de Sam y me lo apoyo entre la oreja y el hombro.

—Vamos, Dave, quédate conmigo, por favor.

—¿Sí?

—¡¡Te necesito en la habitación de David!! ¡Corre!

Cuelgo y tiro el aparato al suelo de cualquier manera y lo escucho chocar contra la pared.

—Dave, escúchame, por favor. Cariño, tienes que quedarte conmigo.

Intento levantarlo, pero es demasiado grande. Lo cojo por debajo de las axilas y, a duras penas, lo saco a rastras del baño hasta dejarlo junto a la cama. Cojo una almohada, la pongo bajo su cabeza y lo tapo con una manta que veo en el armario.

—¿Qué pasa? —Sam abre la puerta como si fuera un toro y, al verme en el suelo junto a David, se arrodilla a mi lado—. ¿Qué cojones ha pasado?

—No lo sé. He venido a ver qué pasaba porque me ha enviado un mensaje muy extraño y, al entrar, me lo he encontrado así en la ducha. Dice cosas extrañas, pero no me responde cuando le

hablo. ¿Qué le pasa, Sam?

Suspira y niega con la cabeza.

—No te asustes, Lucy, pero esto es lo que pasa cuando uno consume drogas.

—¿Qué? ¡Qué dices, Sam! ¡David está limpio!

—Lucy, escúchame. Sé de lo que te hablo y esto es una sobredosis de alguna mierda que se ha metido.

—Me ha dicho que estaba con Claire. Que cuando ha llegado se la ha encontrado aquí dentro, pero¡ahí solo hay una copa de champán! Además, si ella hubiera estado aquí, digo yo que le habría ayudado, ¿no?

—No la conozco de nada, así que no te puedo decir cuáles eran sus intenciones con él. Hay que llamar a un médico, esto no me gusta un pelo.

—Vamos a esperarnos un momento. Si llamamos a un médico, se va a liar una muy gorda y los medios se enterarán de esto.

—Lucy, se van a enterar quieras tú o no. Además, esto ya no puedo escondérselo a la productora. Así empezó la otra vez… y ya sabes cómo acabó.

—No, Sam, no. Sé que te lo he pedido varias veces ya, pero, por favor, confía en mí. Tiene que haber una explicación razonable a esto.

—Sí, que estaba volviendo a las andadas a nuestras espaldas. Ahora entiendo sus cambios de actitud tan repentinos.

Sus palabras me hacen pensar y, casi por un instante dudo, pero algo dentro de mí me dice que no. Que Dave no nos ha estado engañando.

—Escúchame. Desde que salimos de viaje, no me he separado de él nada más que para dormir y los momentos que ha estado con Claire. Sé a ciencia cierta que David no nos ha estado mintiendo.

Sam me mira a los ojos durante un lapso y después mira a mi jefe.

—Tío, más te vale que ella tenga razón porque si no... vamos a acabar los tres sin curro.

Suspiroaliviada, y le agradezco su decisión con una leve sonrisa.

—Vamos a tumbarlo en la cama. Voy a ir a buscar un poco de hielo para ir poniéndoselo y que le baje la temperatura. Hay que vigilar que no pierda la consciencia.

Asiento.

Los minutos parecen horas y he tenido que ir varias veces al baño a vomitar de lo nerviosa que estoy. Tengo terror a que le pase algo malo.

Hemos estado poniéndole hielo envuelto en toallas por el cuerpo y la fiebre le ha bajado enseguida. Aunque no deja de mover las piernas cada dos por tres, como si tuviera calambres.

Me he instalado a su lado en la cama, con el ordenador, intentando trabajar para mantenerme ocupada en algo, pero soy incapaz de despegar la vista de su cara más de un par de minutos.

—Pareces una madre vigilando a su bebé dormir por si no respira. —Se gira en la silla donde está sentado, tecleando en su portátil.

Sam sonríe, se levanta y se acerca a la cama.

—Estoy acojonada. Jamás había visto algo así.

—Te entiendo, aunque esto no es nada. Yo he tenido amigos que han estado a punto de palmarla, con comas etílicos... Por eso jamás he probado las drogas. Me he emborrachado muchas veces, pero siempre manteniendo el control. Vida solo hay una y perder el tiempo con resacas, no merece la pena.

Asiento.

—¿Qué hacía Karen cuando le pasaban estas cosas?

—Lo hacía desaparecer un par de días. No te rayes, Lucy, esto no es culpa tuya.

—No sé qué ha pasado, pero quizá debería haber estado más encima de él.

—Escúchame. —Se sienta a mi lado y me pone una mano en el hombro—. Karen lo tenía supercontrolado. Pocas cosas se escapaban del control de esa bendita mujer. Y, aun así, él cayó en picado. El que quiere hacerlo, lo hará aun cuando te cosas a su espalda.

—De todos modos, esto es demasiado raro.

Asiente mirándolo.

—David es buen tío, solo que ha tomado algunas malas decisiones en la vida. Y es muy buen actor, aunque lo negaré delante de cualquiera si me lo preguntan. —Suelta una risita que se me contagia.

—Muchas gracias.

—¿Por qué? ¿Por decir que es bueno? Solo hace falta ver alguna de sus películas. Lo que pasa es que la gente no quiere olvidar el pasado y no le dan oportunidades.

—Bueno, por eso y por confiar en mí.

Se encoge de hombros.

—Quedan dos horas para irnos. ¿Por qué no vas a buscar tus cosas a la habitación para cambiarte aquí? Yo voy también a por las mías y me daré una ducha aquí, así no te quedas sola con él, por si necesitas ayuda.

—Sí, me parece genial. Ve a por lo tuyo, que yo iré a mi cuarto por ahí —señalo la puerta interna y Sam me mira con la boca abierta.

Me río y él pone los ojos en blanco.

Me estoy maquillando cuando, a través del espejo, veo cómo David se mueve. Suelto el lápiz de ojos y me acerco a él, sentándome a su lado.

—Dave, ¿me oyes?

—Sí... —se queja, tocándose la cabeza.

Me levanto y me acerco al baño, donde Sam se está afeitando con la puerta entreabierta.

—Se acaba de despertar —le informo abriéndola un poco más.

—Voy.

Vuelvo a su lado y se está restregando los ojos con una mano y masajeándose la barbilla con la otra.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Qué ha pasado? —pregunta sin mirarme.

—Eso debes contárnoslo tú a nosotros.

Frunce el ceño, abre los ojos levemente y los clava en Sam.

—¿Qué coño haces aquí?

—Dave, Sam ha estado cuidándote —digo a media voz.

—Yo no tendría que estar aquí —se yergue y empieza a mirar a su alrededor—, ¿y las llaves de mi coche?

Sam y yo nos miramos sin decir nada.

—Ya debería haber llegado a casa. Estarán preocupados.

—Dave, cariño, escúchame. —Pongo una mano en el antebrazo y me doy cuenta de que está en tensión—. ¿Sabes dónde estás?

Me mira, se vuelve a masajear la mandíbula y los ojos, y vuelve a tumbarse.

—¿Te duele la cabeza? —le pregunta Sam.

Él solo suelta una especie de gruñido afirmativo.

—¿Y cómo vas de calor?

—Hace calor aquí —responde malhumorado—, no sé por qué habéis encendido el aire acondicionado.

Sacudo la cabeza porque lo que dice no tiene sentido, pero al mirar a Sam veo que se pasa las manos por la cara con exasperación.

—Ven un momento.

Me levanto y nos alejamos de la cama.

—Creo que ha tomado éxtasis. Llevo pensándolo desde que lo hemos tumbado en la cama. Tiene toda la pinta.

—¿Y cuánto de malo es?

—Si no reacciona, no nos va a quedar más remedio que cancelar su asistencia al pase de la película. Y a ver qué le decimos a su representante entonces. Aunque debería empezar a pasársele el efecto, no sé cuánta dosis habrá tomado.

Nos giramos y lo miramos.

—¿Y si le damos una buena ducha de agua fría? —le propongo.

—Mal no le irá. Me meteré yo con él, que tú ya te has peinado y medio maquillado.

Asiento y volvemos al lado de Dave.

—Tienes que arreglarte ya. En tres cuartos de hora pasarán a recogernos.

David me mira, como si no entendiera lo que le estoy diciendo.

—Ven, vamos a la ducha y luego te ayudaremos a vestirte.

No se resiste y, cuando nota el agua helada caerle por el cuerpo, suelta un par de palabrotas por lo bajo y ya está.

Al salir, le ayudo a secarse y lo llevo a la habitación, mientras Sam se arregla dentro.

No me dice nada, solo me mira.

—¿Cómo va esa cabeza?

—Mejor, aunque me sigue doliendo bastante.

—¿Ya recuerdas dónde estás?

—¿Cómo no voy a recordarlo, Lu? En Nueva York.

Escucharlo hablar con tanta seguridad me emociona y se me escapa una lágrima.

—Oye, ¿qué te pasa? —Me pone un par de dedos bajo la barbilla y se agacha para mirarme.

Niego con la cabeza, apartándome para pasarle la camisa, que él solo empieza a abotonarse.

Media hora más tarde, les pido que me esperen en el coche mientras me pongo el vestido. Necesito unos instantes a solas para recomponerme un poco del susto.

Ya lista, vuelvo a entrar en su habitación, y doy un vistazo rápido a todo por si encuentro algo que pueda explicarme qué es lo que ha pasado.

Cuando se marchaban, le he preguntado qué quería Claire y me ha dicho que hace días que no sabe nada de ella. Sam me ha dicho que los que consumen esta sustancia pueden experimentar una gran variedad de situaciones emocionales. Una de ellas relacionada con la memoria. Así que yo sí me creo que Claire estaba con él y que se ha pirado cuando ha visto que la cosa se ponía fea.

—Maldita seas. Como tengas algo que ver, me voy a encargar personalmente de que lo

pagues caro, bruja —digo en voz alta.

Cuando voy a salir por la puerta, veo algo rojo que sobre sale de debajo de la cama. Me agacho y, al cogerlo, veo que es un pequeño pendiente en forma de aro, con algunas piedras de color rojo. Es idéntico al que llevaba Claire la primera vez que la vi.

—Sabía que David no mentía. —Sonrío.

Cuando me han visto entrar en el coche, el único que ha sonreído ha sido Sam. David ni se ha quitado las gafas de sol y ha fruncido el ceño, mirándome de arriba abajo.

—Parecéis *La bella y la bestia*. Y tú eres una Bestia muy real con la cara que llevas. Así que alégrala un poquito si quieres evitar preguntas incómodas.

Como no deja de mirarme fijamente, y me está poniendo nerviosa, me siento a su lado para no tenerle de frente.

—¿Por qué narices te has puesto un vestido amarillo?

—No sabía que necesitaba tu consentimiento para algo así.

—El amarillo da mala suerte.

—Dudo que hoy tu buena o mala suerte deriven del color de mi vestido —respondo, molesta por su actitud.

Sam, frente a nosotros, sonríe mirando por la ventana.

—No sé a qué viene eso.

Giro la cabeza y lo miro con la boca abierta.

—No es momento de discutir, estamos llegando. Pero Lucy, si quieres ponerle los puntos sobre las íes, le digo al chófer que de un par de vueltas. Y así nos saca de dudas de por qué hemos pasado una tarde de mierda ocupándonos de él.

David lo mira confundido.

—No. Habrá tiempo después —respondo con frialdad.

El coche se detiene y no espero a que nadie abra la puerta. Lo hago yo y salgo al fresco de la noche, que me atempera el enfado.

Mientras camino tras él, seguida de Sam, veo a lo lejos a Danna que me saluda con la mano. Espero que hoy no haya braguetas abiertas ni silbidos escandalosos porque no estoy para eso.

La gente me llama, los *flashes* se fijan en mí y me veo obligada a disfrazar mis labios con una gran sonrisa, una que no me apetece lo más mínimo mostrar.

—Oye, pero qué preciosa vas, ¿no? —me dice Danna, soltando un silbido cuando llego a su lado.

—Gracias.

—Oye, te veo muy tranquila yo para haber salido dándote un beso con el buenorro de tu jefe.

La miro estupefacta.

—Vale. Intuyo, por lo blanca que te has puesto, que no tienes ni idea de lo que te hablo.

Niego con la cabeza y espero a que busque algo en su teléfono. Me muestra una foto en la que se ve a David dándome un beso justo antes de salir del coche. Voy a contestarle cuando escucho que el susodicho me llama. Al girarme, veo que me pide con la mano que me acerque a él.

—Quieren que salgas conmigo en las fotos.

Lo que me faltaba hoy, pienso.

Me pone la mano en la parte baja de la espalda y empezamos a posar. A mí esto no se me da bien, soy patosa por naturaleza y no me gustan demasiado las fotos en las que yo salgo. Hago un esfuerzo e intento prestar atención a todos los que dicen mi nombre para que les mire.

—¿Sabes por qué quieren que salga contigo en las fotos? —le pregunto sin dejar de sonreír.

—No.

—Porque se ha filtrado una foto nuestra dándonos un beso.

Desvía la mirada hacia mis ojos y hace una mueca con la boca.

—Bueno, no pasa nada.

Escucho cómo algunos periodistas dan las gracias y aprovecho para escaquearme ya de las cámaras y volver al lado de mi amiga.

—Bien hecho. Esta es mi chica. —Danna me da un rápido abrazo cuando conseguimos apartarnos del *photocall* y entramos en el local.

Apenas he podido prestar atención a la película porque David ha estado intentando cogerme la mano todo el tiempo. Pero ¿a este hombre qué le pasa hoy? Sí, sí sé qué le pasa, pero es que estoy muy saturada. Tengo las emociones a flor de piel y que él esté a ratos bien y a ratos mal, va a acabar conmigo.

Al acabar el pase, tras los minutos de aplausos de todos los asistentes, hemos empezado a subir las escaleras del teatro para salir de nuevo a la calle. A David se le ha puesto cara de borde cuando Danna y Jason han coincidido con Sam en que parecemos *La bella y la bestia*. Y a mí me ha entrado la risa tonta recordando lo que ha dicho Sam antes en el coche sobre que mi traje es muy parecido al que Bella llevaba al final de la peli. El esmoquin de David es azul con las solapas brillantes y una preciosa pajarita. Ni elegido a propósito lo hubiésemos conseguido.

Me paro, riéndome, y siento cómo mi jefe me pisa el vestido y empieza a rodar escaleras abajo.

—¡David! —grito.

Jason y Sam salen a la carrera y lo ayudan a levantarse poco a poco.

—Madre mía. Este se ha abierto la cabeza como poco —oigo susurrar a Danna tras de mí.

—¿Estás bien? —Me acerco a él y le toco la cara con preocupación.

Su respiración es acelerada y me mira con la mandíbula muy apretada.

No me contesta y se deja ayudar por los otros dos para subir las escaleras.

—Vaya leche se ha dado tu jefe. ¿Qué le pasa? Está más callado de lo normal.

Ante el comentario de Danna suspiro. Es cuestión de minutos que la gente empiece a especular sobre su seriedad de hoy. Y si ya le añadimos la caída...

—Le ha venido la regla —intento bromear.

Aunque en realidad es una broma que a mí no me hace ni pizca de gracia, pero es lo único que se me ha ocurrido decir para desenfocar la atención de todos en David.

—Creo que lo mejor es que nos marchemos.

Sam se ha acercado a mí con disimulo, mientras cojo una botella de agua de una mesa para llevársela a David.

—No puedo estar más de acuerdo contigo. No veo el momento de que se acabe este día.

—Ni yo.

Mi jefe se bebe la botellita de un trago.

—¿Qué tal estás? ¿Te duele algo?

—¿Además del orgullo?

Chasqueo la lengua y, cuando voy a levantarme, me agarra de la muñeca.

—Nos vamos al hotel —le digo soltándome con disimulo antes de que abra la boca.

Ninguno de los tres dice una sola palabra en el coche. Aunque, por mi parte, no es por falta de ganas, pero me voy a contener hasta que estemos en la habitación.

Sam nos acompaña hasta la puerta y me da un beso en la mejilla.

—Llámame si me necesitas. Dormiré con el teléfono a tope de sonido y estaré pendiente.

—Gracias por todo, Sam, de corazón.

Me dedica una tierna sonrisa.

—Descansa, campeón.

David solo hace un movimiento con la cabeza y entra en la habitación.

—Todo esto ha sido culpa tuya —me escupe en cuanto cierro la puerta.

—¿Perdona? ¿Culpa mía?

—¡Sí!

Suspiro, intentando serenarme, porque si los dos nos ponemos a gritar, la cosa se nos va a ir de las manos.

—Tenemos cosas más importantes de las que hablar.

—¿¡Qué hay más importante que el ridículo que he hecho cayéndome por las escaleras!?

No puedo creer que esté tan fuera de sí por el color de mi vestido.

—David, cálmate —digo en un grito contenido.

—¡No me da la gana de calmarme! Lo has hecho a propósito y no me lo merezco. Todo es culpa del puto vestido amarillo —responde pasándose las manos por la cara desesperado.

—¡Es solo un vestido, David! Es tela.

—¡Pero es amarillo, Lu! ¿Acaso no sabes lo que significa el amarillo para los actores? —dice volviendo a gritarme.

Yo también me enfado de verdad, ya no soporto más esta situación absurda. Clavando mi tacón en la parte baja del vestido, donde se ha rasgado un trozo tras el pisotón que él me ha dado antes, y tiro de él con todas mis fuerzas hasta que cede.

David me mira como si estuviese loca, veo cómo una idea se le pasa por la mente y al segundo después está agarrándome fuertemente.

Coloca las manos en los laterales de mi cuerpo y comienza a ejercer presión separando el vestido de mi piel.

—¿Qué haces, David? ¡Estás loco! —digo en un susurro, provocado por la excitación de sus movimientos y por tenerle de nuevo tan cerca.

Parece que no puede contenerse más y me besa desesperado mientras me presiona sobre él y consigue rasgar el resto del vestido dejándome con el corpiño y el precioso liguero que lo acompaña.

—A la mierda el puto vestido —dice apretando los dientes mientras arroja la tela al suelo y se da cuenta de que estoy semidesnuda.

Acerca de nuevo nuestros cuerpos y no puedo más que rendirme a sus besos salvajes.

Él aún lleva el esmoquin, pero sin la pajarita, así que comienzo a desabrochar los botones de su camisa con toda la rapidez que me permiten mis dedos. No perdemos el contacto en ningún momento y me resulta muy difícil.

Me separa bruscamente de su calor y, tirando de la camisa, hace saltar los botones y se la quita tirándola al suelo con la misma rabia con la que ha lanzado el vestido. No me entretengo mucho y me dedico a sus pantalones.

Un segundo después está mordiendo y pellizcando la piel de mis pechos que asoma por el corpiño. Se me escapa un gemido gutural que no me suena familiar.

—Dios mío, Dave —atino a decir cuando las palabras acuden a mi boca.

Tira de mi cabello suavemente y comienza a besar mi cuello, mis orejas y toda mi cara sin dejarse un centímetro. Su barba me roza en la piel provocando un dolor placentero. Cuando termina con mi rostro se sienta en la cama y me gira, dejando mi estómago en su regazo y mi culo totalmente a su merced.

—Nena, este culo merece un rato de atención —dice mientras me da un mordisco que me hace gritar de risa.

Se separa de mí y me da un cachete que me pilla desprevenida. Para un segundo y, cuando giro la cara para mirarle, sonríe de lado y chasquea la lengua. Noto cómo hincha el pecho a la vez que coge carrerilla y me da un azote que cubre mis dos nalgas.

De manera totalmente inesperada un gran gemido sale de mi boca y llega a mi entrepierna empapándome aún más.

Repite el mordisco y cuando creo que me va a dar otro azote se queda quieto. Separa el tanga de mi abertura y me obliga a abrir las piernas con la mano.

—David —susurro ante sus caricias.

Noto su aliento en mi oreja mientras sigue cuidando de mi clítoris con deliciosas caricias que me hacen retorcerme de placer.

—Te dije que no te gustaban los azotes porque no te los había dado yo. Esto —dice mostrándome sus dedos llenos de mi esencia— habla por ti, Lu.

Me da un último azote que me transporta a un orgasmo brutal mientras se entretiene desatando las tiras que llevo a la espalda y que adornan el corpiño.

Me levanta y quedo frente a él con las medias, el tanga y el liguero. Acaricia mi tatuaje y le da un profundo lametón que hace que se me erice la piel de todo el cuerpo.

Mientras observa mi reacción y antes de que pueda ser consciente de mis movimientos, me tiro sobre él y cae de espaldas a la cama totalmente desnudo. Su excitación es evidente y sin pensarlo dos veces me quito el resto de la ropa y me siento a horcajadas sobre él. Le beso con pasión y enfado, le muerdo y evito que me vuelva a tocar antes de hacerle todo lo que deseo. Consigo llevar su polla hasta la entrada de mi vagina y comienzo a mover mis caderas en círculos, rozando solo la punta.

—Joder, Lu, no me hagas esto —dice agarrando mis caderas intentando penetrarme al completo.

Recupero la lucidez por un segundo y acudo a sus pantalones donde deseo que estén los condones.

—En el cajón de la mesita —dice pasando junto a mí veloz a recoger los preservativos.

Cuando los tiene se gira y me carga sobre los hombros. Estamos totalmente desnudos y mientras muerde mi culo y sigue dándome palmadas en las nalgas siento que voy a perder el control.

Me arroja sobre la cama sin ningún cuidado y abre mis piernas dejándome completamente expuesta. Igual que ha hecho en mi cuello, pasa su barba por la cara interna de mis muslos iniciando un recorrido hasta los labios de mi vagina. Solo soy suspiros,ellos ahora son mi alimento. Comienza a enredar la punta de su lengua en mi clítoris mientras acaricia mis pechos y pellizca mis pezones.

—David, no puedo más.

—¿Vuelvo a ser David? Igual prefieres llamarme señor Kane después de esto.

No sé cuándo se ha puesto el condón, pero con una sola estocada que me deja sin respiración,

me vuelvo a correr entre palabras inconexas.

No me deja recuperarme y aumenta el ritmo de sus embestidas. Sube mis caderas y le rodeo el cuerpo con las piernas. Aprieta el ritmo y, mientras dice mi nombre, se corre cayendo sobre mí.

Nuestras respiraciones entrecortadas se acompasan levemente. Noto la boca seca y el cuerpo dolorido.

Inspira profundamente y se aleja un poco de mí. Sirve agua en un vaso que se bebe de un trago sin quitarme ojo. Al terminar deposita el vaso en la mesita mientras su mirada se oscurece.

—A la ducha —dice mientras me da la espalda.

—¿Qué? —respondo incorporándome sobre mis codos.

—Coge los condones y vamos a la ducha —dice en el quicio de la puerta del baño.

Vuelve a tener una erección mayúscula y pese a que mi cuerpo no cree poder más, mis manos cogen la caja de cartón y mis piernas me llevan hasta el baño.

David ya está introduciendo su cuerpo bajo la ducha, un tanto fría para mi gusto, y no me deja pensar. Tira de mí y al segundo siguiente me está devorando la boca.

Nuestras lenguas chascan, giran y rozan sin parar.

Vuelve a introducir su mano entre mis muslos y comienza a hacer círculos con varios de sus dedos. Me doy cuenta de que está repitiendo el mismo movimiento que he hecho yo minutos antes con mis caderas.

—Así que te gusta jugar, pequeña Lu.

—Me gusta jugar contigo, Dave —respondo aguantando estoicamente.

—Eso me lo imaginé desde que me miraste desnudo en mi cocina —dice muy pagado de sí mismo.

—Eres un engreído —respondo rápida.

—¿Tú crees? Estoy tan seguro de lo que digo que dentro de cinco minutos estarás volviendo a gritar desesperada porque te folle.

Sin dejarme contestar vuelve a besarme.

Aprovecho un descuido y, separando nuestros cuerpos, me arrodillo frente a él y le miró a través de mis pestañas.

—¡De eso nada! —dice tirando de mis brazos hacia su pecho—, eso sería juego sucio.

Me pone de espaldas a él y pasea toda su longitud por mi entrada. Mis gemidos se oyen por todo el baño y comienzo a ser consciente de que cinco minutos me parecen mucho tiempo.

Se restriega y aprieta contra mí mientras se masturba y la sensación es bestial. Mientras él para y rasga el paquete plateado con los dientes, yo comienzo a acariciarme también. Me mira de medio lado y saca una sonrisa que termina de llevarme hasta el cielo.

Lentamente, mientras me ve masturbarme, se coloca el condón, ciñéndoselo bien. Tira del aro de plástico que cubre la base y lo hace sonar a la vez que se masajea la polla. Aumento el volumen de mis caricias y cuando creo que me voy a correr, me gira, vuelve a atraerme hacia su cuerpo e inmoviliza mis manos sobre mi cabeza.

Me besa sin piedad quitándome la respiración y vuelve a colocarla en mi entrada. Aprieto mis caderas contra ella, pero no sirve de nada. Solo consigo que se introduzca un poco más y el leve roce que siento, me frustra. La situación me supera y claudico.

—David, por favor.

—David, por favor, ¿qué? ¿Qué quieres, pequeña Lu?

—Fóllame.

No he terminado de pronunciar la palabra cuando me eleva haciendo que enrosque mis

piernas en sus caderas y pone mi espalda sobre los baldosines. Aprieta su erección contra mí y, al segundo movimiento, ya estoy perdida en otro orgasmo que relaja toda la tensión que me quedaba.

Sigue sus movimientos acompasados mientras me besa y absorbe cada uno de mis suspiros. En un punto en el que sus besos se vuelven más tranquilos acelera el ritmo de sus embestidas y mientras aprieta mis nalgas y muerde mis pezones, llegamos juntos hasta un nuevo clímax.

Apoyamos nuestras frentes mientras dejamos caer el agua por nuestros cuerpos y retomamos la normalidad en la respiración.

Deja mis piernas en el suelo y comienza a echar jabón en una esponja. Yo me dejo hacer porque si me separo de su contacto, probablemente caiga al suelo.

Llena de agua la bañera que tenemos a nuestros pies y sumerge nuestros cuerpos, dejándome entre sus piernas.

El calor del agua sobre mi piel es muy placentero, pero cuando comienza a enjabonar mi cuero cabelludo y lo rasca ligeramente con sus uñas, algunos nuevos gemidos acuden a mi garganta.

Noto cómo sonríe, aunque tengo los ojos cerrados y estoy de espaldas a él. Aclara con cuidado mi cabello y lava el suyo.

—Lu, muévete que se me ha dormido una pierna. —Me despierto asustada al notar su voz en mi oreja.

—Creo que me he dormido —digo con la voz ronca por los orgasmos mientras me aparto de sus piernas.

Sale de la bañera y, sin su calor, tardo unos pocos segundos en comenzar a tiritar. Se acerca con una gran toalla y me pide que salga envolviéndome con la tela y con sus brazos.

Cuando alzo la cara para mirarle, veo que no tiene muy buen aspecto.

CAPÍTULO 33

NOTICIA

Lucía

Le acaricio la mejilla y no puedo evitar que un escalofrío me recorra el cuerpo entero. Quizá no debería haberme dejado llevar por la pasión y debería haber hablado antes con él.

—Dave.

—¿Sí? —responde con la voz cansada.

—Sé que es tarde —salimos del baño y me siento en la cama, apoyando la espalda en el cabecero—, pero tenemos que hablar.

Se tumba y se tapa con las sábanas.

—Dime.

—¿Me puedes explicar qué es lo que ha pasado esta tarde?

La frente se le llena de arrugas mientras lo veo dudar sobre qué decirme.

—Puedes contarme la verdad, sea cual sea. Me enviaste un mensaje y me dijiste que Claire estaba en tu habitación. Un rato más tarde, volviste a enviarme otro que no tenía ni pies ni cabeza… al entrar te encontré desmadejado en la ducha. Por un instante creí que estabas… —soy incapaz de terminar la frase, se me corta la respiración solo de pensarlo.

—Claire estaba aquí… creo. Lo que recuerdo es muy confuso. No sé, en un momento he empezado a encontrarme extraño. Primero solo quería hablar con ella de cuando éramos más jóvenes y estábamos juntos. Y después… después…

—¿Qué?

—No lo sé, Lu. Ni siquiera te puedo asegurar que lo que te acabo de contar sea cierto. Es como si hubiera una neblina en mi memoria.

Suspiro.

—Estabas drogado —confieso.

Veo cómo aprieta la mandíbula, con la cabeza agachada.

—Te juro que no he consumido nada —dice a media voz.

—Lo sé.

Al escucharme me mira con los ojos brillantes.

—¿Me crees?

—Por supuesto.

—¿Por qué? A ver, no me malinterpretes, pero... si estaba drogado, lo más lógico es que pensaras que he vuelto a consumir.

—Pero sé que no lo has hecho.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque confío en ti. Y, ahora, vamos a dormir un rato. Tenemos que madrugar para hacer las maletas. Y en Toronto nos espera un día movidito desde que aterricemos.

David

Apenas he pegado ojo. No soy capaz de parar de darle vueltas a lo mismo y cada pensamiento acaba en la misma persona: Claire.

¿Habrá sido capaz de drogarme? Aunque lo que no logro entender es ¿por qué y para qué? ¿Con qué fin?

Cuando suena el despertador de Lu, aún no he sido capaz ni de cerrar los ojos.

Saca el brazo de dentro de la sábana y detiene la melodía de su teléfono. Ha dormido entre mis brazos, sin moverse.

—Buenos días. —Se gira, me mira y me sonríe.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal has dormido?

—Genial —se estira, mientras me aparto para darle espacio—, ¿y tú has podido descansar?

—Sí, claro que sí. Contigo aquí conmigo, imposible no hacerlo.

Sonríe, aunque ese gesto no se refleja en su mirada.

Debo tener una pinta horrible.

Dos horas después, ya estamos llegando al aeropuerto. He intentado llamar a Claire diez veces, el tiempo que Lu hablaba con sus padres en su habitación, pero me salta el contestador todo el tiempo.

Mientras Lucy y Sam hacen la facturación, me excuso diciéndoles que voy a ir al baño, pero lo que quiero es volver a llamar a Claire.

—Vamos, maldita sea —gruño enfadado.

Tras cinco llamadas, decido que voy a dejarle un mensaje de voz.

«Claire, no sé qué cojones está pasando, pero quiero que me llames cuanto antes. ¡Llámame!».

Cuelgo justo en el instante en que Lu y Sam llegan.

—¿Cómo te encuentras?

Lucy está muy preocupada por mí y no es para menos. Sé que piensa que esto es culpa suya, por no haber estado más pendiente de mí. Pero si mis sospechas son ciertas, Claire me la ha jugado y bien.

—Te prometo que bien.

Suspira y se pone las gafas de sol.

Otro gesto que hace que me dé cuenta de su estado. Yo le enseñé a calarse la gorra y a cubrirse con las gafas para que nadie la reconociera. Por eso mismo sé qué es lo que está haciendo, evitando que vea lo nerviosa que está por mi cara de cansado.

El vuelo ha sido corto, pero he conseguido dormir casi todo el trayecto. Algo que me ha sentado de lujo porque me siento con energías renovadas.

Tras coger las maletas y salir a la zona de llegadas, pasamos por delante de una joyería. De pasada, veo desde el escaparate algo que me saca una gran sonrisa.

—Necesito ir al baño.

—Y yo necesito un café bien cargado —dice Sam.

—Mira, esa cafetería tiene buena pinta. ¿Te esperamos allí?

—Genial.

Por suerte no hay nadie y me atienden en cuanto entro. Decidido, lo pido y me lo envuelven para regalo.

«A Lu le va a encantar cuando lo vea. Se lo daré cuando la lleve a cenar a la CN Tower

mañana por la noche», pienso sonriendo.

Pero la sonrisa desaparece de mi rostro, al igual que el color, la sangre y las energías, cuando salimos a la calle y un gran número de periodistas nos empieza a avasallar a preguntas.

—Señor Kane, ¿qué puede decirnos sobre las noticias que han saltado a primerísima hora de la mañana en Los Ángeles?

—Por favor, señor Kane, respóndanos.

—¿Son ciertas las acusaciones de maltrato que ha vertido sobre usted la señorita McLean?

Lu me mira con preocupación.

Por suerte, Sam se encarga de hacernos sitio para que lleguemos hasta el coche, aun cuando no es tarea suya.

—¿Qué está pasando? ¿De qué noticias hablan? ¿Quién es la señorita McLean? —Sam está tan confundido como nosotros.

—Claire —susurra mi asistente.

Sam se limita a boquear como un pez mientras alterna su mirada entre Lu y yo.

Justo cuando llegamos al hotel, aún sin bajarnos del coche, Lu recibe una llamada de John.

Como ha pasado en el aeropuerto, la entrada del hotel está abarrotada de gente y cuando ven llegar el coche, se abalanzan sobre él. Por suerte, hay un buen grupo de agentes de policía y los apartan del vehículo.

El gesto de la cara de Lu va cambiando a peor por segundos. Ella solo susurra síes al tiempo que me mira con los ojos repletos de lágrimas.

—De acuerdo, John. Sí, sí, yo me ocupo, no te preocupes. Sí, yo la llamo después de hablar con David. Vale, estaré pendiente.

No me ha dicho de qué se trata, pero he leído su mirada y sé que es algo realmente malo para mí.

—¿Qué pasa? —pregunta Sam.

—Necesito que te registres para que podamos reunirnos en tu habitación, Sam —contesta Lu, sonando muy preocupada—.Nosotros dos tendremos que coger el siguiente vuelo que salga para Los Ángeles.

—No hay problema, cuenta con ello —responde Sam tecleando algo en su móvil.

—Por favor, busque la manera de entrar en el *parking* para no tener que salir a pie.

Lu se ha dirigido al conductor de nuestro coche directamente. Está muy seria y me mira fijamente, tengo la sensación de que todo lo que me va a contar no me va a gustar.

Estamos dispersos por la habitación esperando a que Lu salga del baño. Sam no ha abierto la boca y yo no me he atrevido ni a sacar el teléfono de mi bolsillo.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer. Necesito que me escuchéis y no me cortéis hasta que termine —dice Lu nada más abrir la puerta del aseo.

Ha estado llorando, se nota en lo roja que está su nariz y en las venas de sus ojos. Además, tiene la voz congestionada y temblorosa. Los dos asentimos y tomamos asiento.

—David, tenemos que ponernos en comunicación con tus abogados. Claire ha interpuesto una denuncia esta madrugada por malos tratos. Según me cuenta John, los contactos que tiene en el juzgado le han dicho que no tiene muy buena pinta —lo ha dicho de carrerilla mirándose los pies —, además te acusa de haberla obligado a consumir drogas y no sé cuántas cosas más.

El mundo se cae a mis pies. Siento que me cuesta respirar y de pronto todas las sensaciones

que he estado viviendo cobran sentido. Intento dar un largo trago de agua, pero no puedo girar el tapón de la botella.

Mis padres, mis hermanas...No puedo quitármelos de la cabeza. La casa de mis padres estará llena de periodistas y mi madre pensará cualquier cosa. Apenas he hablado con ella estos días, pero ha estado muy pendiente de toda la promoción y de las entrevistas y me ha preguntado varias veces si estaba bien.

—David, por favor, escúchame. —Lu me saca de mis pensamientos.

—Mis padres, mi madre, mis hermanas... yo no he hecho nada, pero nadie me va a creer —digo a punto de romper en llanto.

—¿Cómo no te van a creer? —dice Lu, cogiéndome la mano—.Saben cómo eres y la persona en la que te has convertido tras tus adicciones. Saben que esto no puede haber ido tan rápido y saben que adoras a las mujeres.

El llanto da paso a la rabia y tengo ganas de gritar. Aprieto fuertemente la botella y la reviento entre mis manos pensando en qué va a ser de mí ahora.

—Sé que no es el mejor momento para decir esto, pero… —Sam duda antes de seguir— ya me han avisado de la productora para que te saque de la gira. He luchado por evitarlo, David. Pero soy un peón en un gran tablero. Me han elegido a mí para que te lo comunique. Ya han hablado con John y dentro de una hora, aproximadamente, harán un comunicado oficial al respecto.

—Supongo que es el castigo que tienen que recibir todos aquellos que maltratan a una mujer, pero yo no he hecho nada. Y no he obligado a Claire a consumir nada, nunca. En mi vida he cometido errores, pero jamás se me ha pasado por la cabeza nada similar —lo he dicho en un susurro intentando no volcar mi rabia en Sam.

Suena el teléfono de Lu y me dice que lo va a poner en manos libres.

—David, ¿estás ahí? —la voz de mi representante suena al otro lado de la línea.

—Sí, te escucho —respondo aún con un hilo de voz.

—Necesito que me confirméis que estáis a solas Lucy y tú y que nadie más nos va a oír —dice John con una voz que no reconozco en su seriedad.

—John, soy Sam. Ahora mismo me voy.

Mientras miro por la ventana y veo caer la lluvia, se escucha la puerta de la habitación cerrarse.

—Estamos solos, puedes comenzar, John —dice Lu.

En su conversación nos cuenta que la productora ha suspendido mi participación en la gira de manera inminente. Puesto que tengo que personarme en Los Ángeles, han aducido problemas de agenda y han reestructurado algunas de las entrevistas.

—... Entonces yo tengo que estar en contacto directo con tus abogados para hacer las comunicaciones con la prensa. No tiene buena pinta, David. No voy a caer en preguntarte qué hay de cierto en las acusaciones de esa señorita, pero cualquiera que no te conozca lo más mínimo y vea esas fotografías solo tiene que sumar uno más uno. Siento mucho que tengas que pasar por todo esto —dice el hombre, con un suspiro final.

Lucía se despide y se sienta sobre mis piernas mientras me da un cálido abrazo. Aprovecho cada centímetro de su piel, me empapo de su olor y mis ojos se empañan de lágrimas. Tengo que ser fuerte, no puedo dejarme vencer por Claire, ni por nadie.

—John no lo ha dicho, pero he perdido el papel de Bond —le digo a Lu— y probablemente cualquier posibilidad de volver a trabajar como actor. Lo sabes, ¿verdad?

—Es algo que ahora mismo no tiene ninguna importancia. Lo más importante es encontrar la manera de demostrar tu inocencia. Vamos a llamar a tu abogado.

No ha hecho falta nada más que un tono para que Daniel, mi abogado, descuelgue el teléfono.

Llevamos hablando con él cerca de una hora y ya sabemos lo primero que tenemos que hacer. Daniel había conseguido, antes de mi llamada, billete en el siguiente vuelo a Toronto desde Los Ángeles. Ha hablado con la policía y me van a escoltar hasta el aeropuerto, pero no me van a detener siempre y cuando me mantenga dentro del hotel hasta la llegada del letrado.

Detenido.

Cuando ha dicho esa palabra me he desesperado.

—¿Cómo me pueden detener si no tienen pruebas? —respondo enfadado.

—Pruebas es lo que ahora mismo les sobra, David. Hay pruebas forenses suficientes para mandarte directo a la cárcel hasta que salga el juicio. Claire ha mostrado informes del hospital, testigos, grabaciones y tiene fotografías.

—¿Fotografías? No le he puesto la mano encima en mi vida, jamás la he agredido.

—Te las estoy enviando ahora mismo por *email*. Ábrelas mientras hablamos.

Desde el ordenador de Lucy accedemos a mi cuenta personal y las descargamos. El espectáculo es dantesco. Lucy no puede reprimir sus sollozos mientras deslizo las imágenes una detrás de otra.

—¿De cuándo se supone que son estas fotografías? —pregunto.

—Del día del estreno en Nueva York, según aparece en la denuncia—responde Daniel—. La verdad es que las fotografías y tu mal aspecto no nos van a ayudar en nada, David. No salgas de la habitación en ningún momento y no dejes que nadie entre. En unas horas, estoy allí.

—No te preocupes, Daniel, bajaré a pedir una habitación a mi nombre para no cargar a Sam con ninguna responsabilidad. Yo me encargaré de traer comida y todo lo que necesite David —dice una muy profesional Lu.

—No, tampoco debes salir. Quedaros en el hotel. Lo de la habitación está muy bien. Sam no tiene por qué verse envuelto en todo esto más de lo necesario. Nos vemos pronto.

Cuelga y el silencio invade la habitación

CAPÍTULO 34

Lucía

Me he encontrado a Sam al teléfono nada más que he abierto la puerta de su habitación. Me ha acompañado a registrarme en el hotel. He solicitado estar lo más alejada posible del meollo.

Pese a que parte del equipo y del reparto están aquí, Sam ha convencido a la recepcionista para alojarnos en una planta casi desierta.

Estamos de vuelta en la habitación de Sam para recoger a David cuando vemos a Danna en el pasillo.

—¿Por qué cojones David no quiere abrirme la puerta? —se queja mi amiga con los brazos en jarras.

—Su abogado nos ha dicho que no podemos dejar entrar a nadie. ¿Qué haces aquí? —respondo.

—¿Tú qué crees? Comprobar cómo estás —dice mientras me da un abrazo de oso.

—Yo estoy bien, el que me preocupa es David —contesto apretando más a Danna.

—Lo voy a preguntar solo una vez y no quiero que me juzgues por ello. Tanto Jason como yo llevamos mucho tiempo en este mundillo como para identificar ciertas cosas. No nos pasó inadvertido el estado en el que se encontraba ayer David ni su comportamiento con la Claire esa en el estreno y la fiesta de Los Ángeles. Pero ¿qué hay de cierto en las acusaciones? —dice alternando su mirada entre Sam y yo mientras coge mis manos entre las suyas.

—Absolutamente nada.

—No tengo nada más que añadir. Ya sabes que estaré aquí para lo que necesites, y me importa una mierda lo que diga la productora, Sam. No pienso dejar a mi amiga tirada con todo esto, ¿está claro?

Sam se encoge de hombros mientras entra en la habitación.

—Gracias, Danna, no te puedes imaginar lo que tus palabras significan para mí. ¿Quiere decir que crees en la inocencia de David?

—Con ello quiero decir que creo en ti y que sé que estás colada por ese rubiales de dos metros que tienes por jefe. Ya te he dicho que llevo mucho tiempo en esto para estar sorprendida de cosas así. Te dejo, Jason está deseando que vuelva a la habitación para que le cuente sobre vosotros. Ha visto las fotografías y parece realmente preocupado.

Asiento mientras dejo ir a Danna y me dejo envolver por la soledad. Un sollozo me encuentra sin darme cuenta. Me deslizo por la puerta de la habitación sin llegar a entrar y entierro mi cabeza entre las rodillas.

Noto que la puerta se abre a mi espalda.

—Pequeña Lu, por favor, no llores. —David intenta levantarme, pero no se lo pongo fácil.

—Lo siento mucho, David. No puedo más, necesito desahogarme.

—Lo entiendo perfectamente, pero, por favor, entra. Solo nos falta que te vean así en la puerta y alguien nos haga una fotografía.

Me dejo envolver por sus brazos y me mete dentro. Recuerdo que Sam está también en la habitación y me recompongo rápidamente.

—Recojamos las pocas cosas que tenemos aquí y dejemos a Sam tranquilo —me dice Dave,

sereno—. Muchas gracias por todo. Siento los problemas que te haya podido causar.

—No te preocupes, David. Estoy aquí para lo que necesitéis.

Nos tiende una tarjeta con un número anotado a mano que explica es su móvil personal que apenas usa.

Nos marchamos mientras solicitamos en recepción que suban el equipaje hasta mi habitación. Yo misma salgo a recibirlos y no dejo que entren y les entrego una generosa propina.

—Muchas gracias, Lu. —David me abraza fuertemente.

—Por favor, Dave, no me des las gracias. Estoy haciendo lo que tengo que hacer, mejor dicho, lo que quiero hacer. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que no, pero tenemos que comer algo. Ahora mismo toca ser prácticos, vamos a pedir algo rápido que nos llene el estómago. Quizá sea la última comida que tome en libertad —dice intentando hacerse el gracioso.

Hago como si no le hubiese oído mientras tecleo un número rápido en mi móvil.

—¿A quién llamas? —se apresura a preguntar.

—A tus padres. Tienes que hablar con ellos antes de que volvamos a Los Ángeles y todo esto se ponga más feo. Ten, habla con ellos, es mi número personal. Quizá no lo reconozcan o no lo cojan por miedo. Voy a darme una ducha mientras tanto.

Se queda pensativo con mi teléfono en la mano mientras desaparezco. Me preparo un baño caliente, a conciencia, y dejo correr el agua largo rato. Aprovecho para llorar y desahogarme. Hasta que no empiezo a hipar no me doy cuenta de lo mucho que me está afectando todo esto.

Llevo sumergida un rato cuando llaman suavemente a la puerta. Me sobresalto hasta que la dulce voz de Dave me habla desde el otro lado.

—Lu, ¿estás bien? Te he oído sollozar mientras hablaba con mis padres. Parecía que estaba en un cine con el *Dolby* a todo trapo porque mi madre estaba igual.

Sonrío ante su ocurrencia y le invito a pasar.

—¿Todavía tienes ganas de bromear? —digo sumergiendo más mi cuerpo.

—Es lo único que me queda. Me encuentro regular, tengo unos nervios que no me dejan pensar y acabo de darle el mayor disgusto de su vida a mis padres. Aunque, no todo es malo. —Se sienta en el borde de la bañera, mientras juguetea con el agua.

Entiendo lo que quiere decir en cuanto mis ojos conectan con los suyos y un escalofrío va directo a mi entrepierna.

—He pedido comida, tardará unos veinte minutos. Les he dicho que la carguen en tu cuenta y la dejen fuera. He colgado el cartel de no molestar en la manilla, el pestillo está echado y he clavado una silla haciendo palanca —relata mientras se desviste— y Daniel no llegará hasta dentro de unas horas.

—Dave…

—Lucía —dice, forzando mi nombre— déjame disfrutarte. Déjame perderme una vez más en ti, por si es la última.

Comienza a meterse en la bañera y cuando baja su cuerpo desnudo hasta mi altura, el nivel del agua se desborda empapando todo el suelo del baño.

—No digas esas cosas. Me pones muy triste.

—Puede ser la última, al menos en mucho tiempo. Necesito tener ese recuerdo para ir allí donde me vayan a llevar. Aunque tengo un par de cosas en mente que quiero hablar con mi abogado en cuanto ponga un pie en esta habitación.

Ha comenzado a acariciarme las piernas y ha llegado a la cara interna de mis muslos.

—Dave, no sé si es la mejor idea.

Quita las manos de mí y niega con la cabeza. Sumerge la cabeza en el agua y rebosa aún más el borde. Vuelve a sacarla y abre los ojos dedicándome una intensa mirada.

—Tienes razón. No debería dar por hecho que te apetecería seguir con nuestra relación o con esto que tenemos, después de…

Me apresuro a callarle con un beso. Uno que alargo mientras restriego mi cuerpo contra el suyo, absorbiendo su calor.

—No es la mejor idea que nos quedemos en la bañera. El agua está helada.

Le pido que se levante y comienzo a enjabonarle. Cuando me doy cuenta de que desde mi altura no llego ni a la mitad de su espalda, se arrodilla ante mí. Froto su espalda y lavo su cabello. Lo hago despacio intentando mostrarle todo el cariño que siento, todo el amor que se ha despertado en mí. Se gira, quedando a la altura de mi cara.

—Eres preciosa. Eres perfecta. Gracias.

—Y ahora, gracias, ¿por qué?

—Por creerme.

Me da un pequeño beso que no alargamos ninguno de los dos. Sigo lavando su cuerpo hasta que considero que todas sus partes están relucientes. Admito que en algunas me he detenido más de la cuenta y ahora su entrepierna me señala amenazante. Nos aclaramos y nos envolvemos en los albornoces.

—Me ha sentado de muerte el baño —le digo, estirándome en medio de la habitación.

—Más bien la llantina, querrás decir —añade—. ¿Me quieres contar por qué estabas llorando o saco mis propias conclusiones?

—Me parece que es evidente, ¿no crees?

—Preferiría no tener que pensar más, Lu.

—Dave, te has convertido en una persona muy importante en mi vida de la noche a la mañana. No puedo evitar sentir un terrible dolor por todo esto que te está pasando. Me preocupo por ti.

—Entiendo —dice pensativo.

—Parece que no te convence mi respuesta.

—No, no es eso —duda antes de seguir—, ¡casi se me olvida!, tengo una cosa para ti.

Se acerca a la mochila que siempre lleva en los viajes y me tiende un paquete muy pequeño.

—Quizá, ahora mismo, no sea nuestro sitio favorito del mundo. Quizá no sea un sitio que nos traiga buenos recuerdos o bueno…sí. Quizá siempre podremos recordar que es el lugar en el que te dije que te quiero.

Le miro sin poder articular palabra mientras abro el paquete. Un nuevo colgante con la torre más famosa de Toronto aparece ante mí.

La intensidad de la mirada que me dedica hace que me ruborice.

—Dave, es preciosa.

Descuelgo la pulsera de mi muñeca e introduzco la pieza. La CN Tower brilla colgada con los demás recuerdos.

—Me alegra que te guste. —Me da un beso en la mejilla y se aleja.

—¿Dónde crees que vas? —digo, atrapándole de nuevo entre mis manos—.No me has dejado hablar.

—He pensado que no tenías nada que decir —explica muy serio.

—David Kane, eres un jefe de mierda.

—¡Vaya! Muchas gracias, Lucía Prieto. Justo eso es lo que necesito oír hoy —dice algo molesto.

Se separa de mí y se sienta en la cama.

—Un jefe bueno y normal no sería tan atractivo, ni olería tan bien. Un jefe comprensivo no me hubiese engatusado para caer en sus redes. Un jefe ejemplar habría evitado que su asistente se enamorase de él.

Se lanza a por mí en cuanto digo la última palabra. Separo nuestro beso para poder mirarle a la cara.

—¿Era lo que deseabas oír?

—Esperaba estas palabras saliendo de tus labios, cada día, desde que tus preciosos ojos brillantes se posaron en mí cuando salí de la habitación en mi piso de Londres. Bueno, brillantes y viciosos.

—Eres un creído. Yo no te miré de ese modo.

—¡Oh, Lu! Te puedo asegurar que las mujeres me miran y que han provocado muchas reacciones en mí. Pero tu mirada fue directa aquí.

Cojo su mano antes de que se la lleve donde creo que la va a poner, en su entrepierna. Suelta mi agarre y se toca el corazón.

—Al final me vas a hacer llorar y vas a resultar ser un romántico.

—Quiero que cuando no esté, tengas un recuerdo bonito de lo que fuimos.

Y dejando esa frase en el aire, retoma el beso donde lo habíamos cortado antes. En un segundo estamos desnudos en la cama, los albornoces han resultado ser muy prácticos.

Pese a saber que no tenemos todo el tiempo del mundo, nos lo tomamos con mucha calma. Pasamos largo rato besándonos y conociéndonos palmo a palmo.

He descubierto que los lunares gemelos de su estómago son reales. Cuando los vi en una de sus películas, parecían pintados y hasta hoy no había tenido tiempo de pararme a comprobar su veracidad.

Repasa mis costillas y recita en alto la frase de mi tatuaje. Sube sus manos hasta mis pechos y pellizca mis pezones fuertemente. Deja un reguero de besos desde mi cuello hasta mi boca para volver a besarme intensamente mientras mete sus manos entre mi pelo húmedo y acaricia mi cuero cabelludo.

Está sobre mí, aprisionándome contra el colchón.

—Dave, no puedo respirar.

—Quiero fundirme contigo, quiero desaparecer.

Intensifica el contacto e introduce más la lengua en mi boca. Muerde mi labio inferior robándome un gran suspiro. Rodeo su cuerpo con mis piernas y me rozo contra él. Empiezo a sentirme impaciente así que meto la mano entre nuestros cuerpos y hago contacto con su miembro, que está duro como una piedra.

—Si haces eso, voy a dejarte clavada en este colchón.

—No me importaría morir empalada.

Aleja su cabeza para mirarme, mientras pone las manos a los lados de mi cabeza.

—¿Está muy mal que eso me haya puesto muchísimo?

Me vuelve a besar y le hago girar sobre su espalda. Lamo la piel de su pecho, muerdo el contorno de su mandíbula, juego con sus dedos en mi boca y le oigo suspirar. Cojo su mano y la poso sobre mi vagina invitándole a acariciarme.

Se incorpora e introduce un par de dedos en mí. Acaricia y muerde mis pechos y pese a que solo acaba de aumentar el ritmo, llego al orgasmo en un abrir y cerrar de ojos. No descienden sus caricias y se retira muy poco para meter la mano en su mochila de mano.

Recupera su lugar en la cama y se coloca el preservativo con mucha habilidad.

—Vuelve —dice mientras me invita a sentarme sobre él de nuevo.

—Espero que estés listo para mí.

—Siempre, pequeña Lu.

No necesito más para introducirla dentro de mí. No me ha dado tiempo a acostumbrarme a su tamaño cuando David comienza a moverse. La profundidad de su penetración hace que sienta que me va a empalar de verdad. Me agarra de las caderas y aumenta el ritmo.

—No creo que pueda aguantar mucho más.

Se sienta en el borde de la cama y me levanta al vuelo. Pega mi cuerpo a la pared y junta nuestras frentes.

—No quiero que termine ya, no estoy preparado.

—Dave…

Me tumba sobre la cama y sube mis piernas hasta su cara para llenarlas de besos. Aprieto fuertemente los músculos de mi vagina alentando sus movimientos y le oigo gruñir. Me cubre con su cuerpo y apoya sus manos en el colchón.

—Quiero ver cómo te corres de nuevo. Voy a retener esa imagen en mi mente para siempre.

Comienza sus embestidas brutales. Me besa y muerde mis labios hinchándolos sin piedad. El ritmo es perfecto y noto que comienza a envolverme el calor que sale de mi centro.

—Dave, ya no puedo más.

Besa mis labios una última vez antes de concentrar su mirada en mí. Mantengo mis ojos firmes en los suyos mientras el calor se extiende y me cubre entera. Un profundo suspiro sale de mí empujándome a retorcerme debajo de David que no cesa en sus empellones. Una segunda oleada me alcanza dejándome sin respiración y arrancando un terrible grito de mi garganta.

Noto que David se corre cuando le oigo decir mi nombre entre deliciosos tacos.

Coge aire mientras me mira y una lágrima recorre su mejilla. Una sonrisa preciosa y sincera cubre su rostro.

La recojo con mis labios y cubro el resto de su cara de besos.

—Te quiero, Lu.

—Te quiero, Dave.

Con diferencia, ha sido una de las experiencias más intensas de mi vida.

CAPÍTULO 35

CONFESIONES

David

Cuando queremos recordar que habíamos pedido comida, ya está totalmente fría. Aunque convencidos de que necesitamos comer y un poco más animados, damos buena cuenta de ella.

Justo cuando estamos terminando de lavarnos los dientes y, tras recoger la habitación, llaman a la puerta.

Lu pregunta desde la mitad de la habitación que quién es y Daniel contesta desde el otro lado.

—Disculpad, hay un tráfico horrible con esta maldita lluvia. —Daniel entra como un ciclón —. Tú debes de ser Lucía, encantado.

—Encantada de conocerte, aunque sea en estas circunstancias —responde mi asistente en su faceta más profesional.

—No te puedes imaginar las ganas que tenía de verte —digo a mi abogado, mientras nos palmeamos la espalda—. ¿Cómo de grave es?

Pone una carpeta enorme sobre la cama y comienza con el despliegue de papeles. Nos explica en qué ha consistido exactamente la denuncia. Según argumenta Claire, me puse en contacto con ella para retomar nuestra relación y, cuando nos vimos en persona, se dio cuenta de que yo había vuelto a consumir. Le dio miedo dejarme porque estaba muy agresivo y las palizas han sido continuas desde nuestro reencuentro. También dice que yo la forcé en varias ocasiones, que ella no quería mantener relaciones conmigo y que el trío fue idea mía y también en contra de su voluntad. Igual que su consumo de drogas que ha sido por mi culpa y forzado.

Me entra la risa nerviosa porque no me puedo creer su inventiva.

—¿Cuánto dinero quiere? —pregunto—. Conociendo la nueva vida de Claire, me imagino que lo que quiere sacar de esto es fama y dinero. La fama la va a tener ya, pero ¿de cuánto estamos hablando?

—Me he puesto en contacto con sus abogados, tiene toda una legión, y parece ser que no busca enriquecerse ni quiere hacer ningún trato. Ella quiere que se cuente la verdad —responde el letrado.

—Su verdad, porque nada de eso es cierto —reprendo.

—Tiene numerosas pruebas y testigos. De momento tenemos informes forenses que acreditan que hubo una penetración forzada tanto vaginal como... anal —Daniel carraspea mirando a Lu, que permanece impasible—. El informe de la supuesta paliza que le diste en el hotel de Nueva York antes de salir para el estreno, testigos que acreditan que te han visto con ella manteniendo relaciones íntimas en el baño de la fiesta de Los Ángeles, un testigo que acredita que la obligaste a practicarte una felación en un coche y alguna cosa más que se me escapa.

Daniel para, levanta su mirada por encima de las gafas y me mira fijamente.

—Supongo que quieres saber qué hay de cierto entre tanta mentira.

—Creo que ha llegado el momento de que nos quedemos a solas, David, y comiences a explicarme qué ha pasado y en el orden en el que ha pasado porque tenemos que presentarnos en unas horas en el juzgado para la vista.

—No os preocupéis, yo me marcho —dice Lucía mientras coge su bolso y sus teléfonos.

No me da tiempo a decir nada porque ya ha salido por la puerta.

—Daniel, yo no he consumido drogas.

—Sabes que eso lo van a determinar las pruebas a las que te van a someter, ¿verdad?

—Yo no he comprado ni consumido drogas de manera voluntaria. Estoy convencido de que Claire me ha administrado algo, no sé cuánto ni qué, desde que nos volvimos a ver.

Comienza a anotar lo que le digo en un documento de texto de su ordenador.

Cojo una botella de agua y le doy un largo sorbo esperando poder aclararme un poco más.

—Cuéntame todo lo que creas que puede ser útil, David. No te dejes nada porque la más mínima pista, puede ser la diferencia para ganar o perder el caso.

—Accidentalmente le di a me gusta en una de sus fotos de una red social y Claire lo utilizó como excusa para retomar el contacto.

—¿Tienes esa conversación? Para mostrarla como prueba, claro.

—Sí, mira… ¡un momento! ¿Dónde coño están mis mensajes? —No había vuelto a mirar mi perfil desde que quedé con Claire y todos los mensajes que tenía han desaparecido.

—Sigue, necesitamos avanzar, por favor. Vamos a contrarreloj.

—Quedamos en Los Ángeles porque está viviendo allí. La invité al estreno y no quise posar con ella y le sentó realmente mal. Luego fuimos a la fiesta y, en realidad, todo lo que te cuento lo siento como un sueño porque no sé qué hay de cierto y qué no.

—Tranquilo, eso nos puede venir bien para pedir una cita con un especialista y que te haga una sesión que podamos presentar en el juicio.

—Me hizo una felación en un coche, nos enrollamos en el baño de la fiesta tras el estreno, me propuso un trío y acepté.

—¿Quién era la otra chica? ¿Qué podemos saber de ella? Y bueno, David, ¿qué hay de cierto en que fue forzada en las penetraciones?

Tomo asiento mientras intento aclarar mis ideas. Estoy casi convencido de sentir que estaba en éxtasis total y fuera de mí. De verme a mí mismo como si de otro ente se tratase, pero todo parece muy confuso ahora.

—La otra chica era una fan que se acercó a mí en la puerta al volver de mi entrenamiento. Se hizo un par de fotos y me entregó, discretamente, su número en el *ticket* de un *parking*. Cuando llegué a la habitación lo dejé olvidado hasta que Claire me propuso el trío y pensé en ella. Le entregué el número y no sé cuánto tiempo pasó, pero una cosa llevó a la otra y estuvimos varias horas metidos en una sesión de sexo.

—¿Recuerdas algo de ella? ¿Podrías reconocerla?

—Recuerdo que hablamos después y que su nombre era Lizzy, era rubia. Que estaba operada, como Claire, que dijo que era modelo y creo que llevaba varios años en Los Ángeles. ¡Ah! Y recuerdo su acento, me dijo que era rusa. En cuanto a las penetraciones jamás, en mi vida, he forzado a una mujer para que haga algo que ella no quiere. Te puedo asegurar que nunca me había visto inmiscuido en algo así.

—¿Es posible que el sexo fuese más duro de lo que ellas esperaban?

—A mí no me pareció que sufrieran, no lo recuerdo así. Aunque sí recuerdo que me pedían que les dijese cosas, azotarlas y quizá sí que fuese algo más brusco de lo habitual.

—¿En qué situación abandonaron la habitación? ¿Tienes testigos que te viesen salir con ellas?

—Se fueron arregladas. Les dio tiempo a peinarse y asearse antes de salir. Nos vieron los de seguridad y también Sam. ¡Sam! Sam puede ser mi testigo. Y ahora recuerdo que solicité un

Uber para ellas, pero nunca me llegó el recibo. Déjame comprobar.

Miro mi teléfono con la esperanza de encontrar una pista. Al abrir la aplicación aparece un cargo por cancelación de un viaje que no se realizó. Se lo enseño a Daniel que me pide que le envíe lo que tenga, pantallazos, datos de acceso a mi aplicación y cualquier *email* al respecto.

Lo hago sobre la marcha e intento seguir avanzando.

Hablamos sobre la llamada de John para la promoción de relojes que por supuesto también he perdido. Cómo Lu habló con mi representante para comentarle el tema del trío y las posibles repercusiones. Mágicamente nadie vio salir a esas chicas del hotel el día en cuestión.

Sigo con mi relato de los hechos y ya salto a mi llamada a Claire para decirle que no puede venir a Nueva York, la cancelación del billete a su nombre y cómo ella se presentó sin avisar en mi habitación.

—David, no hay nadie que pueda corroborar todo esto.

—Tenemos la cancelación del billete, yo mismo hablé con la compañía aérea.

—No me refiero a eso. Me refiero a la visita de Claire en tu habitación. Ella cuenta que le pagaste un vuelo privado que pediste que no fuese registrado y la alojaste en otro hotel donde le diste una paliza de muerte.

—Los de seguridad la dejaron entrar, eso dijo ella.

—¿Los mismos que te vieron salir con ella y con la otra chica la mañana después del trío? David, tengo la sensación de que la seguridad que lleva la productora no es de fiar.

Me muestra los nombres de algunos de los testigos que aparecen en la denuncia y entre ellos están los cuatro guardas que nos han acompañado en la gira, un nombre que no reconozco, que debe ser el conductor del coche, y varias personas más a las que no presto atención.

Cerramos algunos flecos añadiendo los pocos detalles que recuerdo de la llegada de Claire a mi habitación de Nueva York y cómo recuerdo con nitidez que la botella de champán estaba ya abierta.

No me he dejado nada sin decir y he sido totalmente sincero. Mi abogado me avisa de que sus preguntas han sido muy suaves en comparación con las que me pueden hacer a la llegada al juzgado.

—Lo que va a pasar es lo siguiente. Llegaremos al juzgado de Los Ángeles sin hacer una sola parada más. Te tomarán los datos y acreditarán tu identidad, además de ficharte.

—¿Ficharme? Aún no se ha demostrado mi culpabilidad…

—Es el procedimiento habitual. Luego pasaremos a la vista con la jueza Norton. Es una mujer muy dura y una activa feminista. Hasta para eso ha tenido suerte la señorita McLean. Te hará una serie de preguntas y leerá tus cargos. En un caso tan mediático no va a haber posibilidad de solicitar la libertad bajo fianza. Supongo que ya habrán llegado los agentes que van a tomarte unas muestras antes del vuelo.

Asiento y me acerco a abrir. Cuatro agentes tan altos como yo y con cara de pocos amigos, están esperándome. El más viejo, se dirige a mí:

—Señor Kane, ¿hay alguien más, aparte de su abogado en la habitación?

—No, nadie más.

—¿Permite que entremos con usted para realizarle una muestra de orina?

—Por supuesto, adelante.

Me explican que tienen que supervisar la recogida de la muestra y, pese a la situación tan vergonzosa que me parece tener que mear delante de otra persona, asiento poniendo todo de mi parte.

Creo que cuanto más colabore, mejor van a ir las cosas.

Además de la muestra de orina me pasan un bastoncillo por dentro de la boca, me mandan escupir en un bote, me arrancan un mechón de pelo y me cortan alguna uña.

Se despiden y me vuelvo hacia Daniel que está finalizando una llamada.

—Lo has hecho fenomenal. Cuanto más pongas de tu parte, mejor. Todo eso queda anotado en su informe policial y le llega a la jueza —dice ofreciéndome otra botella de agua.

—Me gustaría comentarte una idea que se me pasó ayer por la cabeza. Ya te he dicho que yo no he consumido nada, al menos de manera consciente.

—Cierto, lo has reiterado, sí.

—¿Podemos demostrarlo? Según dices, Claire admite que cuando me vio yo ya estaba consumiendo, estaba agresivo y fuera de mí. Pero no es así. Además, tuve una infección de orina una semana antes de salir de viaje y tengo los resultados de mis análisis.

—Eso es muy interesante, David. De esa manera podemos demostrar una parte, me pondré en contacto con tu médico para que nos remita el informe. Pero lo que de verdad va a demostrar que lo que cuentas es la verdad, serán las muestras de cabello que te han tomado. En ellas podremos observar cuánto tiempo llevas consumiendo, si es un consumo habitual y muchas cosas más.

—Entonces eso es positivo, ¿no?

—Recuerda que tu acusación es por maltrato, David, no por ser consumidor. Lo difícil es demostrar que no le has puesto una mano encima a Claire. A la jueza le va a dar lo mismo que lo hayas hecho puesto hasta las cejas o de manera consciente.

—¿Puedo pedir mi internamiento en rehabilitación de manera voluntaria?

—Siendo inocente, ¿por qué crees que debes hacerlo?

Argumento mi idea mientras termino de recoger mis cosas y las de Lu y nos marchamos hacia el aeropuerto.

CAPÍTULO 36

VUELTA

Lucía

La salida del hotel ha sido sencilla, pero la llegada un caos. Yo he ido en un taxi aparte para despistar a la prensa. O eso creíamos, porque han cazado a David de lleno.

Gracias a Daniel, las preguntas de la prensa no han ido a más. Se nota que es un abogado de Los Ángeles y que trabaja con varias estrellas. Solo ha necesitado un par de frases con amenazas veladas, para que los periodistas cesasen con el acoso.

Durante el vuelo han cuchicheado y apenas he tenido tiempo de hablar con David hasta ahora.

—¿Cómo lo llevas?

—Intento mantener la calma, pero estoy acojonado. He visto las pruebas, la denuncia y los testigos y hasta yo empiezo a creer a Claire —dice en un susurro, aterrado por si alguien pueda oírle.

Acaricio su mano con disimulo mientras le miro fijamente a los ojos.

—He tenido que contarle a Daniel lo nuestro, no podemos tener secretos con él —me dice preocupado.

—Me parece bien, no me importa. Si hay algo en lo que pueda ayudar, no dudes en decírmelo. Hacer de testigo, pisarle la cabeza a Claire o lo que sea…

Consigo arrancarle una sonrisa y sus ojos brillan ansiosos.

—Lu, tenemos que despedirnos antes de bajar del avión porque todo va a ir muy rápido.

—¿A qué te refieres? —mi voz ha sonado una octava más alta de lo que esperaba.

—Una vez que lleguemos a los juzgados no podrás acompañarme y, tampoco quiero que estés allí con la prensa y todo. Quiero que llames a Karen, vuelvas a Londres y te olvides de mí.

—¿Podrías no decir tonterías?

—Lu, voy a pedir mi internamiento en rehabilitación hasta que salga el juicio al menos. No quiero soportar el acoso de la prensa, no voy a poder salir del país y estoy superado. Necesito demostrar que tengo buena voluntad y que, pese a mantener mi inocencia, quiero someterme a rehabilitación porque soy consciente de que tengo drogas en mi organismo.

Sus palabras me pillan desprevenida, pero asiento antes de responder.

—¿Por qué crees que yo voy a querer olvidarme de ti? Me parece muy bien lo que me cuentas. Es más, me sentiré mucho más tranquila contigo en un centro de rehabilitación que en prisión o en el calabozo o donde sea que te fuesen a llevar.

—Yo también creo que soy demasiado guapo para ir a la cárcel. Se van a rifar mi culo.

—¡David! No intentes hacerte el gracioso. No es el momento. Me estás pidiendo que te abandone cuando hace unas horas te dije que te quería. No pienso dejarte, me voy a encargar de limpiar tu nombre, haré todo lo posible para que recuperes tu vida y acabar con la de Claire.

Acaricia mi cara en un gesto lleno de ternura mientras niega con la cabeza.

—¿Y si no quiero recuperar mi vida, Lu? He estado pensando mucho y, después de hablar con mis padres y de sentirme como una mierda, creo que no quiero vivir más en este mundo.

—Eres inocente, todo el mundo lo va a saber. Conseguiremos que Claire se retracte o lo que

haga falta. Te devolverán tu papel y podrás seguir con la gira…

Niega y niega sin cesar ante mis palabras.

—Voy a estar muchas semanas en rehabilitación. Las que sean necesarias. Quiero volver a terapia y quiero probar alguna nueva para ver si consigo recuperar de mi memoria algunos de los momentos con Claire antes del juicio. Quiero hacer deporte, relajarme sin tener que pensar en que hay alguien agazapado haciéndome una fotografía. Quiero volver a ser David Kane, un simple chico de Bath que adora pasear por el campo. No quiero saber nada más de papeles de Bond, de relojes caros o de pelirrojas recauchutadas que me quieran chupar la sangre.

—Por lo que he oído, algo más que la sangre… —murmullo entre dientes.

La rabia me reconcome, no entiendo la postura de David, pero la respeto. Es un actor con mucho talento que, justo ahora, estaba comenzando a despegar. Le iban a llover las ofertas tras ser el nuevo Bond. Se lo estaban rifando además de para los relojes para calzado de hombre, trajes y colonias. Las navidades iban a ser un anuncio de David Kane detrás de otro en el televisor.

¿Cómo es posible que se haya ido todo a la mierda tan rápido?

—Lu, ya no necesito una asistente. Tienes que seguir tu vida, no puedo arrastrarte conmigo en la caída. Alguien me dijo una vez que en la más terrible oscuridad es cuando más brillan las estrellas. Pero que después solo puedes ver su estela durante unos minutos. Eso es la fama, eres famoso durante unos instantes y después nadie se acuerda de ti. Eso es lo que yo espero, vivir en paz después de todo esto.

No puedo evitar comenzar a sollozar antes de conseguir reunir el valor para volver a hablar.

—Dave, te voy a esperar. Me voy a quedar en Los Ángeles. Nunca he tenido problemas para ganarme la vida y pediré ayuda para legalizar mi situación si me despides. No me voy a ir, al menos hasta que hayamos limpiado tu nombre y podamos gritar al mundo que siempre has sido inocente.

David junta nuestras cabezas y frota la nariz contra la mía.

—Te quiero tanto, Lu, que creo que nunca podré agradecerte que hayas estado conmigo durante la caída. ¿No puedo hacerte cambiar de opinión?

—Puedes intentarlo cuanto quieras, pero es mi decisión y es irrevocable. Ve a rehabilitación, cúrate, vuelve a sentirte bien contigo. Sé el David seguro de sí mismo que alguna vez fuiste, pero no me olvides. Estaré esperándote, deseando retomar nuestra vida donde la dejemos. No tengas prisa, porque yo no la tengo.

Al final nos fundimos en un beso ante la mirada atónita del policía que nos escolta.

Antes de aterrizar, Daniel recoge todos mis datos y me da un par de direcciones donde puedo alojarme hasta que encuentre otra cosa. Me pide que me comunique con la productora porque David tiene un contrato vigente que durará unas semanas más, por lo que tendré que legalizar mi situación cuanto antes. Se ofrece a ayudarme en cualquier trámite que pueda necesitar y me da la tarjeta de su bufete.

—Llámame siempre que lo necesites. El proceso va a ser largo y estaremos en contacto, pero si tienes dudas con documentación o lo que necesites, aquí tienes un amigo —dice el letrado, sincero.

—Ya le he dicho que yo me encargo de correr con todos los gastos, Lucy. Ya que te empeñas en seguir aquí no quiero que tengas problemas por mi culpa —dice Dave.

—Tengo un par de ideas en mente, pero no conozco tanto la ciudad como para dar por hecho

que pueden funcionar. De hecho, en cuanto aterricemos voy a ponerme en contacto con Danna. Se quiere coger un año sabático y puedo hacer de asistente de Jason…

—Ni hablar, ¿asistente de Jason?, de ninguna manera —dice el que todavía es mi jefe.

—Te estaba poniendo a prueba, tonto —sonrío ante su enfado—, pero creo que Danna, Jason e incluso Sam pueden ayudarme a encontrar algo. No te preocupes de nada, Dave. Lo que menos necesitas ahora es preocuparte por mí. Prométeme que vas a estar centrado en ti, en tu recuperación y en estar al cien por cien para machacar a la zorra de Claire en el juicio.

—Al doscientos por cien. Por ti, lo que sea, pequeña Lu.

Una vez hemos puesto un pie en la pista de aterrizaje todo ha sido una pesadilla. Daniel nos iba abriendo camino y yo tenía que correr para poder alcanzar las zancadas de David. La policía nos ha ayudado a salir y ha escoltado el coche hasta los juzgados.

Aquello ha sido el infierno. Había mujeres manifestándose con carteles, han escupido a David, a mí me han llamado bruja y alguna cosa peor mientras me tiraban del pelo, han maldecido a Daniel por defender a un maltratador…

Solo he podido acompañarlos hasta la puerta. Me he despedido de los dos hombres con grandes abrazos y no he podido evitar llorar mientras David se alejaba custodiado por cuatro policías que duplicaban su tamaño, algo que pensé imposible.

No ha dejado de girar la cabeza para mirarme mientras se alejaba y no puedo explicar el terrible agujero que tengo en mi corazón en estos momentos.

He pedido ayuda para salir por otra puerta y me han dado permiso para abandonar el edificio por el *parking*. Los cámaras apostados en esa zona no me han reconocido y he podido salir sin pena ni gloria.

Voy a una cafetería cercana al edificio y pido una infusión para serenarme. Tengo tantas cosas que hacer que no sé por dónde empezar. Así que me decido por llamar a mis padres.

—Lucía, ¿dónde estás? —Es mi padre quien aparece al otro lado de la pantalla.

—Hola, papá, estoy de vuelta en Los Ángeles. David ha pasado a disposición judicial y…

—Espero que estés haciendo tiempo antes de volver al aeropuerto. Quiero que estés en casa a más tardar mañana, ¿me has oído? —Está realmente enfadado.

—Papá, mamá… no voy a volver a casa. Sé que cuando he hablado antes con vosotros ha sido una llamada rápida y habéis comprendido la situación más allá de lo que habéis visto en los medios. Espero que confiéis en mí y creáis en mi palabra cuando os digo que David es inocente.

—Lucía, sea no o no inocente, va a pasar una temporada a la sombra. Ahí no pintas nada, vuelve a casa y ya retomarás tu trabajo si es que dejan volver a trabajar a ese hombre alguna vez —es mi madre la que habla ahora.

—Hay algo más que quiero contaros. David y yo tenemos una relación que va más allá de la de jefe y empleada. Sabéis que no soy enamoradiza y que mis relaciones han sido más o menos largas, pero con David…

—¿Qué te dije Manolo? Que el guiri la miraba con ojos de deseo. Que eso, por muy actor que seas, no se disimula.

—Lola, no me toques los cojones que estoy a punto de ir a Los Ángeles a abofetear al inglesito de las narices.

—Eso me gustaría verlo a mí—responde mi madre—. ¿Vas a cargar con la escalera para llegar a su cara o comprarás allí alguna?

Veo la furia saliendo de los ojos de mi padre y cómo mi madre cambia el gesto. La broma parece que no ha tenido el efecto que ella deseaba; que no era otro que serenar a mi padre y despistarle de su enfado.

—Me voy a quedar aquí una temporada. Tengo un par de ideas para encontrar trabajo mientras que David está… recluido.

No me atrevo a decir nada más pese a estar hablando en español, por si algún periodista me ha seguido. Me estoy volviendo un poco paranoica, pero la realidad, en este caso, ha superado por mucho a la ficción.

Intercambio mis ideas con mis padres que, pese a no estar de acuerdo conmigo, entienden que soy una adulta, que tengo dinero propio y que debo vivir mi vida como me plazca. Mi padre sigue sin admitir la relación con el inglesito, como ha decidido llamarle. Mi madre, sin embargo, está deseando que entre en detalles y se muere por hacerle sus croquetas a Dave.

Con la promesa de contarles dónde me alojo y cómo van mis papeles, quedamos para hablar dentro de un par de días.

La siguiente llamada es a Danna, que tarda en responder. No sé ni qué hora es, ni qué día, con tanto vuelo y cambio horario. Mi amiga suena cansada pero alegre de escucharme.

—He decidido quedarme en Los Ángeles una temporada hasta que todo este lío se aclare.

—Será una temporada larga, por lo que hemos podido leer hoy. ¿Has visto las fotografías? Se han filtrado a la prensa —dice Danna muy compungida.

No puedo evitar chasquear la lengua, era cuestión de tiempo que esto ocurriese.

—Nos las enseñó el abogado de David. Me impresionaron bastante. En cualquier caso, voy a necesitar un cable por aquí. En un par de semanas finalizará mi permiso, puesto que cancelarán el contrato de David, así que quiero buscar trabajo y necesitaré cartas de recomendación y…

Pierdo un momento la conexión mientras oigo a mi amiga susurrando al otro lado de la línea.

—¿Lucy?

—¡Jason! Me alegra oírte. ¿Cómo ha ido el pase por allí?

—De culo, toda esta mierda nos está jodiendo la promo. Pero eso ahora no importa, me dice Danna que te quedas en L.A. No te puedes imaginar cuánto me alegra oír eso. Pásale a Danna tu número personal y estate pendiente. Voy a hablar con Sam y veremos qué podemos hacer. Por algo dicen que este es el país de las oportunidades, ¿no?

—Muchas gracias, Jason. No sé cómo agradeceros lo que hacéis por mí. Sois estupendos.

—Lucy, se me ocurren un par de cosas para poder saldar nuestra deuda… —Sé que lo dice en broma, pero el tono que ha usado ha hecho que me sonroje.

Oigo unos forcejeos y un quejido antes de recuperar la voz de Danna al otro lado de la línea.

—¿Le has dado una colleja? —pregunto muerta de la risa.

—Le he mordido la calva, que estaba sentado en unas escaleras. No pierde una para meterte ficha, ¡este hombre es imposible! Bueno, lo dicho, preciosa. Te llamamos muy pronto. Cuídate mucho y mantente a salvo de esos salvajes de la prensa, no te van a dejar ni a sol ni a sombra mientras dure todo esto.

—Gracias, Danna, dale recuerdos a quien tú sabes…

Mi amiga cuelga la llamada entre carcajadas.

CAPÍTULO 37

ADIÓS

David

A pesar de que me siento en el filo con todo lo que estoy viviendo, estoy intentando mantener la cabeza fría. Quiero hacerlo bien porque, aunque estoy acojonado por los cargos que se me imputan, tengo la conciencia tranquila. Aun cuando me condenaran a cárcel, seguiría manteniendo mi inocencia. Sé que todo esto es una treta de Claire, aunque no entiendo su finalidad. Me ha destrozado mi vida laboral por... ¿fama? ¿Dinero? Lo único que tengo claro en cuanto a ella es que resulta la peor persona que me he topado en la vida.

¿Qué clase de persona se hace valer de semejante mentira, sabiendo lo delicado que es este tema?

No he querido que Lucy nos acompañe al juzgado, cuanto más alejada esté de todo esto, mucho mejor para ella. Ya se va a ver envuelta en una buena solo por ser mi asistente.

Al entrar en el edificio, siento los ojos de la gente que hay por allí clavados en mi nuca. Está claro, me han juzgado antes de que haya abierto la boca para defenderme.

Por eso pienso que lo que está haciendo Claire es ruin, porque hay tantísimas mujeres en el mundo que sufren malos tratos... y a veces la justicia no actúa en su favor... y muchas de ellas acaban muriendo por eso mismo.

A lo lejos veo a Claire de espaldas. Antes de que se gire, observo que lleva un collarín y, como lleva una falda corta, las piernas con varios moratones.

—Vamos a esperar aquí —dice Daniel, deteniéndose a varios metros de Claire, una mujer rubia más alta que ella y un agente de seguridad.

—¿Me vas a decir que ese policía está con ella por mí?

Daniel suspira, se frota los ojos y asiente.

—¿Qué le he hecho yo a esa chica para que quiera destrozarme la vida de este modo? —pregunto de manera retórica, negando con la cabeza.

—Espero sacar eso en claro, por lo menos.

De reojo, porque no la quiero mirar de frente por si también lo usan en mi contra, veo que se ha girado hacia nosotros. Lleva magulladuras por la cara.

—Daniel, te juro por lo más sagrado en mi vida, que cuando me dejó tirado en el hotel, no tenía ese aspecto —susurro.

—David, te conozco desde hace muchos años y, si algo tengo claro, es que no has hecho nada de todo por lo que se te acusa.

Me siento muy afortunado por todas las personas que creen en mí. Mi familia, Lu, Sam, Jason, Danna, Daniel y muchísimos fans. Desde el primer instante, mis seguidores me han hecho saber que me apoyan, que creen en mí y que me van a acompañar en todo esto.

Eso me da fuerzas para ser positivo y pensar que todo esto se acabará solucionando, aunque sea un proceso largo y complejo.

Soy un tipo afortunado.

Dan paso a la sala y, al ver a la jueza sentada en la cabecera de la mesa, me pongo algo

nervioso.

Saluda a Claire y a su abogada dándoles la mano; y después hace exactamente lo mismo con nosotros. Algo que veo que a mi ex le molesta.

Tiene una herida en el labio; un par de puntos en la ceja derecha; un morado en el ojo derecho también; y algunas heridas en las orejas.

Aprieto los dientes, acallando mis ganas de preguntarle por qué lo ha hecho. ¿Habrá pagado a alguien para que le haga esa barbaridad para después poderme acusar?

Se mantiene con la cabeza gacha y evita mirarnos a cualquiera de los que estamos en la pequeña sala.

—Buenos días. Soy la jueza Norton y llevaré este caso hasta el final. Estamos aquí porque la señora Claire McLean ha interpuesto una demanda contra el señor David Henry Kane por agresión en diversas ocasiones, coacción para el consumo de estupefacientes y agresión sexual.

—Señorita.

Cuando la voz de Claire se escucha, todos la miramos. La jueza frunce el ceño.

—¿Perdone?

—Que no soy señora, soy señorita. Gracias.

Norton entreabre la boca y hace una mueca.

—Letrada —la jueza se dirige a la abogada de Claire—, haga el favor de controlar a su cliente.

La mujer le dedica una mirada a Claire y esta se remueve incómoda en su silla.

Miro de reojo a Daniel y, su sonrisa ladina, hace que me dé cuenta de que, como continúe con esa actitud, no lo va a tener tan fácil como ella se piensa.

Abre una carpeta y lee por encima los papeles.

—De acuerdo. Aquí están todos los justificantes médicos que la señora —dice recalcando la palabra— McLean ha aportado. Además de varios testimonios que confirman haber visto al señor Kane en actitud bastante agresiva.

Aparta la carpeta y abre otra. Lee algo que parece que le llama la atención y mira de soslayo a Claire.

—¿Algún problema, jueza?

Norton aparta la vista de los papeles y mira de nuevo a Claire.

Su abogada le da un codazo y ella pone cara de ofendida.

—Su señoría para usted, señora McLean—recalca—. Si tengo que volver a llamarle la atención, le pediré que salga de la sala. Letrada Patel.

—Lo siento, señoría. Le prometo que no se repetirá —se disculpa la mujer.

—De acuerdo. Aquí tengo un documento en el que el señor Kane se ofrece para ser internado en un centro de rehabilitación. Letrado Davis, es así, ¿verdad?

—Por supuesto, señoría. En cuanto los resultados de los análisis salieron positivos, no tuvo ningún reparo en asistir a rehabilitación.

—Muy bien. Constará en acta su buena disposición. ¿Algo más que aportar, letrado?

—Sí, por nuestra parte, queríamos dejar clara la inocencia del señor Kane. Puesto que la acusación ha podido expresar todo lo, supuestamente, ocurrido, nosotros queremos dejar constancia de que los hechos no se sucedieron como la señora McLean cuenta. En ningún momento el señor Kane se ha negado a someterse a ninguna clase de pruebas para el caso, teniendo así una conducta ejemplar y, por nuestra parte, no vamos a buscar ningún motivo oculto para el internamiento. Mi cliente tiene claro que en su organismo entró algún tipo de

estupefaciente. Lo que no entiende es cómo lo ingirió, porque por voluntad propia no fue. Ahí tiene los resultados que arrojó una muestra de orina que le tomaron días antes de empezar la gira y puede comprobar que estaba completamente limpio.

La jueza Norton asiente, buscando el papel en cuestión.

—Bien, el ingreso del señor Kane se hará efectivo esta misma tarde. Volveremos a vernos dentro de dos meses para dictar la sentencia.

—¿Y ya está? ¡Mire cómo me ha dejado y solo van a meterlo a rehabilitación!

—Salga de la sala, señora McLean —dice la jueza con dureza.

—Pero…

—¡Ahora mismo! —exclama cortándola.

Claire se cruza de brazos, pero su abogada tira de ella, poniéndola en pie para sacarla. Se oye cómo le dice algo en voz baja y vuelve a su sitio tras cerrar la puerta.

—Discúlpela, señoría. Está muy nerviosa.

—No voy a permitir ni una sola falta de respeto más.

—No se preocupe, le aseguro que no se repetirá.

—Señor Davis, espero que me envíe un informe semanal con los avances que vaya haciendo el señor Kane que me servirán para cotejar los que me envíen los especialistas que supervisarán su internamiento.

—Por supuesto, señoría.

Cuando salimos, me siento más o menos satisfecho.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto a Daniel.

—Bastante bien. Esa Claire… menuda boca tiene. Si me hubiera quedado alguna duda de tu inocencia, ella solita se hubiera encargado de disiparlas.

Sonrío a medias.

—¿Sabes? Cuando empezamos a salir hace años, me enamoré de ella. Yo la quería de verdad, de ese modo en el que te planteas pasar el resto de tu vida con una persona, formar una familia con ella… La amaba, Daniel, y sé que ella a mí también. Por eso no me entra en la cabeza que esté haciendo esto.

—Esa chica está trastornada como poco, David. Nadie en su sano juicio armaría todo este lío. Y cómo llevaba la cara…

—Me parece incomprensible.

Daniel asiente, al tiempo que nos adentramos entre el tumulto de gente que hay en la entrada del juzgado, para entrar en el coche que nos espera al final de la gran escalera.

El centro al que me ha derivado la jueza no tiene la mejor pinta. Pero estoy convencido de que cuenta con los mejores profesionales que me ayudarán con mi enganche, si es que lo puedo llamar así.

Cuando llegamos a la puerta, mi abogado se adelanta para hablar con las personas que salen a recibirnos. Dos enfermeros vestidos totalmente de blanco, junto con la policía apostada a mis espaldas, me escoltan hacia la puerta.

Intento mantener mi mente ocupada mientras me acerco a la puerta y me da por pensar que mi ropa no es la más adecuada para este tipo de lugares. Intento unir mis pensamientos a los recuerdos de mi anterior internamiento, pero es imposible.

Aquella vez sí que había consumido por propia voluntad y ya había llegado a unas cantidades

que ahora me doy cuenta de que eran desorbitadas. Coca, alcohol, y cualquier tipo de estupefaciente que me resultase fácil conseguir.

El tratamiento me dejó muy afectado físicamente, ahora estoy convencido de que todo va a ser mucho más sencillo.

—Señor Kane, soy la doctora Wilson y la directora del Centro La Luz.

—¿Podría llamarme David, por favor? —Le tiendo la mano y procuro que mi voz no exprese los nervios que tengo.

—De momento mantendremos nuestros nombres más formales, señor Kane —contesta manteniendo el agarre—. Puede despedirse de su abogado. Mis compañeros se llevarán sus pertenencias para revisarlas.

—No he tenido tiempo de hacerlo antes, pero, si me permiten, me gustaría llevar conmigo solo una maleta con la ropa más cómoda. Vengo de la gira, bueno, ya saben…

—Pase con mis compañeros a la sala y ellos le ayudarán en lo que necesite —resuelve la doctora Wilson.

Los dos armarios roperos que tienen por enfermeros cogen todas mis cosas y pasamos a una sala que se parece mucho a la de los interrogatorios. Después de dudar en un par de momentos me decido y comienzo por la maleta grande.

Está todo desordenado y me da mucha vergüenza porque nunca he llevado mi equipaje en estas condiciones. Lo primero que localizo es la ropa de deporte. Por suerte me dio tiempo a enviarla a la lavandería del hotel y tengo todo limpio. Cojo varios pares de zapatillas y todos los vaqueros que encuentro, que no son muchos. Neceser. Aparatos electrónicos, aunque la otra vez me los quitaron, no pierdo la esperanza de poder escuchar música.

Después de sacar cosas de mi equipaje de mano, y reorganizarlo todo, tengo la bolsa pequeña de deporte a reventar y mi mochila. Estoy más que listo, aunque necesitaré algo más de ropa que intentaré pedir que me traiga Daniel.

Tras intercambiar un par de palabras con los enfermeros, y tras la supervisión exhaustiva de todas las cosas que me quedo, salimos para despedirnos de Daniel.

—Creo que está todo, pero me gustaría disponer de algo más de ropa cómoda. No venía preparado para... esto. ¿Puedes ponerte en contacto con Lu? Ella sabe mi talla y estoy seguro de que encontrará lo que necesito.

—Claro, acordaré con la doctora Wilson la mejor manera de hacerte llegar las cosas. No te preocupes de nada que no sea tu recuperación, a partir de ahora. De momento y hasta que no comiences las terapias y vean cómo te desenvuelves en las demás actividades no puedes recibir visitas. La jueza ha sido inflexible y estás en aislamiento total del exterior hasta que avancen las investigaciones —dice Daniel con un rictus en los labios.

—Lo comprendo. —Agacho la cabeza y asiento cabizbajo.

—David, te quiero arriba. En lo más alto. Esto lo vamos a resolver. La actitud de Claire no ha pasado desapercibida a los ojos de la jueza, igual que no lo ha hecho tu buena disposición. Voy a llegar al fondo de esto y me encargaré de dejar limpio tu nombre y tu honor.

Nos despedimos con un gran abrazo y siento que el estómago se me cierra en un dolor sordo.

Los enfermeros no me dejan solo ni un momento. Me han registrado también a mí y me siento un poco cortado, pero creo que debo ir acostumbrándome. Me acompañan a una zona de oficinas y veo el cartel de la directora del centro colgado en la puerta.

Supongo que aquí comienza todo, o más correcto sería decir, aquí termina todo. Aquí dejo al viejo David.

CAPÍTULO 38

MELROSE PLACE O ALGO ASÍ

Lucía

El motel donde he decidido alojarme no puede ser más americano. Es el típico que saldría en una película de terror o de mafiosos. Me parece muy pintoresco y está muy bien de precio para estancias largas.

Estoy centrada en buscar trabajo y sé que solo llevo un par de días buscando, pero me está resultando difícil dar con un trabajo en el que la incorporación sea rápida y me den la oportunidad de ser contratada sin tener mis papeles al día.

Apenas hace tres días que David ingresó en la clínica. A pesar de haber recibido la llamada de su abogado para confirmarme que el lugar tiene muy buena pinta, que David parecía sereno y animado a su llegada y que la directora está encantada con tener a David allí de manera voluntaria, no estoy tranquila. Le echo de menos, mucho más de lo que me gustaría admitir.

Tengo que salir a comprarle ropa y luego ver la manera de hacérsela llegar al centro de rehabilitación. Parece ser que, de momento, David no va a tener ningún contacto con el exterior. No solo ha sido una exigencia del centro, sino que también ha sido algo que él ha pedido.

Eso me ha tenido preocupada estas noches pasadas.

Mi teléfono emite un sonido estridente haciendo que me sobresalte en la silla del escritorio de mi habitación.

—¿Sí?

—Lucy, ¿cómo vas, preciosa? —La voz de Danna me saca una sonrisa instantánea.

—Pues aquí dándole vueltas al currículum, pensando cuál es la mejor manera de presentarme en una empresa y alojada en un motel que parece sacado de una peli de Tarantino.

—¿Motel?, espérate que se entere David, que le da algo seguro —dice mi amiga riéndose a carcajadas—.Precisamente te llamo por un tema laboral. He escuchado algo esta mañana y quería comentártelo.

—¡Cuéntame! —No puedo evitar emocionarme.

Me cuenta que ha escuchado en una emisora nacional que una empresa española, con sede en varias ciudades europeas, se va a instalar en San Francisco. Evidentemente, cuando ha oído el nombre de la empresa «Madrid es Tech» y que se dedican al desarrollo de aplicaciones tecnológicas relacionadas con el medio ambiente, le he venido yo a la cabeza.

—No he oído hablar de ellos en mi vida, ¿seguro que el nombre es ese? —repito mientras tecleo en un buscador algo sobre esta empresa.

—Sí, no tengo dudas. Jason estaba conmigo y casi me hace tatuármelo en el brazo para que no se nos olvidase —dice Danna mientras bosteza.

—¿Dónde estáis ahora? —pregunto sin ser capaz de recordar esa agenda de viajes que tanto memoricé.

—En algún lugar con mar.

Mientras responde, mi pantalla se llena de resultados tanto en inglés como en español sobre la empresa.

Me despido de Danna mientras prometo decirle algo pronto.

Es curioso que una empresa tan pequeña, con apenas cinco años de vida, tenga cuatro sedes diferentes y ya vaya a llegar hasta San Francisco en Silicon Valley. Nada más y nada menos que a la cuna tecnológica por antonomasia. Los dos CEO de la empresa son realmente jóvenes, uno de ellos de mi edad y el otro apenas ha pasado la cuarentena.

Encuentro una noticia en un periódico americano donde comentan la apertura de una nueva oficina en Estados Unidos y que se encuentran en búsqueda de nuevos talentos. Hay un par de direcciones a las que enviar el currículum y una serie de requisitos; la oferta no puede ser más americana.

Dos horas más tarde sigo en la misma postura incómoda cuando mi portátil avisa que se queda sin batería. Casi al mismo tiempo que yo, que necesito comer algo. Después de darle mil vueltas a la empresa española tras la llamada de Danna, no termino de encajar las piezas para enviarles mi porfolio y mi currículum.

Justo cuando estoy sentándome en una cafetería cercana a mi nuevo hogar y que me va a traer más de un disgusto por su dudosa salubridad, vuelve a sonar mi teléfono. Descuelgo convencida de que es Danna sin mirar el número.

—Mira que eres impaciente, ¿tanto me echas de menos?

—Bueno, tanto o más —responde una voz masculina al otro lado—, uno se acostumbra pronto a tenerte cerca. Eres como la luz para las polillas, supongo.

—¡Sam! —Me ha costado reconocerle con la voz de dormido con la que ha hablado—. ¿Cómo va todo?

—Bien, estoy en Los Ángeles, creo. —Se oye una cortina abrirse con energía—. Sí, estoy en casa y creo que tú estás en mi ciudad, ¿me equivoco?

—No te equivocas, aquí estoy. Intentando ponerme al día en las costumbres, comiendo mucha comida basura y alojada en un motel muy peculiar…

—¿Motel? Lucy, te creía más lista. Los americanos nunca nos alojamos en moteles, la gente muere en esos sitios —dice mientras bosteza profundo en la última parte de la frase.

—Bueno, las dos recepcionistas que he conocido no juntarían fuerza, entre las dos, para poder llegar a tirarme del pelo. Y el hombre de la limpieza debe tener la misma edad que Matusalén cuando murió… no veo a nadie con ganas de matar. No he sentido miedo, estoy bien, de verdad. Me sale muy económico para largas estancias y, además, espero poder encontrar trabajo pronto y buscaré algo cerca de donde se encuentre mi oficina.

—Ya me contaron Danna y Jason. Ahora mismo, no se me viene a nadie que pueda necesitar una profesional como tú. Pero quizá pueda ayudarte con otra cosa. ¿Por qué no te vienes a mi casa? Es bastante grande, con piscina, tres habitaciones y un despacho, tenemos la playa cerca y mis vecinos no molestan.

—Sam, yo…

—He terminado en la gira de manera presencial, pero tengo que hacer el seguimiento desde casa. Voy a estar trabajando en unos horarios muy raros durante semanas. Apenas vamos a coincidir, puedes ahorrarte ese dinero y estarás acompañada. Creo que no deberías estar sola mientras David pasa por todo lo que se le viene encima, Lucy —dice apenado.

—Sam, no sé qué decir. La verdad es que estoy muy bien donde estoy y he encontrado una posible oferta de empleo que puede encajar conmigo, aunque tengo algunas pequeñas dudas. Necesito conseguir un empleo para legalizar mi situación. No sé, Sam, tu propuesta me ha cogido desprevenida.

—Bueno, hagamos una cosa. Nos vemos dentro de… una hora o así en mi casa. Ves la zona, conoces a mi gato, y si os lleváis bien, vemos si te parece una buena idea venirte o no.

—¿Tienes gato? —Sonrío, porque me encantan los animales.

—Creo que es más justo decir que él es mi dueño. Es el peor jefe que he tenido en mi vida… me lo cuida mi vecina Linda cada vez que tengo que salir. Te paso la dirección en un mensaje y nos vemos en un rato.

Antes de que yo pueda decir nada ya ha colgado. Resoplo ante su confianza, pero ha despertado mi curiosidad. Cuando ha descrito su casa mi mente me ha llevado a la época de las series tipo *Melrose Place* y me he visto a mí misma en ese patio central del que partían todas las casas. Con la piscina, las flores y las escaleras.

Vuelvo a mi habitación y meto el portátil recién cargado en el bolso después de buscar la forma más rápida de llegar a casa de Sam. Aprovecho para coger dinero y así puedo terminar las compras para David a la vuelta.

He tardado algo más de lo que esperaba en llegar hasta el barrio de Sam. Es tal y como la ha descrito. He ido en autobús y no me ha costado nada dar con su casa. Llamo al timbre y oigo un cacharreo antes de que abra la puerta.

—Puntualidad española, por lo que veo —dice mirando su reloj.

—Me he retrasado seis minutos, Sam. No es que sea algo a tener en cuenta, es la primera vez que cojo un autobús en esta ciudad. El tráfico es una mierda, por cierto. —Paso dentro de la casa, ante su gesto guiado.

Es una casa de una planta, con un pequeño jardín que termina en porche en la parte delantera. El salón es inmenso, en dos alturas. Es muy luminosa con ventanales por todas partes.

—Vaya, veo que la industria del cine da más dinero del que imaginaba —digo mientras agrego un silbido para dar más énfasis a las palabras.

—Sí y no. Antes de trabajar para la productora, invertí algo de dinero en bolsa y me fue bien. Supe sacarlo a tiempo y tuve mucha suerte en la compra de esta casa.

—¿Invertir en bolsa? No dejas de sorprenderme. ¿En qué invertiste para que te fuese tan bien? —pregunto mientras tomo asiento en el sofá frente a él.

—En funerarias. Pero ya hablaremos de eso en otro momento. ¿Quieres tomar algo? Tengo poca cosa, pero hay cerveza, agua y algún refresco. ¿Un té helado, quizá?

—Por favor, un té helado. Sigamos con las tradiciones americanas. —No puedo resistirme y le guiño un ojo.

Pone los ojos en blanco mientras se levanta y se aleja hasta la cocina, muy americana también. Lo sigo para no perder detalle. Una inmensa cristalera da al patio trasero donde hay una piscina. No es muy grande, pero me parece de un tamaño perfecto para poder hacer unos largos cada mañana. Me encanta nadar y un escalofrío recorre mi espalda al pensar en el calor que tiene que hacer en esta ciudad en verano.

La cocina es totalmente blanca, salvo por la preciosa encimera mate negra, que contrasta con mucha elegancia. Se nota que la casa ha sido reformada hace poco.

Sam me tiende el té mientras yo sigo ojeando los muebles y la decoración del salón. Se apoya en la encimera de brazos cruzados y emite un extraño sonido parecido a un siseo de serpiente y comienzo a escuchar un cascabel de fondo.

—¿Así llamas a tu gato? —le pregunto, extrañada.

—Sí, a Garfield le gusta que le llame así.

Como si su nombre hubiese sido una invocación, un gran gato aparece ante mis ojos con cara de pocos amigos.

—¡Madre mía! Es… enorme.

—Sí, desde que lo capé lo ha llevado muy mal. Ven, muchacho, conoce a nuestra nueva compañera de piso. Lucy, este es Garfield, Gar… esta es la bella Lucy.

El gato sube a la encimera y me dejo olisquear la mano con una sonrisa. Me hace muchas cosquillas con sus bigotes, pero enseguida se aparta y se acerca con más fuerza rozándose contra mi mano.

—Maldito gato cabrón…—Sam refunfuña mientras se sirve una taza de café.

Rasco al animal entre las orejas y comienza a ronronear a la vez que se aprieta más contra mi caricia.

—Te gusta, ¿eh? buen gatito… —le digo en español.

Sam se gira a mirarme y me sonríe.

—Nunca te había oído hablar en español, tienes una voz aún más dulce en tu idioma. Es cierto eso de que cambian mucho los tonos cuando hablamos un idioma que no es el nuestro —dice, parapetado tras la taza.

—No lo había pensado, pero es que he puesto voz de mamá para hablar con este gatito precioso.

—A mí no me deja tocarle —dice Sam enfadado.

—¡Anda ya! Cómo no te va a dejar…

Estira la mano hacia el gato y este, sin inmutarse, le lanza la garra y le bufa. Me aparto asustada, pero el felino se vuelve a acercar a mí ronroneando.

Sam se encoge de hombros y sonríe.

—Ven, te enseñaré tu habitación. ¡Sígueme!

Da una palmada al aire muy entusiasmado y mi corazón se salta varios latidos al recordar, en ese gesto, a David.

Tardo un poco en ponerme en marcha tras el recuerdo, pero al llegar a la habitación la mente se me queda en blanco.

Una cama de madera oscura con doseles blancos preside el centro de una inmensa habitación que da directamente al jardín trasero, donde está la piscina.

—Tienes un baño completo a tu disposición, hay otro en mi habitación y un aseo al lado del salón. La otra habitación es más pequeña y no tiene baño. Aquí está el vestidor, hay un par de cosas que retiraré hoy mismo, pero es todo tuyo.

Me ha hablado desde dentro del cambiador y cuando me asomo me quedo aún más sorprendida. Es tan grande como mi habitación de Madrid. Tiene cajones transparentes, millones de estantes, a los que probablemente no llegue sin un banco al que subirme, y hasta una caja fuerte. Me entra la risa mientras cabeceo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —me dice un extrañado Sam.

—Que estás forrado. Y que, en menos de un mes, he estado en dos casas que podrían albergar el piso de mis padres solamente en sus vestidores.

—David vive en «La City», ¿verdad?

—Su piso está en Kensington. En un ático con terraza acristalada tipo invernadero. Totalmente exterior y con chimenea.

—¡Caray! —silba—, contra eso es difícil competir. Las casas en América son muy grandes, tenemos mucho terreno. No son baratas en esta parte del país, pero sí grandes. Bueno, ¿cuándo te

quieres mudar?

Acordamos que mañana me recogerá en el motel para instalarme en su casa.

Después me acompaña a un gran centro comercial para terminar las compras para David y pasamos la tarde charlando. Le cuento todas mis inquietudes sobre el trabajo, los permisos y mi estancia, y me da justo el empujón que necesito para lanzarme. La verdad es que pensé que me sentiría más incómoda con él, pero ha resultado ser una compañía igual de agradable que el día de nuestra cita. Me ha contado varias anécdotas de estos días separados y siento muy lejana la sensación de haber vivido eso. Me parece que fue en otra vida.

Ya en el motel, cansada y con un dolor de pies horrible, llamo a Daniel para saber cómo podemos hacerle llegar la ropa y alguna que otra cosa más a David. Me dice que tendrá que llevárselo la próxima semana él. Tiene que ir a recoger una copia de los primeros informes que le van a pasar a la jueza sobre la evolución de David, pero que no podrá verlo.

Le comento lo que le he comprado además de lo que había en la lista y me dice que cree que no habrá problema, pero que la última palabra la tiene la dirección del centro.

Caigo rendida nada más colgar la llamada, y de nuevo un montón de sueños raros me invaden durante la noche.

CAPÍTULO 39

TRABAJAR A LO GRANDE

Lucía

Sam se presenta muy puntual a recogerme en el motel, aunque yo ya le esperaba sentada sobre mis maletas.

Estoy colgando mi ropa en el inmenso vestidor sumida en mis pensamientos cuando veo los portatrajes con los vestidos que he usado en las galas.

El vestido amarillo está totalmente destrozado. El propio David se encargó de hablar con la marca de moda que me lo había cedido para comprarlo. Le comentó que tuvimos un percance con la puerta del coche y que había sufrido desperfectos. No sé qué le dijeron, pero el vestido está frente a mí hecho un desastre.

En un acto reflejo lo huelo y me llevo una grata sorpresa al encontrar rastros del perfume de David en él. Los ojos se me llenan de lágrimas y dejo que salgan tranquilas.

Sigo colocando ropa cuando Sam llama suavemente a la puerta abierta.

—Lucy, no llores, por favor. Esto se va a solucionar. —Me abraza tan fuerte que creo que me va a partir en dos—. Estoy seguro de que David va a salir reforzado de todo esto y no hundido. Es un tío con mucho potencial, un creído, pero el cabronazo es bueno.

No puedo evitar sonreír ante su manera de definirlo porque todo es cierto.

—Venga, termina de colocar todo eso y vamos a llenar la nevera. Te quiero enseñar dónde están todas las tiendas y que te manejes con el coche automático para moverte a tu antojo. Solo me queda medio día libre antes de volver a aguantar a superestrellas que la cagan a diario.

Asiento y me deja sola. Tardo poco en colocar mis pertenencias. Las miro y pienso que las pobres no han hecho nada más que entrar y salir de maletas en las últimas semanas.

Tanto el supermercado como la farmacia y la licorería están muy cerca. No entiendo la costumbre de ir en coche a todas partes. El cambio automático es sencillo y muy cómodo, lo que pasa es que las dimensiones dantescas del monovolumen de Sam se escapan a mi manejo.

De vuelta en casa, estoy frente a la pantalla de mi ordenador mientras Sam prepara café. Resoplo mientras introduzco los dedos entre mi pelo.

—Lucy, ¿qué es lo peor que te puede pasar? —dice Sam con voz tranquila.

—Que me digan que no —respondo rápida.

—¿Y?

—Que nunca nadie me ha dicho que no a un trabajo.

—Siempre hay una primera vez para todo. Te puedo conseguir una prórroga en el contrato de David sin problema. Al final están recibiendo mucha más publicidad con todo este lío de la que esperaban. Las entradas se venden como churros. No te preocupes más. Dale a enviar y que sea lo que tenga que ser.

Reviso de nuevo los archivos adjuntos: mi currículum, el acceso a mi porfolio con todos mis proyectos tanto de aplicaciones como de desarrollo web, mis colaboraciones, y las cartas de recomendación de todos mis jefes. Además, he conseguido grabar un buen vídeo de presentación en inglés y en español gracias a la ayuda de Sam y lo hemos subido en un formato serio pero

original.

Pulso la tecla y una vez que recibo la confirmación de que el mensaje ha sido enviado, cierro la pantalla.

—¿Te parece si volvemos a hablar del tema de reparto de gastos? —insisto a Sam puesto que ha eludido mi ofrecimiento en varias ocasiones.

—Me parece. Solamente tienes que pagar la mitad de la comida. Los gastos de la casa son cosa mía y no tienes que preocuparte de limpiar. Susi viene tres veces en semana a dejarlo todo listo. —Se para frente a mí en la encimera muy serio.

—No me parece justo, pero me quedo más tranquila si me dejas cocinar. Me entretendrá y además se me da muy bien.

En un gesto que me pilla desprevenida se levanta la camiseta y me enseña los abdominales. El calor sube a mis mejillas como si nunca lo hubiese visto así.

—Si una chica española, cocina para mí una temporada, ¿crees que podré mantener este cuerpazo mucho tiempo? —dice mientras se baja la camiseta.

—La cocina española es sana, Sam. Otra cosa son las cantidades que te comas y la edad, eso ya es cosa de cada uno.

Me retiro de la cocina y veo cómo se le descuelga la mandíbula ante mi comentario y veo pasar un trapo de cocina a toda velocidad por encima de mi cabeza.

Me dejo caer en el sofá un poco abatida. David no se me va de la cabeza.

—Estás preocupada por él, ¿verdad? —Sam se sienta junto a mí.

—Mucho. Ha pasado a ser una persona muy importante para mí en poco tiempo. No sé cómo ha pasado, siquiera. Sé que va a ser duro estar encerrado en rehabilitación de nuevo, aunque ahí es donde tiene que estar. Es la mejor manera de capear el temporal mientras la investigación está en curso, pero…

—Pero te preocupa que esto no se solucione a su favor —responde rápido ante mi duda.

Asiento y bebo un largo trago volviendo a pasar por los mismos pensamientos una y otra vez.

—Sam, hay algo que me escama y me tiene muy intranquila. No puedo explicarlo porque es una sensación que, estoy convencida, comparto con David.

—¿A qué te refieres?

—Todo el tema del maltrato es mentira. David no tiene marcas en las manos, no tiene un solo arañazo, ni siquiera había restos de sangre en la habitación. ¿No viste a Claire?, una paliza así tiene que dejar a la otra persona destrozada. Es imposible que, en el estado en el que estaba David, pudiese hacer algo así.

—¿Y cómo se explican los informes médicos y que cuadre todo con lo que ella dice? ¿Y cómo es que David ha dado positivo para anfetaminas?

Ante este último comentario he saltado como un resorte.

—¿Cómo que ha dado positivo? La investigación está en curso y las pruebas están realizándose. Daniel no me ha dicho nada.

Me tiende su teléfono y leo la noticia en mayúsculas:

> «El actor David Kane, quien fue acusado de malos tratos y violación, ha sido internado en un centro de rehabilitación tras dar positivo en las pruebas realizadas».

—No está acusado de violación, es mentira. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo va a poder demostrar su inocencia? ¿Por qué Daniel no me ha dicho nada?

Me levanto y pago mi malestar con la taza, que se rompe en mil pedazos contra el suelo de la cocina.

—¡Lucy! Los periódicos de este país, y de cualquier parte del mundo, se alimentan de este tipo de noticias sensacionalistas. Sabíamos que David había consumido algo, los dos estuvimos con él y te dije que eran anfetas casi seguro. Otra cosa es que no lo hiciese por voluntad propia. ¿Es por ahí por donde te lleva tu línea de pensamiento? —Se agacha y comienza a recoger las piezas de cerámica.

Le ayudo mientras medito mi respuesta.

—Sí. Claire ha sido la que le ha proporcionado las drogas. Casi seguro. Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Casi tres cuartas partes del personal de seguridad de la gira ha sido despedido. Tienen un contrato como los nuestros, de no revelación de secretos y parece que les han pillado filtrando a la prensa varios temas sobre el caso de David. Además, aparecen en la lista de testigos y no habían avisado de ninguna actuación fuera de lo normal, como es su obligación.

—Puede que podamos hablar con sus responsables para ver qué tienen que hacer en un caso como el de David. Ellos están en los pasillos siempre. ¿Crees que una paliza así no se oiría desde fuera? —pregunto, esperando encontrar las respuestas que necesito

—Lucy, desde fuera se oye todo. Y cuando digo todo, es cada suspiro y cada gemido. —Se ha girado a mirarme después de depositar los restos en la basura y enrojezco entendiendo a qué se refiere—.El protocolo te lo puedo contar yo que soy parte responsable de su contratación y no, no lo han cumplido. Puedo pedir al responsable de seguridad de la empresa que contratamos que haga un informe que ratifique que su actuación es, cuanto menos, extraña.

Me quedo pensando hasta dónde va a llegar todo esto si tiramos del hilo. Sam llama mi atención antes de seguir hablando.

—Lucy, el hermano de un buen amigo mío es investigador privado. ¿Qué te parece si lo llamo y le explicamos nuestras sospechas sobre Claire?

Pienso en lo que acaba de proponerme y lo veo claro.

—Me parece una idea genial. Desde el primer momento en que vi a esa chica, me pareció que tenía algo que no me cuadraba. Ahora estoy segura de que es la raíz de los problemas que está teniendo David. Es demasiada coincidencia que cada vez que estuviera a su lado, se le fuera la situación de las manos.

Sam asiente convencido.

—Llámale —añado con determinación.

—Perfecto.

Por la mañana, estoy tumbada en mi cama, mirando al techo, dándole vueltas al tema del investigador, cuando me suena el teléfono. Antes de descolgar, veo que son solo las siete de la mañana y arrugo el ceño.

—¿Sí? —respondo en inglés.

—Buenos días… ¿señorita Lucía Prieto? —dice una voz masculina en español.

El corazón me da un vuelco cuando en lo primero que pienso es en si les ha pasado algo a mis padres.

—Soy… yo.

—Le llamo de Madrid es Tech, con relación a un currículum que nos envió ayer.

—¡Ah! ¡Claro! Dígame.

Me levanto como un resorte, sentándome en la cama, sintiendo cómo me embarga la emoción.

—Su currículum nos ha gustado mucho y querríamos hacer una videollamada para acordar cómo sería su trabajo.

—¿Me van a contratar? —pregunto sorprendida.

—Sí, eso nos gustaría. Además de toda la información que nos ha aportado, que se encuentra a tan solo un par de horas de San Francisco nos llama mucho la atención. Es la candidata perfecta para el puesto.

Estoy tan emocionada, que no puedo evitar que se me llenen los ojos de lágrimas y se me derramen en silencio.

—Estoy a su disposición.

—En un par de horas, el jefe encargado de esta nueva sede tiene un hueco.

Me doy una ducha, me pongo ropa cómoda pero formal, me hago un moño alto y me maquillo un poco.

Al salir, dispuesta a tomarme un café bien cargado, veo a Sam hablando por teléfono en el pequeño jardín, tras la gran cristalera.

La cafetera está recién hecha y, cuando me lleno una taza, voy hacia el salón.

Al sentarme en el sofá, Sam se gira, me dedica una sonrisa y me saluda con la mano.

—Has madrugado hoy. —Abre la puerta y se guarda el teléfono en el bolsillo del tejano.

—Sí, tengo buenas noticias.

—Vaya, qué bien. Yo también.

—¿Sí?

Sam asiente con una gran sonrisa, sentándose a mi lado.

—Cuéntame qué ha hecho que estés ya tan arreglada. —Suelta una risita.

—En un ratito, tengo una videollamada con los que, muy seguramente, serán mis jefes.

—¿¡Qué!? ¡Pero eso es genial! —Se inclina hacia mí y me da un abrazo—. Estoy muy contento. Sabía que lo conseguirías.

Asiento, agradecida por su confianza en mí y su ayuda.

—Me siento genial. Espero que la reunión vaya bien y lleguemos a buen puerto. Me apetece mucho empezar este nuevo proyecto. Me mantendrá ocupada y no me pasaré el día dándole vueltas a la situación de David.

—Además, para eso ya tendremos a Scott, nuestro investigador.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí. Le he contado por encima y ha aceptado de inmediato. Ha dicho que esta misma mañana puede reunirse con nosotros para que le contemos todo con detalle.

Esta vez soy yo la que abraza a Sam.

—Qué feliz estoy —digo muy emocionada.

—¿Ves? No todo iba a ser malo. —Me pasa la mano por la espalda, reconfortándome.

Dos horas más tarde, vamos en el coche de Sam hacia el despacho de Scott, y voy relatándole mi reunión con los que ya son mis jefes.

—La semana que viene tendré que ir a San Francisco, a Silicon Valley. La nueva oficina estará en el valle y, una vez que esté en marcha, no tendré que pasar mucho tiempo allí. Hemos hablado de mi situación geográfica y les he comentado la necesidad de quedar aquí en Los Ángeles una temporada y lo han aceptado. Tendré que acudir a reuniones y presentaciones y

quizá un par de veces a la semana. Pero puedo teletrabajar sin problema. La sede estará allí, pero como estoy tan cerquita, me han dicho que, como encargada, voy a poder teletrabajar. Una vez a la semana tendré que ir, revisar que todo esté bien allí y ponerles al día de los avances. Tienen ya firmados tres contratos con empresas de California que darán el pistoletazo de salida a muchos más. Tenemos que hacerles unos programas a medida que sirvan para las adaptaciones de sus fábricas a los requisitos medioambientales. Me han ofrecido un buen sueldo ya que no necesito alojamiento ni traslado y los abogados de la empresa se van a encargar de todos los trámites para legalizar mi situación. Y en San Francisco tengo alojamiento cuando vaya, otra cosa menos de la que preocuparme.

—Vaya, suena interesante.

—Sí, seguro que no te has enterado ni de la mitad.

Sam suelta una carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Es que soy un poco negado para esto de las nuevas tecnologías. Me sacas de cuatro cosas y me pierdo.

Entre risas y bromas, llegamos hasta las afueras de la ciudad, donde Scott nos espera, fumando en la puerta de un edificio de cemento.

—¡Sam! —exclama, tirando el cigarro al suelo, acercándose a nosotros y extendiendo la mano hacia mi amigo.

—Cuánto tiempo, Scott. Mira, te presento a Lucy Prieto.

—Encantado. Scott Travis. —Me tiende la mano y yo la estrecho.

—Igualmente. Muchas gracias por recibirnos con tanta rapidez.

—Hace muchos años que conozco a Sam y en cuanto me contó lo de David, no pude no haceros un sitio para ayudaros. Vamos, pasad, en mi oficina hablaremos más tranquilos.

Aun sin haber conocido en persona a Claire, a Scott le ha dado la misma impresión que a nosotros cuando le hemos contado toda la historia. Le hemos pasado varias fotos de ella y nos ha dicho que en un par de días nos dará algún tipo de información.

Sinceramente, espero que nos ayude a esclarecer qué ha pasado porque cuantos más días pasan, más claro tengo que esa tipa ha sido el peor de los males para el pobre Dave.

Días más tarde, antes de lo previsto, estoy volando hacia San Francisco para supervisar por primera vez la nueva oficina.

Sam ha quedado en llamarme en cuanto Scott se ponga en contacto con él y estoy nerviosa a partes iguales. Por ver lo que me voy a encontrar en el trabajo y qué nos dirá el investigador sobre Claire.

No me imaginaba la inmensidad de estas oficinas. Las había visto en reportajes televisivos y en fotografías de las propias empresas en internet, pero es toda una ciudad con estilo de campus universitario.

La seguridad para entrar no es ninguna tontería, pero he cargado con varias copias de todas las acreditaciones que me han dado.

Las obras van muy avanzadas; según me contó Charlie (que realmente se llama Carlos Pérez, pero le gusta que le llamen así) el que va a ser el responsable de la sede y mi jefe directo, pensé que me iba a encontrar aquí el Armagedón. Pero está todo bastante respetable.

Me han dado una lista con una serie de cosas que tengo que revisar, desde los ventanales hasta colocación del cableado para los servidores y varios temas de seguridad.

Tres videollamadas después con España y mucha jerga de contratista de la que no tengo la menor idea, estoy frente al ventanal recibiendo el calor de los rayos del sol.

David se me aparece, con su gran sonrisa, y me apetece contarle que he conseguido que una empresa que no me ha visto ni siquiera en persona, me déla posibilidad de liderar un equipo que aún no está definido. Lo contenta que me siento de poder volver a trabajar en mi campo y en una empresa con tantas posibilidades. Y también me encantaría poder decirle que me muero por tocarle, por darle un abrazo y por saber cómo está.

Aprovecho para llamar a mis padres, que he estado tan liada que apenas he podido intercambiar un par de mensajes con ellos y sé que tienen ganas de verme y no tienen ni idea de que estoy en San Francisco.

Tardan un montón en contestar a pesar de que, con el cambio horario, es buena hora para llamarles.

—Hija.

—Madre. —Sonríe ante mi respuesta.

—Es que tenía el suelo fregado y no quería pisarlo. ¡Uy!, cuánta luz, ¿dónde estás? Esa es la casa de Sam, supongo. Pero ¡¡no tiene muebles!!

Niego con la cabeza porque desde que ha comenzado la conversación ha ido moviendo la pantalla de su teléfono como si eso le permitiese ver más de dónde me encuentro y no me deja meter baza para explicarme.

—Esta es mi nueva oficina, mamá. Apenas la voy a usar de manera presencial, pero hoy estoy en San Francisco.

—¡Manolo, ven a ver la oficina de la niña que está en el valle de silicona de San Francisco!

—Mamá, los nombres no se traducen. —Sonrío ante su ocurrencia y oigo a uno de los obreros reírse. Seguramente habla español y ha entendido a la perfección a mi madre.

Les hago un pequeño *tour* y procuro mantener la sonrisa y la emoción durante toda la llamada. Sé que me conocen y sé que saben que estoy preocupada por David y que no sé nada de él. También saben que soy una persona muy impaciente y que lo quiero todo para ayer, así que la incertidumbre y el malestar me están demacrando.

—Lucía, tienes que comer mejor. Estás muy delgada.

—No tengo mucho apetito, pero estamos comiendo fenomenal. La cocina de Sam tiene de todo y ha resultado ser un gran cocinero. Al final nos compaginamos muy bien como compañeros de piso.

—Y digo yo, hija, ¿no estarías mejor con el Sam este que con el inglesito? —Mi padre no pierde una.

—Papá, déjalo ya. Si sigues por ese camino dejaré de llamaros. Esperaré a David y cuando salga retomaremos la relación donde sea que se ha quedado y veremos a dónde nos lleva.

—Eso, Manolo, no me quites la posibilidad de conocer a mi nuero.

—Yerno, Lola, es un yerno. Las nueras son las mujeres. Hija, os dejo, tengo cosas que hacer.

Mi padre desaparece de la pantalla y me quedo muy triste a la par que preocupada.

—Mamá, ¿qué le pasa a papá? No le noto bien. ¿Cuándo tenéis la revisión con el oncólogo?

—No tiene nada que ver con eso, Lucía. Tu padre está todo el santo día pegado al ordenador usando el traductor leyendo las noticias sobre David. Está muy preocupado por ti, le cuesta creer que David no es culpable. Pero es que están haciendo tan bien la campaña para desprestigiarlo que es difícil creerte, hija.

—Creo que debemos dejar de llamarnos una temporada —digo con los ojos llenos de

lágrimas—. A mí no me hace bien veros sufrir por algo que ninguno de los tres podemos controlar. Y cuando cuelgo me quedo hecha polvo. Me está costando mucho tirar para adelante, mamá. Mucho. Doy gracias de haberme podido quitar la preocupación del empleo y de estar tan liada con la nueva sede que apenas me quedan horas en el día para poder seguir dándole vueltas al tema de David.

Mi madre niega con la cabeza, le digo que les volveré a llamar cuando sepa algo de él, ya sea bueno o malo. Obvio por completo la idea de comentarles algo sobre Scott y decido acercarme hasta el centro de la ciudad para dar una vuelta.

Quiero aprovechar para cortarme un poco el pelo y dedicarme un poco de tiempo.

Ya de vuelta en el hotel que me han buscado los de la empresa, me recojo mi, ahora más corta melena en un moño alto, y me meto en la bañera. Necesito un poco de silencio, pero mi teléfono comienza a taladrarme los oídos nada más que apoyo la cabeza en el borde de la bañera.

Suspiro con cansancio, aunque doy un respingo al ver que el que me llama es Sam.

—¡Sí! —contesto con exagerada emoción.

—Vaya, ya veo que te alegras de hablar conmigo.

—Llevo todo el día esperando a que me llames —suspiro de nuevo, dejándome caer con suavidad dentro del agua.

—¿Estás en el baño? Si quieres te llamo más tarde.

—Oh, venga, Sam. No te hagas de rogar y cuéntame qué te ha dicho Scott de una vez —me quejo apretando la mandíbula.

Escucho cómo se ríe al otro lado de la línea.

—Scott ha encontrado a Claire… y no te vas a creer con quién estaba. Voy a pasarte una foto y me cuentas qué te parece.

Mi teléfono emite un suave pitido y, apartándomelo de la oreja, abro la conversación de wasap con mi amigo. En cuanto veo la imagen me quedo con la boca tan abierta que siento cómo me cruje.

—¿Es…?

—Exacto. Son Claire y Lizzy, la rubia con la que lo vi salir aquella noche de su habitación.

—Pero… ¿esto qué es, Sam? ¿Acaso estas dos pelandruscas se conocían de antes o qué? —exclamo enfadada.

—No tengo ni idea, pero Scott se asegurará de averiguarlo. Qué razón tenías en no confiar en esa pelirroja… ¿Y ves lo feliz que se la ve?

—Madre mía de mi vida. —Me paso la mano por la cara con exasperación.

—Y eso no es todo, Lucy. Te paso un par de fotos más.

Doy un salto, irguiéndome de golpe, dando un manotazo en la orilla de la bañera.

—¡Me cago en su puta estampa! ¡Es el imbécil de Todd, el de seguridad que aseguró haber visto a David tratando mal a Claire! —grito.

—Exacto. Lucy, con estas fotos podríamos destruirla. Tenemos que quedar con Daniel en cuanto vuelvas y enseñárselas.

—No, no. Hay que llegar hasta el fondo de todo esto. Que Scott siga investigando, a ver si averigua más cosas. Esta desgraciada tiene que pagar con la máxima pena que le puedan poner y eso solo lo conseguiremos encontrando más pruebas en su contra.

—Sí, tienes razón.

—Estoy tan enfadada que, si la tuviera delante ahora mismo, la dejaba calva. ¿Cómo se puede

ser tan ruin?

—Y tan fría y calculadora. ¿Con qué fin hace todo esto? ¿Qué debió hacerle David en el pasado para que quiera vengarse de este modo?

—No tengo ni idea. Cuando le pregunté a Karen sobre ella, me dijo que era una buena chica y que David había estado tan enamorado que se había planteado pedirle matrimonio.

—Joder, ¿y se lo paga así? Una de dos, o David se la jugó bien jugada o esta tía está como una cabra.

—Más bien la segunda. David ha cometido muchos errores en el pasado, pero dudo que entre ellos esté el de tratar mal a una mujer. Sobre todo, si estaba tan enamorado de ella.

—Sí, opino como tú. Scott me ha dicho que me informará con cualquier cosa nueva que encuentre.

—Genial. Llámame a la hora que sea. Cuando vuelva a Los Ángeles, espero no encontrármela en ninguna esquina porque no respondo de mis actos.

—Sabes que eso no ayudaría en nada a David.

Suelto el aire de mis pulmones con pesar.

—Lo sé, pero estoy muy cabreada.

—Te entiendo, aunque tenemos que hacer esto bien para ayudar a David. Bueno, venga, te dejo que te relajes. Me avisas cuando vuelvas para ir a buscarte al aeropuerto.

—Sí, espero poder marcharme en un par de días a lo sumo.

Soy incapaz de pegar ojo durante la mayor parte de la noche. No puedo evitar darle vueltas a las fotos que me ha enviado Sam. Está más que claro que lo de Claire ha sido con premeditación. Ha querido destrozarle la vida adrede, a conciencia por alguna razón que se escapa a mi entendimiento.

CAPÍTULO 40

ARROJANDO UN POCO DE LUZ A TANTA OSCURIDAD

Lucía

Scott llama cada dos días con algún que otro dato nuevo. Ha descubierto que ella y Lizzy comparten casa. Y que Todd, el tipo de seguridad que testificó en contra de David, tiene un lío amoroso con Claire.

He salido a comprar algunas cosas para la cena cuando, sin proponérmelo, me veo conduciendo hacia la zona donde viven esas dos desgraciadas. Paro el coche frente al lujoso edificio y aprieto el volante con los dedos.

Suspiro, haciendo acopio de todas mis fuerzas para marcharme cuando, de reojo, veo que Lizzy sale por la puerta.

—No, Lucía, no bajes —digo a media voz.

Llevo una mano al cierre del cinturón, con intenciones de quitármelo para salir a partirle la cara a esa estúpida, pero algo dentro de mí me detiene y me aferro al volante.

Escucho cómo llega un mensaje a mi teléfono y lo cojo por inercia.

> «¿Qué haces? Vas a fastidiar la investigación. Tienes que marcharte y dejarme hacer mi trabajo».

Es Scott. Debe estar vigilando desde alguno de los edificios y me ha visto llegar porque conoce el coche de Sam.

Suspiro, dando un golpe en el volante con el puño y arranco, marchándome de allí haciendo chirriar las ruedas.

Cuando llego a casa, Sam abre la puerta como un resorte.

—¿Estás loca? —exclama enfadado.

Me coge del codo y tira de mí al interior de la casa.

—¡Sam! ¡Me haces daño! —Zarandeo, soltándome, dejando las bolsas de la compra sobre la mesa de la cocina.

—Me acaba de llamar Scott para decirme que, mientras estaba de vigilancia, ¡¡¡te ha visto aparcar justo delante de la casa de Claire y Lizzy!!! ¿Se te está yendo la cabeza? —Se mete las manos en el pelo y tira de él hacia arriba.

Hago un mohín, arrugando los labios, encogiéndome de hombros.

—Pues mira, estaba por la zona y he acabado allí, sí. ¿Qué quieres que te diga?

Mi amigo se sienta a mi lado en otro de los taburetes y me mira con ternura.

—Ya sé que esto es complicado, difícil de soportar, pero lo estás haciendo genial, Lucy. Sé que estás haciendo un enorme esfuerzo por no partirles la cara a las dos, créeme, lo estoy haciendo hasta yo. Pero tenemos que mantenernos al margen para que las cosas salgan bien.

Suspiro, relajando los hombros, desinflándome.

Sam pasa su mano por mi espalda, infundiéndome valor.

—Va, esta noche vamos a salir a cenar y a tomar algo. Lo necesitamos los dos. Nos despejaremos y lo pasaremos bien. ¿Qué te parece?

Lo miro de lado, haciendo una mueca con los labios.

—Está bien. —Me rindo al final.

Menuda melopea me pillé anoche. No recuerdo haber cogido un ciego tan grande… en mi vida. Con decir que lo último que recuerdo es entrar por la puerta del bar de copas al que me llevó Sam después de ir a cenar…

Y así estoy ahora, que no sirvo para casi nada. Me he levantado, me he dado una ducha de agua bien fría, aunque la odio, y me he vuelto a tumbar en la cama.

El otro día, cuando llamamos a Daniel para contarle lo que Scott había descubierto, me dijo que tenía algo de David para mí. Creo que eso es lo que me tiene tan ansiosa y nerviosa estos días. Nos dijo que recabáramos todas las pruebas, que en cuanto pudiera nos llamaría para vernos y podríamos entregárselas.

Unos suaves golpes en la puerta me sacan de mi ensoñación.

—¿Se puede?

—Sí, claro, pasa. —Me yergo, apoyando los codos en el colchón.

—¿Qué tal esa cabeza? —pregunta Sam con una sonrisita.

—Regular.

—Me acaba de llamar Scott. Quiere que vayamos a verlo esta tarde.

—¿Es por lo de ayer?

—Creo que tiene cosas que contarnos. Ya le he dicho que no volverás a acercarte ni a Lizzy ni a Claire ni a nadie relacionado con el caso.

Asiento.

—Voy a hacer unos recados de la productora —dice sin ganas— y después de comer iremos a ver a Scott.

—Perfecto. Iré a dar una vuelta, para despejarme.

—Claro que sí. Yo me encargo de la comida, de vuelta me pararé en el chino, ¿te parece?

Asiento y, tras dedicarme una sonrisa, se marcha.

El sol de Los Ángeles me calienta las mejillas, el cuerpo y el alma. Me reconforta y me hace sentir un poco más en paz conmigo misma. Es verdad que trabajar me está ayudando a no estar las veinticuatro horas del día dándole vueltas a cómo ayudar a David. Pero, aun así, y sin tener el apoyo de mis padres, me preocupa mucho cómo acabará la que ha liado la estúpida de Claire.

Camino por la playa de Santa Mónica durante casi una hora, por la orilla del agua, mojándome los pies… y me fijo en la cantidad de gente que toma el sol en la arena, sobre sus toallas. Hay parejas haciéndose arrumacos, riéndose, charlando… y solo puedo pensar en Dave, en nuestros pocos, pero intensos momentos juntos. Estoy enamorada hasta el tuétano y sé que es el amor de mi vida cuando el corazón me palpita como si fuera un caballo galopando.

—Un día pasearemos los dos juntos por aquí, tranquilos, sin pensar nada más que en nuestra felicidad… y tomaremos el sol, tumbados uno junto al otro —susurro mirando al horizonte.

Estoy a punto de llegar a casa cuando, durante unas milésimas de segundo, tengo la sensación de que me están acechando. No me da tiempo ni a girarme ni mucho menos a reaccionar cuando alguien me coge por los hombros y me lleva hasta un callejón sin salida. Me empotra contra la pared, para que no le vea la cara, y me habla con la boca pegada al oído.

—Dile a tu amigo Sam que deje de tocar los cojones pidiendo informes si no quiere acabar mal de verdad —me amenaza con un gruñido.

Estoy acojonada y me cuesta respirar por la fuerza que ejerce contra mí.

—¡¿Me has oído?! —grita, asustándome todavía más.

Estoy bloqueada, me tiembla cada centímetro del cuerpo y no puedo hacer otra cosa más que sollozar.

—Muy bien, zorrita. Así me gusta. Dile que más le vale que se lo tome en serio porque la próxima vez que volvamos a vernos, no seré tan amable.

Dejo de sentir la presión, pero no me muevo.

Resbalo por la pared hasta quedar hecha un ovillo en el suelo, llorando desconsolada por el miedo que he pasado. No sé cuánto tiempo me quedo en la misma posición hasta que suena mi teléfono. Con dedos temblorosos lo saco del pantalón y un atisbo de alivio asoma en mi pecho al ver que es Sam.

—¿Sí? —respondo intentando que no se me quiebre la voz.

—Acabo de llegar a casa. ¿Tardarás mucho? Que la comida está caliente.

—No, cinco minutos —añado tragándome las ganas de ponerme a llorar de nuevo.

—¡Perfecto!

Cuelgo sin decirle nada más y me tomo un par de minutos antes de intentar ponerme en pie. Me parece casi imposible que en la zona donde estamos, que está siempre tan transitada, no haya habido nadie que viera cómo me arrastraba hasta este callejón.

Llego a casa debatiéndome si contarle o no a mi compañero lo ocurrido. Sé que se va a enfadar mucho. Por otro lado, si no lo hago, puede que ese tipo cumpla su promesa de liquidarme.

—Lucy, ¿qué te ocurre? —En cuanto me ha visto aparecer por la puerta, su cara ha mutado de felicidad a preocupación. Ya no puedo ocultarlo.

Mientras voy relatándolo, su enfado va en aumento.

—Ahora mismo nos vamos a la comisaría a denunciarlo —espeta casi gruñendo.

—En cualquier otra circunstancia no lo dudaría, pero piénsalo bien. Si ese tío se ha enterado de que estamos pidiendo informes y demás, ¿no crees que puede enterarse también de la denuncia? Además, no tengo ni un solo dato sobre él. Ni siquiera podría reconocer su voz de volver a oírla.

—¿Me estás pidiendo que me quede de brazos cruzados cuando hay un imbécil por ahí que sabe dónde vivimos y que además se cree con el derecho de ir amenazándote? ¡Estás loca!

—Sam, ahora mismo no nos conviene.

Saca su teléfono y empieza a teclear con el ceño fruncido.

—¿Qué haces?

—Le pido un favor a un amigo de la empresa. Vale, genial. —Lo bloquea y se lo guarda—. A partir de ahora tendrás un guardaespaldas.

—¿¡Qué!? Sam, por favor.

—¿Te recuerdo de lo que es capaz la arpía de Claire?

Por la tarde, y algo más repuesta del susto, llegamos al despacho de Scott con la esperanza de que nos cuente algo nuevo que pueda arrojar más luz al caso.

—Tengo nuevas noticias. Mañana por la noche se va a celebrar una gran fiesta a la que tanto Lizzy como Claire van a asistir. Estoy pensando en infiltrarme y ver si puedo sacar algo de información de las propias chicas.

En cuanto lo escucho, mi mente se activa y empieza a montar el puzle de una idea. Es verdad

que antes he pasado miedo, pero las amenazas de un tipo que me coge por la espalda sin opción a defenderme, no van a amedrentarme.

—Yo lo haré —digo con seguridad, callando a Scott de golpe.

—¿Que qué? —Sam se gira y me mira con la boca abierta—. Ni de coña. Me niego en rotundo a que te metas en la boca del lobo a jugártela.

Aprieto los dientes, mordiéndome la lengua para no decirle que ya estoy en la boca del lobo. Que alguno de los matones que tienen contratados esas dos, nos tienen en su punto de mira por las preguntas que ha estado haciendo él mismo a la empresa de seguridad.

—Lucy, es peligroso. ¿Y si te reconocen? —Scott me mira con el ceño fruncido.

—No lo harán. La única que me ha visto es Claire y me haré un cambio de *look* total.

—Que no, me sigo negando. ¿Y si te pasa algo? No, no. Irá Scott, que para eso es un profesional.

—Mira, Sam, entiendo tu preocupación, pero no voy a discutirlo. Scott, yo iré. ¿Puedes conseguirme una entrada para la fiesta?

Los dos chicos se miran entre sí y, mientras Scott asiente, Sam continúa con el ceño fruncido, negando con la cabeza con los puños apretados.

—Hablaré con Danna para que me ayude con el cambio.

Antes de marcharnos, Scott me entrega unos sistemas de audio y vídeo para que me los ponga para grabar todo lo que pase en la fiesta y me explica cómo funcionan.

Cuando llamo a Danna y le explico por encima mi idea, da un grito emocionada por poder ayudarme.

Sam, que va a mi lado, no hace más que cabecear, demostrándome lo poco conforme que sigue estando con mi idea.

—Entonces, mañana por la tarde, ¿vendrás a casa de Sam para ayudarme?

—Por supuesto. Es más, déjame a mí todo. Llevaré la ropa, un par de pelucas, el maquillaje, zapatos… ¡y lentillas de diferentes colores! Serán el toque perfecto. Unas azules o verdes te quedarán estupendas. Será imposible que cualquiera te reconozca.

Me río ante su entusiasmo.

—Genial. Sabía que tú ibas a ser la persona idónea para esto.

—Un segundo, Lucy, cariño, que mi jefe ya está entrometiéndose en mis asuntos. —Se escucha cómo se aparta el teléfono de la oreja—. Sí, mañana por la tarde. Joder, Jason, no consigo despegarte de mi culo ni diez minutos. Pareces mi gemelo más que mi jefe. —Suelta una carcajada y escucho cómo Jason gruñe—. A ver, Lu… ¿te importa que el pesado de Jason venga conmigo mañana?

Me río.

—No, claro que no. Hace tiempo que no os veo a ninguno de los dos y me apetece.

—Ale, señor pelmazo, ha dicho que sí puedes venir conmigo —le dice—, ¡es que eres un pesado! Mira que al final me marcho sin ti, ¿eh?

Escucharlos discutir en broma siempre me alegra. Parecen un matrimonio malavenido pero que, en realidad, se quiere muchísimo.

Sam no ha abierto la boca en todo el camino de vuelta. Sé que es porque no le hace gracia mi decisión, pero me da igual. Necesito ser partícipe de todo eso y sacarme la espinita de ayudar a David de primera mano.

—Oye, ¿vas a volver a hablarme en algún momento? —pregunto al entrar en casa.

—Hoy no. Me voy a seguir trabajando a mi despacho. No saldré a cenar.

Me quedo con la boca medio abierta, plantada en mitad de la entrada, viendo cómo se marcha con cara de enfadado.

Dos horas más tarde, decido hacer algo de cenar típico de mi tierra, para ver si así animo un poco a mi compañero de piso. Preparo algo que se me da genial, tortilla de patata con relleno de queso y bacon.

Cuando tengo toda la mesa preparada y la tortilla lista, apago el fuego y voy en su busca.

Doy un par de toquecitos en la puerta y, aunque lo escucho hablar por teléfono, me asomo ligeramente.

Sam alza la cabeza, me mira y levanta una mano pidiéndome que espere un momento.

—Sí, sí. Ya lo sé, pero no es lo que pone en el contrato. Pues habla con la productora, yo solo soy un simple intermediario y lo sabes. Bien, esperaré tus noticias. Adiós. —Cuelga y se pellizca el puente de la nariz.

—¿Problemas?

—Gente poco profesional que firman una cosa y después piden otra —responde sin mirarme. Suspira y se pone a teclear en su ordenador—. ¿Qué necesitas?

—He hecho la cena. —Me acerco un poco a su mesa, sonriendo de lado.

—Ya te he dicho que no voy a cenar.

—He hecho tortilla española. —Me agacho para mirarle a los ojos.

Sam frunce el ceño y suspira.

—No vale que me hagas chantaje —se queja.

—Si sirve para que dejes de estar enfadado conmigo… usaré el chantaje todo lo que pueda.

—No estoy enfadado contigo, solo preocupado.

—Lo sé, pero tengo que hacerlo, Sam. Tienes que entenderme.

—¿Y si te pasa algo? ¿Qué hago? ¿Qué le digo a tu familia? ¿Y a David?

—No va a pasarme nada. No es como si me fuera a la guerra, Sam. Solo voy a asistir a una fiesta, mezclarme con la gente y ver si puedo averiguar algo de esas dos. Te prometo que no me pasará nada y tendré mucho cuidado.

Vuelve a suspirar y se levanta, acercándose a mí.

—Sabes que te aprecio mucho. Eres una de las mejores personas que conozco, y ahora mismo mi mejor amiga. Como comprenderás, es normal que me preocupe.

—Sí, lo sé —sonrío y me acerco a él para abrazarlo—, para mí también eres una persona muy importante, pero necesito que confíes en mí, todo saldrá bien. Tú y Scott podéis estar esperándome en un coche en la puerta, conectados al aparato que llevaré para grabar.

CAPÍTULO 41

LA CONFESIÓN MÁS ESPERADA

Lucía

En cuanto paso el umbral de la puerta de la enorme casa, me siento segura al ver que nadie me presta más atención de la debida.

Antes de entrar hemos probado varias veces que la mini videocámara funcionara como toca y, tras mil indicaciones de Sam y Scott, me he puesto en camino.

El cambio que me ha hecho Danna es espectacular. Tanto, que hasta me ha costado a mí reconocerme ante el espejo. Cuando he salido de la habitación y me han visto Jason y Sam, se han quedado anonadados.

Me mezclo entre la gente e incluso me atrevo a ponerme una copa, sin alcohol, claro. Entablo conversación con varias chicas y chicos, al tiempo que busco a Lizzy y Claire con la mirada.

Una hora más tarde, cuando empiezo a perder la esperanza de encontrarlas allí, veo una melena roja que capta toda mi atención. Claire.

De un trago, me tomo la coca cola que me queda en el vaso y me sirvo otra antes de caminar hacia ella y la rubia que la acompaña, que es Lizzy.

Están en la pista de baile y, haciéndome la disimulada, me pongo a bailar a su lado. Aunque estoy muy nerviosa, me dejo llevar por la música.

—Hola. —Siento cómo alguien me toca el brazo, llamando mi atención.

Cuando me giro, veo que se trata de Claire. Me mira con una amplia sonrisa y, por una milésima de segundo, creo que me ha reconocido.

—Hola.

—¿Eres nueva? No te habíamos visto nunca por aquí.

—Sí —titubeo.

Enseguida me doy cuenta de que ni ella ni Lizzy, que también me sonríe a su lado, se han dado cuenta de quién soy en realidad.

—Yo soy Lizzy y ella es Claire.

—Encantada. Yo me llamo Louise Jones.

—¿También eres modelo? —me pregunta Claire.

—Sí. He llegado hace unos días a la ciudad —me recompongo con rapidez—.En la agencia me dijeron que viniera a esta fiesta, así iría conociendo a la gente.

—¿En cuál estás?

—Sirena Models —dije a sabiendas que no era la misma que la de ellas.

Scott se encargó de averiguar con detalle para qué agencia de modelos trabajaban. De ese modo, si me las topaba y me hacían preguntas, no podrían saber si era cierto o no que estaba con esa agencia.

—Nosotras en L.A. Models —dice Lizzy.

—¿Las dos?

—Sí —dice Claire agitando su melena.

—¿Y qué tal es la agencia? Por si en Sirena no me va bien.

—Genial. Deberías cambiarte ya, no hemos escuchado hablar muy bien de Sirena y en la nuestra están las mejores modelos. La mayoría de los Ángeles de Victoria Secret salen de nuestra agencia. Así que no te digo más. —Claire, que ya me había parecido una petarda en potencia cuando la conocí, sigue demostrando lo prepotente y egocéntrica que es.

—Vaya… no sé si me dejarán entrar en esa agencia vuestra —digo a media voz, aleteando mis enormes pestañas.

—No hay problema. Vienes con nosotras el lunes por la mañana y entrarás seguro. —Lizzy me pone una mano en el antebrazo, sonriendo.

—¿Sí? ¿De verdad, chicas?

—Claro, por supuesto. Eres nueva y tenemos que ayudarnos entre nosotras —dice Claire, colocándose el ceñido vestido que lleva.

Suspiro, fingiendo un gran alivio con lo que me acaban de decir.

—¿Sabéis qué necesitaría también? —Me acerco más a ellas, dándoles a entender que es un secreto lo que quiero decirles—.Un novio que me mantenga.

Al escucharme, las dos estallan en carcajadas.

—Pues has dado con las dos expertas en encontrar novios ricos. —Se ríe Claire, cogiéndome de la mano y llevándome hacia el exterior de la casa.

—Tener a un hombre que te mantenga a tu lado es lo más importante. Así tú puedes dedicarte a tu cuerpo sin tener que preocuparte por los gastos. Vivir en una casa lujosa como esta; vestir las mejores marcas; acudir a eventos con gente famosa…

—Sí. Aunque nosotras preferimos no tener que aguantar a ningún patán que nos cuestione nada. Y eso se consigue engañándolos. —Claire le echa una miradita a Lizzy y empiezan a reírse de nuevo.

—¿Engañándolos? —pregunto haciéndome la tonta, tirándoles de la lengua.

—Hoy en día las mujeres gozamos de unos privilegios que antaño no existían —empieza a relatar Lizzy.

—Exacto. Es muy fácil engañar a un juez para que un millonario te indemnice con una suma de dinero con muchos ceros —continúa Claire, mesándose el pelo.

—¿Sí? —Suelto una risita, imitándolas, y me froto las manos—.Contadme más. Eso tengo que ponerlo yo en práctica. Con unos cientos de dólares podría vivir del cuento un tiempo.

—¿Unos cientos? No, Louise. Nosotras hablamos de algún par de millones de dólares. —La sonrisa maquiavélica que se le dibuja a Claire me provoca un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿En serio? —Me hago la sorprendida.

—Sí, es facilísimo. Denuncias a uno de estos tontos por malos tratos y soltando unas pocas lagrimitas delante de un juez, te los metes en el bolsillo.

—Y juicio ganado —termina Lizzy.

—Vaya, pues parece facilísimo.

—Lo es. Nosotras ahora mismo estamos a la espera de que nos confirmen cuánto dinero nos va a dar el último tonto millonario. —La frialdad con la que habla Lizzy me calienta la sangre.

—Vaya, suena bien. Contadme, contadme. —Les dedico mi sonrisa más falsa, arqueando las cejas varias veces y ellas caen en la trampa.

Nos sentamos las tres en unas hamacas, muy cerca las unas de las otras.

—Es el ex de Claire. Un actor de Londres, muy famoso, aunque bastante tonto debo decir porque no se dio cuenta de nada. ¡Ni aun cuando nos metimos las dos en su cama!

—David fue adicto a las drogas hace años. Así que fue muy fácil hacerle caer de nuevo. —

Claire cruza las piernas y arruga los labios—.Cada vez que nos vimos, fui metiéndole pastillas deshechas en la bebida. ¡Es tan estúpido! —Suelta una carcajada, echándose hacia atrás.

Debo reconocer que estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarme sobre las dos y liarme a puñetazos con ellas. ¡Cómo pueden ser tan hijas de puta!

—Claro, entonces denunciarlo por malos tratos, estando drogado debe ser muy fácil —vuelvo a fingir lo interesada que estoy por imitarlas.

—Facilísimo. Y como te digo, tengo a la jueza metida en mi bolsillo.

—Que encima ha tenido la suerte de que sea una jueza. Todavía cuela más porque entre mujeres, ya sabes. —Lizzy alza varias veces las cejas y se choca las manos con la pelirroja.

—Y si, como hice yo, te lías con los de seguridad, el negocio te sale redondo. Ellos han testificado a mi favor, dándole más veracidad al asunto.

—Vaya. Un golpe maestro —digo sonriendo—, ¿y lo habéis hecho más veces?

—Sí, con esta ya es la cuarta vez. —El orgullo que demuestra Claire ante un asunto tan serio, es horrible.

—¿Y jamás os han pillado?

—Somos unas profesionales —añade Lizzy y vuelven a reírse a carcajadas.

—Entonces he tenido suerte de conoceros.

Cinco minutos más tarde, estoy guardando sus números de teléfono en la agenda del mío, con la promesa de quedar para que pueda empezar a trabajar en su agencia.

Me disculpo, diciéndoles que necesito ir al baño porque he tomado demasiadas margaritas y, asegurándome de que nadie me ve, salgo de aquella casa de los horrores.

En cuanto abro la puerta del coche de Scott, ninguno de los tres decimos nada y yo rompo a llorar. No puedo creerme que haya conseguido la confesión de esas dos brujas, pero lo que me rompe el corazón es que puedan existir mujeres que jueguen así con la vida de hombres inocentes.

—Oye, Lucy, tranquila. —La mano de Sam me acaricia la espalda.

Mientras, yo soy incapaz de detener la llantina. Solo puedo pensar en lo que debe estar viviendo David allí encerrado, cuando las culpables son esas dos pelandruscas que le han destrozado la vida por completo.

—Vámonos —escucho la suave voz de Sam, al tiempo que siento cómo pasa por entre medio de los asientos delanteros para sentarse junto a mí.

El vehículo se mueve cuando mi amigo me abraza y yo continúo llorando con la cara enterrada en su jersey.

—Lo has hecho genial —susurra contra mi cabeza—.Haber confiado en ti para esto ha sido lo mejor. Nadie podría haber hecho un papel tan bueno como el tuyo.

—Sam tiene toda la razón, Lucy. Debes estar orgullosa porque esta prueba va a resultar perfecta gracias a ti —dice Scott también con suavidad.

No sé cuánto tiempo he llorado hasta quedarme dormida, pero llevo encerrada en la habitación todo el día, o eso creo.

Cuando llegamos a casa de Sam, me arranqué el aparato de grabación, lo dejé sobre la mesa del salón y me metí en mi cuarto, pidiéndole a Sam que no me molestaran hasta que saliera por mí misma.

Me levanto, me doy una ducha y, aunque con los ojos hinchados y unas bolsas horriblemente

oscuras bajo los ojos, me siento bastante mejor.

—Quizá ya hayan hablado con Daniel y le hayan enseñado la confesión. Con suerte… esta misma semana tendré a Dave de vuelta —me digo frente al espejo.

Al salir, todo está en silencio y a oscuras. Saco el móvil de mi bolsillo y miro la hora que es.

—Qué bien, Lucía, ¿a dónde vas a las tres de la mañana? —Me río para mis adentros, sintiéndome un poco histérica.

Camino hacia el pasillo, de vuelta a mi habitación, cuando veo la puerta del cuarto de Sam medio abierta. Me acerco y le veo la cara iluminada por la suave luz que emite la televisión encendida. Está dormido, así que decido volver a mi habitación y ponerme el despertador a una hora más… decente para hablar con él.

Querida Lu:

No puedes imaginarte cuánto agradezco las prendas que me has enviado. Aquí realizo mi propia colada, María se sentiría muy orgullosa, pero estaba harto de llevar los mismos colores día tras día.

No ha habido problema con el resto de cosas que me has enviado; el diario me va a venir de muerte, el cortaúñas ni me lo esperaba, la goma para los estiramientos de la espalda es un poco corta pero me sirve y que hayas puesto tu perfume en mis pijamas me ha supuesto un montón de sentimientos que no puedo relatar (te lo contaré más abajo).

No te voy a mentir y estas primeras semanas han sido muy duras. Si bien mi cuerpo ha reaccionado bien al tratamiento (náuseas, cansancio extremo y muchos vómitos) no así mi mente. Las sesiones de terapia están sacando cosas a la luz que ni yo mismo era consciente de estar padeciendo.

No me recomiendan hablar de ello y voy a seguir las recomendaciones.

Me han ido tomando muestras tanto de sangre como de uñas, cabello y orina de manera regular y siempre por sorpresa. Ya me he acostumbrado a tener gente conmigo meando en el baño. Casi siempre mandan a Steve y lo agradezco, ya hay cierta confianza y hasta me puedo tirar algún pedo.

Los días aquí son… diferentes. No solo comparados con mis días en el exterior, sino entre ellos. Tenemos actividades a las que podemos acudir de manera voluntaria como talleres de meditación, yoga, risoterapia y hasta talleres de cocina internacional. Luego hay otra parte del día en la que tenemos terapias en grupo conducidas por diferentes especialistas y sesiones con nuestros psiquiatras. En mi caso están siendo muy intensivas y duras, me repiten las mismas cosas de diferente manera para ver si acabo confesando que he hecho esto o aquello. Pero me mantengo firme porque no he hecho nada. Sé que mi terapia es diferente porque la supervisa la jueza, y hay días que me derrumbo. Pero quiero que hagan lo que tengan que hacer para demostrar mi inocencia.

La imagen de Claire no se me va de la cabeza. ¿Quién le ha podido hacer eso?, y lo peor de todo es que no dejo de pensar qué le he hecho yo para que la tome así conmigo. No creía ser tan mala persona, pero me he dado cuenta de que mis acciones hacen mucho más daño de lo que me puedo imaginar por ser una persona tan mediática.

Otra parte del día la tenemos para ocio. Aquí es cuando leo (tienen muy buenos

títulos en la biblioteca, por cierto), realizo algún circuito de deporte o veo películas. El otro día un par de internos más se unieron a mi sesión de ejercicio y, cuando uno de los enfermeros nos vio, habló con la directora. Pensé que me iban a regañar, pero, todo lo contrario. Dicen que el deporte, y más aún al aire libre, nos va a venir genial y que van a intentar que nos envíen un entrenador personal o un fisioterapeuta para que supervise. Probablemente yo no lo necesite, pero es cierto que no todo el mundo está tan acostumbrado a pegarse palizas como yo. Me hizo muy feliz que la gente quisiese hacer algo que siempre hago solo.

También he propuesto un maratón de sagas de películas, clásicas y actuales. ¡Será por tiempo para ver películas y comentarlas! La primera que nos van a conseguir es *Matrix*.

He de decir que, aunque me tratan como a uno más, mucha gente está emocionada por tenerme aquí. Gente que no recibe noticias del exterior y no sabe la verdadera razón de mi internamiento. Creo que solo piensan que soy la típica estrella que se ha pasado con las copas una vez más.

Eres la primera a la que me atrevo a escribir. Por favor, si hablas con mis padres no les comentes que te he escrito. No quiero que piensen que no estoy bien o que tengo algo que ocultar. Lo que pasa es que necesito un poco más de tiempo para aclarar ciertas ideas.

Contigo es todo más fácil.

Me encantaría saber de ti, pero las cartas solo pueden ir en una dirección por el momento y son supervisadas. Así que termino aquí, antes de decirte algo de lo que luego tenga que dar explicaciones a quien sea que nos lea.

Me duele no tenerte conmigo, pequeña Lu. Me duele tanto que a veces creo que el corazón me va a estallar de puro sufrimiento.

David.

PD: No me equivocaba con nuestro último rato en la habitación. Me proporcionaste un montón de recuerdos que me están resultando MUY ÚTILES en mis noches de soledad junto con tu olor en mis pijamas :)

CAPÍTULO 42

Lucía

Han pasado dos semanas desde que nos reunimos con Daniel, el abogado de Dave, para entregarle la grabación de la fiesta. Nos dijo que nos llamaría cuando hubiera podido hablar con la jueza, para informarnos sobre el siguiente paso.

Antes de marcharnos, me entregó la carta que me había escrito David. En cuanto la leí, sentí que volvía a recuperar un poco de la felicidad que se había marchitado con su ingreso en rehabilitación. Saber que las cosas le van bien allí dentro, que iba progresando y que él se iba sintiendo mejor, me hace sentir más viva.

Y aquí estamos, esperando a que Daniel nos reciba en su despacho, en una sala donde hay más gente.

Estoy muy muy nerviosa y aunque Sam ya me ha dicho varias veces que deje de morderme las uñas y que esté tranquila, es imposible que le haga caso.

—Por favor, deja de mover así la pierna. Me estás poniendo histérico —susurra en mi oído por enésima vez.

—¿Señor Smith y señorita Prieto?

En cuanto escucho a la secretaria decir nuestros apellidos, me levanto como un resorte, tropezándome con el pie de un señor que está sentado a mi lado y casi me caigo de morros al suelo. Mi suerte es tener a Sam cerca, que me coge del brazo y tira de mí, evitándome una, muy segura, visita al dentista.

—Síganme, por favor. —La secretaria me mira con una ceja alzada, se recoloca las gafas de pasta y alza la cabeza de un modo bastante altivo, al tiempo que se encamina por un pasillo.

—Qué mujer más seca —le susurro a Sam.

Hace una mueca con la boca y asiente.

—Pasen y tomen asiento. En unos instantes vendrá el señor Brooke.

Sin decir más, cierra la puerta tras ella y nos deja a solas en la estancia.

—Venga, Lucy, siéntate, por favor —me suplica Sam.

—Cuando venga Daniel.

—Entiendo que estés nerviosa, pero no vas a solucionar nada así.

—Sentándome tampoco.

En mitad de nuestra tonta conversación, la puerta se abre y aparece el abogado con una sonrisa en la boca. Me entran unas ganas horribles de abrazarlo, pero me contengo y, como le he prometido a mi amigo, me siento.

—Dinos que tienes buenas noticias —le pido casi en un susurro.

—Las tengo. Aunque no sean las que tú esperas, pero son las mejores noticias que podríamos tener en cuanto al caso de David. He revisado la grabación de la fiesta con la confesión de Claire y bueno, tenemos que ir con cautela.

—¿Qué es lo que ocurre? —Me pongo tan nerviosa que no puedo dejar de tirarme del pelo.

—Este tipo de pruebas hay que presentarlas con mucha prudencia, Lucy. Tenemos que preparar bien la vista con la jueza y crear un poco de teatro.

Miro a Sam y él me devuelve la mirada extrañado. Me vuelvo a levantar y comienzo a pasear

por la habitación como un león enjaulado.

—Por lo que he podido saber en los informes que me han entregado de David su conducta está siendo más que ejemplar dentro del centro. No solo participa en las actividades que le proponen sus terapeutas, sino que él mismo, ha propuesto algunas y las está sacando adelante con muy buena participación. —Daniel se pone a registrar entre sus papeles antes de seguir —.Una de las terapeutas ha hecho un muy buen informe sobre David, pero no es lo que esperábamos. En él cuenta que el paciente, osea, David, está atravesando una fuerte depresión con origen desconocido. Al menos para David.

—De todos los actores raros y excéntricos que he conocido en mi vida profesional, David me ha parecido uno de los más chulos, pero deprimido nunca —dice Sam tan confuso como yo.

—Parece ser que tiene una serie de atenuantes que pueden haber alterado su conducta en ocasiones y eso es por la depresión lo que juega, un poco, en nuestra contra.

—¿En qué sentido, Daniel? No entiendo qué significa todo esto. —Me vuelvo a sentar.

—Significa que, si bien podemos demostrar que David no tomó las drogas por propia voluntad, los informes no recomendarán su alta. Es más, el propio David no querrá salir si cree que puede tener una recaída por algo que le pueda ocurrir y que no pueda gestionar. Por eso quiero trabajar muy bien con él la defensa y hacer que las tornas cambien, pero no debo contaros nada más hasta que hable con mi cliente.

Después de intercambiar unas cuantas preguntas con el abogado, decidimos marcharnos con un sabor agridulce en la boca. Antes de irnos, Daniel le ha pedido a Sam que salga y me ha entregado una fotografía de David en una Polaroid.

No sé si por el tipo de foto, que me parece de lo más retro, o por su color de piel, me cuesta reconocer que ese hombre de ojos tan brillantes sea el propio David y que haya podido cambiar tanto en tan pocas semanas.

Solo se le ve de cintura para arriba, pero lleva una camiseta blanca que resalta su bronceado y en la que se puede apreciar que está más delgado. Mucho más delgado pese a que ya era un hombre en forma.

Se ha dejado crecer el pelo en una forma extraña, tiene un largo flequillo que peina hacia arriba. Está mucho más rubio y la barba que se atisba, pese a ser de un color rojizo, le sienta de muerte.

No sabía que podía ser posible enamorarse aún más de una persona a través de una fotografía, pero, ese David que tengo ante mí mientras sujeto una nueva carta, me ha hecho llorar de amor por primera vez en mi vida.

David

Carta 2

> Hola, Lu:
>
> La verdad es que no me queda mucho tiempo para escribirte con todas las cosas que tengo en marcha aquí dentro.
>
> Linda, la doctora Wilson, está muy volcada en ayudarme con todo lo que necesito para las sesiones de deporte. Me he centrado en ello, pero tratándolo con calma. Nos han explicado varias veces que podemos sustituir unas adicciones por otras y, la

verdad, lo de acabar como un superhéroe de gimnasio no es mi meta.

Hacer deporte compensa las comilonas que me meto y me hace sentirme útil. Al final nos han mandado un fisio y nos está dando clases de pilates. ¿Me imaginas a mí en pilates? Pues lo que te imagines es poco, me estiro menos que un gato de escayola… Pero he aprendido a conocer partes de mi cuerpo que no sabía que podía movilizar y a volver a respirar.

No era consciente de que no sabía respirar hasta que me he parado a pensar en ello. Recuerdo muchas técnicas de respiración en las clases de interpretación y, cuando he hecho algún musical, he tenido que usar muchas de ellas para poder sacar toda la voz sin destrozarme la garganta. Pero ahora es una forma inconsciente de ser consciente. Una locura, tal y como suena.

Pasamos mucho rato fuera e, incluso, algunas de las terapias grupales las hemos pasado al jardín. Estoy adquiriendo un tono rubio y rosado, que delata que yo no soy de aquí. En España nos llamáis «guiris», ¿verdad?

Linda está entusiasmada con la cantidad de actividades que estamos realizando y la gente que ha llegado nueva las últimas semanas está adaptándose fenomenal.

Siento que por fin puedo hacer algo útil. Me siento muy bien y mis sesiones están siendo muy productivas. Por lo poco que me cuentan, los informes que le van a llegar a la jueza son muy positivos y creo que se puede confirmar mi teoría al 100 %; yo no he consumido nada por voluntad propia.

Me siguen haciendo análisis de manera regular y estoy más que acostumbrado a que registren la habitación sin avisar. No me importa, es parte de un todo y estoy dispuesto a pasar por esto para terminar cuanto antes.

Pronto voy a tener una reunión personal con Daniel. Estoy emocionado y nervioso a partes iguales. Hace tanto que no sé nada del exterior que no sé si estoy preparado para lo que me va a contar.

Linda dice que puedo controlarlo como quiera y que, si esa reunión va bien, podremos tener muchas más para preparar el juicio y encarar la defensa.

He escrito a mis padres, varias veces, y espero que le hayan llegado mis cartas. ¿Te están llegando a ti?

Me gustaría que llamases a mi madre, sé que tendrá muchas preguntas sobre lo nuestro, sobre todo si ha leído mis cartas. Y estoy convencido de que le vendrá genial hablar contigo y soltar toda la tensión que tendrá acumulada.

Tengo muchos sentimientos encontrados cuando pienso en nosotros. ¿No te da la sensación de que las cosas han ido demasiado rápido? Me da miedo pensar que, cuando nos volvamos a encontrar, todo haya sido un espejismo. Ahora mismo no puedo asumir meter en mi orden de pensamientos nuestra relación también.

A veces sueño que mis manos te vuelven a tocar y me paso la mitad de la mañana, tras despertar, con la sensación de calor de tu cuerpo en mi piel.

¿Y si todo ha sido un sueño?

Tuyo siempre,
David.

CAPÍTULO 43

Lucía

No puedo creer lo que insinúa en esta segunda carta. En la primera parecía que no podía vivir sin mí y… ¿ahora viene a decirme que no sabe cómo encajar nuestra relación en su vida?

No doy crédito a lo que leo y en la cuarta vez que lo hago, la dejo a un lado y lloro como una tonta. Menos mal que he esperado a estar a solas en mi habitación para abrirla porque habría hecho el ridículo delante de Sam.

Estaba convencida de que todo iba a salir a pedir de boca una vez tuviéramos la confesión de esas dos brujas, pero, una vez más, la vida me sorprende. ¿Depresión? No podría decir que David pareciese una persona descontenta con algún aspecto de su vida, y tras esta confesión de su abogado, no me siento con fuerzas para llamar a su madre tal y como pide. Ni por la confesión de Daniel ni por la carta.

Me recompongo y los días siguientes me obligo a centrarme en mi trabajo. Viajo más de lo que me habían pedido en un principio hasta San Francisco y las horas pasan tan rápido que apenas distingo unas semanas de otras.

Cada noche tengo unas terribles pesadillas con David en las que le veo alejarse, y siempre rodeado de mar. Como si se estuviese ahogando o qué sé yo.

Sam ha decidido tomar un poco de distancia y dejarme mi espacio. Estoy muy agradecida porque creo que ha debido oírme llorar muchos días, pero desconoce el motivo. Seguro que piensa que es por David,aunque no sabe nada sobre las cartas ni la foto.

Un par de semanas más tarde de nuestra última visita a Daniel, aparece su nombre en mi pantalla. El corazón se salta dos latidos antes de que yo decida descolgar.

—¿Daniel?

—Hola, Lucy, ¿te cojo en buen momento? No me gustaría interrumpirte en tu trabajo. Ni siquiera sé si estás en la ciudad.

—Sí, llegué hace un par de días y creo que no tendré que volver hasta la próxima semana. Las cosas van bien por allí, ¡cuéntame!

—He estado viendo a David estos días para preparar la defensa y…

—¿Y?

—Está muy disgustado con tu actuación en la fiesta. Con que decidieses infiltrarte y realizar la grabación.

—Vaya.

—Eso no quiere decir que no esté profundamente agradecido porque ha accedido a mi idea sin rechistar. Le pedí permiso para contarte el plan y me ha dicho que sí, así que me gustaría veros a Sam y a ti en mi despacho mañana antes de las once. ¿Es posible?

—No puedo hablar por Sam hasta que lo vea, pero haremos lo imposible por estar.

—Quedo pendiente de que me confirmes y, Lucy, he visto a David espléndido. No puedo encontrar otra palabra que defina el agradecimiento que siente por tus esfuerzos, por los de Sam, por los del detective y, sobre todo, el orgullo que siente por saber que vamos a poder demostrar lo que tanto le está costando; que la gente sepa que jamás ha puesto una mano encima a una mujer.

Cuelgo sin despedirme mientras me pongo a llorar con un ataque de histeria. No me pasan desapercibidas las palabras que me ha transmitido Daniel sobre el reproche de David,sin embargo, me centro en lo demás.

De un par de saltos me persono frente al despacho de Sam y llamo mucho más fuerte de lo que debería.

—¡Joder, Lu! pasa… casi me provocas un ataque al corazón. Qué energía llamando…

—Acabo de colgar a Daniel, mañana antes de las once quiere vernos en su despacho porque ya tienen preparada la defensa. ¿Podrás?

—Lucy, quería hablar contigo. —Se pasa la mano por la cara en un gesto de desesperación —.Desde que terminó la gira he estado retrasándolo, pero tengo que salir hacia Europa esta semana. Estamos cerrando negociaciones para una nueva película y…

—Ya, «una nueva película», ya veo. Llevarás toda la vida trabajando para actores, pero lo tuyo no es actuar. ¿Para la nueva de Bond?

Levanta la cabeza y enrojece hasta la raíz al mirarme. Al final asiente con un rictus en los labios que denota que no quiere hablar más del tema.

—No te preocupes, no voy a preguntarte nada más. Saluda a Daniel Maig de mi parte, no puedo imaginarme a nadie mejor que él para retomar el proyecto. Avisaré a Daniel y lo haremos sin ti.

—Lo siento muchísimo, no he querido decirte nada antes porque esperaba que el juicio saliese antes de mi partida.

—Lo sé, no te preocupes, no es culpa tuya. De hecho, me ha sorprendido a mí también que todo esté tardando tanto, aunque… —dudo antes de contarle lo que le voy a contar, pero me lanzo y salgo del despacho para volver con las cartas y la foto de David.

Le cuento un resumen de la primera carta con entusiasmo, dejando mi corazón volar incluso al relatar de memoria algunas líneas. Le enseño la foto de David y le veo sonreír. Sé que han tenido sus más y sus menos, pero me confiesa que le parece la viva imagen de la salud en la fotografía y que se ha quitado años de encima. Luego le hablo de la segunda carta y de lo que me ha contado Daniel sobre las sensaciones de David por haberme infiltrado.

—Lucy, no puedo estar más de acuerdo con Dave.

—¿Dave? Ahora resultará que sois grandes amigos. ¡No me jodas, Sam! Tú mismo me dijiste que no podría haber ido mejor y que no había nadie mejor que yo para infiltrarse.

—Y lo sigo manteniendo, pero el miedo que pasé y la angustia pensando en que alguno de los de seguridad pudiese estar con ellas y te reconociese y te pudiese hacer algo… no necesitaría que David me diese una paliza, me dejaría morir yo solo. Lucy, ¿no te das cuenta de que te metiste en la boca del lobo? No sabíamos quién podía haber en la fiesta, aparte de estas dos siliconadas que se creen más listas de lo que son. David debe estar agradecido, sin duda le estás salvando el culo, pero ha debido pensar lo mismo que yo…

—Sam, tengo algo más que contarte —decidida a confesarlo todo, me lanzo—.Tuve un encontronazo con uno de los de seguridad.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con encontronazo, Lucy? A veces usas las palabras de este idioma muy a la ligera. ¿Con quién? ¿Dónde?

—¿Recuerdas la noche que salimos para despejarnos?

—La recuerdo muy vívidamente, llevabas una encima…

—Al día siguiente, que estaba hecha un trapo, me fui a dar una vuelta mientras hacías gestiones de la productora. Que cenamos comida china.

—Que sí, que lo recuerdo perfectamente, pero no me estás respondiendo.

—Fui a dar una vuelta por la playa y, al volver, me arrinconó en un callejón.

Sam se levanta hecho una furia de la mesa a la vez que la golpea con el puño.

—Se supone que somos amigos, Lucy. ¡Se supone que estás aquí para evitar problemas, joder! ¿Cómo no se te ha ocurrido decírmelo antes?

—¡No me grites, Sam! Que seamos amigos no te da ningún derecho a hablarme de esta forma. No te lo dije porque no le quise dar más importancia de la que tiene.

—¿Qué ocurrió y quién era? Lo mataré con mis propias manos...

No puedo evitar reírme ante su ocurrencia al pensar en su pobre cuerpo desmadejado ante el enorme exsegurata de la productora.

—Fue Spike. Me dijo que te dijese que dejases de investigar, básicamente. Que no pidieses informes ni nada de nada. Y que si no lo hacías habría… consecuencias.

Veo los pensamientos cruzar rápidos por la mente de Sam a la vez que revisa una de las carpetas de su escritorio.

—Ya tenías los informes para esa fecha, Sam. Sabía que no ibas a seguir con el tema una vez los entregases a Daniel. Lo pasé mal, pero no merecía que le diese más importancia de la que tuvo.

Viene hacia mí hecho un miura y me abraza casi rompiéndome las costillas.

—Jamás, en toda tu vida, vuelvas a ocultarme nada. Nunca. No recuerdo haber tenido una relación así con una mujer con la que me he acostado. Esto es más que una amistad, eres mi… hermana.

—Por tu bien y por el de tu familia espero que no le hagas lo que me hiciste a mí a tus hermanas…—he intentado ser graciosa, pero hemos enrojecido los dos a la vez—. Sam, no le des más importancia de la que tiene.

Separa nuestro abrazo y resopla.

—Definitivamente adelanto mi viaje y me voy mañana.

—¿Qué? No creo que sea para tanto. Me gustaría que estuvieses al tanto de todo lo de la reunión y el juicio.

—Lucy, me he implicado mucho en todo esto. Demasiado. De hecho, me he jugado el puesto desde el primer día que te vi. He dejado pasar muchas cosas, pero creo que ahora mismo debo alejarme de todo y ver cómo se desarrollan los acontecimientos desde la barrera.

Asiento dolida porque no me esperaba esto de Sam,sin embargo entiendo que quiera conservar su empleo y que todo esto esté afectando a su vida.

—No pienses que, porque esté a miles de kilómetros de aquí en un horario diferente, voy a dejarte en paz. Quiero que me cuentes cómo van las cosas, quiero saber cómo de moreno sale el culo de David por la puerta de rehabilitación; pero no puedo pausar más mi vida. Más aún sabiendo que me he involucrado tanto que te he puesto en peligro.

—¡Ey! No quiero que pienses eso. Que la que se ha ido metiendo en movidas solita he sido yo. Te entiendo, Sam, y ahora mismo comienzo a recoger mis cosas.

—No. Como ya te dije cuando viniste a la casa, los gastos están pagados. Me gustaría que te quedases lo que necesites y más, a cambio solo quiero que cuides de ese gato desagradecido que tengo.

—Garfield es adorable.

—Ayer me mordió los huevos, Lucy. Adorable no es la palabra que usaría para ese gato infernal…

Me echo a reír mientras soy yo la que le abraza.

—¿Sabes? Nunca he sabido lo que es tener hermanos. Pero ahora sé lo que es echarles de menos antes de que se vayan.

—Joder, Lucy. Me estás jodiendo el alma.

—Yo también te quiero, Sam.

He llorado parte de la noche porque no me veo con fuerzas para encarar todo el juicio sola. Y porque me duele haber decepcionado a Sam y que mi decisión de no preocuparle en exceso haya creado el efecto contrario.

Antes de entrar en el despacho de Daniel me tiembla todo el cuerpo. Suspiro y me doy fuerzas. La secretaría me ha dicho que pase directamente, que está esperándome.

—Pasa —la voz de Daniel suena seria tras la puerta.

—Buenos días, Daniel.

—¡Qué puntualidad! Veo que estás nerviosa. Siéntate.

—Gracias. —Tomo asiento y le miro fijamente.

—Bien, Lucy, David me ha pedido que solicite la vista con la jueza Norton para presentarle todas las pruebas y para cambiar los papeles. —Hace un descanso y me mira con una sonrisa ladina instalada en la cara—.Presentaremos las nuevas pruebas, los informes de la productora sobre el personal de seguridad contratado y sus competencias, todo lo que hemos recogido del personal de los pocos hoteles en los que os alojasteis y esperemos que la jueza admita como prueba tu grabación.

Asiento pensativa, ¿y si todo esto no ha valido para nada?

—¿A qué te refieres con cambiar los papeles? —pregunto rápida.

—A que será David quien se convertirá en la acusación. No solo vamos a demostrar su inocencia y limpiar su buen nombre, vamos a evitar que tanto Claire como su compinche puedan volver a hacer algo así. Son unas profesionales del engaño, tal y como han contado, por ello creemos que lo mejor es que paguen por sus errores.

—No va a servir de nada, la carrera de David y su reputación están arruinadas para siempre.

—En eso solo puedo darte la razón, pero conseguiremos que ellas estén fichadas con cargos policiales graves, constará siempre en su expediente y ya han hecho esto antes. Esperamos una indemnización económica, además de disculpas públicas en las que tengan que mostrar su rostro. La carrera de David estará acabada, pero la suya caerá en picado en cuanto se sepa la verdad. No podrán volver a ejercer su profesión en ningún país, de eso me encargaré personalmente.

—Bien, ¿para cuándo está prevista la vista?

—La jueza Norton me ha llamado a su despacho esta tarde. Parecía muy enfadada. Ha revisado con su equipo la grabación y va a ser difícil pero no imposible que podamos conseguir que la admita como prueba válida. Necesito que estés presente para testificar y dar fe de que las pruebas no han sido manipuladas. Te confirmo esta noche el día en cuanto consiga fijar la fecha con la jueza.

Me despido de Daniel dándole vueltas a la cabeza. Estoy tan emocionada por todo lo que va a ocurrir que no me puedo esperar más y llamo a Sam.

CAPÍTULO 44

David

Me sudan las manos. No recuerdo siquiera cuándo fue la última vez que me pasaba algo así.

Creo que, pese a saber que este día llegaría, no estoy preparado. Me pasé parte de la tarde, desde la llamada de David, preparando mi ropa. Me costó horrores conseguir una plancha para repasar los trajes y decidir qué camisa ponerme.

Ahora me siento extraño con esta ropa, es como si ya no me perteneciera. No puedo esperar a ver a Lu, creo que eso es lo que me tiene más nervioso.

—Entonces, ¿te sientes preparado? —Daniel está sentado a mi lado en el coche con cristales tintados que ha venido a recogerme al centro.

—No, pero se supone que soy bueno haciendo creer cosas que no son ciertas, ¿verdad? —He intentado bromear, pero estoy convencido de que mi sonrisa ha sido terrorífica.

—David, todo va a ir bien. Sé que esto no tenía ni que haber ocurrido, pero, contra eso, no podemos luchar. Aunque sí podemos conseguir que no vuelvan a hacerle lo mismo a ningún hombre, a ninguna persona.

Asiento e intento fijar la vista en lo que pasa a mi alrededor. Es extraño y reconfortante a la vez, estar aquí después de meses.

Se oye el jaleo de gente antes de girar la esquina del juzgado donde nos reuniremos con la jueza Norton. Me pongo las gafas de sol y aprieto la mandíbula. Sé que lo que me van a decir no es bonito.

Dos policías están esperando mi llegada pegados al bordillo, llaman al coche antes de abrir la puerta como pidiendo permiso. Cuando saco medio cuerpo del coche el ruido es ensordecedor. Una muchedumbre intenta llegar hasta mí, solo oigo insultos y gente que intenta agarrarme. Por el rabillo del ojo veo unas mujeres con el torso desnudo que se han escrito sobre la piel amenazas hacia mí. Me llaman asesino y violador. Mi corazón late desbocado al entender que me encuentran culpable antes de haber recibido una sentencia.

Alguien me escupe, pero me mantengo firme hasta llegar al interior del edificio.

Casi de la nada aparece un paquete de toallitas desmaquillantes delante de mis ojos.

—Señor Kane, es un placer verle.

Lu está frente a mí y no puedo evitar sonreír. Cojo el paquete que me tiende y me limpio certero. Añado algo de gel hidroalcohólico al asunto, más que nada por precaución.

—Lu, muchas, muchísimas gracias por todo lo que has hecho por mí. Saber que tú has estado luchando aquí fuera tanto como yo lo he hecho desde dentro, ha sido lo que me ha dado ánimos para poder seguir adelante.

Intento cogerle la mano, pero llevo las esposas y ella mantiene una distancia profesional conmigo. Asiente y sus ojos se llenan de lágrimas.

Daniel nos indica que ya podemos pasar por el control policial. Me retiran las esposas y le doy las gracias al policía que me saluda en un gesto con su gorra.

Es fácil para mí pasar, no llevo ni mi cartera encima siquiera. Lucy es la que más tarda en sacar las cosas del bolso, tal y como le piden. Aprovecho para fijarme en ella; lleva el pelo bastante más corto, tiene bolsas en los ojos y unas grandes ojeras. Parece algo más bronceada y

se nota que ha perdido peso. Ya era una chica de complexión delgada, pero ahora está flaca. No parece algo saludable y no puedo evitar chasquear la lengua. Eso llama su atención y tengo que dejar de revisarla, muy a mi pesar.

—A partir de aquí no te pondrán las esposas. Os voy a llevar a una sala donde esperaremos hasta que nos llame la jueza. Es habitual que entremos primero los letrados y luego las partes. Es probable que no coincidamos con Claire hasta que estemos en el despacho.

Nos lo ha explicado de camino a una gran sala llena de libros. Hay una mesa circular de madera con al menos ocho sillas, y una mesa auxiliar donde hay botellas de agua.

—No debería hacerlo, pero voy a ir un momento al aseo para dejaros solos. El guarda se mantendrá en la puerta, pero os dejará intimidad. —Daniel sonríe mientras deja su maletín sobre la mesa.

El silencio se instala en la sala cuando Daniel cierra la puerta.

—Estás muy moreno y muy rubio —Lucy es la primera en hablar— y delgado. Más de lo que parecías en la fotografía que me hiciste llegar. Pero te veo muy bien, David.

—No tienes muy buen aspecto, Lu. ¿Estás descansando bien? ¿Dónde estás alojada? ¿Utilizaste el dinero de la tarjeta de crédito como te pedí? Dios, tengo tantas cosas que preguntarte que me falta el aire. —Me toco el largo flequillo algo desesperado—. ¿Puedo besarte?

No responde a mi pregunta, sino que se tira a mis brazos desesperada. Me da un beso paciente pero emocionante. No puedo transmitir lo que ha pasado en mi cuerpo al volver a tener su contacto. Me he quedado bloqueado y siento un calor que es el más agradable que he notado nunca. Cuando nuestras lenguas se rozan comienzan sus sollozos. Me duele tener que romper nuestro contacto, pero quizá esto no haya sido buena idea.

—¡Dios mío, David! No sabes lo que ha sido no poder saber nada de ti.

—Claro que lo sé. Tú al menos has recibido dos cartas y una fotografía. Yo solo sé que eres una mandamás en el Valle, que tus papeles y tu permiso de trabajo están en orden y que eres una loca que se mete en fiestas de modelos para salvarme el culo. Déjame que te abrace.

Alargo el abrazo mientras balanceo nuestros cuerpos. Inhalo el olor de su cabello, que me huele a hogar. Es tan pequeña y menuda entre mis brazos.

—Estás súper duro —dice acariciando mi pecho por encima del traje.

—Pequeña Lu, si bajases un poco más abajo sabrías lo que es dureza.

Justo cuando está enrojeciendo como una colegiala, entra Daniel tras llamar convenientemente a la puerta.

—Nos ha llamado ya. Parece ser que no necesita ver a los abogados antes. Bien, a por todas. Tranquilos y serenos, nosotros somos los buenos, que no os hagan dudar nunca.

Nos choca las manos como los jugadores de baloncesto antes de salir a la cancha y, ese gesto de ese hombre tan serio y formal, me ha quitado un gran peso de encima.

Llegamos a la puerta del despacho de la jueza escoltados en todo momento por un guardia que mantiene las distancias.

La veo de reojo y mi corazón da un vuelco.

—¡Tú! Miserable, me has arruinado la vida. Eres un animal, casi me dejas ciega de un ojo. —Claire, parapetada tras unas grandes gafas de sol negras y con la máscara de pestañas deslizando por las mejillas con sus supuestas lágrimas, intenta zarandearme sin éxito.

—Señorita, tiene que mantener las distancias con el señor Kane. De lo contrario me veré obligado a decirle a la jueza Norton que la mantenga fuera de la sala. —Daniel se ha mantenido

sereno, pero he notado a Lu pegarse a mí como una lapa.

—Aléjese de mi cliente, abogado —la abogada de Claire intercede.

—Pasemos —nos indica Daniel, cubriéndonos a los dos con sus largos brazos mientras se queda él en último lugar.

La jueza no va vestida como tal, sino que lleva un traje chaqueta oscuro. Está instalada tras una mesa llena hasta los topes con papeles. ¿Serán todos de mi caso?

Miro a Lu esperando recibir ánimos, pero sus cejas y su rictus serio mientras mira a la jueza es lo único que me encuentro.

—Letrados, quiero comenzar explicando lo extraño que me resulta este caso y lo preocupada que estoy por sus clientes. Tomen asiento.

La sala es muy amplia y han dispuesto sillas en semicírculo frente a la mesa de la magistrada. Elijo el lugar más alejado de cualquiera, no quiero ni escuchar la respiración de Claire cerca de mí. Por su parte están ella y su abogada, y un asiento libre que yo sí sé para quién es, aunque ellas no tienen ni idea.

Por nuestro lado somos nosotros tres y no tenemos más sillas, lo que puede indicar que no esperamos más sorpresas por parte de la acusación.

—Señor Kane, comenzaré por destacar su buena, buenísima evolución que salta a la vista solo con mirarle. Los informes que he recibido desde el centro de rehabilitación no pueden hablar mejor de su persona. Hay mejoras significativas en su participación, y muy buena voluntad en todo. No me alargaré más porque no hay nada negativo que debamos destacar en este momento.

Veo que me mira, levantando la vista de los papeles que tiene delante, pero antes de hablar pido permiso a Daniel solo mirándole a los ojos. Mi abogado asiente.

—Gracias, señoría. La verdad es que he podido descubrir muchas cosas en el tiempo que he pasado en el centro y me he sentido muy querido y comprendido.

—Como siempre, te han lamido el culo, como si lo viera. —Claire, haciendo un gesto de niña y cruzando los brazos y las piernas, ha sido la que ha hablado.

—Señorita McLean, en este momento no me coge usted con la paciencia cargada para aguantar sus sandeces. Letrada, quedamos en que iba a controlar a su cliente, pero veo que sigue sin poder dominarla. Pero, tras las nuevas pruebas que ha presentado la acusación, no me cabe duda de que la señorita McLean va a tener más motivos para quejas.

Ahora es a Claire a la que mira, mientras se ha quitado sus gafas y da un largo trago de una gran taza con una bandera americana que la cubre casi por completo.

—¿Yo? Solo faltaba, señora jueza, que me diga que soy culpable de lo que este animal que está aquí sentado me hizo.

—Claire, te pido que guardes silencio, por favor. Déjame hablar con su señoría.

Claire se quita las gafas y su perfecto maquillaje aparece tras las gafas. No hay ni rastro de sus lágrimas de cocodrilo.

—Ya que tiene usted tantas ganas de ser la protagonista de la historia, señorita McLean, seguiré dirigiéndome a usted. Tenemos nuevas pruebas que la inculpan a usted en una lista de delitos que no me cabe en mi libreta de notas.

—¿A mí? —responde Claire en un tono ofendido.

—Señoría, no tengo noticias de esas nuevas pruebas que menciona. ¿Me permite echarle un vistazo? —La señora Patel, la abogada de Claire, es la que adelanta la mano pidiéndole los documentos.

La jueza Norton asiente y su ayudante, que está en una mesa auxiliar a su derecha, sale de su

escritorio y le entrega dos carpetas a cada una de las mujeres de la acusación.

—Pueden ir ojeando la documentación mientras yo les hago un resumen muy rápido. —Nuevo trago de la taza de la jueza mientras sonríe—. Lo primero que tienen es un *dossier* con los informes que yo había solicitado a la empresa de seguridad que se encargó de acompañar a los actores y resto de personal de la productora durante el viaje. Curiosamente y, en segundo lugar, tienen otro grupo de papeles que dicen exactamente lo mismo que los que yo solicité, pero que me llegaron a través del señor Sam Smith, que era el responsable designado por la productora para acompañarlos en la gira. En esos papeles pueden ver el nombre de todas las personas designadas, sus turnos y lugares en cada parada. Curiosamente ahí aparece el nombre real del llamado «Spike» Michael Mane Spikenssen, que se ha descubierto que tiene una relación sentimental con la señorita McLean y que aparece como uno de sus testigos principales en la acusación.

—Señoría, esto no puede ser cierto. —Patel no da crédito a lo que lee mientras pasa hojas a toda velocidad—. Claire, ¿qué hay de cierto en todo esto?

—No tengo ni idea, no sé a qué se refieren con relación sentimental —dice Claire, en un tono muy bajo que apenas oímos.

—Pues creo que las fotos que verán en el siguiente sobre no dejan lugar a dudas.

No necesito saber a qué fotos se refieren porque las he visto un millón de veces. En ellas aparece Claire de la mano con Spike, sonriendo y comiendo un helado. En las otras aparece dándose arrumacos con el susodicho en un *pub* el mismo día que me metieron en rehabilitación, mucho más mejorada que en el juzgado sin tantos moratones. En la última directamente se lo están montando en una ventana de una casa, se ve a Claire desnuda y entregada al placer.

Las fotos caen de las manos de Claire al suelo y no deja de boquear como un pez. Reprimo una sonrisa y miro de reojo a Lu que se muerde las uñas. Daniel, sin embargo, sonríe tanto que una pequeña carcajada escapa de su boca y ante la mirada de la jueza, carraspea.

—Y para finalizar tenemos que llamar como acusada a la señorita Elizabetha Kostivotha más conocida por ustedes como «Lizzy».

Lizzy aparece en la sala como si hubiesen invocado su presencia. Tiene los ojos rojos, supongo que ella sí está aterrorizada porque Daniel ya le ha explicado el curso de los acontecimientos.

—¿Lizzy? ¡Qué haces aquí! —Claire se levanta como un resorte y la agarra del codo.

—Señorita McLean le recomiendo, por su bien, que se mantenga sentada.

—Pero… —replica Claire a la jueza.

—Y en silencio. Si no, pasará directamente a disposición judicial. Y para que usted me entienda —susurra—, irá directa a la cárcel sin pasar por la casilla de salida y sin tarjeta del Monopoly que valga.

Claire se sienta y comienza a sollozar. La señora Patel no sabe dónde mirar y Daniel intenta mantener el tipo y los nervios sentado en su silla. Lu llora en silencio, sus lágrimas resbalan por su rostro y no puedo más que sentirme un desgraciado por haberla arrastrado conmigo, como mi asistente, a este viaje hacia el infierno.

—La señorita Kostivotha, a la que por comodidad llamaré también Lizzy, está aquí para escuchar los cargos. Señoritas —la jueza se pone de pie y pasa delante de la mesa—, están ustedes acusadas de estafa, falsedad en pruebas, chantaje, falso testimonio, denuncia falsa, simulación de delito, calumnias e injurias. No sé si me he dejado alguna, ¿letrado?

—Han atentado sobre la privacidad e intimidad de mi cliente, señoría; además de menoscabar

su honor y destruir su reputación —responde mi abogado.

—Cierto, ¡por supuesto! —añade la jueza, mientras vuelve a su lugar en la silla tras el escritorio.

Claire cuchichea mientras solloza tirando de la manga de su abogada. La mujer no deja de asentir y soltarse de su agarre.

—Señoría, me gustaría reunirme con mi defendida unos minutos antes de seguir —dice la letrada.

—Permítame que le diga que no, señora Patel. Primero quiero mostrar todas las pruebas y realizar la acusación del señor Kane contra estas dos mujeres que tengo aquí sentadas. Luego, tendremos un receso suficiente para que su defendida y la señorita Lizzy puedan tomar una decisión, o varias, sobre su futuro. Bien, me gustaría que mirasen a esa televisión y presten mucha atención a las imágenes que saldrán a continuación.

Mientras la grabación que realizó Lu comienza a reproducirse en el gran televisor que tenemos frente a nosotros, la rubia y la pelirroja comienzan a llorar. Le han añadido subtítulos y parece una película mala de serie B. Lu está moviendo tan rápido su pierna que parece que vaya a salir humo.

Al finalizar la reproducción la abogada de Claire está totalmente despeinada y, ahora sí, Claire ha perdido la compostura y el maquillaje. Lizzy no ha querido mirar y solloza mientras se cubre la cara con el cabello.

—Señoritas MacLean y Kostivotha, ¿son ustedes las dos mujeres que aparecen en este vídeo? —pregunta Norton.

Lizzy mira desesperada a la abogada de Claire y esta asiente. Claire no deja de mirar a la pantalla y a mí de manera intermitente.

—Yo sí, señoría. Soy la que aparece en la pantalla —dice Lizzy.

—Yo también, señoría —añade Claire.

—La persona que realizó la grabación, ¿recuerdan su nombre?—pregunta Norton.

—Yo sí, se llamaba Louise Jones. Era una nueva modelo que conocimos ese mismo día en la fiesta —Lizzy no se lo piensa al responder.

—¿Seguro que no la conocían de antes? Piensen bien su respuesta porque de esa respuesta dependen varias cosas que pasarán a continuación. —La jueza se quita las gafas y se recuesta en la silla.

Las dos chicas se miran, se encogen de hombros y hablan entre ellas entre susurros. Después le dicen algo a la abogada y ella asiente.

—Señoría, mis... defendidas confirman que no conocían a la tal Louise Jones de antes.

—¿Sus defendidas? —interviene Daniel preguntando directamente a la abogada de Claire.

—Sí, la señorita McLean me ha pedido que defienda a la señorita Kostivotha de las… posibles acusaciones que se puedan verter sobre ella, también.

—¿Y si yo les digo que Louise Jones está ahora mismo en la sala? —Me parece que la jueza está disfrutando algo más de lo que le permite su profesión de esta situación.

Las chicas miran alrededor una y otra vez, se levantan, se sientan y no consiguen centrar los pensamientos hasta que Claire levanta la vista y tras pasar por mi cara, dirige sus ojos hacia Lu.

—¿Tú? Maldita hija de puta… —Claire es rápida y se tira hacia Lu y lo primero que hace es tirar de su cabello.

Lu se levanta como un resorte y deshace el agarre mientras le propina un gran puñetazo en la cara. Yo me he limitado a levantarme y mantenerme tras Daniel que no ha tenido ni que

pedírmelo. Si pongo una mano encima de Claire no saldré de la cárcel jamás.

Tras ese primer puñetazo se ha tirado sobre Claire y la está abofeteando en el suelo. Rápidamente entra el guarda que nos ha seguido y que custodiaba la puerta y las separa.

—¡Señoritas!, qué actitud más impropia de unas damas. De usted me lo esperaba McLean, pero de usted, señorita Prieto…

—Disculpe, señoría, es un acto reflejo aprendido de mi padre. Me enseñó a defenderme y, si me atacan, lo primero que hago es defenderme y luego anular a mi atacante —Lu lo ha dicho tan convencida que la jueza no ha podido más que asentir y pedirle que se siente.

A Claire la sigue reteniendo el agente y no parece que vaya a soltar el agarre.

—Como parece que ha descubierto la señorita McLean la persona que está tras esta grabación es la señorita Lucía Prieto, asistente personal del señor Kane. Para conseguir esta grabación se disfrazó y adoptó otra identidad, pero, en ningún momento, sometió ni obligó a las acusadas a confesar tan rápidamente.

—Señoría, esto bordea la ilegalidad y no puede usted admitirlo a trámite —dice la abogada de Claire y Lizzy.

—Cierto, no puedo, pero quizá deba. Entre otras cosas para dejar claro que estas dos personas, estas dos mujeres que están frente a mí han tenido la suficiente malicia como para acusar a un hombre de algo que no ha hecho y jugar con la ley. Me conformo con que ellas se retracten de todas las acusaciones que vertieron sobre el señor Kane además de hacer una confesión pública sobre sus artimañas, y que acepten las acusaciones que David Kane desee hacer sobre ellas. Nos tomaremos un descanso y solo entrarán las acusadas con su abogada y el señor Kane con el suyo. Señorita Prieto, ruego se mantenga en el pasillo cuando volvamos a concretar todo este...lío.

—Sí, señoría, me gustaría reiterar mis disculpas de nuevo.

—Está olvidado, salgan.

Volvemos a la misma sala donde hemos estado antes de entrar en el despacho de la jueza y, pese a que voy tras Daniel, puedo notarle sonreír solo con mirar su nuca. Hablamos sobre las posibilidades y lo que va a ocurrir ahora y los «mínimos irrenunciables»para mí: que se retracten públicamente, que reciban una acusación oficial y sean fichadas de la misma manera que me ha ocurrido a mí, una indemnización que seguramente acabe donando porque no es por el dinero, es por castigarlas, que se publiquen sus nombres, los nombres de las personas implicadas a las que han untado para hacerlo y acusarlas de perjurio y atentar contra mi honor. Las demás acusaciones han sido parte de la treta para meterles miedo y que confiesen.

No pasan ni veinte minutos cuando nos llama el guarda para que volvamos al despacho, poso sutilmente mi mano sobre la espalda de Lu y un escalofrío la recorre entera. Le huelo el pelo y gruño por lo bajo. Desde donde estoy, veo cómo se eriza todo el vello de sus brazos, me despido de ella alzando la mano antes de entrar.

—Cuéntenos, abogada. Ha sido usted la que ha pedido reiniciar esta reunión —comienza la jueza, con una taza diferente que parece pesada.

—Mis defendidas quieren realizar una confesión y añadir algunas personas implicadas para... compartir responsabilidades —ha dudado al decir eso, mala señal.

—Aquí estamos hablando de sus acusadas, de compartir responsabilidades me encargo yo, que para eso conozco la ley y tengo potestad para hacerlo. Bien, llamaré a la taquígrafa para que conste en acta la confesión —concluye la jueza.

—Señoría, confesaremos lo que es culpa nuestra, pero David debe indemnizarme por el daño

que ha causado en mi vida. —Claire, muy digna y con la cara recién lavada, se levanta encarando a la jueza.

—Señorita McLean, entiendo que está usted muy nerviosa y que no comprende que no está en posición de pedir, pero me siento un poco más relajada, cuénteme qué daños han sido esos, por favor. —La jueza se recuesta a la vez que yo me remuevo incómodo en mi silla.

—David me enamoró, mírelo, ¿quién no se iba a enamorar de él? Es divertido, inteligente y es muy atractivo. Yo estaba preparando mi doctorado y renuncié a todo por él, pedí plaza en una universidad americana para terminar aquí mis estudios y todo se fue a la mierda.

—Señorita McLean, no se pase —amenaza la jueza—, ha dicho usted que la enamoró. Para ello,¿qué usó?, ¿una poción mágica?, ¿la secuestró y la forzó? Tenga cuidado con sus respuestas que están constando en acta.

—No. simplemente fue él, fue… David en estado puro. —Me miró y, por una fracción de segundo mi corazón recordó esos ojos inocentes que no correspondían con esa cara operada ni con ese cuerpo artificial—. Yo tuve que dejarlo todo después de que nuestras fotos saliesen a la luz. Todo el mundo me señalaba por la calle, recibía amenazas de las seguidoras de David, una mujer me pidió ayuda para que David reconociese a su hijo como suyo y decidí… cambiar. Me operé, conseguí trabajo como modelo y mi sueño del doctorado se esfumó —los sollozos interrumpen a Claire.

—Señoría —pregunto educado—, ¿podría dirigirme a la señorita McLean?

—Prosiga, señor Kane —responde la jueza.

—Claire, jamás en mi vida quise hacerte daño. Tomamos una mala decisión, que fue cosa de los dos, nos expusimos y salimos en los medios. Ya te dije que lo que hoy es novedad en una semana está olvidado. Me dejaste tirado en un hotel con una nota, no quisiste volver a hablar conmigo hasta que te pusiste en contacto a través de redes sociales. No estás siendo sincera porque sabes que… te quise, muchísimo. Nunca te hice daño a propósito, jamás —me ha costado sincerarme pensando en Lucy, pero me he prometido a mí mismo, en la terapia, hablar mucho más y ser siempre sincero con mis sentimientos—. Eso que sentiste puede que sea culpa mía, pero no lo hice a sabiendas. Me has destrozado la vida, Claire, me has hecho recaer en las drogas, me has arruinado la reputación y todo… ¿porque tu culo salió en las redes? Pues ahora sale, pero recibes dinero por ello, y está mucho más feo, he de decir.

—¡Señor Kane! —La jueza se ha atragantado con el líquido que está bebiendo que empiezo a pensar seriamente si es café de verdad.

—Disculpe, señoría. La última parte sobraba, pero reitero todo lo demás que he dicho. Nunca he hecho nada para dañar a la señorita McLean, su buen nombre, su reputación o su seguridad.

Claire rompe en llanto, su abogada le acaricia levemente la espalda y ella asiente ante algo que le dice.

—Señoría, van a confesar.

Y de repente, un dolor que llevaba semanas sintiendo, alojado en la parte de abajo de mis costillas, muy cerca del corazón, pero también tocando el estómago, desaparece como por arte de magia.

Tanto Daniel, que va tomando notas, como yo, escuchamos el relato desde la conexión a través de redes sociales. La jueza realiza apuntes aquí y allá y corrobora muchas de las cosas que dice Claire confirmando con las propias acusadas las pruebas que hay en diversas carpetas.

La relación sentimental con el gorila no es tal. Es otro que ha caído en sus garras y que la está manteniendo y encubriendo, mientras ella está con esta farsa. Comienzo a sentir verdadera

lástima por esta chica, está enferma. Ella me ha hecho llegar a terapia y ahora veo que debo darle las gracias. Todo el mundo debería acudir al psicólogo al menos una vez en su vida, como una revisión de un coche. Para ver que todas las tuercas estén en orden, que no hay que hacer cambios ni hay que desatornillar algo porque está soportando mucha presión y, en cualquier momento, va a explotar con consecuencias terribles.

Cuentan que el gorila atacó a Claire y el alma se me cae a los pies. No sabía nada de eso y por el chasquido de la lengua de Daniel, él tampoco. ¿Qué clase de hombre soy que arrastro a las mujeres a una espiral de sufrimiento sin enterarme?

Aceptan los cargos de los que se las acusa, ambas pasarán a disposición judicial hoy mismo. En las puertas del juzgado se convocará una rueda de prensa en la que me pedirán perdón y se retractarán de todo lo que han hecho y dicho. Y pese a que van a cumplir condena, primero tienen que pasar por un centro de rehabilitación porque no solo han confesado consumir de manera habitual drogas y alcohol, sino que parece que también roban en tiendas. Unas joyitas de la corona, que diría mi madre.

No me había dado cuenta de que tenía los puños cerrados y las manos agarrotadas hasta que la jueza me tiende la mano.

—Señor Kane, ¿se encuentra usted bien? Letrado, acérquele una botella de agua a su defendido.

—No te molestes, Daniel. Estoy bien, señoría, me he quedado impresionado con la confesión, eso es todo —digo, mientras agacho la cabeza.

—David —me llama la jueza en un tono más cercano—, lamentablemente me veo expuesta a estas situaciones más de lo que me gustaría. Quiero que sepa que voy a solicitar que se limpie su expediente porque ha sido usted un acusado ejemplar y, me consta, que deja usted mejorsu camino del que podría creer. Sé que ahora no lo puede ver, pero le auguro un gran futuro. Es usted un caballero, de los pies a la cabeza, y permítame que le diga que tiene usted un aspecto inmejorable. Me alegra muchísimo su decisión de ingresar en el centro sin yo siquiera proponerlo. Ya he decretado su libertad inmediatamente, no se ha dado usted cuenta, señor Kane, pero usted ya vuelve a ser un hombre libre.

CAPÍTULO 45

Lucía

Tengo a David a mi lado temblando como una hoja. Su cara intenta mostrar serenidad sin conseguirlo. Desde que le conocí nunca había visto su vulnerabilidad en público, era capaz de mostrar una apariencia impecable y estar nervioso o ansioso. Nadie podría no darse cuenta ahora, de que es un hombre emocionado pero derrotado.

Está despidiéndose de la jueza, ya en un ambiente más distendido, mientras intenta separarse del grupo y me mira continuamente.

Nada más salir del despacho, con Daniel pisándole los talones, me hizo un OK con los dedos que me emocionó hasta hacerme sentar de nuevo en la silla y romper a llorar.

Cuando veo desaparecer a la jueza por la esquina del pasillo y a Daniel echando un vistazo a la pantalla de su móvil entiendo que es el momento de marcharnos y un millón de dudas se agolpan en mi mente. ¿Dónde vamos a ir? ¿Qué va a pasar a partir de ahora?

Me giro, tras recoger mi bolso de la silla donde me había derrumbado y no me da tiempo a prepararme para ver acercarse a David hacia mí como un huracán. Pone sus manos a ambos lados de mi cara y me da un beso que me hace temblar las piernas. Me eleva haciendo que las puntas de mis dedos de los pies parezcan las de una bailarina para llegar a donde quiero llegar. Nuestras lenguas bailan una danza ya conocida y, cuando un gemido extraño surge desde la garganta de David, Daniel carraspea a nuestra espalda.

—Chicos, no seré yo el que quiera joder el momento, pero… seguimos en un juzgado. Vámonos a celebrarlo y ya os libráis de mí, espero que para una larga temporada. —Palmea la espalda de David haciendo un sonido muy ruidoso.

Sonrío embobada mirando al nuevo David, es un hombre tan parecido físicamente al otro David que me resulta raro diferenciarlos. Pero, una sola mirada a esos preciosos ojos, es suficiente para ver qué ha cambiado.

Escuchamos atentos las palabras que Claire, entre hipidos, va leyendo de un papel que tiene delante de ella frente al atril que le han preparado a la salida de los juzgados. Estoy acostumbrada a ver este tipo de parafernalias en las series de abogados y fiscales que tanto me gustan, pero jamás pensé tener que vivirlo en directo. No ha hecho mucha falta convocar a nadie porque casi toda la prensa interesada en el caso, o sea, toda la del país y algunos medios internacionales, ya estaban aquí desde primerísima hora de la mañana.

Con una treta más que ensayada, mientras su abogada le palmea la espalda, Claire dirige su mirada a David.

—David, sé que he obrado mal y lo siento. Te quise más de lo que mi corazón supo soportar y siempre fuiste demasiado para mí. Lamento mucho todo lo que he hecho y…

Sus supuestas lágrimas invaden su cara y los sollozos hacen las delicias de los fotógrafos. David asiente, se pone sus gafas de sol y, abrochándose los botones de su americana en un gesto que siempre me parecerá la sensualidad en persona, nos marchamos escaleras abajo hasta el coche.

Nos acercamos a un restaurante que no tiene nada de glamuroso, pero que nos permite tener la intimidad que necesitamos. Daniel se ha deshecho el nudo de la corbata y David se ha quitado la americana y se ha subido los puños de la camisa. De nuevo la sensualidad hecha hombre está frente a mí. El color de la camisa destaca con su bronceado, sus brazos están más delgados, pero sin embargo parecen mucho más fuertes.

—Entonces, David, ¿qué planes tienes? —pregunta Daniel dando un largo trago a una de las jarras de cerveza más grandes que he visto en mi vida.

—No lo sé —responde seco, saboreando su agua con gas.

No me ha pasado desapercibido la falta de tacto de Daniel al pedir alcohol frente a una persona que ha salido de rehabilitación. David, por su parte, me ha animado a pedir una copa de vino blanco que tanto me gusta, pero le he dicho que hacía calor y prefería pedir un refresco.

La comida transcurre entre chascarrillos y firmas de documentos aquí y allá. La mitad de las veces intento centrarme en la conversación de los dos hombres y lo consigo. La otra mitad tengo un mal presentimiento que me persigue desde que David atravesó el umbral del despacho de la jueza Norton.

Nos despedimos del abogado, que ahora lleva la camisa también por fuera y unos coloretes relucientes en sus mejillas y nos quedamos parados en la puerta del restaurante mientras le vemos partir.

—Bien, tengo varias propuestas para ti, Dave.

—Soy todo oídos.

—Pese a que no hemos tenido mucho tiempo para hablar, supongo que sabes que vivo con Sam —David asiente mientras aprieta la mandíbula—, pero Sam está de viaje y la casa está vacía. Es decir, que podemos ir allí hasta que…

—Me parece bien, Lu.

David llama a un taxi y le digo al conductor la dirección de la casa de Sam. El trayecto se me hace eterno, David se acaricia la barbilla mientras su mirada está perdida en la ciudad que pasa rápida delante de nosotros. Me siento extraña, como si no tuviésemos nada de lo que hablar pese a que me muero de ganas de contarle cosas sobre mi trabajo,aunque, más aún, quiero que me cuente cómo está viviendo todo lo que ha ocurrido.

Cuando pago al taxista y llegamos a la casa de mi amigo, David se para frente a ella y la admira.

—Desde luego es un cabrón con mucho gusto —dice David, sonriendo ante la belleza de la construcción.

Pasamos y me sorprende encontrarme a Garfield en la puerta.

—¡Hola, Gar! —Me agacho y acaricio su lomo, que enseguida levanta ante mi roce—. Te voy a presentar a alguien muy especial.

Me giro para mirar a David que sonríe divertido. Se agacha y deja que el gato huela su mano. Este al principio se separa temeroso, pero Dave, paciente, mantiene la mano ahí mientras respira despacio. Finalmente el felino cae rendido panza arriba y yo aprovecho y hago una foto de Dave acariciando al gato.

—¿Por qué me haces una foto? —me pregunta.

—Sam adora a este gato, pero el gato odia a Sam. La última vez que se vieron Gar le mordió los huevos. Cuando vea esto se va a cabrear tanto…

David acaricia al gato con más ganas hasta que este, amablemente y sin sacar las garras, le

golpea con su pata como pidiéndole que no sea pesado.

—Ven, te enseñaré la casa. —Voy abriendo ventanales a mi paso.

Dave parece encantado con la visita y le noto algo tenso, pero no me preocupa. Ha pedido que le traigan sus cosas a esta dirección desde mi móvil y no tardarán en llegar. Mientras ha dejado la americana en la habitación, se ha descalzado y está apoyado en el ventanal de mi habitación, el que da al jardín.

Salgo del baño y su silueta se recorta frente al sol. No puedo reprimirme más y me aprieto contra él desde su espalda. Sorprendido por mi agarre, me acaricia las manos y me deja hacer. Comienzo, lentamente, a quitarle los botones de su camisa cuando frena mis manos.

—Lu, calma.

No comprendo a qué se refiere, estamos solos y su beso del juzgado me ha parecido de todo menos calmado. Noto una vibración en sus pantalones y veo que ha recuperado su móvil de mi mesita de noche.

Mira la pantalla, sonríe de medio lado, y apaga el teléfono lanzándolo sobre la cama. Justo en ese momento, llaman al timbre.

—Con suerte es mi ropa, ¿te importa ir a abrir por si es algún periodista? me aterroriza que nos hayan seguido hasta casa de Sam y le jodamos la intimidad para siempre —me pide, cogiéndome de las manos.

—Para nada, está hecho, «jefe» —he intentado sonar tan condescendiente como he podido.

Efectivamente es el mensajero que ha traído su ropa. Le doy una propina y le agradezco la rapidez. Cargo con las bolsas hasta la mitad del pasillo donde David ya sale a recogerlas.

—¿Podría darme una ducha? Después me gustaría recuperar mi cartera, mi dinero y poder salir a comprar una nueva tarjeta para el teléfono. Quiero un nuevo número.

—¡Claro!, perdona, no se me ha ocurrido que estarías cansado. —Le tiendo un juego de toallas del armario del pasillo y Gar se introduce en mi baño antes que David, que sonríe al felino a su paso.

—No sé si me convence desnudarme delante de este gatito. —Dave me mira, sensual.

—¡Gar!, ven aquí y deja en paz a nuestro invitado. Necesita intimidad. —A los pocos segundos la cabeza del gato asoma mirándome con sus orejas puntiagudas. Pasa frente a nosotros de vuelta al salón protestando y refunfuñando como solo los gatos saben hacer.

Dave desaparece tras la puerta del baño mientras yo comienzo a sacar de una mochila todos los objetos que tengo de David y los coloco encima de mi cama.

Cuando estoy preparando un té en la cocina con Garfield en la encimera, oigo unos pasos silenciados por la alfombra y me giro. David con el pelo revuelto y mejor cara aparece ante mí con unos pantalones cortos grises y una camiseta sin mangas de color blanco. Noto cómo se me descuelga la mandíbula al segundo, pero me doy cuenta de que es demasiado tarde para cerrarla al ver a David sonreír como un crío.

—Lu, no puedes imaginar lo que he echado de menos las expresiones de tu cara. Me estás mirando como si no me hubieses visto nunca.

—Bueno, es que estoy sorprendida de que seas tú el que aparece por el pasillo, nada más.

—¿Sorprendida o decepcionada?

—Dave, yo…—Su carcajada me hace levantar la vista.

—Lu, estaba bromeando. ¿Podría tomar un poco de café? Ahora mismo no tengo cuerpo para un té como el tuyo.

—Pues justo te iba a decir que, ya que salimos con la tarjeta podemos comprar un par de

cosas que necesito, entre ellas, café. Y si te apetece quedarte, claro, algo para preparar la cena.

—¡Claro!, deja que coja mis cosas…

—Están encima de la cama, espera, que te muestro.

Le acompaño de vuelta al dormitorio y me extraña que no las haya visto al salir del baño. La habitación huele a mi champú y a mi gel, mezclado con un almizcle que es Dave en estado puro.

—Todo esto es lo que yo tenía en tu mochila.

Selecciona varios objetos que me va entregando: su teléfono, el iPad, un libro y algunas cosas como chicles, hilo dental, varios pares de gafas de sol y pañuelos.

—Del resto nos vamos a deshacer. El reloj lo vamos a empeñar y la primera persona que veamos por la calle que necesita el dinero se lo daremos. La gorra la puedes donar y la ropa que conserves mía que no me llevé al centro, también.

—Dave, pero ¿qué ocurre? —Intento comprender por qué hace esto.

—Nada, simplemente son cosas que he visto que no necesito. No quiero un enorme reloj que me esté diciendo que el tiempo pasa rápido porque ya lo sé, no necesito corbatas caras de seda porque no las voy a necesitar y porque, además, nunca me ha gustado llevar corbatas. No voy a necesitar más trajes, y conservaré el que he llevado al juzgado de momento por si acaso. Simplemente son cosas de un pasado, de una vida, que quiero dejar atrás.

—Ya veo. ¿Todo lo de esa vida lo quieres dejar atrás?

Me mira entendiendo perfectamente mi pregunta. Achina sus ojos de manera suspicaz como buscando una respuesta.

—Lu, me apetece muchísimo hablar contigo, contarte cosas, pero, sobre todo, saber de tu trabajo, de tu vida desde que entré en rehabilitación. Me apetece —acorta el espacio que nos separa— abrazarte, tocarte y agradecerte todo lo que has hecho por mí. Pero primero un café y un número nuevo. Quiero avisar a mis padres cuanto antes para que me tengan localizados y mi madre no muera de un ataque cardiaco. Les he enviado un mensaje corto para decirles que estaba fuera, y que verían la rueda de prensa de Claire en los medios. Ahora quiero tener un nuevo número y olvidarme de todo.

—De acuerdo, vámonos.

Noto cómo me observa mientras conduzco el coche de Sam. En cada semáforo suspira y frota sus palmas contra los pantalones cortos. Nunca antes le había visto con este aire tan desenfadado.

Hemos hecho una compra digna de evaluar con todos los caprichos que se le han venido a la mente a David. Dice que se lo va a comer todo, pero no me queda claro si luego no acabará en el hospital.

—Nunca me llevan en coche —dice finalmente, tras un silencio incómodo de vuelta al coche.

—Siempre hay una primera vez para todo, Dave.

—Eres *supersexy* también conduciendo. —Me acaricia el borde de la mandíbula y me siento como Gar, restregándome contra su mano.

Sonrío y me animo a comenzar una conversación. Le cuento sobre mi trabajo. En cuanto he comenzado la charla, lo he visto relajarse y centrarse al cien por cien en la conversación. Me ha hecho preguntas realmente interesantes sobre el *core* de la empresa y le interesa saber si buscan inversores.

—Entonces tu residencia debería estar en San Francisco, ¿no? —me pregunta, metiéndose un puñado de patatas en la boca.

—Técnicamente sí, pero tengo la posibilidad de teletrabajar siempre. Tenemos muy buenas

herramientas propias para la gestión de equipo, tengo desarrolladores en cuatro husos horarios diferentes, es la maravilla de la tecnología. —Le pido permiso en un semáforo para coger patatas de la bolsa.

—¿Sabes que te brillan los ojos hablando de tu trabajo? —me dice, con un deje en la voz que no reconozco.

—No lo sé, pero, me lo imagino. Me encanta mi profesión, y he encontrado una empresa que confía en las personas. Da igual tu sexo, tu lugar de procedencia y tu titulación. Lo que quieren es que sepas hacer tu trabajo, que te comprometas con tu proyecto y que sepas pedir ayuda.

—Me encanta —dice muy feliz—, me encanta que seas tú quien esté ocupando ese puesto, que sea una empresa de tu país la que tenga las ideas, que puedas seguir viajando y que te den el trabajo que te mereces. Uno que te haga brillar.

—Muchas gracias, Dave. —Palmeo su muslo y mi mano se electrifica.

Justo cuando estoy comentando que me gustaría salir de casa de Sam e instalarme en otro lugar, llegamos a la casa. Descargamos toda la compra y hacemos café. La primera taza la engulle, me sorprende al cerrar los ojos y suspirar.

—¿No has tomado café en todos estos meses? —le pregunto sorprendida.

—Descafeinado —me dice rápido—, no hay ningún tipo de estimulante a nuestro alcance, ni bebidas con cafeína, ni té, nada…

—¿Puedes beber café? —me siento estúpida al hacer la pregunta, pero tengo dudas después de lo que ha dicho.

—Tengo permiso para beber café y alguna cerveza de vez en cuando. El alcohol nunca me ha supuesto un problema, la verdad. Pero he decidido que no beberé, puesto que puede ser un detonante, un recordatorio para mi mente que enlace unas situaciones con otras. Pero café, sí.

—¿Y si te haces adicto al café? —Sonrío graciosa.

—Pues me uniré a los millones de personas que lo sois, podremos montar un grupo y charlar de las maravillas de los diferentes cafés del mundo. —Deja la taza sobre la encimera y me agarra por la cintura—. ¿Puedo besarte?

—Dave, no tienes que pedirme permiso.

—Sí, sí que tengo. Me siento más cómodo haciéndolo.

—En el juzgado no lo has hecho y no ha pasado nada.

—Lo del juzgado no era un beso, era respiración, alivio y alegría. Dime —agita mis caderas entre sus grandes manos—, ¿puedo?

Me tiro a por él sin responder. Yo no siento que tenga que pedirle permiso para nada, a estas alturas. Me estrecha entre sus brazos y, de nuevo, un gruñido acude a su garganta.

Me carga con una facilidad pasmosa y me pone sobre la encimera. Vuelve a agarrarme entre sus grandes manos y me mira con una intensidad que me deja paralizada.

—Gracias —dice posando su frente contra la mía.

—No tienes que darme las gracias.

—Gracias por haber creído en mí desde el primer momento, por no haberme dejado caer y por lo que has luchado. Siempre gracias.

—De nada, Dave.

—Echaba de menos mi nombre en tus labios. Dave, suena tan bien… —su voz es ronca, ronronea como un gato.

—Te he echado de menos cada uno de los días que he pasado sin ti. Te aparecías en sueños, he tenido unas terribles pesadillas. Me parecía ver tu cara en la pantalla de mi ordenador cuando

me bloqueaba en el trabajo, me parecía verte doblar la esquina y perseguía tu fantasma. Te has colado en mi vida, en mi alma, de una manera que no puedo verbalizar.

—Mi Lu, mi pequeña Lu.

Este beso arrasa con todo. Me transporta hasta la habitación sin hacer apenas un esfuerzo. Posa mi cuerpo con cuidado sobre la cama y se quita la camiseta.

—¡Madre mía! —la expresión sale de mi boca sin que pueda detenerla—, tienes unos bultos aquí que antes no tenías. —Me incorporo y acaricio la goma de sus pantalones que caen sobre unas líneas que solo había visto en ciertos hombres.

—Si sigues acariciándome así y ahí, el bulto lo vas a encontrar en otro sitio.

—¡Eres un ordinario!

—Y sé lo mucho que te encanta —dice pícaro—. Lu, no puedo asegurar que la primera vez, vaya a ser suave. Necesito saber si estás preparada.

—¿La primera vez? Eso suena a promesa.

—Ya sabes que soy un caballero, jamás haría una promesa que no pudiese cumplir.

—Siempre, Dave. Siempre estoy preparada para ti.

Se tumba sobre mí sin darme tiempo a respirar. Nos convertimos en nudo de brazos y piernas que acarician todas las partes del cuerpo que tenemos al aire. Apenas se separa unos segundos de nuestro contacto para desnudarse entero.

—¡Mierda! —dice totalmente desnudo frente a mí.

—En el cajón de la mesita —respondo mientras me quito la ropa y me vuelvo a tender en la cama.

Me mira extrañado por esa facilidad que tengo para leerle la mente, pero no se lo piensa y vacía el contenido de la caja sobre la mesa de noche, y parte de los preservativos caen al suelo desparramados.

—Señor Kane, eso es una promesa muy gorda.

—Pamplinas —replica, arrojando el sobre plateado vacío al suelo.

Vuelve a tumbarme mientras me mueve y me centra en la cama. Acaricia mis piernas y llega a la cara interna de mis muslos. Cuando nota mi humedad cesa en su roce y me mira.

—¿Cómo puedes estar siempre tan receptiva? —pregunta, introduciendo uno de los dedos con los que me ha acariciado en su boca.

—Porque eres tú quien me provoca estar así.

—¿Yo? Quizá algo tiene que ver tu mente calenturienta.

—¿Seguimos hablando o empiezas a cumplir tus promesas? —Le agarro con mis piernas y le obligo a tumbarse sobre mí.

Profundiza un beso que comienza entre sonrisas. Ahora somos choque de dientes y mordiscos. De un solo movimiento está dentro de mí. No puedo evitar gritar y nos hemos olvidado de cerrar las ventanas. Otro movimiento y pierdo cualquier preocupación que ocupase mi cabeza. Deja de besarme para separar nuestros cuerpos y poner mis piernas sobre su pecho. Las plantas de los pies quedan a la altura de su boca y comienza a regalarme unos pequeños mordiscos que me relajan, pero me ponen a cien al mismo tiempo.

—Dios —atino a decir y me sale en español.

—Ya te he dicho que soy yo, nena. Soy Dave. —Reanuda sus movimientos y, con cada embestida, me desliza por la gran cama.

Justo antes de llegar al borde se da cuenta de que me voy a caer y me gira y me pone sobre él.

—Móntame, porque si sigo yo, no vas a llegar. No puedo más —me pide.

Estoy desmadejada sobre su pecho y no soy capaz de moverme. Solo puedo sonreír porque no se ha dado cuenta de que, en la segunda estocada, ya he llegado y he sobrepasado mis límites. Levanta mi cabeza y cuando me ve sonreír, vuelve a girarme, a retomarlo donde lo ha dejado.

Dice algo que no puedo comprender entre dientes y sigue embistiendo. Me llena entera y su olor es magnífico. El calor de su cuerpo y la textura, está tan guapo.

—Joder, Lu, joder.

—Parece que eso es lo que estamos haciendo.

Levanto mínimamente las caderas y el roce se vuelve el placer más grande que he sentido nunca. Un orgasmo enorme me llena, me cubre, como lo está haciendo David que cae sobre mi cuerpo húmedo por el sudor y con la respiración entrecortada.

Retira su peso y se pone a mi lado. Estamos sobre el edredón de Sam, no hemos llegado a abrir ni la cama.

—¿Cómo estás? —me pregunta, alargando la mano y cogiendo la botella de agua que había dejado en mi mesita.

—Recién follada —contesto.

Escupe el agua que tenía en la boca y se ríe feliz.

—¿Y tienes la poca vergüenza de llamarme a mí ordinario? Señorita Prieto, es usted una caja de sorpresas. —Me besa divertido y me tiende la botella.

Niego, no quiero ni puedo moverme. He sufrido dos orgasmos tan brutales que prefiero que no cumpla su promesa.

Aparta un lado del edredón, y abre la cama. Me levanta con suma facilidad y me introduce dentro. Justo después de que retire la otra parte de la ropa de cama, noto su calor a mi lado.

—¿Cómo estás tú? —pregunto, girándome hacia él.

—Me ha gustado mucho, muchísimo. Es más de lo que he estado deseando.

—¿Has pensado mucho en este momento?

—Cada puto día, Lu. A veces me veía a mí mismo con una erección en medio de una sala llena de gente viendo una película porque me acordaba del roce de tu pelo en mi brazo, o me entraba la risa al recordar la última noche que pasamos y cómo atesoré cada uno de tus olores, de tus sabores, de tus suspiros. Joder, cada puto día. Ha sido una tortura.

—¿Te has tocado pensando en mí? —No sé por qué me tapo con la sábana al hacer la pregunta.

Sé que está sonriendo sin verle la cara, como también sé cuál es su respuesta. Comienza a tirar de la tela que cubre mi rostro y me encara, sonriente.

Lleva mi mano a su entrepierna y una dureza me sorprende.

—Me he tocado pensando en cómo me ibas a tocar tú. ¿Tu amigo a pilas ha sido suficiente para ti?

Enrojezco al pensar que lo dejé olvidado en el hotel y que no he salido a comprar otro. Niego con la cabeza mientras comienzo a acariciarle suavemente.

Entrecierra los labios y deja salir un suspiro. Se lo robo con un beso y le tumbo de espaldas.

—Perdí mi amigo a pilas, así que no he podido aliviarme como yo quisiese. Pero —deshago mi recogido y dejo que mi cabello caiga por su cuerpo mientras bajo a su entrepierna—sí he pensado en todas las cosas que quería hacerte. En cómo me gusta tu cuerpo, pero ahora todo es más.

—¿Más? —dice, intentando aparentar una serenidad que no tiene.

—Tu eres más. Estás más bueno si es posible, más moreno, más rubio. Eres aún más guapo y

tengo la sensación de que has crecido —he dicho todas las palabras despacio mientras hacía una pausa en cada una para lamer la punta de su polla—. Tú eres más, eres mejor que cualquier amigo a pilas.

La introduzco por completo en mi boca, dejando que mis dientes rocen levemente esa piel tan suave suya. Dave lleva sus manos a mi cabeza, pero luego me suelta y las mete bajo la almohada. Me incorporo para observar la perfección que tengo frente a mí. Entreabre los ojos y me mira sonriente.

—Si llego a saber que estaba tan gordo, me habría puesto a dieta antes —me dice mientas se acaricia el estómago resaltando sus abdominales y llega hasta su erección. Comienza a masajearse mientras me mira.

Golpeo su mano y cojo el relevo con la boca. Despacio primero, pero cuando la noto responder ante mi roce, decido pasar a la acción.

Me retiro y me pongo de pie en la cama.

—Tengo una sorpresa para ti, Dave.

Consigo que centre su vista en mi cuerpo. Estoy desnuda mirándole fijamente mientras coloco mi cabello sobre mis pechos.

Poco a poco me agacho para darle un casto beso. No me funciona nada bien porque me agarra y me sitúa a horcajadas sobre él. De un solo movimiento, la meto dentro.

—Lu, coge el condón —susurra presa del placer mientras bloquea mis caderas.

Me agacho mientras muevo muy despacio la cadera, para quedar a la altura de su oreja. Paseo mis pechos por su torso y me agarra fuertemente de las caderas.

—Esa es la sorpresa, Dave. No necesitamos condones. Sé que no te gustan y llevo meses tomando la píldora. —Para finalizar, muerdo el lóbulo de su oreja y siento que ya no puede contenerse más.

Se incorpora mientras la mete hasta el fondo. Mi idea era liderar esta batalla, pero he caído rendida ante su poder. Me mueve a placer y me encanta cómo consigue deslizarme en toda su largura, cómo me llena y cómo finaliza cada movimiento con un golpe seco que impacta directamente en mi clítoris.

Agarro su pelo y le pido, sin palabras, poder ser yo la que me mueva. Relajo de nuevo mis músculos y procuro albergarle entero. Le tumbo y comienzo a moverme en círculos mientras él me acaricia los pechos.

Se vuelve a incorporar y se mete uno de los pezones en la boca y, tal y como le he hecho yo antes, deja que sus dientes lo rocen levemente. No puedo más y de dos bruscos movimientos me corro gritando su nombre. No deja que me separe de él y reanuda los movimientos secos que nos han llevado hasta aquí y se vacía en mí, mientras me muerde el cuello y tira de mi pelo.

Me tiende la caja de pañuelos de la mesita mientras me cubre de besos. Volvemos a introducirnos tras las sábanas y le miro a la cara. Está rojo, más bien rosa, y tiene un brillo increíble en la mirada.

—¿Cómo es posible que tengas los ojos más grandes y más grises? Ahora tienen unos matices verdes y azules que antes no tenían.

—Quizá es que ahora veo de verdad, todo. Comprendo más cosas y soy más sabio. —Se incorpora sobre un codo y me coloca un mechón de cabello tras la oreja—.O quizá es que tengo el Sol frente a mí personificado en una belleza española preciosa, que llena todo de luz y transforma la vida a su paso.

Su beso sobre mi mejilla es sentido y siento que me sonrojo.

Oigo sus tripas sonar, y a él carraspear intentando disimular.

—Del uno al diez, siendo el uno estar listo para otro *round* y el diez querer comer, ¿en qué punto estás? —le pregunto, tirando de la sábana y dejándole desnudo frente a mí.

Coloca las manos tras su cabeza y cruza las piernas a la altura de los tobillos. Sigue siendo, en muchas cosas, el mismo David de siempre.

—No te negaré que es una puntuación difícil de confesar, pero estoy en un doce.Si no repongo líquidos creo que no podré hacer nada más que dormir. —Bosteza y los ojos se le llenan de lágrimas—.Te propongo que nos duchemos, y luego comamos algo.

Ahora es él quien retira la sábana de mi cuerpo al salir de la cama. Aprovecho para ver la parte trasera de su cuerpo, que aún no había tenido oportunidad. Los hombros han ensanchado y el culo… el culo merece un mordisco. No puedo resistirme y me tiro de la cama para morderle cuando está a punto de entrar en el baño.

Se gira mientras guiña un ojo y se rasca la zona.

—Ya te enterarás tú de lo que es un mordisco… —dice abriendo el grifo de la ducha.

—¿Más promesas? Se te acumulan los problemas, David.

—*Se te acumulan los problemas, David*. Ven aquí y dúchate conmigo, mujer. —Para mi sorpresa, ha imitado mi acento casi a la perfección.

La ducha no ha acabado siendo tan relajante como pensamos en un principio. Una cosa nos ha llevado a la otra y acabamos los dos gritando cuando un orgasmo brutal nos pilla desprevenidos.

Decido coger su camiseta y unas braguitas nada más mientras me voy a la cocina para preparar algo.

David aparece frente a mí totalmente desnudo.

—Veo que hay costumbres que no cambian, ¿podrías ponerte algo? —señalo con el cuchillo.

—¿Algo como has hecho tú o algo de verdad?

Miro hacia donde señala y veo que mis pechos se escapan de su camiseta de tirantes que me queda enorme. Me río y me la quito, quedándome solo con las bragas.

Se aleja de la cocina y vuelve con unos pantalones de algún equipo de baloncesto, que no recuerdo haberle comprado, y me acerca una camiseta también blanca impecablemente doblada.

Me la pongo y esta sí que me cubre entera. Tiene un olor que no reconozco y me coloco un delantal porque me da miedo mancharla.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta.

—Coge los huevos y bátelos. Vamos con un clásico, tortilla de patatas.

—Es uno de los platos que siempre pedía a María que me preparase. ¿Qué sabes de ella? Prometo llamarla pronto —dice mientras señala la huevera preguntando cuántos.

—Cinco —indico—.Hablé con ella hace dos días y le he enviado un mensaje a ella y a Karen rápido mientras Claire tenía su minuto de gloria.

—Lo mejor será que no volvamos a hablar de ella. Cuando termine el juicio, ya no tendré más relación ni con ella ni con Lizzy. Me dan pena, en realidad. Pero no puedo evitar sentirme muy culpable por todo lo que ha llevado a que ella cometa esta locura. —David ha comenzado a cortar quesos y a preparar una ensalada sin que le diga nada.

—¿De cuánto va a ser la indemnización?

Encoge los hombros mientras se mete un trozo de queso en la boca, que degusta apreciando cada matiz.

—Realmente no me importa. No quiero su dinero. Prometí a la doctora Wilson que, si

conseguía el dinero, lo donaría para que pudiesen hacer un pabellón de deportes en el centro de rehabilitación.

—La doctora Wilson, ¿eh? —Vuelvo a batir los huevos que él ya había batido, pero con mucho ímpetu.

—Las españolas tenéis un verdadero don para que, batir unos huevos, se convierta en un sonido aterrorizante. ¿Qué te pasa? —agarra mis manos y me obliga a mirarle—, ¿por qué has dicho el nombre de Linda de esa manera?

—Ahora es Linda. Vaya.

—¿Es posible que no entienda lo que te pase, pero que me parezcas adorable? —me dice, ofreciéndome un trozo de queso.

Se lo quito de la mano y lo tiro sobre la encimera.

—Dos cartas en no sé cuántas semanas. Dos. Y en la segunda todo era «la doctora Wilson, esto; Linda, lo otro». —Me silencia con un beso que sabe al refresco que se está tomando.

—Lu, la rehabilitación es un proceso muy difícil. De las primeras cosas que te recomiendan es que no comiences una relación durante el tratamiento. Acabé llamando por el nombre a todos mis médicos y enfermeras porque no soportaba el tonito que usaban cuando me llamaban señor Kane. Para mí, el señor Kane es mi padre. No quiero volver a ser un señor hasta que peine canas, al menos.

Hago un mohín y sigo cocinando la tortilla. La dejo cuajando en la sartén que Sam ha comprado solo para aprender a hacerlas, y le vuelvo a mirar.

—No te escribí más porque he estado meditando mucho sobre todo lo que quiero que pase a partir de ahora y no sé por dónde empezar a hablar. Preferiría disfrutar del día de hoy, dame unas vacaciones de preguntas y respuestas y mañana, con la mente despejada por unos cuantos orgasmos más, hablamos.

Esa promesa y lo que me trasmiten ahora sus ojos, opacados de repente, no me gusta nada.

Mira el resultado de mi tortilla y se agacha a olerla.

—¿Qué vas a cenar tú? —me pregunta mientras se lleva la tortilla a la mesa de la terraza sin que yo le diga nada.

—¿No pensarás comerte una tortilla de cinco huevos, una ensalada doble, una tabla de quesos y un refresco de una sentada?

—Pues yo te diría que sí y que vayas preparándote otra cosa.

Con el aire chulito que le ha caracterizado siempre, se sitúa mirando al jardín y comienza a cortar pequeñas porciones de tortilla que se introduce en la boca relamiéndose de placer.

—E*scojoneda.*

—Perdona, ¿qué has dicho?—le pregunto.

—Está cojonuda. Eso he dicho —responde en español de nuevo.

—¿Ahora hablas español? —le pregunto en el mismo idioma.

—Siempre he hablado español, Lu. Lo que pasa es que desde el instituto apenas practicaba.

—Ya veo.

Termino mis huevos revueltos con champiñones y le pregunto si podemos compartir la ensalada.

Me dice que solo si se los doy a probar. Empiezo a pensar que a este hombre no le han dado de comer en todo este tiempo.

Por la mañana, tras una noche de hacer el amor muy lento antes de quedarnos dormidos, soy

incapaz de dejar de darle vueltas a algo. Cuando me despierto, él sigue dormido, roncando más bien, así que aprovecho para meterme en el baño a peinarme y lavarme los dientes. Al cabo de unos instantes, le escucho canturrear. Así pues, cansada de darle vueltas al tema, incapaz de acallar a mi mente por más tiempo, salgo dispuesta a que me lo aclare.

—Buenos días. —Sonrío apoyada en el quicio de la puerta.

—¡Buenos días! —exclama estirando los brazos hacia arriba—, ¿por qué te has levantado tan temprano? Ven —palmea el colchón a su lado—, vuelve a la camita conmigo.

—Es muy tentador, pero me parece que me quedaré aquí porque si no acabarás camelándome otra vez y necesito que hablemos. —Sonrío de lado y me cruzo de brazos, apoyando la cadera en el marco.

Yergue el cuerpo y apoya un codo en la cama, mirándome de arriba abajo con lascivia.

Pongo los ojos en blanco y chasqueo la lengua.

—Ya sé que ayer me dijiste que querías disfrutar del tiempo juntos, pero necesito saber a qué te referías con lo de que has meditado mucho y que no sabes por dónde empezar a hablar.

En cuanto escucha mis palabras, le cambia el gesto de la cara. Se mueve en la cama y apoya la espalda en el cabecero. Desde mi posición, casi siento cómo se le corta la respiración. Suelta un suspiro profundo y, en cuanto veo cómo me mira, tengo claro que lo que me va a contar no me va a gustar ni un pelo.

—Voy a volver a casa de mis padres, durante un tiempo.

Alzo una ceja, dedicándole una mirada confundida.

—Necesito estar solo, pensar, ordenar mi vida y saber qué quiero hacer con ella a partir de ahora.

Antes de hablar, inspiro con fuerza por la nariz, intentando serenarme porque empiezo a enfadarme bastante.

—Y en esos planes yo no estoy incluida.

—No es eso, Lu.

—Déjate de Lu. Nos hemos pasado el día y la noche follando, me has hecho creer que me quieres como no has querido a nadie, ¿y ahora me sueltas que te vuelves a Londres y me dejas tirada?

No hace falta que me conteste pues, por el modo en que me mira, sé que mis palabras no han podido ser más acertadas.

Me acerco al armario, cojo una camiseta y unos pantalones, y me visto, sintiendo cómo la sangre de mis venas me hierve.

—Espera, nena, no te pongas así.

Me detengo, con la espalda rígida y le hablo sin girarme.

—Voy al baño. Sí, a llorar, por haber sido tan imbécil de haberme enamorado de ti. Cuando salga, no quiero verte aquí.

—Lu, por favor —suplica con la voz rota.

—Márchate, David. No quiero volver a verte nunca más —digo con todo el valor que soy capaz de reunir, sintiendo cómo me rompo por dentro en mil pedazos.

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella, echándome a llorar desconsolada.

No me puedo creer que quiera deshacerse de mí de este modo tan ruin. Primero ha querido descargarse, pasar unas horas de sexo desenfrenado y después darme una patada.

Casi una hora más tarde, cuando me siento algo más tranquila, salgo. La casa está en silencio

y, al entrar en mi habitación, no hay ni rastro de las cosas de David.

Suspiro y, sentándome en la cama deshecha, noto cómo se me escurren las lágrimas por las mejillas.

CAPÍTULO 46

David

Dos meses más tarde

Mi madre no deja de acosarme en cualquier rincón de la casa en el que intento ocultarme de ella. Desde que le pedí a mi padre, hace unas semanas, que me dejara llevar el negocio de los viñedos en San Francisco, mi madre me persigue casi a cualquier sitio al que voy. Después no para de decirme que estoy insoportable y no puede ni mirarme sin que le salte con cualquier contestación estúpida.

—Joder, mamá, ¿me quieres dejar tranquilo de una vez? Eres peor que una fan loca —me quejo.

—¡Esa boca, David!

Chasqueo la lengua y suspiro.

Siempre ha odiado que se digan palabrotas en su presencia, pero me tiene tan agobiado que no soy capaz ni de pensar sin tenerla a ella encima.

—Es que estás todo el santo día tras de mí.

—Porque estás insoportable.

—¿Yo? ¿Insoportable?

Asiente, al tiempo que cruza los brazos a la altura del pecho.

—Sí, David, sí.

—Mamá, ni siquiera abro la boca más de lo necesario.

—¡Pues por eso mismo! El David que llegó aquí cuando decidiste vender tu casa en Londres y mudarte aquí dista mucho del David de siempre... Bien lo sabe el cielo que cuando nos dijiste que dejabas la carrera de actor de manera definitiva, yo respiré tranquila. Sabes que, a pesar de que me moría de ganas por verte en el papel de Bond, eso de que fueses famoso no terminaba de gustarme.

Abro la boca para responderle, pero me amenaza con el índice, frunciendo el ceño, y sello mis labios.

—Eres mi niño bonito, la luz de mis ojos y odio verte sufrir. Pero lo de andar como alma en pena por la casa se acabó, hijo. Tienes que levantar cabeza y continuar.

Vuelvo a chasquear la lengua, a sabiendas de que, en realidad, tiene toda la razón del mundo.

Desde que me marché de Los Ángeles, el mismo día que Lu me echó de su casa, he llevado arrastrando su pérdida. Soy consciente de que todo pasó de aquel modo por mi decisión de dejarla, pero… sé que ella está mejor sin mí.

—¡Hola, familia!

La voz enérgica de mi hermana Emily despista a mi madre, que se gira para dedicarle una enorme sonrisa.

—Mi amor, no te esperábamos. Dime que te quedas a comer —asegura con un deje de súplica.

Mi hermana frunce el ceño y me mira de soslayo.

—Voy a preparar la comida. Habla con tu hermano, cariño, a ver si le abres los ojos de una dichosa vez —se marcha de la sala, refunfuñando—, acabará volviéndome loca, lo sé —es lo

último que escuchamos que dice justo antes de cerrar la puerta de la cocina.

—¿No puedes ser un hermano normal?

—¿Y qué gracia tendría eso?

—Ninguna, pero al menos no tendría que comportarme como la hermana mayor siempre... —suspira de manera teatral.

—Em, eres la hermana mayor.

—Pero me gustaría ser la pequeña, para no comerme vuestros marrones cada dos por tres.

—Qué exagerada eres. —Pongo los ojos en blanco—.Desde que hacemos nuestras vidas, ni Mel ni yo te cargamos el muerto de nada.

Cuando éramos pequeños, Mel y yo siempre la liábamos y acabábamos por echarle la culpa a ella, que jamás se negaba a llevarse la regañina. Em era así, con su buen carácter, su templanza, algo que la hacía una enfermera de primera y una hermana única. Siempre tenía esa palabra perfecta en el momento indicado; si la necesitábamos, estaba ahí en un instante.

—Anda, levanta el culo, que se te está poniendo gordo desde que has llegado, y vamos a dar un paseo por la finca.

Omito su comentario y, haciendo una mueca con la boca, la sigo.

Caminamos en silencio hasta que llegamos al pequeño río que hay a pocos metros de la casa. Aquella zona siempre había sido nuestra preferida de pequeños. En verano, cuando subía la temperatura lo suficiente para poder mojarnos, nos metíamos en el riachuelo a jugar. Nos encantaba.

—¿Si te pregunto me contestarás con sinceridad? —pregunta Em, sacándome de mi ensoñación—. Ahora no está mamá para montar sus películas sobre por qué o por qué no estás con ese humor de perros que te gastas desde que volviste de Los Ángeles.

Asiento por inercia. En este instante es cuando me doy cuenta de lo mucho que necesito hablar con alguien que no vaya a juzgarme.

—Cuando nos contaste que dejabas lo de ser actor... a mí me chocó muchísimo. Pensé que era tu vida y siempre he pensado que, en Hollywood, estabas en tu salsa.

—Me he cansado de tener que andar con pies de plomo hasta para estornudar.

—Todas las profesiones tienen lo suyo. La de guardias seguidas que me he comido yo en el hospital... y que luego ni se han dignado a pagarme —suspira, negando con la cabeza, y se encoge de hombros—. No estoy juzgando tu decisión, si la has tomado, tus razones tendrás, pero, aun así, sigo sin verte feliz. ¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre dentro de esa cabecita tuya tan inteligente, Dave?

Escuchar el diminutivo con el que ella siempre me ha llamado desde pequeños, hace que se me erice la piel. Lu, mi pequeña y preciosa Lu... Pienso en sus ojos, en su sonrisa, en el sonido de su risa y me pierdo en todas las sensaciones que he descubierto con ella. Tan maravillosas que me estrujan el corazón.

—Tierra llamando a David.

Mi hermana me empuja con suavidad en el hombro, haciéndome volver.

—Todo esto es por Lucy, ¿verdad?

La miro con la boca abierta, alucinado por su conclusión tan aplastante.

—Ni me contestes. Lo sabía, sabía que esa mujer era algo más que una simple secretaria para ti. Joder, si ha creído en ti más que tú mismo con todo lo de la denuncia de la inútil de Claire. Claro que sí. Cuando Daniel nos llamó para ponernos al corriente de todo y nos dijo lo que ella estaba haciendo, supe que una persona que solo te lleva la agenda y demás, no se juega la vida

como lo hizo ella.

Suspiro, pasándome las manos por el pelo con exasperación.

—Estás enamorado.

Cuando se detiene, la imito. Alzo la cabeza y la miro.

—David, eres imbécil —me remata con dureza.

—Ah, muchas gracias.

—No, déjate de chorradas. ¿Vas a hablarme sobre Lucy o voy al granero a por la horca para sacártelo?

Relajo los hombros y emprendemos el camino de nuevo, caminando con tranquilidad.

—Ni yo mismo sé cómo comenzó todo. Solo sé que un día nos estábamos besando como si no hubiera un mañana... y a los pocos días Claire me había denunciado.

—¿Solo te has besado con Lucy?

—No pienso hablar de mi vida sexual con mi hermana mayor.

—Con tu madre menos aún. De acuerdo, así que os habéis acostado.

La miro de lado y la veo sonriendo satisfecha.

—¿Qué?

—Desde el día que la vi aquí me encantó para ti, David. Vi cómo te miraba cuando hablabas con papá y mamá.

—¿Y?

—Joder, que esa chica lleva colgada de ti... desde entonces por lo menos.

Chasqueo la lengua.

—¿Por qué la dejaste si tan enamorado estás de ella?

—Porque está mejor sin mí, Em. La he arrastrado a una mierda de vida... y ahora mismo, sé que es más feliz sin mí.

—Uy, qué machista eres.

—¿Perdona?

—¿Quién te crees que eres para decidir sobre su felicidad? Vamos, ¡se jugó la vida para destapar la mentira de Claire y su amiga! ¿Crees que lo hacía por el sueldo de secretaria o qué? —Esta vez es ella la que chasquea la lengua, murmurando algo que no logro entender.

—¿Qué dices?

—Que los hombres sois gilipollas cuando hacéis estas cosas. ¿Qué le dijiste para dejarla?

Fijo la mirada en el horizonte, desde donde se ven otras fincas, y suspiro con resignación.

—Déjalo, no me lo digas. Yo hubiera sido ella y te doy tal patada en los huevos que te dejo estéril.

—Por eso sigues soltera.

—Estoy soltera porque me da la gana. No tengo la necesidad de aguantar a ningún tío que se crea que va a venir a solucionarme la vida, David. Estoy sola, follo todo lo que me da la gana, cuando me da la gana y te aseguro que pienso seguir así mucho tiempo.

Mi hermana, la mayor, la más diferente, la más liberal de la familia y también la más sabia. Nadie, jamás, ha hecho con ella lo que ha querido. Siempre ha tenido mucho carácter y ha conseguido todo lo que se ha propuesto por sí misma. La admiro mucho y por ello estoy teniendo con ella esta conversación. Porque sé que, además, es la única que, de ser necesario, acabará dándome una bofetada para abrirme los ojos.

—Le he pedido a papá que me deje llevar el negocio de los viñedos en San Francisco —confieso.

—¿Qué? ¿En serio? —Me mira con asombro y sonríe de lado—. Papá debe sentirse orgulloso. Siempre dice que se te da muy bien el tema de los vinos.

—¿Eso dice?

Emily asiente, ensanchando más su sonrisa.

—Dice que las mejores partidas de vino han sido de las cepas que tú elegiste. Jamás ha dicho nada, pero cada vez que habla de ello, se le ve en la mirada que, compartir ese placer contigo, le da vida. Y ahora, sabiendo que tú y Mel vais a continuar con el negocio familiar, más feliz estará.

—Joder —susurro anonadado.

Mi padre siempre ha sido muy reservado. El típico caballero inglés, correcto, educado y amable que no le lleva la contraria a nadie. Y cada vez que hemos estado en los viñedos, es cierto que ha escuchado cada idea que se me ha ocurrido. Aunque nunca hubiera dicho que esos ratos le llenaban de la manera que describe mi hermana.

—Bien, entonces, que nos hemos desviado del tema, ¿qué piensas hacer con Lu? Porque, yéndote a los viñedos en San Francisco, no vas a estar tan lejos de ella... a no ser que se haya vuelto a España.

—No, no... —susurro trazando una idea que se me acaba de ocurrir con las palabras que me ha dicho mi hermana—. Oye, ¿cuántos días te deben en el hospital? —pregunto con una sonrisa de lado.

—¿Qué?

—Que te vienes conmigo a San Francisco.

—¿Estás chalado? No puedo irme sin pedir los días por anticipado o me despedirán.

—Apáñatelas como quieras, pero en unos días nos vamos a Estados Unidos, juntos.

CAPÍTULO 47

Lucía

Haberme refugiado en mi trabajo es lo mejor que podría haber hecho. Cuando tomé la decisión tuve algunas dudas, pero, con el paso de los días, las semanas… sé que fue lo mejor. Es algo que me llena, me hace sentir plena y satisfecha. Me empleo tan a fondo que cuando llego a casa por la noche, solo soy capaz de ducharme, tomarme un vaso de leche e irme a dormir.

Lo que no es tan fácil es conciliar el sueño en mitad de la noche, cuando me despierto llorando la mayoría de las noches desde que él se marchó.

David, el hombre al que creí inalcanzable, pero del que me enamoré hasta el tuétano, el que me había llenado el corazón de tanto amor que creí que acabaría explotándome… y el que me hizo añicos sin contemplaciones, sin mirar atrás, sin molestarse tan siquiera en saber si yo estaba bien.

Sé que fui yo la que le dijo que no quería volver a verlo nunca más, pero… pensaba que, con los días, me echaría tanto de menos como yo a él y acabaría volviendo.

Fui una estúpida por eso, una semana después, con la vuelta de Sam a Los Ángeles, decidí que era hora de coger al toro por los cuernos.

—¿Qué? ¿Cómo que te marchas a San Francisco de manera definitiva? —dijo Sam sorprendido.

—Lo que has oído —respondí con parsimonia mientras continuaba metiendo mi ropa en la maleta.

—Joder, Lucy, ya he vuelto. Ahora no estarás sola aquí.

—Necesito hacer esto, Sam, y ya es un hecho. Ya me han habilitado un piso y tengo la oficina lista para cuando llegue.

Sam agachó la cabeza y se pellizcó el puente de la nariz.

—Solo hay una hora en avión. Cuando me eches tanto de menos, hazme una visita o vente de vacaciones. Allí siempre tendrás tu casa para cuando lo desees.

Aquel mismo día me marché y empecé mi nueva vida en North Beach.

Hoy en día, confieso que estoy totalmente enamorada de esta zona de la ciudad. Es bonita, tranquila y llena de lugares preciosos. Mis jefes me buscaron un pequeño apartamento muy cerca del embarcadero donde se coge el *ferry* para hacer la visita a la isla de Alcatraz.

Una de las mejores cosas es que apenas me desplazo a la oficina. Acordé con mis jefes ir solo los lunes y los jueves y trabajar de manera remota, desde casa.

Uno de los peores momentos que he vivido en mi vida… fue unos días después de haberme mudado.

Mientras coloco las cosas que me he traído, recibo una llamada de Danna. Al ver su nombre en la pantalla de mi móvil, sonrío.

—¿Ya me echas de menos? Solo hace cuatro días que no nos vemos —digo con guasa.

—Lucy, dime que estás en casa o en un lugar donde tengan una televisión —me urge sin tan siquiera saludarme.

—Estoy… en mi casa… —respondo confundida.

—Pon cualquier canal de noticias. Nosotros lo estamos viendo en la Fox… pero está en todos los canales.

Rebusco entre las cosas que tengo esparcidas por el suelo, hasta que doy con el control remoto y en cuanto la televisión se enciende…

—*La persecución ha empezado hace alrededor de veinte minutos, cuando la policía se ha personado en la vivienda de las dos imputadas para llevarlas hasta la cárcel de mujeres. Cuando estaban saliendo de la casa, se han montado en un coche y se han marchado a toda prisa. Tenemos a un helicóptero siguiéndolo todo.*

A Claire y Lizzy se les ha ido la pinza por completo. Esas dos están más enfermas de lo que yo me pensaba.

—¿Lucy? ¿Sigues ahí? —esta vez es la voz de Jason la que se oye al otro lado.

—S-sí… ¿qué coño hacen?

—Estamos con el manos libres —me informa Danna—, estábamos preparando la comida y teníamos la tele puesta cuando ha empezado todo. Esas tías son imbéciles de remate.

—Van a acabar peor —añade Jason.

Hago lo mismo que ellos y pongo mi teléfono en manos libres, dejándolo sobre una pequeña montaña de libros que tengo delante.

—¿Qué pretenden haciendo esto? ¿Evitar la cárcel?

—Están majaras —espeta mi amiga con desagrado.

—¡Hostia! —gritan de repente los dos a la vez.

Yo soy incapaz de emitir un solo sonido. El coche en el que van las dos, acaba de salirse de la carretera y se ha empotrado contra un muro de hormigón. Sale humo de la parte trasera del vehículo.

—Nena, ¿estás bien?

—No lo sé —respondo con un hilo de voz, viendo cómo todos los coches de policía que las han estado persiguiendo, se arremolinan en torno a la zona.

Se bajan los agentes y saltan la pequeña valla, acercándose con cautela. Se ve cómo varios de ellos sacan a las chicas con dificultad y, justo cuando las apartan, el coche empieza a arder.

—Santo cielo —vuelvo a susurrar.

—Joder, casi se prenden fuego —escucho a Danna.

Llegan varias ambulancias y, en la misma calzada, se ponen a atender a Claire y Lizzy. A ambas les hacen la reanimación y, mientras Lizzy parece que se recupera, a la otra no paran de hacerle el masaje. Varios minutos más tarde… los sanitarios se levantan cabizbajos, tras taparla con una manta térmica.

En ese instante, no puedo evitarlo, pienso en David, en si lo estará viendo y en cómo se estará sintiendo.

—Lucy —la suave voz de Danna hace que desvíe la vista de la tele y la fije en mi móvil.

—Claire… —no soy capaz de decirlo en voz alta.

Pero no solo Claire acaba falleciendo… Algunos días más tarde, Lizzy, que llegó en coma al hospital, también fallece.

No soy una persona cruel ni mala, más bien soy bastante empática y el dolor de los demás me afecta. No se portaron bien, hicieron las cosas muy mal, pero jamás les hubiera deseado la muerte.

Una semana después del accidente, decidí, en un puente de varios días que tuvimos, hacer una

visita a mis padres. Necesitaba verlos y hablar con ellos para solucionar el problema que nos mantenía distanciados.

Tras un viaje que parecía interminable, llegué a la que había sido mi casa durante muchos años. Toqué al timbre y cuando mi madre abrió la puerta, ambas nos fundimos en un gran abrazo, sollozando sin habernos dicho una sola palabra.

—Mi amor —susurró mi madre contra mi hombro.

—¿Quién es, cariño? —la voz de mi padre sonó amortiguada por la distancia.

—Ven, entra. Tu padre se va a llevar una bonita sorpresa.

—No sé yo… después de nuestra última videollamada…

—No digas tonterías, Lucía. Ya sabes que tu padre parece muy duro por fuera, pero es muy tierno por dentro. Nos pediste un tiempo hasta que todo se solucionara y por eso no te hemos llamado, pero… —mi madre se acercó más a mí, al tiempo que cerraba la puerta y me hablaba en susurros— hace un par de semanas, a tu padre le dio un arrebato y cogió dos billetes de avión a Los Ángeles.

—¿Que qué?

—Lo que oyes.

—Lola. —Mi padre apareció en el salón y, al verme, se quedó con la boca abierta.

—Hola, papá. —Le dediqué una sonrisa, mientras me acercaba a él para abrazarlo.

No dijo nada, pero por el modo en que me estrechó, por la fuerza y la intensidad, me transmitió todo lo que sentía.

Pasé unos días reconfortantes. Les conté todo lo ocurrido en el caso de David e, incluso, mis sentimientos. Porque, aunque lo negara de boca para afuera, estaba enamorada de él hasta las trancas.

Las semanas han ido pasando sin pena ni gloria, aunque mi nueva vida me encanta.

A pesar de que teletrabajo, estoy muy cerca de la oficina. Si tengo que ser sincera, las mañanas que paso allí encerrada, no me gustan demasiado. El personal es genial y nos llevamos muy bien, pero en casa trabajo mucho más tranquila y cómoda.

Un lunes, al llegar a la oficina, Blair, la chica que está a cargo de la recepción, me chista antes de que pueda darle los buenos días.

—Buenos días, Blair, ¿qué ocurre? —digo, carente de interés mientras recojo un par de notas que me tiende.

—Hay una pareja de inversores que, bien podrían ser modelos de pasarela, esperándote.

—¿A mí? ¿Desde cuándo entre mis misiones está atender a inversores? Lo que me faltaba ya por oír. —Chasqueo la lengua mientras marco el teléfono de uno de mis jefes y Blair se aleja rumbo al *office* a por café.

—¡Charlie! Acabo de llegar a la oficina. —Me encanta poder usar el español.

—¡Joder, Lucía!, lo de que me llames para emergencias lo habías llevado muy bien hasta hoy. ¿Se está quemando la oficina? —dice tras un gran bostezo—.Hace apenas dos horas que me volví a acostar. ¿Es por lo de los inversores?

—¿Qué hago yo con esa gente? No soy comercial.

—Lucía, quieren tener una reunión con la señorita Prieto. Están interesados en que sea una mujer, jefa de equipo, quien les asesore en sus preguntas. Han preguntado específicamente por ti. Ahora, esto también forma parte de tu trabajo. Limítate a contestar a las preguntas que te hagan y consigue pasta para que vivamos mucho más tranquilos. Me vuelvo a la cama, hasta ese punto

confío en ti.

Me ha colgado, sin lugar a duda. Pago mi frustración con el teléfono y Blair vuelve temerosa hacia mí.

—¿Están en la sala de juntas? —le pregunto mientras descuelgo mi bolsa cruzada, saco la tableta electrónica y mi tarjeta de visita.

—Sí, Lucy. Les he llevado unos cafés y los bollos que había comprado para nosotras… de milagro tenemos algo en la oficina.

Me apresuro a apuntar esa necesidad recién creada en el listado de tareas pendientes y me despido, pidiéndole a Blair que me lleve un café y traiga unas botellas de agua.

Camino despacio intentando aplacar mis nervios.

Están de espaldas a mí, pero en una fracción de segundo, veo su silueta a través de la vidriera y me da un vuelco el estómago. Reviso que no haya nadie más en la oficina antes de abrir la preciosa puerta de cristal y apretar el botón para que los cristales se opaquen de golpe.

—¡Qué cojones estás haciendo tú aquí! —pregunto con la voz tan elevada que estoy segura de que Blair me ha oído.

—Buenos días, Lucy. —Mel se dirige a mí y me da dos besos.

—Hola, Lu —es lo único que David atina a decir desde su silla.

—He preguntado que qué hacéis aquí. Charlie me ha dicho que tenía que reunirme con unos inversores y me encuentro con vosotros dos.

—Digamos que aquí, mi querido hermano, dispone de un dinero que quiere invertir en tecnología puntera que sea respetuosa con el medio ambiente.

—¿Y tu hermano tiene lengua? —Enrojezco sin quererlo ante la sonrisa de medio lado de Mel —. No sabía que ahora necesitaba que hablases por él.

Mel recoge su café y su bolso, le da un beso a David en la mejilla y me pide permiso para salir de la sala.

Oigo mi corazón retumbar en mi pecho mientras comienza a dolerme la cabeza de tanto apretar la mandíbula.

—Bien, he vendido muchas de mis propiedades y recordé tu empresa. Me interesa que me cuentes exactamente a qué os dedicáis porque quiero invertir en energías renovables y todo lo que tenga que ver con salvar el planeta —responde como si tal cosa.

Intento serenarme porque estoy en mi puesto de trabajo y, aunque no nos esté viendo ni escuchando nadie, no quiero armarle un expolio. ¿Cómo puede tener la poca vergüenza de presentarse aquí y hacer como si nada?

—Claro, y tenía que ser en mi empresa —respondo frunciendo el ceño.

—No, pero prefería recibir la información de primera mano de una persona que está metida hasta el cuello en esto y que, además, no me va a engañar.

—Sí, lo de encontrar gente sincera y que no engañe, se está convirtiendo en misión imposible hoy en día —espeto apretando los puños sobre la mesa.

Se encoge en la silla ante mi comentario, en el mismo instante en que llaman a la puerta.

—Señorita Prieto, su café —susurra Blair.

Entra con la mirada pegada a la taza. No se atreve a mirar a David a la cara y estoy convencida que sabe quién es.

—Señor Kane, ¿desearía usted algo más? —le pregunto de manera profesional, dedicándole una falsa sonrisa.

Al pronunciar así su nombre se retuerce incómodo en la silla y niega con la cabeza.

—Gracias, Blair, deja las botellas también, por favor —digo antes de que se marche.

Sale como una exhalación, roja como un tomate.

Pongo los ojos en blanco mientras bebo de mi gran taza de café que me regalaron cuando me instalé y en la que pone, *aquí la jefa soy yo*. Una magnífica idea de mis jefes en la distancia…

—Me interesa saber qué puedes explicarme de la tecnología aplicada a la geotermia. Tengo entendido que es la manera más razonable de calentar nuestras casas.

Escuchar de nuevo su voz, oler su aroma... Verlo embutido en unos chinos azul marino que le sientan como un guante con ese aire de estrella de cine que siempre le acompañará, me deja un poco descolocada, aunque no estoy dispuesta a dejarlo pasar. Por muy guapo que esté, por muchos sentimientos que todavía despierte en mí, no voy a ponérselo tan fácil. No puede desaparecer y aparecer en mi vida a su antojo, yo no voy a ser la muñeca con la que juegue cada vez que le dé la gana.

—¿A qué has venido?

—¿Qué? —me pregunta sorprendido.

—No te hagas el tonto, que nos conocemos de sobra. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya te lo he dicho. Estoy interesado en…

Alzo la mano y le corto.

—Quiero saber la razón real. Hay mil empresas como la mía, mil trabajadores profesionales que te darían una opinión real sobre energías renovables.

Clava su intensa mirada en mis ojos y, cuando empiezo a sentirme desarmada, carraspeo. Cojo la tableta, maldiciendo por lo bajo.

—No quiero molestarte, Lu.

—Lucy o señorita Prieto. Tú y yo ya no tenemos la confianza suficiente para diminutivos.

David suspira, algo exasperado y, dejándome unos segundos en *shock*, se desabrocha el primer botón de la camisa.

No soy de piedra y soy incapaz de no fijarme en cómo se le adhiere a la piel la final tela blanca, marcando sus fuertes músculos.

Qué calor hace, madre mía de mi vida.

Cuando alza la mirada de nuevo y nuestros ojos se encuentran, mi corazón late con fuerza. Con esa intensidad que solo he sentido estando con él.

Sacudo la cabeza, recomponiéndome.

—¿Qué te pensabas, David? Sé sincero. ¿Acaso te creías que ibas a aparecer de nuevo en mi vida y me ibas a tener comiendo de tu mano otra vez?

—No, Lucy, no. No quiero trastocar más tu vida —responde con la mandíbula tensa—, te prometo que mi interés como inversor es real y quería que fueras tú la que me aconsejara porque… confío en ti.

Chasqueo la lengua y desbloqueo la pantalla, sé que poniéndome a la defensiva no voy a conseguir nada. Cuanto antes lo atienda, antes se marchará y podré volver a mi rutina. O al menos eso espero, porque sé que en cuanto salga por la puerta, mi mente me la va a jugar y empezaré a rememorar cosas que van a dolerme mucho, mucho.

—Tengo el placer de liderar un equipo de desarrolladores, ingenieros y arquitectos que nos dedicamos, precisamente, a realizar aplicaciones y domotización en las nuevas construcciones para adaptarlas a la geotermia —digo buscando imágenes en mi tableta.

Poso el aparato sobre la mesa para evitar el contacto con él, aunque le pido que lo coja y deslice las imágenes una tras otra.

—Como ves, es posible desarrollar construcciones cien por cien sostenibles, respetuosas con el medio ambiente y con materiales reciclados —explico—, aunque tenemos que conseguir abaratar costes.

Desliza las imágenes concentrado y me pregunto hasta cuándo va a alargar su farsa. No he recibido un contacto suyo en todo este tiempo. No es como si me hubiese llamado un millón de veces y le hubiese colgado otras tantas.

—David, ¿de verdad te interesa todo esto? —pregunto. Está mirando las imágenes, pero sé que no está todo lo concentrado que debería en un proyecto así.

—No solo estoy interesado, sino que es justo lo que estoy buscando. Necesito saber si estas tecnologías y sus aplicaciones pueden adaptarse a construcciones antiguas.

Me quedo pensando y recuerdo que ya se ha hecho, pero influyen muchos factores que yo no conozco.

—Tendríamos que estudiar el terreno, tomar mediciones y realizar pruebas. Si no toda, alguna como los tejados inteligentes que tienes aquí —señalo una fotografía mientras rozo sin querer su mano—, y la recogida de agua de lluvia, sí. La parte calefactable es más difícil. Es algo técnico que se escapa a mis competencias.

—¿Cuándo podríamos tener una reunión con tu equipo y qué necesitas para decírmelo?

—No acometemos obras de particulares, David.

—Estoy dispuesto a pagar el doble de lo que cueste para que la empresa reinvierta el cincuenta por ciento del importe del proyecto.

Asiento dando un largo trago a mi café, mientras hago unas anotaciones y reviso la agenda de equipo.

—Desconozco el papeleo técnico necesario, pero déjame un correo electrónico y haré que se pongan en contacto contigo para coordinar la reunión.

—Es imprescindible que participes —dice, mientras agarra mi mano.

—Como responsable de mi equipo siempre participo en las reuniones. No tolero abusos de poder por parte de accionistas, inversores o como quieras llamarte. No puedes decidir cómo tengo que hacer mi trabajo. Señor Kane —retiro mi mano, pese a que la aprieta—, si no tiene usted nada más que añadir, rogaría me liberase para seguir trabajando.

—Lu, te he echado de menos —insiste.

—Señor Kane, yo a usted no —respondo tajante.

Se levanta y puedo verlo en todo su esplendor. El aroma de su cuerpo llega hasta mis fosas nasales en un segundo. Se agacha para quedar a la altura de mi cara, pero a una distancia nada prudencial. ¿Desde cuándo unos ojos pueden tener tantos colores diferentes?

—Señorita Prieto, Lucía, me has echado de menos cada noche. Estoy seguro de que te has dado cuenta de que me quieres tanto como yo te quiero a ti —susurra con voz lúgubre.

Pongo una mano frente a su cara y retiro la silla para poder incorporarme. No quiero que continúe hablando porque cada vez que me dedica una mirada, siento que el corazón se me ablanda un poco más y no puedo ni quiero perdonarle todo el daño que me ha hecho.

—No sé muy bien a qué viene todo esto. Por un segundo me he creído que de verdad estás interesado en todo este rollo —digo gesticulando en exceso—, pero ya he aprendido que no se puede una fiar de ti, David.

—Lo siento mucho.

—¿Qué sientes exactamente? Haberme engañado, haberte pasado prácticamente un día follando conmigo para luego dejarme de lado en tu vida, o… Mira, ¡vete a la mierda!

Mis nervios no han podido aguantar más y le he gritado, en español. ¿Qué necesidad tengo yo de estar escuchando a este tipo que no hace nada más que usarme a placer?

Se baja los puños de la camisa y recoge la americana que estaba en el respaldo, mientras me indica que le abra la puerta.

Sorprendida, abro tan fuerte la puerta que la cristalera tiembla ante el golpe.

—Aquí tienes mi tarjeta con mi nuevo número de teléfono y mi *email* de contacto. Ya he recogido la tuya de la mesa.

No miro su tarjeta y doy una patada contra el suelo al recordar que la había dejado abandonada la mía y que ahora sí tiene todas mis vías de contacto.

—No voy a gastar tiempo de mi equipo ni mío, en tener siquiera una reunión contigo. Adiós —indico mientras hago trozos su tarjeta.

—*Hasta luego, Lucía.*

Qué manía con utilizar mi idioma y mi nombre completo.

Le veo alejarse mientras echo un vistazo involuntario al culo que le hacen esos pantalones mientras suspiro.

—¿En serio, Lucía? Das mucha pena —me reprendo a mí misma, pero es imposible no darse cuenta de que David va volatilizando bragas allá por donde pasa.

Basta con mirar de reojo a Blair que lo mira con la boca abierta y sin parpadear.

Chasqueo la lengua, me doy la vuelta y me encierro en mi despacho.

El resto de la mañana no doy pie con bola. Le resumo la reunión a mi equipo y les comento que no los he visto interesados. Chasquean la lengua por no poder embolsarse una parte de la inversión como beneficio indirecto para la empresa, pero no quiero gastar tiempo y saliva en algo que no merece la pena.

CAPÍTULO 48

David

Cuando salgo por la puerta, siento que me llevo conmigo un peso gigante sobre mi espalda.

Sabía que se enfadaría, no esperaba menos, pero creía que podríamos llegar a un punto intermedio y, al menos, poder quedar para hablar un poco.

—¿Cómo ha ido?

Mi hermana aparece y me mira con ternura.

Hago una mueca y no hace falta que le diga más.

—Dale tiempo —me pasa la mano por la espalda—, estoy segura de que ha debido pasarlo muy mal.

—No va a perdonarme nunca.

Em suspira, cerrando los ojos.

—Tengo que conseguir quedar con ella para hablar a solas. Necesito pedirle perdón y que sepa que la sigo queriendo como el primer día.

—¿Quieres que hable con ella? Quizá entre mujeres…

—No, no.

De repente, una idea cruza mi mente y creo que ya sé cómo conseguir que Lu me escuche sin ponerse hecha un basilisco.

Por la mañana, con una taza de café, salgo a pasear por los viñedos para poder hacer la llamada que, con suerte, me dará una oportunidad con Lu.

Tras dos tonos, descuelga y escucho que algo se cae y se rompe.

—Me cago en la leche —gruñe.

Me río al tiempo que Sam carraspea.

—No te rías, se me acaba de caer la taza que me regaló Lucy y le tenía mucho cariño.

Vuelvo a reírme.

—Cuéntame. Que me tienes intrigado desde que me enviaste el mensaje ayer.

—Estoy en San Francisco —le confieso.

Por el silencio que reina al otro lado de la línea, intuyo que sabe por dónde voy.

—Supongo que ya no es un secreto para ti que he dejado mi carrera como actor.

—Sí, me lo dijeron hace unas semanas en la productora.

—He decidido que ya es hora de hacer algo con lo que me sienta totalmente yo, y mi lugar está aquí, en la empresa familiar.

—¿Los viñedos?

Aunque sé que no puede verme, asiento. Doy un sorbo al café y me apoyo en la valla de madera.

—Sí. Llevo años ayudando a mi padre en la sombra y creo que él ya ha trabajado lo suficiente. Ahora nos toca a mi hermana y a mí hacernos cargo.

—Eso suena genial. ¿Y en qué puedo ayudarte yo? No tengo ni idea de viñedos. Aunque oye, si me quieres contratar como catador… —Suelta una carcajada.

—Ya, e ir pedo todo el día, ¿verdad?

Vuelve a reírse y yo le acompaño.

—Ayer fui a ver a Lucy.

Se hace un nuevo silencio.

—¿Y? Por tu voz, no creo que te diera una buena bienvenida.

—Exacto.

Suspiro con exasperación. De repente, no me parece una idea tan genial meter a Sam en el ajo. Si esto no sale bien, Lu no va a querer volver a verlo en la vida. No me importaría si no fuera porque sé que, para ella, él es importante.

—Venga, habla. Dispara lo que tengas que decirme.

—Necesito que seas mi cómplice para poder ver a Lu a solas.

Me tironeo del pelo, agachando la cabeza.

—¿Yo? Pero ¿cómo?

—No tengo ni idea. —Me pellizco el puente de la nariz y carraspeo.

—Espera, se me acaba de ocurrir algo —dice con voz divertida.

—Qué miedo me das —respondo cerrando los ojos con fuerza.

El viernes al mediodía, sigo siendo un manojo de nervios.

—Madre mía, pareces un crío de quince años. ¿Vas a parar quieto en algún momento?

Emily lleva todo el día cachondeándose de mí por mi estado.

Y no es para menos. Desde que Sam me explicó su plan, no he pegado ojo. Está claro que, si consigue traerla hasta aquí, puedo tener una oportunidad, pero también sé que, si se siente acorralada, saldrá huyendo y, entonces, sí que jamás volveré a verla.

—Estoy nervioso, ¿vale?

—¿En serio? No me había dado cuenta —se mofa de mí.

Me coloco el cuello de la camisa por enésima vez y decido ir a la bodega a asegurarme de que ya no queda ningún trabajador allí.

Paseo entre las barricas y los toneles, pasando las manos por la madera que desprende un olor que me encanta y me recuerda a mi infancia. A los veranos que pasábamos aquí, cuando mi abuelo, el padre de mi padre, todavía estaba vivo. Él fue el que me contagió el amor por la vinicultura.

Las voces de personas en el piso de arriba captan mi atención y vuelvo al presente.

—Eh, Romeo —mi hermana me chista desde detrás—, tu Julieta y un chico muy mono, acaban de llegar.

Subimos al piso superior y, aunque intento controlar mi nerviosismo, soy incapaz de sentir cómo el nudo en mi estómago no hace más que crecer.

—Esto es precioso. Todavía no he visto los otros viñedos, pero, definitivamente, me quedo con este. ¡Mira aquella casa! Es tan bonita…

Aunque todavía no la veo, puedo imaginar su sonrisa y la expresión de su cara, emocionada viendo algo que la está maravillando.

—¿Qué haces aquí escondido? —susurra Em.

La miro de reojo y, tras dedicarme una risita, abre la puerta.

Mierda, no estoy preparado todavía, pero… allá vamos.

—Bienvenidos —mi hermana, con su voz cantarina, llama su atención.

En cuanto los ojos de Lucy toman contacto con los míos, veo cómo el gesto de su cara cambia de manera radical. Gira la cabeza hacia Sam y frunce el ceño.

—¿Me lo puedes explicar? —dice intentando sonar sosegada.

Sam, que la conoce tan bien como yo, alza una ceja, a sabiendas de que dependiendo de lo que le diga se va a liar gorda.

—Ha sido idea mía. —Mi boca se ha movido sola, sin mi permiso, convirtiéndome en el centro de los seis ojos.

—No sé qué habéis planeado, pero no contéis conmigo. —Lu se da la vuelta y se encamina hacia el coche.

Durante una fracción de segundo me quedo en *shock*, viendo cómo la oportunidad de recuperarla se me escurre entre los dedos, incapaz de reaccionar para detenerla.

Mis pies, al igual que mi boca hace un minuto, toman vida propia y caminan hacia ella como si fuera un imán atrayéndolos.

—Espera, por favor —le susurro a escasos centímetros de su cuerpo—.Por favor —insisto suplicándole también con la mirada.

Lucía

Esta mañana, al despertar, tenía un mensaje de Sam que me pedía que le llamara en cuanto me despertara.

—¿En serio vas a venir? —digo muy emocionada.

—Sí. En cuanto me dijeron si podía ir a San Francisco no lo pensé. Además, tenía ganas de verte y así tengo una excusa.

—Sam, por favor, no digas chorradas. Tú no debes tener ninguna excusa para venir a verme. Ni siquiera tienes que avisarme antes de venir. Ya te dije que aquí tienes tu casa. No es que sea una mansión, como la tuya, pero nos las apañaremos con el sofá cama.

—Genial. Pues estoy terminando de preparar cuatro cosas y en un par de horas tengo el vuelo. Llego a las... —escucho el ruido de papeles— aquí está, a las dos y a las cuatro he concertado cita con los de la primera bodega.

—¡Genial! Pues te estaré esperando en el aeropuerto.

—He alquilado un coche, así que no lleves el tuyo.

—¿Por qué? Hubiera podido dejarte el mío para moverte.

—Porque lo paga la empresa —se ríe de manera exagerada—, que gasten ellos.

Suelto una carcajada.

Salgo de casa con tiempo, pero por el camino, Sam me envía un mensaje diciéndome que han llegado un poco antes de lo previsto, así que al final, para no variar, me toca correr. Por suerte, no me he puesto tacones, ya que vamos a andar por un viñedo, he decidido ponerme calzado cómodo para no acabar el día arrepintiéndome hasta de haber nacido.

Cuando me bajo del autobús, lo veo apoyado en un coche con ese aire tan chulo que le caracteriza, mirando su teléfono.

—Vaya —dije parándome a un par de metros de él—, ¿a quién tenemos aquí?

Gira la cabeza y me dedica una enorme sonrisa. Guarda el móvil en su bolsillo del pantalón del traje y se acerca a mí raudo a abrazarme.

—Te he echado mucho de menos —confiesa contra mi cabeza.

—Y yo a ti. —Sonrío sincera porque con él nunca me ha hecho falta fingir.

Con un gesto de la mano, me dice que entre en el coche.

—¿Cómo estás? —pregunta al tiempo que los dos nos ponemos el cinturón.

—Genial.

Alza una ceja, demostrándome que no me cree.

—¿Qué? Es la verdad. Esta ciudad es increíble, me encanta y estoy feliz por tener la suerte de haber empezado mi nueva vida aquí.

—¿Y…?

—Si me quieres preguntar por David, ya sabes más que de sobra que no lo he olvidado. Unos pocos meses no han sido suficientes para eso, pero, aun así, tengo que continuar. Antes de él, Lucía ya existía y así va a seguir siendo. Por cierto… ya que me preguntas por él —chasqueo la lengua y me remuevo inquieta—, vino a verme a la oficina.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

Le explico lo sucedido y él no para de hacer muecas con la cara.

—Y ¿no has pensado en tener una conversación con él? No sé, darle la oportunidad de explicarse.

—¿Sobre qué, Sam? Se marchó porque le dio la gana. Y no le juzgo por ello. Estaba pasando un mal momento y refugiarse en su familia era lo mejor que podía hacer para recuperarse. Pero ¿era necesario que me echara así de su vida? No me lo merecía.

—Igual no supo hacer las cosas de otro modo. Quizá pensó que estaba haciendo lo mejor para ti.

—¿Para mí? Ni siquiera me dio opción a decidir por mí misma. Y te puedo asegurar que lo habría dejado todo para irme con él a cualquier lugar. David no tiene la mínima idea de lo que significa estar enamorado, jamás me quiso de verdad. Todo lo que dijo sentir por mí fue mentira.

—No digas eso.

—¿Por qué? Es la pura verdad.

Sam suspira y veo con claridad cómo aprieta los dedos en torno al volante.

De repente, con el tema de David, entre nosotros se ha formado una bruma espesa e incómoda. No me apetece pasar estos días con Sam enfadada, mucho menos por culpa del que fue el amor de mi vida.

—¿Vas a contarme qué tal te va a ti?

—Bien, lo de siempre, ya sabes. Este proyecto de búsqueda de un viñedo para la grabación de una película me gusta.

—¿Y de qué va a ir la peli? —pregunto con una risita.

—Eres una cotilla —suelta una carcajada—, es una historia romántica. Un pastelazo. —Pone los ojos en blanco.

—De los que te encantan, ¿no?

—Uy, sí, me entusiasman. Menos mal que me han mandado a esto y no tengo que estar viendo el rodaje en los estudios…

—Ya será menos. Eres un quejica.

Me mira de soslayo y me guiña un ojo.

—¿Has visto a Danna y Jason últimamente? Hace días que no hablo con ellos. Nos enviamos mensajes con asiduidad.

—Cené con ellos hace un par de días.

—Quizá le proponga a Danna ir a verlos el próximo fin de semana. Lleva pidiéndomelo desde que me mudé.

—Claro. Me avisas, voy a buscarte al aeropuerto y te quedas en casa.

Asiento, sonriendo feliz.

Tras una hora y media, llegamos a la entrada del viñedo, «Wine Brown and Co.», reza el enorme cartel que nos da la bienvenida.

En cuanto la cancela se abre, nos adentramos entre tierras inmensas, repletas de parras vestidas de hojas verdes.

—Esto es precioso —susurro con un hilo de voz, admirando la belleza del lugar.

Al final del camino por el que vamos, se descubre una enorme casa forrada de piedra con dos torres de iguales características a los lados. Hay muchísimas ventanas por toda la fachada. En la zona más alta del edificio hay un reloj tan grande que puedo ver la hora desde mi sitio en el coche. Sobre él, hay otro pequeño tejado, el cual esconde una gran campana.

Cuando nos acercamos más, llama mi atención que, entre las varias banderas que adornan la zona central de la casa, está la española.

Sam detiene el coche junto a una bonita fuente. Es muy grande, como todo en esta finca, y está rodeada de rocas. En el centro, hay una de un tamaño muy superior que es por donde sale el caño de agua.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho. No sé a qué bodegas más vamos a ir, pero, sin lugar a duda, si yo tuviera que elegir una, me quedo con esta.

Sam suelta una risita a mi lado.

—¿De qué te ríes? —pregunto sacándole la lengua.

—¡Bienvenidos!

La voz de una mujer capta nuestra atención. Antes de mirarla, observo cómo Sam alza una ceja y me doy cuenta enseguida, de que le ha gustado.

Aunque cuando giro la cara, la sorpresa me la llevo yo. Es Emily, la hermana de David.

Un latido de mi corazón me hace volver atrás en el tiempo, a cuando estuvimos de visita en Bath, en la casa de los padres de David. Cuando me presentó a su madre, me dijo que su apellido de soltera había sido Brown. Además, me contó también que su padre tenía viñedos en Estados Unidos.

Al tiempo que mi yo más formal niega con la cabeza, que son solo coincidencias, la realidad me golpea de lleno cuando veo salir a David tras el cuerpo de su hermana mayor.

La rabia me trepa desde el estómago, luchando por salir a la fuerza por mi boca en forma de gritos y malas palabras.

—¿Me lo puedes explicar? —pregunto a Sam con calma, entornando los ojos.

Veo la duda escrita en su mirada, pero es la voz de David la que responde.

—Ha sido culpa mía.

Sus palabras son como veneno para mis oídos.

—No sé qué habéis planeado, pero no contéis conmigo.

Me doy la vuelta, dispuesta a montarme de nuevo en el coche. Todo esto ha sido una patraña para traerme hasta aquí.

—Espera, por favor —suplica David muy cerca de mí.

Me detengo, suspirando con fuerza.

—Por favor —insiste con un hilo de voz—, dame la oportunidad de hablar contigo, de explicarte por qué hice las cosas como las hice. Solo eso. Después, si no quieres saber nada más de mí, te prometo que no volveré a molestarte… jamás.

En realidad sé que, si le dejo hablar, me ablandaré y le perdonaré. Y no sé si estoy dispuesta a hacerlo. Sigo muy dolida, defraudada y con el corazón hecho tan añicos como el día en que todo se acabó entre nosotros.

—Te doy diez minutos —lo encaro.

Y para qué… ver su gesto hace que mi corazón se salte un latido y mis manos tiemblen. No, no pienso perdonarlo, no voy a ponérselo tan fácil. ¡Que se joda! Llevo todos estos meses sin apenas pegar ojo por las noches.

Asiente y me invita a seguirlo.

Paso por delante de Sam y le dedico una mirada asesina, pero él ni se da cuenta porque ha empezado a babear en dirección a Emily. Claro, es que los Kane tienen ese efecto en las personas, provocan que babeemos por ellos cuando nos fijamos en sus miradas…

Pongo los ojos en blanco y me guardo mis comentarios mordaces para la vuelta a casa.

Camino tras David que se dirige hacia un camino de tierra entre la multitud de los viñedos. Algo que empieza a jugar en su favor porque, al sentir la inmensidad que nos rodea, empiezo a relajarme.

Sin apenas darme cuenta, llegamos a una pequeña zona que parece un merendero. Hay varias mesas de madera con bancos a juego, bajo una arboleda que aporta mucha sombra al lugar.

Aunque parezca una tontería, al sentarnos bajo uno de esos árboles, me fijo en ellos y me quedo un poco alucinada.

—¿Son madroños? —pregunto en español, incapaz de traducir la palabra.

David me mira con una ceja alzada, sé que no se ha enterado un pimiento de lo que le he dicho.

Me levanto, me acerco al árbol en cuestión y observo sus hojas y sus pequeños frutos.

—¿Los habéis traído desde España?

—No, son autóctonos de esta parte de América. ¿Por qué lo preguntas?

—Debe ser otra variante. En Madrid, el madroño es un icono. —Saco mi teléfono y busco una foto tanto del fruto como de la bandera y se lo enseño.

—Pues la verdad es que son iguales —confiesa observando las fotos.

Y ese tipo de cosas son las que me pasan cuando estoy a su lado. No soy capaz de pensar en lo enfadada que estoy cuando… vale, cuando me siento cómoda en su compañía. Ya está, ya lo he dicho.

Enfadada conmigo misma, guardo mi móvil y vuelvo a sentarme en uno de los bancos. Y aunque una parte de mí desea que él se siente a cien metros de mí, otra suplica porque lo haga muy cerca de mi cuerpo.

—Lu…

—Lucy, por favor —le corto.

—Lucy, sé que no hice las cosas del mejor modo, pero… —Se pasa las manos por el pelo con exasperación.

Y a mí me da tiempo de observarle con detenimiento por primera vez desde que nos hemos reencontrado. En la oficina, todo me vino mucho más de sopetón y el enfado que llevaba tanto tiempo callando, salió de tal modo que no me dejó fijarme en ningún detalle, salvo en cómo le quedaba la ropa que llevaba. Un nuevo corte de pelo que le favorece muchísimo; una barba de varios días bien cuidada y recortada; a fin de cuentas, un David que, a simple vista parece ser el mismo de antes, pero que ha cambiado. Parece más relajado, más tranquilo y más él que nunca.

Alza la mirada y me suplica con ella.

Lo conozco y reconozco esa mirada. Se siente mal por lo que hizo y sé que es sincero, pero no quiero ni puedo ponérselo tan fácil. Necesito que vea y sienta el daño que me hizo.

—Me sentía perdido —confiesa en un susurro—, mi vida se fue a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. Y te juro que me hubiera importado una santísima mierda acabar en la cárcel, de no haber sido porque tú estabas en mi vida.

Joder, ahí es nada.

—Pensaba que mi vida era una pasada, que era perfecta. Tenía todo lo que quería, y creía necesitar, al alcance de la mano. Entonces, apareciste tú y todo cambió. —Vuelve a meter los dedos entre su cabello.

Madre mía, qué ganas me dan de tirarme hacia él y hacerlo yo. Me muero por tocarle el pelo, olérselo, acariciarle las mejillas… esa fina barba al besarle… ¡No, Lucía! Para de una vez, pienso sin borrar mi ceño fruncido.

—Pues para sentir todas esas cosas por mí, te costó bien poco largarte de mi vida dando un buen portazo —le ataco con sequedad.

—¿Que no me costó? —suelta una risa amarga y chasquea la lengua—, te aseguro que si le preguntas a cualquiera de mi familia, va a estar muy en desacuerdo con esa afirmación tuya.

—Déjame que lo dude —murmuro más para mí que para él.

Vuelve a dedicarme una de esas miradas suyas de cachorrito desvalido y mi corazón me la vuelve a jugar.

—Me marché porque pensé que estarías mejor sin mí. A pesar de que todo se había solucionado, hay gente que sigue pensando que soy un puto desastre. Un drogadicto de mierda que agrede a mujeres. ¿Qué clase de vida iba a darte?

—¿Qué? Mira, no me vengas con sandeces. Si quieres escudarte en lo que la gente podía pensar es cosa tuya, pero no uses la excusa de «pensé que estarías mejor sin mí» porque a mí no me vale. Te fuiste porque te dio la gana y punto.

—¿Eso es lo que piensas?

—No, eso es lo que tú me hiciste pensar. Porque cuando una persona tiene un problema, se apoya en su pareja, confía en ella y no se larga a la primera de cambio. Estaba enamorada de ti, David. Dudo que sepas lo que eso significa.

—Algo como… ¿volverte loco al estar alejado de esa persona?

Su mirada, más oscura de lo que jamás la había visto, me observa durante una fracción de segundo antes de empezar a desabrocharse la camisa. Deja el pecho al descubierto y me señala el lateral de su torso.

Me quedo con la boca abierta, alucinada por lo que estoy viendo. Se ha hecho un tatuaje, algo de lo que siempre alardeó que jamás haría. Pero no solo eso, es el significado que tienen esas palabras.

«Yer shekh ma shieraki», traducido del dothraki al español: «Eres mi Sol y mis estrellas». La parte que le falta al tatuaje que yo llevo en el mismo sitio donde él se lo ha hecho; ese que tanto le llamó la atención a los días de conocernos; ese mismo al que le dedicó mil caricias en nuestras noches de pasión.

—¿Te sirve que te diga que con esto te sentía un poco más cerca?

Aunque me ha impresionado y me ha dejado atónita, el dolor en mí crece todavía más.

—¿Preferiste tatuarte antes que venir a buscarme? —se me corta la voz, informándome de que estoy a punto de echarme a llorar.

Estoy hecha un lío. Le quiero, ¡claro que le quiero! Dudo que pueda amar a otra persona tanto

como a él, pero el temor a que, cada vez que haya un bache en nuestras vidas decida marcharse, me atenaza.

—Soy un cobarde —susurra.

—Sí, lo eres. Porque yo no me moví de Los Ángeles durante días y aun cuando me fui a San Francisco, te hubiera sido muy fácil encontrarme. Si no lo hiciste, fue porque no te dio la gana.

—¡Porque estaba acojonado!

—¿Acojonado? Venga, no me vengas con cuentos.

—Porque jamás en mi vida he estado tan enamorado de una persona. Porque solo pensar que si volvía a buscarte me dieras una patada en los huevos…

—Solo me estás dando excusas. Vuelvo a repetirte que, lo que fuera que te pasaba lo hubiéramos podido solucionar juntos. Te marchaste, decidiendo por mí que estaría mejor sin ti.

—Lo sé. Sé que fue la peor decisión que habré tomado en mi vida. Que debería haberte confesado mis miedos. ¡Que debería haberte pedido que vinieras conmigo! Pero no lo hice, fui un imbécil, perdí el norte y lo peor de todo… te perdí a ti.

—Pues sí, me perdiste. Y déjame decirte que, meter en tus planes maquiavélicos a Sam, no va a hacer que yo te perdone antes.

En cuanto lo digo me arrepiento, sobre todo al ver un destello de ilusión en su mirada. Sabía que acabaría ablandándome…

—Haré todo lo que me pidas con tal de que lo hagas. Me conformaré con ser tu amigo, si es lo que deseas.

Chasqueo la lengua. Mis barreras están a media asta y eso me fastidia. Sé que sus palabras son sinceras; sé que se equivocó por el miedo que le causó toda la situación que estaba viviendo; y sé que, cuando amas a una persona, solo quieres que sea feliz, ya sea contigo… o sin ti. Y ese mismo sentimiento es el que sé que él me está transmitiendo.

—Se han acabado los diez minutos, David.

—Vuelve el próximo fin de semana.

—¿A dónde? —pregunto incrédula.

—Aquí. Estaremos los dos solos y te prometo que solo seré tu amigo. Te enseñaré los viñedos, la casa, e iremos al pueblo a pasear.

Jamás he sido una persona a la que le haya gustado que le supliquen y menos cuando la persona que lo hace es de la que estoy completamente enamorada. Así que, asiento, incapaz de hacer otra cosa.

La sonrisa que me regala me caliente todas y cada una de las partes de mi cuerpo.

—Genial. Será un fin de semana estupendo —exclama feliz, levantándose como un resorte—. ¿Te apetece tomar una copa de vino antes de que os marchéis?

CAPÍTULO 49

David

Al volver a la casa, escucho de lejos la risa cantarina de mi hermana. Sam le ha dicho algo y ella está descojonándose, con una mano apoyada en el antebrazo de él.

Miro de soslayo a Lu y la veo sonreír.

Su sonrisa me da vida. Sé que, aunque no me haya perdonado, que me lo esté poniendo difícil, en el fondo me sigue queriendo de verdad.

El próximo fin de semana promete, ¡voy a pasarlo con ella! Debo reconocer que estoy más nervioso que en cualquiera de los estrenos de una de mis películas. Nunca una semana se me ha pasado tan lenta, y eso que solo es jueves.

Esta mañana me he llevado una alegría al oír en la radio que había un concierto y, me he dejado llevar por la impulsividad; he conseguido dos entradas.

Ahora estoy en la puerta del estadio mirando el teléfono cada medio segundo esperando recibir una llamada que no llega, y no sé muy bien cómo sentirme al respecto.

Quedan cinco minutos para la hora señalada en la nota que añadí a las entradas y mi corazón late desbocado.

—¡Hola!, perdona, pero no me he podido organizar mejor para llegar antes.

Lu llega enrojecida y perlada de sudor hasta mi altura, es tan preciosa que sería capaz de abrazarla y besarla para darle todo el aire que necesita. Pero solo atino a sonreír como un idiota.

—Gracias por invitarme —digo mientras le compro una botella de agua para que recupere el resuello.

Se gira y esos dos grandes ojos marrones me miran fijamente brillando como estrellas fugaces.

—¿Estás tonto? No se me ocurre nadie mejor a quien podría traer y martirizar con un concierto como este —me acaricia el antebrazo mientras termina de apurar la botella sin dejar ni una gota—,además, la invitación realmente ha sido tuya. ¿Cómo has conseguido las entradas? No has dado muchas explicaciones en la nota, la verdad.

—Esta misma mañana, mientras me preparaba el café, oí en la radio que los Backstreet Boys iban a dar un segundo concierto en San Francisco. No me lo pensé mucho y conseguí las entradas —respondo, restándole importancia.

—Me gustaría mucho saber a qué te refieres con conseguir. Se me pasan tantas cosas por la cabeza.

Ha entregado las entradas y ha pedido que no arranquen las esquinas de una de ellas para conservarla siempre. Está realmente emocionada y me siento muy feliz de ser el causante, por una vez, de esa felicidad.

—¿Qué es lo que se te pasa por la cabeza? —intento seguir la conversación.

—Que conoces a alguno de ellos y te ha pasado las entradas haciéndote muchas preguntas, tú le has tenido que contar alguna historia que acabará inspirando una canción que lleve mi nombre.

La carcajada me sale desde lo más profundo del alma. No va tan desencaminada como podría parecer y no quiero alargar su agonía más.

—Ha sido Kevin. Nos conocimos en el estreno de una de mis películas a la que acudió con su

preciosa familia. Sus hijos disfrutaron como locos en la alfombra roja y me pidieron posar con ellos antes y después del pase. Su crítica fue de las que más me gustó. Karen se encargó de recoger sus datos y siempre hemos estado en contacto de una u otra forma.

—¿La película del espía que se tiene que encargar de sus sobrinos mientras su hermana se recupera del coma? —dice emocionada mientras yo asiento—.Es una de las favoritas de mi madre. También es cierto que mejoraron el doblaje y por fin te pusieron una voz acorde a la tuya. Una vez que te oímos en versión original, nunca fue lo mismo.

—¿Versión original? —Ya estamos en nuestros asientos y mi pregunta se pierde. Están muy bien situados, pero nada ostentosos. En la grada media y sin llamar la atención.

Mientras da unas palmadas al sentarse en su lugar y deposita su refresco entre las piernas, no puedo dejar de observar su cara. Apenas parpadea y hace fotos a cada una de las cosas que ve. Desde luego tenía un concierto pendiente con esta banda.

Me pilla mirándola y guarda el teléfono mientras su cara cambia por completo.

—David, te agradezco mucho el gesto, pero esto… no cambia nada entre nosotros.

—No espero que cambie nada. Solo soy un chico invitando a una chica a ver un concierto que le gusta. Aunque yo te envié las entradas y tú tenías que decidir con quién venir y, por si no tenías plan, me ofrecí.

—Si te soy sincera, pensé en invitar a Sam, pero, de manera precipitada, me ha dicho que se tenía que volver a L.A a hacer algo urgentísimo.

—¿Te lo ha dicho hoy sobre media mañana? —pregunto curioso y con una idea en mente.

—Sí, ha estado alojado en mi casa unos días desde nuestra visita al viñedo. Se sentía culpable por la encerrona y quería compensarme. Hemos estado visitando la ciudad y me parecía una buena manera de cerrar su visita. ¿Cómo sabías que había sido a media mañana? —Las luces comienzan a oscurecerse y no puedo ver sus ojos.

—Mi hermana ha recogido sus cosas con mucha prisa a esa hora y ha decidido venir a San Francisco de turismo... de repente.

Antes de que comience el coro de cinco voces a sonar, veo cómo se le descuelga la mandíbula y la noto vibrando a mi lado mientras ríe. Se le pasa rápido cuando comienza a corear a gritos la canción que suena.

El concierto pasa demasiado rápido. He podido memorizar cada uno de sus gestos, saber qué canciones han sido sus favoritas por su mirada y atesorar cada una de las fotos que ha querido hacernos juntos y subir a las redes. Me ha dado las gracias infinidad de veces. Si ella supiese que no he accedido a que Kevin me diese un pase V.I.P. posiblemente me mataría.

Recogemos nuestras cosas y hacemos cola en los aseos antes de salir fuera del estadio. Termino antes que ella y me acerco hasta una de las tiendas con el *merchandising* de la banda y adquiero una de las camisetas más horteras que he visto en mi vida. Justo cuando termino de pagar, la veo aparecer por el rabillo del ojo.

—Ten, me ha parecido que esta sería de tus favoritas. —Le tiendo la bolsa que me acaban de entregar con la prenda.

—¡Me encanta! —Tira la bolsaa la papelera y se la pone por encima de la ropa que lleva—. ¿Cómo sabes que me gustan las camisetas grandes?

—He visto mucha de tu ropa cómoda, y no he dudado en que esta será una de esas camisetas que heredarán tus hijas.

—No lo dudes, Dave.

Veo cómo se arrepiente al usar el diminutivo en el segundo en el que lo pronuncia, pero decido no darle importancia. A mí me ha sabido a gloria.

—Mañana teletrabajo y, he pensado en la cola del baño, que es muy tarde para que vuelvas hasta la finca. Ya que Sam no está, podrías quedarte a dormir en casa si quieres, claro.

El corazón me late a toda velocidad. No sé qué significará eso para ella, para mí es un mundo y no es como quiero que pasen las cosas. No quiero que se arrepienta de lo que pueda o no pasar entre nosotros hoy.

—Lu, te lo agradezco, pero mañana tengo una visita a los viñedos a primera hora y no puedo faltar. —Le dedico mi sonrisa más sincera—.No te preocupes, estoy acostumbrado a moverme con el coche por carreteras más difíciles.

Asiente mientras agarra su camiseta con las dos manos como intentando hacer un nudo con la parte de abajo. Me siento mal por decirle eso, pero no estoy mintiendo, es un compromiso ineludible.

Haciendo alarde de una fuerza que no sé de dónde saco, se me ocurre una idea y decido contársela.

—Mira, Lu, ya sabes que me prometí a mí mismo ser más sincero al salir de rehabilitación. Si no fuese algo tan importante, con gusto, ocuparía el sofá de tu casa esta noche y me pasaría la mañana mirando cómo trabajas. Pero se me ocurre otra cosa y antes de que digas que no, permíteme que te cuente toda la idea, ¿sí?

—No pasa nada, David. Lo entiendo, y no quería confundirte ni darte falsas esperanzas.

Ese dardo ha ido directo a mi corazón, pero aun así decido seguir.

—Si no te importa trabajar desde mi despacho mañana, puedes venir conmigo hoy. Total, mañana pensaba venir a buscarte de igual forma. Si puedes y te cuadra en tus horarios puedes acompañarme en la visita organizada de los viñedos, conocer un poco más sobre la empresa y sobre el que es mi trabajo y mi futuro.

Veo su duda y comprendo que está pensando en muchas cosas a la vez.

—Mi hermana no está —prosigo—, pero siempre tenemos la casa lista para invitados. No hay ningún problema en que ocupes la habitación que quieras y prometo dejarte trabajar mañana. Yo mismo tengo mucho lío y un par de reuniones *online* que espero dejar listas antes de la comida, aunque no prometo nada.

Doy un paso deseando que no se aleje de mí. Tomo su barbilla entre mis dedos y la electricidad que siento recorre toda mi columna vertebral.

—Si me dices que no, lo entenderé y el plan del fin de semana sigue en pie.

—Vale —dice sin meditarlo.

—¿Vale? —La sonrisa que me cubre la cara sería capaz de iluminar toda Europa—. Pues no se hable más. Te llevo a tu casa para que recojas lo que necesitas y nos vamos.

—Umm, no quiero dejar el coche aquí. ¿Qué te parece si quedamos en la puerta de mi casa dentro de 45 minutos? Así aparco y recojo las cosas sin prisa.

—Claro, pásame la dirección, por favor. Mientras, aprovecharé para hacer un poco de compra.

Se va con una sonrisa mientras me envía su dirección al teléfono. No tengo compras que hacer ni nada en lo que gastar este tiempo. Pero entiendo que no quiera dejarme invadir su espacio y me entretengo paseando por su barrio.

Al final me decido y compro algo saludable para calentar cuando lleguemos a casa y no tener que perder mucho tiempo preparando comida. Hago acopio de algo más de café recordando que

Lu es otra adicta a esta bebida.

Puntual como siempre ha sido, la veo salir del portal del edificio en el que reside con el pelo húmedo y cambiada. Aunque conserva puesta su camiseta nueva y la gente la mira mientras cruza la calle.

—Déjame que te ayude, por favor.

—Tan caballeroso como siempre, David. Me alegra que sigas conservando esa parte de ti —me dice, agradecida.

—Eso va en el ADN inglés, nena. —Hasta a mí me ha sonado raro el apelativo al soltarlo.

Sonríe sincera y lo dejo pasar.

De repente los mismos nervios que me atenazaban el estómago días antes en el viñedo, vuelven a mí y no me siento con fuerzas ni para conducir.

—Bueno, ¿qué te ha parecido el concierto? —rompo el hielo nada más tirar del cinturón de seguridad.

—Ha superado mis expectativas. Y eso que son las mismas que tenía desde adolescente. No me dirás que no son mejores que los TakeThat, ¿eh? —Sé que le encanta picarme con ese tema.

—La verdad es que no puedo comparar. No he podido ir jamás a un concierto suyo. De hecho, solo conozco a Robbie porque coincidí en un partido de fútbol con él. En un acto benéfico —añado.

—Me han parecido increíbles, la verdad. ¿Cómo es que recordaste que me gustaban? —me pregunta, mientras sus grandes ojos se dirigen a mí en un semáforo.

—Bueno, recuerdo perfectamente cómo me sentí cuando no pude presentarte a Magnus. Aunque ya me he enterado de lo suyo con Danna y ahora entiendo todo. Y no quería dejar pasar la oportunidad de agradecerte de otra forma todo lo que hiciste por mí. Aunque no hay nada en el mundo que pueda resumir lo agradecido que estoy de que llegases a mi vida, Lu. —Espero que me corrija, pero no me dice nada.

Mira por la ventana pensativa, y suspira un par de veces.

—¿Cómo estás, David? —me dice sin mirarme.

Su pregunta me descoloca y no sé muy bien qué contestar. Me encojo de hombros mientras aprieto fuerte el volante.

—Me refiero a que cómo te ha sentado todo lo que ha pasado con Lizzy y Claire. Vi la persecución en directo, ¿sabes? Fue un momento muy duro y muchas cosas se me removieron dentro —me dice volviendo a mirarme.

—Pues estoy bien. Voy a terapia dos veces a la semana y me ayuda tanto que a veces siento que no voy a poder estar por mi cuenta nunca más. En cuanto ocurrió me llamó Karen, yo no veo mucho la prensa ni las noticias. No te voy a negar que se me cayó el alma al suelo, que recordé muchas cosas y que me llegué a sentir culpable.

—A mí me pasó un poco lo mismo. —Me acaricia el antebrazo y todo mi vello se pone de punta—. Yo no he compartido una vida con Claire, como te ha pasado a ti. Pero me sentí muy culpable por haberlas llevado al extremo.

—Si algo he aprendido en este tiempo es que no podemos cargar con toda la culpa de este mundo. El final que han tenido lo han elegido ellas, Lu, ellas solas se metieron en todo esto y no podemos olvidar que nadie las precipitó a ello. Solo el odio de Claire hacia mí.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros hasta que la oigo tragar saliva y sé que va a preguntar algo.

—¿Cómo está Karen? Hace muchísimo que no sé nada de ella. He sabido cosas por María

que, por cierto, te echa muchísimo de menos.

—Está muy agotada, sobre todo psicológicamente. Dice que no está acostumbrada a estar quieta tanto tiempo, que se aburre y que solo come. Me comentó que ha engordado casi 20 kilos y que está feísima. Una de las veces que la llamé la obligué a poner la cámara y sí, se nota que está redonda, pero estaba tan preciosa que yo mismo no podía parar de decírselo. —Me emociono aún al pensar lo poco que queda para conocer al pequeño o la pequeña de Karen.

Lu me mira con un brillo especial en los ojos que no sé descifrar.

—¿Por qué me miras así? —le pregunto dejando atrás uno de los atascos de la ciudad.

—No pensé que serías de esos a los que les gustan los niños —responde rápida—. ¿Cómo es que tus hermanas no tienen hijos?

—Mis esperanzas están puestas en Sam ahora mismo —respondo quitándole importancia.

Comienza a reírse y se me ocurre una idea loca.

—Voy a probar una teoría. Voy a llamar a Sam, no digas nada durante la llamada, que pongo el manos libres.

Pulso la marcación automática en la pantalla del vehículo y comienza a sonar, y a sonar, seguimos oyendo los tonos y justo cuando voy a colgar, Sam contesta de manera apresurada.

—¿David? —carraspea—, ¿qué pasa, tío?

—Hola, Sam. ¿Qué tal esta semana con Lucy? Me ha comentado que te has ido con prisa y me preguntaba si estás con mi hermana.

Un silencio sepulcral llega a través de la línea. Un nuevo carraspeo y un forcejeo y sé quién va a hablar a continuación.

—¿Te crees muy listo, verdad? —Mi hermana en estéreo sonando en mi coche—. ¿Qué es lo que quieres, hermanito?

—Poneros en un aprieto, sin más.

—Soy una mujer muy educada, David. Pero te podría decir ahora mismo que has cortado algo que está por encima de tus posibilidades comprender. ¡Joder!, ya te vale —responde mi hermana exasperada.

Lu no puede más y se le escapa una carcajada.

—¿Encima tenemos público? Sam, Lucy está con David.

Se oyen un montón de tacos de fondo y cómo las pisadas de Sam se acercan.

—Lucy —dice Sam.

—Amigo traidor y mentiroso —contesta Lu—, ¿de verdad creías que no me iba a dar cuenta?

—Sí, sin duda. Has pasado la semana tan nerviosa por el fin de semana que ibas a pasar con David que sí, creí que no te darías cuenta. De todas maneras, tampoco quería alardear de mi felicidad con esta bella mujer mientras vosotros todavía no habéis sido capaces de ver lo mucho que os queréis.

—¡Bien dicho! —se oye a mi hermana de fondo.

—Bueno, me alegro mucho de que hayas encontrado la horma de tu zapato, hermana. Me pido decírselo a mamá.

Cuelgo sin darle tiempo a mi hermana a réplica, que me llama de inmediato, aunque vuelvo a colgar.

—Así que, ¿nerviosa? —intento utilizar el buen ambiente que ha dejado la llamada para atacar.

—No te voy a engañar, estoy muy nerviosa —dice, frotándose las manos contra el bajo de la camiseta de nuevo—, no sé muy bien qué esperas de mí este fin de semana.

Decido que es una conversación para tener mirándose a los ojos y aprovecho una de las salidas de la carretera para parar. Lu se retuerce incómoda en su asiento, pero cuando veo dónde estamos, me doy cuenta de que no he podido acertar más deteniéndome. Abro su puerta y le pido la mano para ayudarla a salir del coche. Me siento en el capó esperando que copie mi gesto y vea que tenemos la bahía a nuestros pies.

—¡Vaya! Sam y yo no vinimos por aquí el otro día. ¡Qué preciosidad!

—He cogido el camino más largo —mi voz suena más ronca y me delata—. Lu, no quiero que estés incómoda. Podemos dar la vuelta y te dejo en casa. La idea de este fin de semana es simplemente pasar algo de tiempo juntos. Quiero que veas cómo es mi vida ahora, quiero que conozcas cómo soy ahora y que veas cómo he cambiado. Quiero que me cuentes cómo es tu vida, tus proyectos, cómo están tus padres. Quiero saber más de ti. No espero nada que no me quieras dar.

Me bajo del capó y me sitúo frente a ella. El coche es tan alto que me queda a la altura de los ojos.

—Lu, te quiero, pero eso ya lo sabes. Sé que no es suficiente y puedo esperar. Pero necesito saber que te apetece estar aquí y pasar el fin de semana conmigo.—Doy un paso con precaución esperando que me frene—.Me muero por tocarte, por sentirte, pero no puedo hacerlo si no siento que estás cómoda.

Pego mi frente a la suya y le acaricio el pelo aún húmedo tras la ducha. Sigue siendo tan suave como recordaba. La veo cerrar los ojos y entreabrir los labios. Su cuerpo me pide que la bese, pero tengo la sensación de que su mente opina lo contrario.

Le doy un casto beso en la frente y me separo de ella esperando una respuesta.

—No querría estar en otra parte, Dave. Sabes de sobra que tengo voluntad como para saber qué quiero hacer en cada momento. Lo que me pone nerviosa de todo esto es que no me reconozco, que mis defensas están cayendo y que no sé si quiero dejarlas ir.

Un destello de orgullo me recorre la columna vertebral, llega a mi cerebro e hincha mi pecho. «Aún hay esperanzas, David» me digo mientras desandamos el camino hasta el coche.

—Has dicho que quieres saber cosas sobre mi trabajo, aunque te vi muy informado cuando te presentaste en mi oficina exigiendo tener una reunión conmigo —dice, sonando enfadada—.No hace falta que sigas con la pantomima, sé que no te interesa lo que hago lo más…

—Eh, eh, ¿pantomima? Mañana cuando veas los viñedos y la casa, comprenderás que realmente estoy interesado en una manera de sostener todo esto que sea respetuosa. La propia finca lo pide. No te equivoques más conmigo, he cambiado y no mentí ni para conseguir la reunión. Dije mi nombre y el nombre de mi hermana, con apellidos y todo, y he mirado opciones con otras empresas al no recibir ninguna llamada de tu equipo.

Por el rabillo del ojo y con la poca luz que aporta la luna, puedo ver cómo enrojece y su mandíbula se abre ligeramente. No entiendo cómo no se da cuenta de que de verdad ya no soy el de antes.

—En ese caso te debo una disculpa. Mañana mismo hablaré con mi equipo y concretamos una reunión para explicarte qué necesitaríamos para el proyecto. Lo siento, Dave. —Posa su mano sobre la mía en la palanca de cambios, y aprovecho para acariciar las yemas de sus dedos.

—Disculpada, hoy y siempre. Te he echado mucho de menos —aprieto su mano para reforzar mis palabras—, tanto, que mi madre me dio una especie de ultimátum.

—¿Has estado viviendo con tus padres? —asiento ante su pregunta—. ¿De verdad has vendido la casa de Londres? Era un piso precioso, Dave. Me da tanta pena...

—A mí también, pero mi vida, ahora, está aquí. Esto es lo que quiero. Quiero centrar mi vida en mejorar la producción de vinos, en sacar una línea de vinos sin alcohol que realmente sepan a vino y mejorar la calidad del trabajo de mis empleados y en ampliar la finca.

—Se te nota muy emocionado —me dice con su mano aún sobre la mía—, me alegra mucho. Nunca te vi así en el poco tiempo que pasamos siendo jefe y empleada.

—Te irás dando cuenta, como me pasó a mí, que esa no era la vida que me hacía feliz. Y eso que me gustaba mucho ese David tan arrogante —digo en broma.

—A mí también me gustaba el David arrogante y mandón. Con el acento que tienes, tiene su punto —retira su mano y se recuesta todo lo que deja el cinturón, sobre mi brazo—, pero el David dueño de un viñedo, también está muy bien.

—¿Las defensas están cayendo un poco más? —comento besando su cabeza sin apartar la vista de la carretera.

—La emoción del día, mañana volverán a estar a tope, te lo aseguro. —Se aprieta un poco más contra mí y tiene una repercusión directa en mi entrepierna.

—Mañana tendré que ser aún más encantador, no hay problema.

Los dos sonreímos en silencio y aparece ante nosotros el cartel de los viñedos.

Rodeo el coche, que he parado frente a la entrada principal, y abro la puerta para ayudarla a bajar.

—Señorita Prieto, bienvenida a mi casa. Bueno, técnicamente es la casa de mis padres, pero eso no le quita belleza.

—Es preciosa. Me encanta el color de la piedra, mis chicos van a estar encantados de venir a visitarla para estudiar las calidades y ver opciones. ¿A qué huele?

—A bodega, a la madera de las barricas y a alcohol —recalco esa última palabra porque para mí, es a lo que más huele.

Se para en seco y se gira hacia mí.

—¿Cómo es trabajar en una bodega y no poder probar tu propio vino? —me pregunta preocupada.

—Técnicamente, sí lo puedo probar, porque el vino en las catas no se traga. Pero salvo matizar algún sabor, tenemos una enóloga maravillosa que se encarga de ello. Yo soy un aficionado, aunque también me formé como enólogo en su día. Me encantará que os conozcáis mañana, es española. No se nos ocurría una región mejor para contratar a profesionales que sepan de buenos vinos.

—Vaya, española, ¿eh? —suena un poco rara al decirlo—,y ¿su nombre es?

—Izaskun. Lu, te pido por favor que dejes de reírte. —Ella ha entendido el nombre que he dicho, pero no suena ni parecido a la pronunciación real—.La llamamos «Winy» cariñosamente porque su nombre es imposible.

—Estaré encantada de conocer a una mujer con un nombre tan precioso. En España hay muchas mujeres que se dedican al sector enológico, pero sigue siendo otro patrimonio de hombres que heredan grandes fortunas… bueno, ya sabes.

—Yo no he heredado, realmente esta finca es una de las que compró mi padre cuando se prometió con mi madre. Por eso lleva el apellido de mi madre y la producción siempre ha sido muy mala. Solo desde hace unos años que vine con mi padre y adquirimos unas cepas de Italia y Grecia, la cosa mejoró. Mi madre se niega a que mi padre venda esto, son unos románticos.

Veo cómo sigue mirando hacia el infinito ahora totalmente oscuro mientras se frota los brazos.

—Pasemos a la casa, que ya refresca. Permíteme que te lleve las cosas y te indico las habitaciones.

—Solo voy a necesitar una, Dave.

—Lo sé, pero tenemos siempre tres listas por si nos llega una reserva. Mañana te lo cuento con detalle.

La he dejado sorprendida con la nueva línea de negocio que hemos sacado en el viñedo y que funciona a las mil maravillas. Las parejas de tortolitos se pelean por pasar una noche en el viñedo, ver el atardecer mientras toman un pícnic y disfrutar de la piscina.

—Yo te voy a enseñar primero la que más me gusta, que es la favorita de mi madre. Esta es la habitación Jane y da a los viñedos directamente. —Abro la habitación deseando que Marty haya dejado todo listo.

Dejo que entre ella primero y espero a que me dé permiso para entrar.

CAPÍTULO 50

Lucía

No sé identificar la cantidad de olores que se agolpan en mis fosas nasales nada más pongo un pie en la habitación. Las ventanas del gran balcón están abiertas y las cortinas blancas ondean con el aire frío que entra. Me giro y veo a David parado en la puerta como un pasmarote.

—¿Qué haces ahí? —pregunto—. Estamos en tu casa, ¿recuerdas?

—Eres mi invitada, solo quiero saber si puedo pasar.

—Dave, no seas idiota. ¡Pasa! —Me acerco hasta él y tiro de su brazo.

Sus manos están húmedas y frías, me doy cuenta de que esto está resultando también difícil para él. Me obligo a quitar mis manos de él para observar cada detalle de la inmensa habitación. Mientras repaso los detalles, deja mi pequeña bolsa y los bártulos de trabajo en la banqueta que hay a los pies de la cama. La habitación es tan perfecta que parece sacada de una revista de decoración.

Le noto a mi espalda antes de que comience a hablar.

—He decidido abrir una nueva línea de negocio inspirado por mi madre. Alquilamos tres habitaciones para pasar fines de semana solamente. Les preparamos un fin de semana a la carta: paseos en bicicleta o a caballo, pícnic al atardecer, iluminamos la piscina climatizada por la noche —ha dado un paso más y está acariciando mi pelo—, les preparamos la habitación como si de una luna de miel se tratase y le ponemos sus nombres a unas botellas de vino. —Me vuelve a colocar el pelo en su sitio.

—Es muy romántico, pero está muy centrado en parejas. ¿Es una buena línea de negocio? —pregunto sin poder dejar de pensar en sus caricias.

—La mejor —dice en mi oreja—, el amor siempre triunfa, pequeña Lu.

Vale, acabo de perder las defensas que me quedaban y las bragas toda de una.

—Te dejo para que te pongas cómoda, voy a calentar algo de cena y te espero abajo. La casa parece más grande de lo que es, pero son dos alas simétricas. No tiene pérdida.

Se va cerrando la puerta tras él y agradezco que me dé un poco de tiempo para recomponerme. Saco mis pocas cosas y me doy cuenta de que no me ha enseñado las demás habitaciones, aunque ahora ya no quiero verlas porque sé que esta es la mejor. No me cambio nada más que el calzado, porque no me gusta usar los zapatos de la calle dentro de casa.

Mando un *email* a mi equipo para recuperar la idea de negocio que planteó David y me encamino escaleras abajo.

La casa es realmente bonita y grande, pero acogedora. Huele a hogar y no parece, para nada, un hotel. Es una casa familiar que te hace sentir acogida, sin duda es un lugar especial con una energía preciosa.

Identifico la cocina por el olor que hace rugir mis tripas. Le veo de espaldas a mí, con un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca, apoyado frente a la pila mirando por la ventana mientras algo gira en el microondas. Aprovecho que parece no haberse percatado de mi presencia para observarle.

—Noto tus ojos en mi nuca y te oigo respirar —dice de repente sin girarse.

Me sobresalta y no puedo evitar gritar.

—¡Tonto!, qué susto me has dado. —Recorro la distancia que me separa hasta él—. ¿Qué haces ahí tan pensativo?

Miro hacia donde dirige la vista, pero desde mi estatura, no puedo ver nada.

De repente se gira hacia mí con los ojos oscurecidos. Sus ojos grises han pasado a ser dos pequeños aros alrededor de una gran pupila negra.

—Pensaba en ti, como me pasa siempre —añade—, cada puto segundo de mi día es para ti. Y ahora me preguntaba si te gustaría probar la piscina cuando terminemos de cenar, el agua está siempre en su punto —añade bajando sus ojos hacia el resto de mi cuerpo.

Trago saliva instintivamente ante su mirada y cada porción de mi piel por la que han pasado sus ojos responde instintivamente

—No tengo bañador —respondo con un hilo de voz.

—Yo tampoco tengo —dice rápido—. He calentado varias cosas que creo que te pueden gustar. ¿Tienes hambre?

Asiento sin decir una sola palabra. Ha sido muy rápido y ha preparado la mesa que hay en la cocina. Hay un plato de paella que huele estupendamente, unas fajitas, ensalada de frutas, arroz tres delicias y un poco de vino.

—Tiene todo muy buena pinta —afirmo comiendo un trozo de piña de la ensalada—, pero no quiero vino, gracias.

David se gira a mirarme mientras lleva a la mesa una botella de agua con gas y una botella gigante de agua mineral.

—Lu, que yo no beba no implica que tú no puedas hacerlo. Me ofende que no quieras probar mi vino.

Se ha recostado de cualquier manera sobre la encimera y la camiseta se le ha subido ligeramente dejando una porción de su bronceada piel a la luz. Mis ojos alternan la mirada entre ese pequeño pedazo de cielo que se ve a través de la tela y sus manos, que sostienen y giran la botella de vino. De repente todos sus movimientos parecen ralentizados, y yo me encuentro feliz siendo observadora de todo lo que ocurre.

Me parece sensual hasta la manera que tiene de introducir el sacacorchos en la botella mientras, con movimientos hábiles, la hace girar entre las manos.

—Es un espumoso blanco y afrutado, creo que te gustará. Además, está bien frío. Los españoles que nos visitan me han hecho aprender la lección a base de bien.

El sonido del corcho me saca de mi ensimismamiento y asiento, con la cara ardiendo.

Deja caer el líquido ambarino por la copa y las burbujas llegan hasta mis oídos. No ha despegado sus ojos de mí en ningún momento, pero tampoco derrama una sola gota fuera del cristal. De repente, probar de esa copa, me parece lo único que tiene sentido en mi vida.

La toma por la base y me la ofrece con un asentimiento y el olor del vino llega hasta mí.

Dejo que el líquido resbale dentro de mi boca y me reconforta la frescura. Me apetece añadir algún sonido, pero lo reprimo porque parecería muy ordinaria. Ciertamente es afrutado, sabe a madera y sabe a… David.

Cierro los párpados mientras me llevo otro trago a los labios y me los lamo, evitando desperdiciar una sola gota. Soy consciente de que sus ojos están clavados en mi cara y espera una opinión sobre el vino.

Cuando abro los ojos y me obligo a volver a la realidad, me encuentro con su mirada oscura y su boca entreabierta.

—Perdona, me he dejado llevar. Está muy bueno, frío en su justa medida y… está muy bueno

—es lo único que puedo decir.

Deja la botella encima de la mesa y deposita el sacacorchos al lado. Inspira hondo y veo cómo su nuez oscila de arriba abajo.

—No había deseado nada tanto en mi vida. Me muero por probarlo —dice mirando mis labios —, sé cómo sabe, sé cómo huele, sé cómo se sirve, pero jamás pensé que pudiese causarme tal revuelo verlo sobre tus labios. Soy un adicto que jamás podrá rehabilitarse. Eres mi perdición, Lu.

Coloca un mechón de mi cabello detrás de mi oreja. Miro sus labios que se curvan en un extremo y me muestran sus dientes, con ese colmillo descolocado que siempre me ha vuelto loca.

—Quiero besarte —digo sin pensar.

Agacha su cabeza hasta mis labios y espera paciente.

—Quiero tocarte —añado de nuevo y traga impulsivamente—, pero no sé si puedo perdonarte aún.

Suspira haciendo llegar un aire cálido hasta mi cara que me mueve los mechones del pelo. Coge mis manos y besa mis nudillos mientras retira la silla de la mesa y me invita a sentarme. Me arrepiento en el acto de no haberle besado porque una decepción enorme inunda su precioso rostro que cambia de color y se torna pálido.

—¿Esto es paella, verdad? —Intento salir de esta sensación que me atenaza el cuerpo.

—Eso pone en la etiqueta, pero me parece que no tiene nada que ver —contesta tras carraspear.

—¿Has visitado alguna vez España? Creo que hablamos de esto, pero no concretamos mucho —respondo dando un bocado a una fajita.

—Sí, en muchas ocasiones. No solo adorábamos el clima de niños, sino que nos encantaba la comida. Sobre todo, las zonas de costa, aunque hemos hecho alguna visita rápida a ciudades grandes como Barcelona o Valencia.

—¿No conoces Madrid? —pregunto, apurando la copa de vino.

—No. Pero no será por ganas de ir. Me encantaría que alguien de allí, que adora su ciudad y que la echa de menos, me la enseñase. —Me mira con ojos brillantes.

—Me pregunto quién podría ser. —Me animo a seguirle el juego.

—¿En qué zona de Madrid residías? He visto en un mapa que es una ciudad de dimensiones considerables.

—En la zona norte, en un barrio cercano al aeropuerto muy familiar, con edificios no muy altos y con bastantes jardines. El mejor barrio de Madrid —digo orgullosa.

—Pero eso sería porque tú vivías allí —responde zalamero.

—Señor Kane, está usted de un encantador que da gusto. Me encantaría hacerte de guía por mi ciudad. Es algo que disfruto muchísimo y no me gusta ir a los típicos sitios. Algo así como lo que hiciste por mí en Bath.

—Bath se vende sola. A mí Madrid me conquistó hace mucho. —Su mirada se oscurece al fijarse en mis labios acariciando de nuevo la copa.

Pese a que el comienzo de la cena resulta tenso, avanzamos en la conversación sin problema. No disfruto todo lo que me gustaría del momento, porque siento que le estoy confundiendo y me lo demuestra cada vez que toma distancia entre nosotros.

—He comprado esto de postre. —Se levanta y me enseña dos copas de *mousse* oscura.

—¡Chocolate! El final perfecto, muchas gracias. —Cojo el postre que me tiende.

Abre una de ellas y chupa la tapa. Me acabo de quedar sin palabras para lo que queda de

noche al ver su lengua deslizarse por el metal. Me pide que le siga con la cuchara metida en la boca y yo me muevo tras él sin perder un instante.

Salimos a una gran terraza que da a la entrada principal y desde donde se ve una esquina de la piscina. Mi estómago se encoge ante el recuerdo de la propuesta que ha dejado en el aire antes del comienzo de la cena.

—Si no te molesta que te deje aquí, voy a recoger la cocina y me voy a ir a trabajar un rato al despacho. Necesito repasar parte de la documentación para las reuniones que te comenté que tengo durante la mañana —me dice pensativo.

Asiento en silencio, todo el momento se ha esfumado y ha sido por mi culpa.

—Déjame que recoja yo la cocina. Al fin y al cabo, son casi todo envases y fregar un par de cosas. Así te vas antes a dormir —le digo mientras le pido que me dé el recipiente del postre ya vacío.

Alarga la mano y coge mi cuchara con la última cucharada de mi *mousse* y se la come. Lejos de molestarme, me hace sonreír.

—Buenas noches, Lucía, mi habitación es la gemela a la tuya, pero al otro lado de la escalera. Si necesitas cualquier cosa, estaré allí. —Me besa la mano y se va sin hacer apenas ruido.

Alargo un poco más mi melancolía sentada con las piernas cruzadas y dejando que la brisa de la noche me cubra. Cuando me parece que mis pensamientos profundizan demasiado me arrastro, sin ganas, hasta la cocina, y lo dejo todo impoluto.

Subo la escalera y la duda me carcome. Podría ver si ya se ha ido a dormir, si sigue trabajando o si él necesita algo. Negando para mis adentros me encamino a mi preciosa habitación para encarar una noche larga.

Pese a que me acosté pensando que no pegaría ojo, he dormido como un lirón. Cuando ha sonado el despertador del móvil, lo hubiese estampado contra la pared. La cama es tan cómoda que mi primera reunión la hago desde aquí. El cambio de hora me va a matar un día de estos. No dejan de preguntarme por qué no pongo la cámara y yo me hago la interesante más de la cuenta.

Al terminar de organizar los documentos que necesitamos para avanzar en el desarrollo de un nuevo proyecto y tras marcar un par de directrices, me dedico a programar un rato. El código me abstrae, como me pasa siempre, pero esta vez he recordado ponerme un pequeño aviso acústico para no perderme el *tour* de David.

Aún no ha salido el sol cuando bajo a la cocina. En realidad me doy cuenta de que he dormido poquísimo.

Sobre la mesa hay un desayuno digno de un ejército de marines americanos hambrientos, recién llegados de misión: bollería de toda clase, varios tipos de pan, mermeladas y fruta fresca, zumo recién exprimido, tomate rallado y una preciosa vajilla que queda de lujo con el mantel. Cada detalle parece cuidado, las ventanas que están abiertas ahora son las opuestas a las de anoche, y claramente dan al este por donde empieza a despejar la mañana.

Me siento en la silla que da a las ventanas y comienzo a masticar mi tostada con tomate y a beber el delicioso café. Un ruido me asusta, se escucha un canturreo lejano. Me incorporo en la silla y veo a David, en otra de las terrazas de la casa subir y bajar las escaleras a toda velocidad. Debe estar con alguno de sus entrenamientos porque espera a que su reloj pite para cambiar los ritmos.

Verle haciendo ejercicio es una delicia. Su cuerpo ha cambiado bastante en el tiempo que le

conozco. Ahora parece pesar algo más que cuando salió del centro de rehabilitación y no tiene los músculos tan marcados, pero se le ve saludable en todos los sentidos. Alterna saltos con sentadillas y sus pantalones se pegan al cuerpo húmedo marcando cada tendón.

Decido trasladar mi desayuno a la encimera que hay bajo la ventana y seguir disfrutando de la comida y de las vistas.

Llegan los estiramientos y David decide quitarse la camiseta. Desde aquí se observa la sombra del tatuaje y una sonrisa me llena la cara.

Maldito loco, es lo único que atino a pensar.

Cuando bajo la mano para coger la taza de café sin retirar mis ojos de David, tiro el vaso de zumo y al intentar levantarlo le doy un manotazo al plato y a una jarra de agua que hay junto a la ventana.

—¡Joder! —Me intento esconder de su vista.

—Lu, sé que estás ahí desde hace rato. Ten cuidado y no te cortes, ahora subo.

Me bajo de la encimera esquivando los cristales y, al momento, lo tengo a mi lado.

Sonríe y se agacha para comenzar a ayudarme.

—Creo que te gustan las vistas, ¿verdad? —Levanta mi barbilla y me obliga a mirarle.

Mi corazón da un salto y me tengo que recordar respirar.

Está sudado y, lo que en otros hombres me parece asqueroso, en él me ha parecido adorable. Tiene un ligero rubor en las mejillas y la luz del sol que ya brilla fuerte en el cielo incide en su rostro. Me deja ver sus labios curvados en una preciosa sonrisa pícara, que ensancha para mí mientras deposita un suave beso en mi nariz que, de nuevo, me deja sin respiración.

Ni siquiera me molesto en contestar.

—Me voy a la ducha, he dejado el despacho recogido para que puedas instalarte. Es esta puerta de aquí —señala a una frente a la cocina.

—Dave, me gustaría hacer el *tour* de los viñedos. Anoche adelanté una reunión y, mientras tenga el móvil encima por si me necesitan, creo que no me echarán en falta un par de horas. —Me siento como una cría pidiendo permiso para ir a la excursión.

—Serás mi invitada estrella, entonces. —Da una palmada en un gesto que reconozco tan suyo y desaparece con largas zancadas escaleras arriba.

Yo las subo más despacio, pero con energías renovadas tras recoger los restos del desayuno.

A la hora que me indicó ayer que comenzaba la visita, estoy en el punto señalado. Un grupo de seis personas, incluyéndome a mí, nos disponemos a hacer el *tour*. Le veo llegar y comienzo a observar las caras de los participantes.

Las cuatro mujeres que formamos el grupo demudamos de puro gozo. Lleva unos vaqueros oscuros, una camiseta blanca básica y unas botas de un marrón muy discreto a juego con el cinturón. El sombrero calado ligeramente y unas preciosas gafas negras terminan el conjunto. Parece un modelo de revista.

Los dos hombres que acompañan a las tres mujeres, se miran ceñudos y se propinan codazos. Uno de ellos le reconoce y chismorrea con el otro que se pone serio mientras asiente.

—Buenos días a todas y todos. Mi nombre es David Kane y estos son los viñedos de mi familia. Durante la mañana visitaremos las bodegas, las plantaciones; conoceremos el proceso de creación del vino, el de conservación; embotellaremos nuestro propio vino y terminaremos con un almuerzo y cata.

Me mira y asiento, me parece un plan perfecto, aunque ya sé, desde este momento, que tendré

que ausentarme antes del final.

Se quita las gafas y una gran sonrisa de galán cubre su rostro. Juraría que he visto babear a la señora cincuentona que tengo delante.

—Mi compañera, Winy, nos acompañará en parte de la visita. Ella es la enóloga de la bodega y una de las socias del viñedo.

Tras de mí aparece Izaskun, una mujer casi tan alta como David, con una preciosa melena rubia y unos ojos verdes como el musgo. Cuando sonríe hacia el grupo, dos preciosos hoyuelos enmarcan su sonrisa y se aprieta fuertemente las manos antes de hablar.

—Buenos días, me alegro de poder acompañarlos hoy. Veo que tenemos una persona más en el grupo. —Revisa una carpeta con papeles mientras David le dice algo al oído, demasiado cerca para mi gusto—. ¡Oh!, ya veo. Todo correcto entonces.

Me mira y me sonríe sincera.

Ahora son los dos caballeros los que se propinan codazos y sonrisas. Dave y Winy son una portada de revista en todo su esplendor, con el sol cayendo sobre su piel, dándole un aspecto bronceado. Ella, con sus largas piernas, en unas botas de *cowboy*, con un vestido corto de un color que no hace nada más destacar sus ojos y su color de pelo.

Niego con la cabeza y me pongo las gafas de sol para evitar que me pillen mirándolos embobada.

—Si me permiten, les indicaré el camino.

David se pone en marcha y me doy cuenta de que soy la única que no lleva sombrero.

Winy me alcanza al momento.

—¡Lucía! —Qué gusto oír mi nombre completo y en español—. Me moría de ganas de conocerte. Soy Izaskun y espero que te sientas como en casa.

Me da dos besos que me pillan desprevenida, una ya se ha desacostumbrado a estos saludos tan nuestros.

—Muchas gracias —atino a decir desde mi pequeña altura.

—Espero que te guste la visita, nos gustaría mucho, tanto a David como a mí, que pudieses hacernos una crítica al respecto. La gente sale muy contenta, pero nos vendría bien una mano amiga y conocida que nos apriete bien las tuercas. —Se gira, totalmente emocionada, esperando una respuesta.

—Sí, claro. Lo que sea por vosotros… —No quiero ser ese tipo de mujer, así que intento cambiar el chip.

La visita comienza explicando las dimensiones del terreno y el por qué están colocadas las vides en tal o cual sitio. Interesante, porque oigo cosas que seguro que a mi equipo le puede interesar. Tienen algunas placas solares al final de la finca y me pregunto si estarán en funcionamiento.

Seguimos hasta la bodega y ahí es Izaskun, me niego a llamarla Winy, la que coge las riendas. Habla sobre los tiempos de maduración, el proceso de fermentación, los olores y calores que desprende, y sobre las barricas. Habla sobre España al comentar que las mejores maderas son las de los vinos de Jerez y que le aportan un sabor muy especial a los caldos.

La verdad es que, pese a no tener ni idea de vinos y no haberme interesado nunca, me parece que resulta muy entretenido. Durante todo el trayecto, y pese a estar en otoño, tenemos agua fresca a nuestra disposición y fruta para ir picoteando. Noto que mi piel comienza a arder al poco tiempo de estar observando las vides.

David se aparta del grupo al verme removerme incómoda y me tiende su sombrero sin decir

nada. Al ver las miradas del resto de mujeres posadas en mí, enrojezco y me calo el gorro hasta lo más profundo mientras veo a David carcajearse casi en silencio.

Me suena el móvil y me retiro del grupo para atender la llamada. Tengo que ir hasta mi ordenador porque, lo que tengo que resolver, no puedo hacerlo desde el teléfono.

Le hago un gesto a David que no comprende, pero Izaskun me hace un OK con las manos y le susurra algo a David que sonríe y asiente. Ahora resulta que también necesita traductora.

Me alejo hacia la casa dándole patadas a los terrones de tierra que encuentro a mi paso y, al llegar al despacho, veo que todas mis cosas están allí.

—Buenos días, señorita Prieto.

Un grito espeluznante sale de mi garganta y me agarro el pecho en un gesto demasiado dramático.

—Soy Marty, trabajo con David y me pidió que dejase el despacho listo para que usted pudiese trabajar. Espero que no le importe que David me haya dado sus cosas, fue él quien entró en su habitación, yo solo…

—Muchas gracias, Marty. Me viene fenomenal porque tengo que conectarme urgentemente —contesto feliz de no tener que perder tiempo ni en subir las escaleras.

—Le traeré un café —me dice.

No me da tiempo ni a darle las gracias porque, cuando vuelve al despacho con un café, unas pastas y una botella de agua, estoy tan metida en la pantalla que solo oigo la puerta cerrarse.

Horas más tarde, o lo que a mí me han parecido días, alguien llama a la puerta.

—Adelante —digo sin pensar, como si estuviese en mi casa.

—¡Hola! ¿Cómo ha ido la mañana? —David, enrojecido por el sol, está frente a mí.

—Pues un poco caótica. Siento haber tenido que dejar la visita tan pronto —digo volviendo la vista al chat de grupo que se abre frente a mí en la pantalla—, pero es que han liado una que no podía dejarles seguir.

Tecleo un par de líneas, recibo unos pulgares arriba como respuesta y cierro la pantalla.

Devuelvo la vista a David que me mira ensimismado.

—Creo que nunca había visto a nadie teclear tan rápido —me dice divertido.

—Esto no es nada, el sonido a veces resulta atronador —respondo chulesca.

—¿Qué te ha parecido lo que has visto de la visita? —Se sienta frente a mí.

Me pienso la respuesta porque no quiero que la imagen de él frente a esa preciosa mujer entorpezca mis sentidos.

—Pese a no saber nada de vinos y no haber mostrado interés en ello en toda mi vida, me ha resultado muy interesante. Creo que, en parte, es por ti y por Izaskun —admito.

—¿A qué te refieres? —Apoya sus codos en las rodillas y enmarca su cara.

—A que sois deslumbrantes en todos los sentidos. Parecéis sacados de un catálogo de ropa campestre. Tan rubios, tan altos, tan guapos…

Sus carcajadas interrumpen mi relato.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Lo bien que te sientan los celos —responde sonriente.

—¿Qué dices? David, no tengo por qué estar celosa, tú y yo no tenemos nada. —Bebo un trago de agua, intentando esconderme.

—Tú y yo, Lu, lo tenemos todo. Solo necesitas pararte a juntar las piezas del puzle y lo tendrás tan claro como ese agua que estás bebiendo —dice con una voz ronca—. Winy y yo no

sentimos ninguna atracción. Tiene pareja desde antes de trabajar aquí y es una socia minoritaria, además de mi empleada. ¿Qué te ha hecho sentir esos celos que están a punto de ponerte verde? —Sé que lo hace a propósito, pero no puedo evitar responder.

—¡No estoy verde! —grito mientras me levanto de la silla—. Quiero decir, no estoy celosa. Además, que sea «tu empleada» no es algo que te haya frenado antes.

Se levanta de su asiento y copia mi gesto apoyando las manos en la mesa, dejando nuestras caras a pocos centímetros.

—Si tú supieras lo que significas para mí no tendrías que pensar en ninguna otra mujer. Que por muy alta o muy rubia que sea, aunque tú creas que es la mujer más bella del mundo, todas me dan igual. Si aún no sabes lo que me haces sentir, lo que me das y cómo de loco me vuelves, es que lo estoy haciendo todo mal.

Me habla mirándome a los ojos y aprieta mucho la mandíbula al terminar.

Solo puedo centrarme en sus labios y en humedecer los míos instintivamente.

—Sal conmigo, en una cita, esta tarde —dice de carrerilla.

—¿Qué? —Me retiro de la mesa.

—Que tengamos una cita, nunca hemos tenido ninguna.

—Dave, no tengo ropa para una cita. Además, yo no tengo citas, soy española, eso es una americanada.

—Y yo soy británico y también tenemos citas. No es algo exclusivo de este continente. ¿Cómo has conocido a tus parejas anteriores? ¿Es que no ibas al cine, no salías a cenar o cosas así?

Me encantaría relatarle mi pasado al respecto, pero opto por el silencio.

—¿Y bien? —pregunta cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Y si te digo que no?—respondo nerviosa.

—Nos quedaremos en la finca, haremos un pícnic al atardecer. —Se parapeta frente a mí, obligándome a sentarme en la silla—.Veremos una película y comeremos palomitas.

—Sí.

—Sí, ¿qué? —Se acaricia el pelo desesperado—. A veces me turbas, Lu.

—Que no quiero la cita, quiero quedarme en la finca. Acordamos algo tranquilo. —Le aparto posando mi mano sobre su pecho.

—Lu, esta era realmente la cita. A veces pareces estar en otro mundo.

Sale de su despacho y me deja con la palabra en la boca.

Recojo todos mis bártulos y me doy cuenta de que hace horas que debería haber comido. A veces mi madre tiene razón y siempre he sido una especie de rata informática que se alimenta del aire con tal de trabajar.

Subo las escaleras hasta mi habitación y dejo todas mis cosas recogidas, preparo la ropa para darme un baño y llaman a la puerta.

—¿Sí? —respondo.

—¿Puedo pasar? —pregunta David.

—Sí, claro.

—¿Te apetece que salgamos a dar un paseo por el pueblo? Me gustaría enseñarte la zona y que conozcas las posibilidades.

Asiento ante esos dos ojos grises que me miran expectantes.

—Genial, pues te veo en una hora en la puerta. Disfruta de la ducha —dice, mientras cierra la puerta.

Me quedo pensando que tengo una cita con David y me pongo muy nerviosa. Pienso en ello en la ducha e, instintivamente, me recorro la piel con las manos. Una sensación gratificante me llena y me cubre incitándome a más. Un montón de imágenes de David se agolpan en mi cabeza, y me hacen suspirar. Recuerdo el calor de su cuerpo, el tacto de su piel, su precioso bronceado y los dedos se mueven solos entre mis piernas. Recuerdo el sabor de sus besos y la presión de sus caricias mientras me sumo en una espiral de gemidos y suspiros.

Me obligo a recordar nuestra última vez juntos y cometo el error más grande del mundo, el subidón se baja de golpe. La pena que sentí, la sensación de sentirme utilizada llega hasta mí y me hace desear no haber conocido a David.

Unos sollozos de frustración, dolor y nerviosismo se me escapan y me desahogo bajo el chorro de agua, pero no de la forma que tenía pensada.

Mucho más serena y un poco antes de la hora, bajo las escaleras y veo a David junto a Izaskun en la puerta de la entrada a la casa.

Hablan bajo y sus cabezas están juntas mirando una carpeta con documentos. Me detengo a observarles. Gesticulan y hablan sin parar, pero es cierto que nada en ellos indica que pueda existir atracción.

Termino de bajar los escalones con idea de que me oigan llegar. La primera en girarse es ella que me dedica una gran sonrisa.

—Lucía, ¿qué tal tu habitación? Ya me ha dicho David que te ha dejado la estrella de la casa —tiene un precioso acento del norte de la península al hablar en nuestro idioma.

—Muy bien, a la habitación no le falta detalle. Es un sueño —respondo—, y la visita me ha gustado mucho. Tienes una forma de explicar las cosas que resulta cautivadora. Se nota que te gusta tu trabajo.

—Estoy entusiasmada con el trabajo, no pensé conseguir algo así en este país. Ya me veía sirviendo cafés. Me mudé aquí porque me enamoré de un chico americano y no lo pensé mucho. Dejé un gran trabajo en España, llegué aquí sin muchas pretensiones y con las esperanzas por las nubes, pero no daba una con los trabajos. Hasta que David se cruzó en mi camino. —Las dos le miramos y él asiente incómodo. No se entera de nada.

—Sí, conozco esa sensación—respondo melancólica.

—Lucía, conozco toda vuestra historia —comienza a susurrar y nos aleja unos pasos de David —.Este hombre está completamente enamorado de ti. Nos tiene hartos con tus historias, con las ganas de conquistarte y con su mal humor. Los cuatro días de esta semana, hasta tu llegada, han sido una pesadilla. Solo hay que verle para darse cuenta de lo mucho que te quiere.

Miro a David que finge leer el documento, pero sé que está poniendo la oreja. En el fondo es un cotilla. De poco le va a servir porque seguimos hablando en español.

—Quizá conozcas solo parte de la historia. Me he sentido un poco utilizada y me está costando reconocerme al estar aquí con David como si nada.

Me aprieta el hombro en un gesto de camaradería mientras asiente levemente. Está claro que no le he infundido muchas esperanzas porque se vuelve a mirar a su jefe con pena.

—¿De qué cuchicheabais en español? —pregunta David.

—De lo mucho que echamos de menos nuestro país, de las ganas que teníamos de poder hablar español y decir tacos. ¡Coño!

Izaskun añade la última palabra en español a voz en grito sobresaltando a David. No puedo evitar reírme a carcajadas. Ella se acerca a mí y me da un abrazo que siento de amiga.

—Por favor, piénsalo bien todo. Tómate tu tiempo, pero no tardes mucho, está insoportable —añade en mi oreja—. Si no estuviera con Paul no le haría ascos. Está como un queso.

Sé que lo ha dicho de broma, pero los celos hacen su presencia de manera automática mientras asiento de manera educada.

—He dejado todo listo, David. Donde el cenador, el vino está respirando. Si no necesitas nada más me quiero ir a casa, estoy molida —añade ahora en inglés, dirigiéndose a un David confuso.

—Sí, por supuesto. Muchas gracias por ayudarme con mi cita —al decir «cita» ha recalcado la palabra y me ha mirado.

Pongo los ojos en blanco y despido con la mano a la mujer que desaparece entre una nube de polvo de su gran todoterreno.

David me invita a pasar de nuevo hasta la cocina y me ofrece agua fresca. Se ha cambiado y ahora su aspecto recuerda más al David de hace unos meses. Lleva unos pantalones chinos preciosos y un polo azul. Huele de maravilla y el pelo, que sigue llevando más largo que cuando nos conocimos, brilla rubio en todo su esplendor.

—¿Estás lista? —me pregunta apurando su agua.

—Cojo el bolso y nos podemos ir.

Al volver a su coche todo se vuelve *más*. Él, su olor y mis ganas. El mal rato de la ducha me ha dejado los nervios calmados, pero ha instalado un dolor pulsátil en mi entrepierna que sé que me va a traer de cabeza este rato.

Llegamos muy rápido al pueblo y me traslado a una película americana. Es una preciosidad, al menos la avenida en la que nos encontramos. Son todo locales bajos con terraza, llenos hasta la bandera a esta hora de la tarde. Huele a comida recién hecha, tienen toldos de colores y flores llamativas, grandes carteles con el menú pintado a mano y una sensación de extraña calma.

—Me acabo de dar cuenta de que no has comido. Lo lamento, estaba con las reuniones y pensé que te acercarías a la cocina a coger algo —dice David.

—La culpa es mía, me pasa más de lo que crees.

—Ya lo veo, estás flaca —dice mientras tuerce el gesto—.Creo que no has pasado unos meses muy buenos, ¿verdad?

—Supongo que tú tampoco —rompo una lanza en su favor.

Niega con la cabeza mientras extiende su brazo pidiéndome la mano. No me lo pienso mucho y se la doy. Arrancamos la marcha mientras charlamos sobre el día, nuestras reuniones y cosas triviales. Me sorprende cómo consigue hacerme sentir tan cómoda en su presencia.

Justo cuando estamos observando una carta de un restaurante que se anuncia como la mejor parrilla de la costa, escuchamos un carraspeo a nuestra espalda.

Una adolescente perlada en sudor y llena de granos mira embelesada a David.

—Señor Kane, ¿es usted de verdad? —pregunta la joven, haciendo girar un móvil con la cámara abierta y lista.

—Sí, creo que soy yo —dice David divertido—. ¿Quieres que nos hagamos una foto?

Extiende la mano y le pide el móvil a la chica que descuelga su mandíbula en un gesto muy gracioso. La entiendo perfectamente porque Dave es un ejemplar espléndido. Coge el móvil y él mismo dispara un par de fotos.

—Mira a ver si te gustan —le dice al devolverlo a manos de su dueña.

Ella solo puede asentir y dar las gracias a un nivel casi inaudible. La vemos desparecer tras la esquina.

—Has sido muy amable, ¿cómo llevas que te sigan reconociendo?

—Bien. Siempre que me hablen con respeto y me pregunten antes de tomar una foto mía. Y siempre que no se intenten colar en los viñedos de manera ilegal, no lo llevo mal —responde restándole importancia—.Es algo con lo que sé que tendré que vivir. Solo hay que tomarlo como viene.

—Es una buena filosofía. Mi madre la usa mucho —respondo recuperando yo el agarre de su mano.

Veo cómo mira nuestras manos unidas y enrojece. Intenta evitar que le vea, pero ya es demasiado tarde.

Decidimos entrar en el restaurante a por un pequeño tentempié que nos mate el gusanillo hasta la cena.

Me vuelve a preguntar por mis padres y le cuento nuestro pequeño alejamiento y se lamenta por haber sido culpable.

Me cuenta que ha hablado con su hermana que volvía hoy al trabajo y estaba como un alma en pena.

—Es la primera vez en toda mi vida que veo a mi hermana llorando por ir a trabajar. Y ha trabajado en uno de los hospitales más grandes de Londres y se comió los atentados —me explica—.Creo que se ha enamorado de Sam.

Le miro divertida con la idea de que mi amigo y su hermana se conviertan en una pareja.

—Intentaré sonsacarle algo a Sam al respecto.

—No quiero que le hagan daño a mi hermana, Lu. Sam nunca ha sido santo de mi devoción, pero le estaré agradecido de por vida por muchas cosas. Pero como le haga algo a mi hermana, no me costará nada recordar las ganas que tuve de machacarle desde que te puso los ojos encima.

—Cuidado, Dave, te estás poniendo verde.

Me saca la lengua y cambiamos de tema enseguida.

El atardecer nos coge volviendo a la finca. Mis tripas rugen de nuevo, parece ser que el tentempié no ha sido suficiente.

—Mientras yo recojo unas cosas, quiero que vayas hacia allá —señala a la derecha—, ¿ves el cenador? Pues justo ahí. Ponte cómoda.

Me da un beso en la mejilla y un cachete en el culo que, pese a ser muy rápido, me enciende por completo.

Me apresuro a llegar hasta donde me indica. Es un alto de la finca donde se ve el paisaje del valle en el que nos encontramos. La vista resulta cautivadora y el cenador evoca una jaima del desierto. Sus telas ondean despacio, hay una zona con cojines enormes en la que me pierdo. Veo que tiene una apertura superior por la que, deduzco, se podrán ver las estrellas dentro de relativamente poco.

Hay un montón de comida en una pequeña mesa de té y enseguida escucho los pasos de David.

—Así me gusta, que te hayas puesto cómoda. ¿Tienes frío? —pregunta al verme descalza—. Aquí tenemos las mantas.

Me tiende una y se queda con otra. Se pone un jersey de pico del mismo tono que el polo y que llevaba anudado a la cintura.

Marty aparece tras él con más comida.

No dice nada, solo deja las bandejas y se despide. Le damos las gracias al unísono.

—Qué discreto es. Me ha dado un susto esta mañana que casi me quedo en el sitio.

—Marty es un ser de luz. Es un exconvicto del pueblo que sabe hacer de todo, pero al que nadie le deja hacer nada. No me lo pensé cuando me comentaron su existencia —me cuenta David sirviendo vino tino—.Me ayuda con el mantenimiento de la casa y la piscina además de atender a los huéspedes. Es un digno oponente de María, tiene la casa siempre impoluta.

Me tiende la copa y, a pesar de que creo que el vino va a estar caliente, es muy refrescante y ligero.

—Gracias —digo.

—¿Por qué? Ya te dije que eras mi invitada este fin de semana. Comamos.

Las estrellas salpican la bóveda que nos cubre y nosotros nos encontramos en plena digestión, tirados entre los cojines. Dave tiene una mano tras la cabeza y la otra reposa junto a la mía.

Yo estoy ladeada, rodeada de cojines. Parezco la princesa del cuento de *La princesa y el guisante* porque no termino de encontrar la postura.

—Estate quieta ya, no dejas de moverte. Te va a sentar mal la cena. —Dave se incorpora para mirar qué me ocurre.

—Perdona, es que estoy incómoda pero no sé por qué. —Hago un puchero un tanto infantil.

Dave sonríe y tira de mi pierna con demasiada facilidad.

—Ven aquí, anda. Esto te pasa por estar tanto tiempo cargando con tus defensas. —Se sitúa entre sus piernas y me masajea el cuello—. Por cierto, ¿por dónde van?

—¿Qué? —sus palabras me llegan desde lejos, el placer que siento ahora mismo es lo único que me importa.

—Veo que no sabes de qué te hablo. Eso está muy bien.

Repite los gestos durante unos minutos y le noto respirar fuertemente pegado a mi cuello. Inspira mi olor y todo el vello de mi cuerpo responde.

—Se te ha puesto la piel de gallina —afirma—. ¿Tienes frío, pequeña Lu?

Joder, esa voz es lo último que necesito ahora mismo.

—No. Precisamente frío es lo que no tengo —me reprendo en el acto por haber perdido el filtro.

Me intento retirar de entre sus piernas, pero me agarra suavemente mientras recoloca las almohadas. Me recuesta sobre su pecho, cubre mi cuerpo con sus grandes brazos y, me doy cuenta, de que aquí es donde he deseado estar todo este rato.

—Dave.

—¿Sí? —Comienza a trazar círculos en mi mano que me encienden.

—Te he echado mucho de menos.

Detiene sus caricias, pero no dice nada.

Quiero que siga tocándome, pero no sé qué hacer. Valiente, introduzco mi mano helada en el interior de su jersey. Pero, cosas de la vida, también en el interior del polo.

Da un respingo al notar mi tacto y se tensa todo en él. Donde mejor lo aprecio es en su entrepierna.

Ahora soy yo la que trazo líneas mientras acaricio su tableta arriba y abajo. A cada pasada que doy, me enciendo más y más. Le oigo aumentar el ritmo de la respiración y me atrevo a mirarle. Tiene los ojos cerrados y el gesto rígido, con la mandíbula apretada en un gran esfuerzo.

Se da cuenta de que le observo y me mira entre las pestañas. Su cara me dice que pare, pero su cuerpo pide a gritos que siga.

Decido hacerle caso a su cara y se relaja en el acto.

Me incorporo y doy un largo trago a la copa de vino. Me he bebido una botella yo sola.

—Dave, quiero hacerlo contigo.

—Es usted una romántica, señorita Prieto. —No le ha hecho ninguna gracia mi comentario.

—Estoy tensa, estoy incómoda y quiero hacerlo. —No sé qué cojones me pasa.

—Ya.

—¿Y bien? —No espero respuesta y me abalanzo sobre él.

Intento llegar hasta su boca y me frena.

Junta mis manos a la altura de su regazo y me besa las palmas mientras coge aire antes de hablar.

—¿De verdad crees que es lo único que quiero de ti? —pregunta mirándome fijamente.

—No. Pero estoy hablando de lo que yo necesito. Me lo debes —respondo.

Y acabo de comprender que lo que estoy intentando es vengarme. Quiero utilizarle una noche como él me utilizó a mí la última vez que estuvimos juntos. El mismo pensamiento recorre su mente y niega con la cabeza a la vez que suelta mis brazos.

—Lo siento mucho, Lucy. No me dejaste explicarme, pero mi intención era poder despedirme de ti y no utilizarte. Nunca he querido hacerte daño, jamás. Y lo siento mucho, pero esto no es lo que quiero y no es lo que necesito.

—¿Lo que tú necesitas? Hombre, el David de siempre ya está aquí. —Me incorporo de un salto y me voy rumbo a la casa.

Me alcanza de dos zancadas, me hace girar y me da un beso salvaje. No sé si la sensación de estar elevándome del suelo es real o no, pero no quiero que pare. Nuestros labios no pueden estar más pegados, nuestras lenguas recuerdan, de memoria, los pasos de la danza que ya hemos bailado antes.

Cuando estoy entregada por completo, noto su vibración sobre mí y, de repente, comprendo que está reteniendo un sollozo.

Al separarme de él veo que me ha cargado en brazos y mis piernas le rodean.

Se reprende a sí mismo y me deposita en el suelo sin decir ni una palabra. Se limpia una lágrima que resbala por su mejilla y me siento mezquina.

—He pasado cada día pensando en lo mal que he hecho las cosas desde que te conocí, Lu. Me he arrepentido de atraerte a mi vida porque solo te han pasado cosas horribles a mi lado. Pero he intentado enmendar mis errores, he construido un futuro ante mí que me permita ser una persona decente. He recuperado ilusiones perdidas y me he mudado a otro país dejando atrás a mi familia, pero tú no puedes perdonarme.

Se restriega los ojos y se mesa el cabello.

—No sé qué más puedo hacer para que me quieras —dice desesperado—, pero desde luego no podría soportar estar contigo solo una noche más. Una noche no es suficiente para mí, yo quiero todas las que podamos robarle al tiempo para estar juntos.

Intenta tocarme, pero algo le frena. Mira hacia la casa y me mira a mí esperando que diga algo.

Me he quedado muda, paralizada y atontada. El vino, el calor de su cuerpo, ese beso… todo me abruma.

Suspira de golpe y se dirige hacia la casa a grandes zancadas. No puedo más que ir tras él sin mucha gana. Deja la puerta abierta y la cierro al entrar. Se ha ido a la cocina y está bebiendo agua directamente del grifo. Cuando me ve a su lado vuelve a suspirar, se incorpora y sé que lo

que me va a decir no me va a gustar.

—Buenas noches, Lucy.

Coge carrerilla y, en unas pocas zancadas, llega arriba y una puerta se cierra de golpe haciéndome estremecer.

No sé cuánto tiempo llevo dando vueltas en la cama. Tengo un calor horrible pese a tener las ventanas abiertas de par en par. He tenido que levantarme varias veces a rehacer la cama, porque de tanto girar, he sacado las sábanas. Desesperada, decido bajar a por agua fresca a la cocina.

Asomo mi cabeza antes de dar un paso más. No se oye nada, y me encamino tranquila escaleras abajo.

Bebo un montón, pero eso no me hace sentir mejor. Creo que el vino me ha dado una buena resaca que ha llegado sin avisar.

No tengo ganas de volver a la cama y me apetece pasear o moverme. Miro por las ventanas, pero todo está oscuro. No me atrevo a salir solo con la luz del móvil, no conozco nada de la finca. Al mirar en diagonal percibo la tenue luz de la piscina y no me lo pienso.

Las luces principales de la piscina están apagadas y solo queda iluminada por las del jardín. No se ve toda la piscina desde esta esquina y me pregunto si algún tipo de bicho campestre se habrá podido meter animado por la negrura de la noche.

Me desvisto y comienzo a bajar por la escalera. El agua está perfecta, tal y como David prometió.

Me siento en uno de los escalones y muevo mis piernas intentando concentrarme en el movimiento. Controlo la profundidad de la piscina antes de sumergirme por completo. Alargo mi estancia bajo el agua un poco y salgo de golpe pidiendo un aire que necesito con urgencia.

CAPÍTULO 51

David

—Toda una sirena —digo en voz alta.

El grito que da resuena en todo el valle. Me arrepiento al momento de haberle dado tal susto.

—Dave, ¿eres tú? —pregunta con voz temblorosa cubriéndose el cuerpo y lista para salir del agua.

Nado hasta ella de un par de brazadas para que pueda verme la cara.

—Sí, perdona. No pretendía asustarte —respondo.

—Dios mío, qué susto —atina a decir—, ¿desde cuándo estás ahí?

—A juzgar por mis dedos como pasas, demasiado rato —respondo mostrándole la palma de la mano.

—¿Por qué no has dicho nada cuando me has visto llegar? —pregunta alejándose un poco de mí.

Chasqueo la lengua sin tener una respuesta clara que darle. La he visto acercarse tan rápido que he sabido cuál era su intención desde el principio. Podría haberle dicho que estaba aquí, pero mi parte masoca me pedía dejarla seguir.

—No lo sé.

Se sumerge y vuelve a salir con un suspiro profundo.

—No podía dormir —confiesa—.Siento mucho haberte entristecido.

—Yo tampoco podía. La habitación me estaba resultando asfixiante —confieso también.

Nos miramos en silencio mientras hacemos girar nuestros cuerpos en el agua.

—Dejaré que te bañes a gusto. Tienes un montón de toallas en aquel lado —señalo la sombra extraña que hacen las luces.

Doy un par de brazadas y salgo del agua.

—¡Llevas bañador! —grita ofendida.

—Es lo normal cuando te bañas en una piscina. —No me giro para responder.

No quiero que vea en qué estado me ha dejado su pequeña exhibición.

—¡Me dijiste que ya no mentías! —dice nerviosa.

Cubro mi cuerpo con la toalla y coloco mi pelo a la vez que roto para verla.

—Ese día no pensaba ponerme bañador, así que me importaba poco tenerlo o no.

Asiente y se abraza el cuerpo. Me agacho para verla más de cerca; con sus mejillas sonrojadas, sus ojeras y los ojos algo enrojecidos.

—Has estado llorando —digo.

Ella asiente sin apartar sus ojos de mí.

—Y de nuevo, ha sido por mi culpa —afirmo.

Niega fuertemente y se encamina a la escalera y yo me quedo donde estoy.

Sale muy despacio, y la reparación de la piscina merece cada centavo que invertí. Hice una gran escalera de obra, que da entrada y salida por uno de los lados de la piscina, el que ahora está frente a mí. El tamaño de los escalones hace que sus pechos vibren a cada paso, y sus caderas se ladeen. Es una especie de diosa emergiendo de las profundidades.

Sigo aquí agachado y ella está llegando hasta mí sin quitar sus ojos de mi cara.

—He llorado por lo imbécil que he sido —dice mientras tira de mi toalla para que se la dé—, por lo idiotas que somos los dos.

Desde esta perspectiva no puedo pensar con claridad, así que me elevo en toda mi altura, pero no le cedo la toalla.

—Son muchas lágrimas entonces —mi voz suena tan ronca que no la reconozco.

—Dave, dame la toalla. —Comienza a tirar fuertemente de ella.

—No.

—David, me estoy quedando congelada. —Sigue sin cubrirse o sin hacer un solo gesto que indique que tiene frío.

Me permito dar un paso atrás para observarla.

Dejo caer la toalla húmeda lejos de mí y comienzo a desabrochar los cordones del bañador. Sus ojos acuden a mis manos de manera instintiva y su boca deja escapar un suspiro.

Me quito la tela mojada y dejo libre mi erección que la señala directamente a ella. En un movimiento rápido la cargo en hombros y nos sumergimos con un estruendo.

Emergemos dentro de la piscina entre risas.

—No quería bañarme más, la piscina tampoco ha mejorado mi humor —dice encaminándose despacio hacia la escalera de nuevo.

—Quédate.

Se para en seco.

—Lu, mírame. Dime que me has perdonado, dime que podemos estar juntos. Por favor, dime algo y no vuelvas a enmudecer.

Agacha la cabeza y la sumerge. Gira su cuerpo hacia mí muy despacio y acorta la porción de agua que hay entre nosotros.

—David, jamás en mi puta vida había querido a nadie como te quiero a ti.

—¿Pero? —noto que esa palabra está llegando.

—Pero no quiero que volvamos a pasarlo tan mal. Ninguno de los dos lo merece. Nunca me había enamorado de verdad y ahora lo veo claro. Y duele demasiado. ¡Si apenas nos conocemos!

—En eso coincido contigo. Pensé que me había enamorado de Claire en su día. Mi madre siempre me dijo que eso no era amor. Fue ella la que me abrió los ojos y me hizo ver que no podía perderte. Nunca he querido a nadie así, con esta devoción que siento y este respeto inmenso. —Paso mi mano por su rostro—. Lu, no quiero vivir una vida sin ti.

—¿Y si las cosas van mal? —pregunta preocupada.

—Al menos lo habremos intentado y nunca podremos reprocharnos el pensar que dejamos algo pendiente —la abrazo y sentir sus pechos húmedos contra mi cuerpo, su piel suave y tibia, casi me hace enloquecer—, pero yo sé que no va a ir mal.

—No sé cómo puedes estar tan seguro. —Me aprieta la cintura.

Cojo su barbilla entre mis dedos y la obligo a mirarme a la cara.

—Porque mi corazón me lo dice, mi alma me lo grita y porque si tuviese que vivir sin ti, todo sería muy aburrido. —Deposito un suave beso en sus labios hinchados.

Noto cómo se derrite ante mi beso y aprovecho para cargarla en brazos y tenerla a la altura.

Voy regando su cara con pequeños besos y mordiscos que le roban suspiros.

—Me gustaría mucho que vinieses a vivir conmigo —suelto sin paños calientes.

Se separa de mí y me mira sin decir nada. Yo, me animo a seguir.

—Me encantaría que trabajases desde aquí siempre que puedas, que me ayudes con los viñedos y que tu empresa se encargue del proyecto de transformación de la finca.

Veo su mente trabajando y uniendo ideas, prefiero seguir o no reuniré el valor necesario.

—Si tú quieres, me encantaría que fueses mi novia —sonrío como un idiota—, y que tengamos una relación de pareja normal. Porque no sé si te lo he dicho ya, pero… te quiero mucho.

Me besa con tanta pasión que cada uno de los nudos de mi corazón se deshacen al instante. Absorbo la energía de ese beso y compenso cada noche sin dormir, cada segundo de suspiros y pena que he albergado en mí. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, y pese a que sé que es importante hacerlo, no quiero romper este momento.

Estamos enredados entre su pelo y mis manos, acaricio cada porción de piel que pueden rozar mis dedos y la sensación es electrizante. Me pide más con sus mordiscos y con su forma de apretarse. Se restriega fuertemente contra mí.

—Lu, aquí no. ¿Crees que después de todo el tiempo que llevo deseándote lo vamos a hacer aquí de cualquier manera?

—Contigo nunca es *de cualquier manera.* Siempre sale bien, Dave.

Admito que el tono de su voz, la manera de mirarme y el halago me han hecho subir otro peldaño de excitación, pero sigo en mis trece. Sin dejar de tocarnos, bajo el ritmo de nuestros besos y reduzco nuestro roce.

Mientras muerdo el contorno de su mandíbula nos encaminamos hacia las escaleras. Ella está entregada y soy consciente de que no se está percatando de nuestro movimiento.

Suspira muy hondo cuando comienzo a trazar círculos con mis dedos en sus muslos y se aprieta tanto contra mí, que casi me corta la respiración. Ahora es ella la que me besa y muerde en el cuello, sabe que es mi punto débil.

Para cuando le pido que pare, estamos ya entrando en la casa. Se descuelga de mí y me deja que la termine de envolver en la toalla. Desnudo e intentando coger un poco de aire, paso por la cocina a coger agua fresca.

Ella me mira desconcertada.

—¿Te parece este el momento de pararte a coger un piscolabis? —me reprende.

—Para lo que tengo pensado para estas noches, necesitamos hidratación —bebo un largo trago—, pero mucha.

Traga con dificultad y sé que, ahora mismo, desea más esa agua que tengo en mis manos que respirar. Tras comprobar que la puerta de entrada está cerrada con todos los pestillos, cojo un poco de chocolate y me encamino hacia el piso de arriba sin decir ni palabra. Sé que ella me va a seguir y que, todos mis gestos, solo han aumentado su deseo. Aunque a mí me ha servido para relajar las ideas y la erección.

Llego a mi habitación y enciendo solo una pequeña luz de la lámpara de lectura. Oigo sus pasos amortiguados por la alfombra que hay a los pies de la cama.

—De nuevo me has mentido, Dave. Esta habitación es todavía más bonita que la habitación Jane.

Se pasea por la habitación acariciando cada detalle. Tiene la toalla anudada en el pecho y el pelo chorreando.

Voy al aseo y traigo otra toalla para comenzar a secarle los mechones. Masajeo su cuero cabelludo mientras veo cómo se eriza la piel ante mi roce.

Suspira y deja caer la tela a propósito. Sus pezones apuntan hacia el cielo cuando curva la espalda buscando mi boca. La beso de nuevo y siento que hemos estado alejados una eternidad. Intenta girarse, pero no la dejo.

Nos colocamos frente al gran espejo de suelo a techo que hay en el lateral de la cama y le muestro nuestra imagen. Nuestros ojos están brillantes, tenemos una sonrisa estúpida en la cara que se ensancha cada vez que nuestras miradas se encuentran en el reflejo. Su piel está enrojecida por mi barba y nuestros labios están hinchados. Se nota mucho la diferencia de altura, y es algo que no puedo evitar que me vuelva loco.

—Eres preciosa —separo su cabello del cuello—, no puedo creer que pienses que podría desear a otra mujer que no fueses tú.

Se deshace en mis brazos mientras paseo mi nariz por su contorno. Creo que ya está tan excitada que la impaciencia le puede, e introduce sus manos entre nosotros y comienza a masajear mi entrepierna. Sus nalgas se aprietan contra mí y la hago girar bruscamente.

—Ahora, por fin, vamos a estar juntos de verdad.

—Para mí siempre fue de verdad, Dave, siempre. Me da igual lo que hayas cambiado, tu corazón siempre ha sido para mí.

Sin dejar de besarla, deposito su cuerpo en la cama tras abrir el dosel de cortinas. Es algo que mi madre siempre quiso tener en esta casa, y solo he conseguido ponerlo en mi habitación.

Observa las pequeñas bombillas que enciendo sobre nuestras cabezas, mientras apago la lámpara de lectura. Sonríe ante la tenue luz que queda en la habitación. Apenas podemos distinguir nuestros contornos y todo se vuelve más sensual. Me pongo sobre ella y la aplasto deliberadamente. En cuanto se despista y se intenta deshacer de mi agarre me sumerjo entre sus piernas y comienzo a besar sus muslos. Al llegar a las ingles, clavo los dientes fuertemente.

—Dave, me estás matando, no puedo más.

Sigo con mis caricias y acompaño los mordiscos con largos lametones que la hacen retorcerse. Introduzco mi lengua en ella y está cálida, tal y como la recordaba. Mi suspiro le llega a modo de aire que la vuelve loca. Soplo de nuevo mientras introduzco dos dedos, la hago girar y rozar con habilidad.

—Estás tan mojada —susurro—, me vuelve loco saber que es por mí.

—¡Dave, no pares! —Tiene los ojos cerrados y se contorsiona contra mis dedos.

Introduzco un dedo más mientras noto cómo se amolda a mis formas y aumento el roce mientras lamo su punto de placer. No necesita más que unos segundos para encontrar el clímax que noto cuando aprieta su vagina y me tensa los dedos dentro de ella. Ha tenido un orgasmo brutal que he podido vivir en primera persona y que hace que mi ego, y mi erección, crezcan al unísono.

—Lu, escúchame.

Salgo de ella despacio y me encaramo a su cuerpo para que me mire a los ojos. Sonrío al ver cómo sigue retorciéndose de placer y no puede ni articular palabra.

—A partir de este momento no pienso parar de follarte en horas —abre sus ojos de repente—, y necesito saber si tengo que ponerme el condón.

—No —afirma sin pensar.

Sonrío ante sus prisas, ha comenzado a levantar las caderas buscándome.

—Oye, ¿por qué tienes tanta prisa? Tenemos todo el tiempo del mundo. ¿No se supone que sois vosotras las de los preliminares?

—Esto no son preliminares, David. Esto es una versión extendida con comentarios del director de unos preliminares. Te necesito.

Vuelvo a sonreír mientras la beso y eso la desespera aún más.

—¿Sin condón? —vuelvo a preguntar.

Su respuesta me lo deja todo claro. De un rápido movimiento se escapa de mi agarre y me obliga a girarme. Ella sabe que yo me he dejado con mucho gusto. Se coloca entre mis piernas y agarra mi erección. El simple roce de su piel en esa zona me ha puesto cardiaco de nuevo. Ahora soy yo el que se retuerce entre sus manos. Cuando añade los lametones, no puedo más que suspirar y contenerme, mientras miro al techo desesperado.

—Has dicho noches en plural. —Cesa sus movimientos y me acaricia el torso, pasea sus dedos por mi tatuaje que besa con devoción—.Aspiras a mucho, Dave. No puedes ni imaginarte cómo me tienes ahora mismo. Veremos si puedes durar más de una noche.

Su amenaza me excita y antes de que yo pueda hacer o decir nada, ella me introduce en su cuerpo de un solo movimiento brusco.

Me incorporo para mirarla, con sus mejillas enrojecidas, su pelo revuelto, la cara perlada de sudor y su mirada fija en mí. Me quedo así, apoyado en mis codos, mientras ella comienza a realizar unos círculos perfectos subida a mí.

—Por el amor de Dios —digo, dejándome caer en la almohada.

Agarro sus caderas y la invito a que amplíe los movimientos. Noto que comienza a perderse cuando su ritmo es errático, y me incorporo hasta atraerla a mi pecho. Estamos los dos sentados y Lu ya ha recuperado su ritmo cabalgándome como una amazona.

Tiro de su pelo suavemente para dejar su boca expuesta a mí. La beso con locura y espero que ella esté tan preparada como yo porque lo que viene va a ser brutal. La agarro de las caderas y la giro, dejándola de nuevo bajo mi cuerpo.

—Te quiero tanto —susurro en su oído mientras mis acometidas son más fuertes.

—Dave, ¡cómo te he podido echar tanto de menos!

No necesito más para estallar contra ella, y cuando estoy perdido en mi éxtasis ella se roza una sola vez más contra mí y grita mi nombre junto a mis labios.

No quiero ni puedo salir de ella. Así que la libero un poco de mi cuerpo para acercar una botella de agua. Doy un trago y deposito un poco de agua de mi boca directamente en la suya.

Se relame de placer y me pide más. Repito el gesto y los movimientos que está realizando con su cuerpo para conseguir el líquido, impactan en mi entrepierna.

—Más —repite.

Y, ahora, tengo claro que no se refiere al agua.

La mañana no nos coge por sorpresa porque no hemos pegado ojo. En toda mi vida, había estado tan feliz y tan agotado. Ella apenas se puede mover hasta el aseo, y yo estoy tan dolorido que no puedo bajar a por el desayuno.

—¡Ay! —oigo su quejido desde el baño.

—¿Te encuentras bien?

No me responde y me obligo a salir de la cama.

—¿Lu?—Llamo con los nudillos ante su muda respuesta.

Al final me decido y abro la puerta. Está sumergida en la bañera y se ha quedado dormida.

Aprovecho para hacerle una foto, algo que llevo haciendo desde que nos hemos reencontrado y cada vez que he tenido oportunidad de pillarla desprevenida. Está ojerosa, pero tiene la cara relajada y feliz.

Para no molestarla, cojo algo de ropa y me voy a su habitación a tomar una ducha. Noto cómo el cansancio me llega al comenzar a vestirme y me arrastro hasta la cocina. Miro el teléfono y no hay un solo mensaje. Por si acaso, la finca está cerrada al público y les dije que tenía unos días

libres, así que no espero que nadie nos moleste.

Preparo algo y lo coloco en una de las bandejas que hemos comprado para servir los desayunos a los huéspedes. Añado unas flores de la jardinera de la entrada y subo la escalera.

La encuentro dormida sobre la cama. Envuelta en no sé cuántas toallas y medio tapada. Me sorprende que haya podido llegar hasta aquí. Destapo la cafetera y dejo que la magia haga su efecto. Pasan un par de minutos y empieza a despertarse. Aprovecho para tumbarme a su lado y ver cómo se despereza, es todo un espectáculo.

Abre los ojos y me mira, al principio confundida, pero al segundo una sonrisa preciosa llena todo su rostro.

—Estoy agotada.

—Buenos días, preciosa.

—No quiero más noches así, me duele todo el cuerpo.

Se sienta en la cama como los indios y se quita la toalla del pelo.

—Vaya, vaya, la señorita Prieto iba de farol anoche con eso de «aspiras a mucho, Dave. Veremos si puedes durar más de una noche».

Enrojece hasta el nacimiento del pelo y se esconde tras la gran taza de café. Bebe despacio sin quitarme los ojos de encima.

—Lo sé —digo, mientras relleno otra taza para mí.

—¿El qué? —pregunta.

—Que tenemos muchas cosas que concretar y… que no me has dado una respuesta clara a lo que te pedí ayer.

—¿A lo de ser tu novia? —pregunta divertida—.No me lo pedían desde los quince.

Fuerzo una sonrisa porque me parece que está eludiendo la pregunta y algunas dudas se instalan en mí. Mi cara debe ser un poema porque deja nuestras tazas en la bandeja y la retira a la mesa auxiliar.

—Dave —dice de pie entre mis piernas—, no tengo ni idea de cómo va a salir esto, pero estoy contigo. No tengo problema en mudarme aquí, me parece un lugar precioso y una casa con una energía espectacular. No tengo la más mínima idea de cómo te puedo ayudar en la finca, pero lo iremos viendo sobre la marcha y, por supuesto, que no pienso dejar mi trabajo.

—¿Y? —pido haciendo mi gesto más serio de lo que lo siento.

—Y seremos novios, David, sí. —No puede evitar sonreír al decirlo.

—Te quiero mucho. —Se sorprende al oírlo en español.

—Te quiero mazo —responde ella en el mismo idioma.

EPÍLOGO

31 DE DICIEMBRE DEL MISMO AÑO

David

Nuestros últimos meses han sido una locura. Lucía no tardó en venir a mi casa ni una semana. Sus jefes, al principio, se quedaron extrañados por su repentino cambio y por no tener que pagar el alquiler de una casa para ella. Pero, cuando visitaron la finca, se dieron cuenta de la realidad que les esperaba y se quedaron tranquilos.

Los viñedos no han podido ir mejor este año. Me siento orgulloso y, todo ha ido tan sobre ruedas, que mi padre se jubila de manera definitiva. Mi madre va a tardar un poco más en salir del mundo de las aulas, pero estoy convencido de que se alejará por completo en cuanto vea los planes que tiene mi padre en mente. Están deseando visitar los viñedos, ver los arreglos de la casa y participar en algunas decisiones que quedan por tomar.

Lo primero que hicimos al aterrizar en la isla fue visitar a Karen. Se ha recuperado con una rapidez increíble del parto y su preciosa niña me robó el corazón. La pequeña Kate es un calco de su madre, pero con los ojos de Mike. Siempre me he sentido parte especial de esa familia, pero cuando Karen me pidió ser el padrino de su pequeña, se me saltaron las lágrimas de emoción.

Pasamos un día increíble con ellos. Lu encajó a la perfección en las conversaciones, estuvo relajada y disfrutó mucho de la pequeña. Karen no perdía oportunidad para dejarla en nuestros brazos y tomarnos fotografías. Juraría que la vi emocionarse más de una vez, sobre todo cuando Lu me corregía la postura de los brazos y me pedía que tuviese cuidado con la pequeña cabecita.

Ahora ya estamos en Bath, nos hemos tomado unas pequeñas vacaciones para pasar unos días con mis padres y otros días con los de Lucy. La idea es celebrar mi cumpleaños y salir hacia Madrid en año nuevo.

Mi madre está entusiasmada con la fiesta de mi aniversario. A mí, lo de cumplir los cuarenta, no me hace tanta ilusión como a ella, pese a que ahora me siento con unas energías renovadas y mejor que nunca.

Sam ha llegado esta mañana acompañado de Danna y Jason. Mis hermanas están pegadas a ellos como unas lapas. Sobre todo Emily que ha estado alternando viajes a Londres y a Los Ángeles para verse con Sam. No sé cómo estoy aguantando tanto el secreto, pero sospechoque mi madre ya está al tanto de todo.

Lu está encantada con la preparación de mi fiesta. Yo la he dejado hacer con tal de que se mantenga entretenida y poder dedicarme a la verdadera razón de esta celebración.

Me acerco hasta uno de los hoteles de Bath donde superviso que todo esté a punto para la llegada del resto de invitados. El último en llegar ha sido Kiannu Magnes, al que hemos alojado con el sobrenombre de Thomas Anderson, un guiño solo apto para fanáticos de la saga. Tras comprobar que todo está correcto, me dirijo hasta el aeropuerto para recoger a los invitados estrella.

Los veo salir de inmediato.

La madre de Lucía, con aire orgulloso, es la primera en asomar tras las puertas de «LLEGADA». Al verme se sonroja y saluda con timidez. Me acerco hasta ella para coger su equipaje.

—Señora Prieto, ¿qué tal ha ido el vuelo? —Le dedico una de mis sonrisas especiales mientras deposito un beso en su mejilla y enrojece del mismo modo que lo hace su hija.

—Ha ido muy bien, gracias. Manolo, por aquí, ¿no ves los carteles? —regaña a su marido.

—Don Manuel, bienvenido —digo algo más tenso.

Me agarra la mano con fuerza y asiente con una sonrisa.

—Tu pronunciación cada vez es mejor, hijo —me dice risueño.

Me ha costado meses a escondidas de Lu, adquirir cierto nivel de diálogo para hacerme comprender. El español me resulta difícil en su pronunciación, pero no tanto para comprenderlo. Quizá es por haberlo estudiado en el instituto o qué sé yo. Comencé las clases desde el momento en el que decidí mudarme a California. Ya por aquel entonces, comprendí que iba a ser un idioma necesario en mi vida. Pero ahora me siento capaz de mantener una conversación más o menos fluida. No sé cómo Lu puede hablar tan fácilmente en otro idioma que no es el suyo durante tanto tiempo, a mí me provoca un terrible dolor de cabeza.

Llegamos hasta el coche y nos alejamos de la horrible construcción aeroportuaria mientras repasamos cómo va a ser la noche. Ellos asienten entusiasmados mientras el padre de Lucy me da unos cuantos golpes en la espalda desde los asientos traseros.

—Señora Prieto, tengo una sorpresa para usted —digo.

—David, hijo, te he dicho cientos de veces que no soy la señora Prieto por mucho que a mi Manolo le guste que me llames así. Soy Fernández y estoy muy orgullosa de serlo. Esta costumbre que tenéis de quitarles los apellidos a las mujeres cuando se casan, no lo comprenderé nunca. Llámame Lola y no me trates de usted.

—Lolita, no te pongas así. A mí me parece una costumbre la mar de bonita —replica don Manuel—, a mí sígueme llamando don Manuel, que me siento muy poderoso.

—Anda, mira, don Corleone. ¿Quién te crees que eres? —responde Lola.

Se enzarzan en una pelea suave y cariñosa de la que no comprendo ni la mitad de las palabras, pero que me resulta encantadora. Mis padres, de vez en cuando, también tienen gestos como esos. Supongo que los años de matrimonio tienen estos efectos.

Al llegar al hotel envío un mensaje para que todos estén en la cafetería esperándonos. Le doy una propina al botones y sube todas las pertenencias de los padres de Lu a su habitación. Propongo tomar un café antes de irme y asienten con gusto.

Al llegar a la cafetería veo que está desierta salvo por el grupo tan peculiar que arma escándalo al fondo.

—Don Manuel, Lola, quiero presentarles a algunos de los invitados de nuestra fiesta —digo en español.

Mi hermana y Sam me miran boquiabiertos y me siento orgulloso de ser capaz de sorprenderles. Veo que Jason se levanta mientras se recoloca los puños de la camisa.

—Señora Prieto —dice mientras coge la mano de Lola—, me moría de ganas de conocer a la madre que creó semejante belleza. Es usted una delicia.

Deposita un casto beso en los nudillos de Lola que la hace flaquear. Este hombre siempre juega con ventaja y que sepa hablar español, ya es demasiado para ella.

Don Manuel no da crédito a lo que ve ni a la reacción de su mujer, que sigue embobada

conociendo a Kiannu Magnes, a Danna, a mis hermanas y a Sam.

—David, ¿este es el Sam del que nos hablaba Lucía? —me pregunta Lola en un susurro.

—Sí, así es —respondo.

Lola comienza a abanicarse con discreción mientras observa al grupo tan dispar que tiene delante. Su padre le ha pedido a Jason que lo llame Manolo mientras mis hermanas se ríen porque a mí no me permite esa familiaridad.

—Lola, ¿te ha gustado mi sorpresa? —pregunto, señalando con la cabeza hacia Jason.

—Hijo, no sabes la de veces que os he visto en mis sueños, y ahora que os puedo tocar me siento como en una nube —contesta mientras acaricia con cariño mi antebrazo.

Tira de mí para que me pueda agachar y me da un beso cariñoso, que me hace sentir especial. Tiene el mismo efecto que los de mi madre.

Como veo que Jason les hace de intérprete y que la cosa va fluida, creo que volveré a casa de mis padres para no levantar sospechas.

Al llegar, Lu me mira extrañada.

—¿De dónde vienes tan risueño? —me pregunta mientras se acerca hasta el coche.

—Del hotel, he tomado un café con nuestros invitados y he separado a mi hermana de Sam un rato —digo tranquilo mientras la beso de forma apasionada.

Se retira de mi contacto y se me queda mirando. Al final parece convencerse de lo que le digo. No tiene ni idea de que sus padres están aquí.

—¿Tienes la maleta lista? —pregunto—.El taxi nos recoge mañana a las seis y media.

—Sí, no me lo recuerdes. ¿A quién se le ocurre comprar unos billetes de avión tan pronto después de una fiesta de fin de año y de cuarenta cumpleaños? Necesitas una asistente, Dave, no sabes hacer nada —responde enfadada.

Solo puedo esconder mi sonrisa y encaminarme hacia la casa.

Nada más entrar me abruma el olor a comida y a flores. Mi madre me mira impaciente y asiento ante el ruego que me hace con los ojos. Quería saber si todo estaba bien con los padres de Lu. Ella es la única que conoce la sorpresa y está tan nerviosa o más que yo.

La tarde pasa entre preparativos y nervios. La empresa que se ha encargado de organizarlo todo es de la zona y han hecho un trabajo magnífico. Han retirado los muebles de la casa y han preparado todo para hacer la celebración dentro.

Nuestra idea era montar una pequeña carpa en el exterior, pero con estas temperaturas extremas y la nevada que cayó hace tres días, hemos cambiado los planes. Incluso hemos tenido que ir variando el número de invitados a medida que se fue complicando el temporal.

El *catering* tiene tomada la cocina de mi madre que se siente rara sin tener nada que hacer, pero a la vez está tan feliz que a veces creo que va a enloquecer de tanto sonreír.

Hacemos un alto en los preparativos para hablar con María en una videollamada. Con el temporal de nieve, no se atreve a venir conduciendo y no ha podido conseguir billete para el tren. Antes de colgar hacemos una promesa firme de vernos lo antes posible.

A media tarde comenzamos a vestirnos. Apenas he tenido tiempo de estar a solas con Lu estos días y la echo mucho de menos. Llamo con suavidad a nuestra habitación antes de entrar.

—Si eres Dave, pasa. Si no, también. —Se ríe ante su ocurrencia.

Cuando abro la puerta me quedo sin respiración. Lleva el corpiño que se puso bajo el vestido amarillo del estreno. Está aún más preciosa que ese día y tan *sexy* que no puedo evitar acortar la distancia que nos separa y besarla con locura.

Comienzo a pasar mis manos por las costuras de la tela y la aprieto contra mí. Noto sus pechos abultados bajo mi camisa y enloquezco durante un instante. De un movimiento rápido la cargo en brazos mientras la apoyo en la pared.

No dice nada, pero me besa con la misma pasión y añoranza que yo espero que le demuestren mis labios. Aparto su tanga y acaricio su abertura, noto que está muy mojada.

Bajo la cremallera de mi pantalón, libero mi erección y la ensarto de un solo movimiento. Tapo su boca con mis labios y absorbo cada uno de sus suspiros. La muevo tan rápido que me da miedo que el roce de la pared le haga daño en la suave piel de la espalda. Sus gemidos aumentan de volumen y, tras pedirle que baje el tono y ver que no funciona, le pongo una mano en la boca mientras intento mantener nuestro contacto y el ritmo.

No sé qué le pasa, pero lo de ponerle la mano en la boca la ha puesto a mil y se corre en un segundo. Por mí estupendo, porque aún tengo para un poco más. La tumbo en la cama y me pide que no la despeine. Eso me provoca y meto mis manos entre su cabello mientras hago saltar alguna de las horquillas de su recogido. Me incorporo y aumento el ritmo de mis golpes mientras veo cómo los pechos rebotan en el corpiño.

—Dios, estás buenísima.

Me ha salido del alma y, con esas palabras, consigo que se vuelva a correr entre sonrisas. Caigo sobre ella casi desmayado por el esfuerzo y el orgasmo que acabo de tener.

—Eres un viejo verde —me dice tras volver a la habitación envuelta en una bata mía que le queda gigante—.Me has puesto perdida y me he tenido que duchar.

—Es culpa tuya, no puedes ponerte eso otra vez, y esperar que no me vuelva loco de remate.

Sonríe mientras abre uno de los laterales del armario para sacar el vestido amarillo. Está reparado, planchado y listo para su uso.

—He venido con el conjunto completo —ríe divertida—, tu madre me ayudó a ponerlo a punto con una modista que conoce.

La abrazo fuerte y me voy al baño a darme una ducha rápida, yo también me he puesto perdido. Estoy instalado en la habitación de Mel para arreglarme, porque mi hermana le ha dicho a mis padres que se quedaba en su casa.

Cuando estoy listo y, tras un último vistazo en el espejo, cojo las flores y me encamino a mi habitación. Llamo, y Lu responde de inmediato.

Abro y cuando me ve, sus ojos se llenan de lágrimas.

—Dave, esto me preocupa. —Acaricia la tela de mi traje abstraída.

Le entrego las flores y sonríe agradecida. Coge una y la coloca en la solapa de mi traje.

—¿El qué te preocupa? —pregunto nervioso.

—Nuestro nivel de locura. ¿Cómo has conseguido el traje de la gala?

—Le pedí a Sam que lo recogiese. Hablé con la tienda y aún lo tenían. Me pareció lo más adecuado para una noche como esta.

Sin saber nada de las intenciones del otro, los dos hemos elegido la misma ropa que llevábamos en aquella gala. Solo que, ahora, la disfrutaremos de otro modo.

—¿Ya no te da miedo que mi vestido atraiga la mala suerte? —pregunta preocupada.

—Está claro que ya he agotado toda mi suerte al tenerte. Lo que pase desde aquí, me lo tengo merecido —respondo meloso.

—Tienes ojitos de enamorado —dice mientras me da un beso en la nariz.

—Si tú supieras…

Le doy un cachete en el culo que sé que no nota entre tantas capas de tela, pero que la anima a ponerse en marcha. Reviso mis bolsillos, una vez más, y me coloco el traje antes de seguirla con paso firme.

El salón de mis padres está precioso. Tiene unas dimensiones considerables y siempre me había parecido muy señorial, pero lo han dejado tan cambiado que me he quedado sin habla. Mi madre se limpia las lágrimas en una esquina y la reprendo con la mirada.

—David, no me regañes. Es que está todo precioso. Gracias por dejarme hacerte, por fin, una gran fiesta —dice emocionada.

—Estás preciosa, Jane —le dice Lu—, ese color te sienta a la perfección. Los ojos de los Kane pegan con todo.

—Tu vestido es precioso, Lucy. Me encanta, ¿no es el que llevaste en aquella gala donde…? —Vuelvo a reprender a mi madre con la mirada—.Sea como sea, hija mía, te queda como un guante. Pareces Bella, la de la película de animación.

Los dos nos miramos y enrojecemos a la vez al recordar que yo estaba hecho toda una bestia aquella noche.

El momento está llegando y mis dedos tamborilean nerviosos en el bolsillo de mis pantalones. Lu se percata de mi gesto y frunce el ceño. Le digo que no pasa nada con la mirada, pero no se queda tranquila.

Los coches comienzan a llegar y ella se extraña al ver tal cantidad de vehículos.

Del primero salen Danna, Jason y Kiannu. Las dos amigas se saludan como si no se hubiesen visto en meses y han estado esta mañana juntas. Jason, tan galante y pegajoso como siempre, agarra a Lu de la mano y la hace girar sobre sí misma.

Todos se han dado cuenta de nuestra vestimenta y enseguida nos preguntan si ha sido a propósito.

Me van felicitando de nuevo según llegan a mi altura. Mi padre es el encargado de recibirlos en casa y hacerles pasar, junto a mi madre. Están muy felices de ver nuestra casa tan llena de gente.

Del segundo vehículo salen Sam, Mel y Emily. Sam se posiciona caballeroso en medio de mis hermanas y me tenso al instante. Se saludan con mucho ánimo y alarga mucho el abrazo con Lu mientras se cuchichean algo al oído. Mis hermanas están disfrutando a lo grande, con sus vestidos de gala, sus preciosos zapatos y su acompañante compartido. Mientras, Lucy mira extrañada el último coche.

—Dave, pensé que el último coche sería para Mel. ¿Quién viene ahí?

Muy serio y calándome el abrigo, me acerco hasta la puerta del vehículo. Nada más que lo abro a Lu se le descuelga la mandíbula. Su madre, enfundada en un abrigo largo y unos tacones de vértigo, se agarra a mi mano para bajar del coche cual estrella de cine. Don Manuel, con un esmoquin clásico que se ve a través de su abrigo abierto, la sigue de cerca.

—Mamá, papá… ¿qué hacéis aquí?

Lu se tira a los brazos de sus padres y comienza a llorar desconsolada. Me preocupa su reacción porque, lejos de parecer feliz por tenerlos aquí, ahora parece que les echa demasiado de menos y no puedo evitar culparme. Su madre la manda callar como solo saben hacer las madres, mientras su padre mantiene el tipo de milagro.

Me retiro para dejarles algo de intimidad y comienzo a mezclarme con los invitados dentro de la casa.

Veo que Mel ha encontrado refugio en Jason y aprieto la mandíbula ante la idea que se cruza

en mi mente; mis dos hermanas han caído. Danna y Kiannu mantienen la distancia social y me apena que tengan que vivir así su relación. Sam y Emily hablan con mis padres y me apresuro a llegar a ese grupo para meter baza.

—Padres —digo sereno—, veo que ya conocéis a Sam.

—Sí, Emily nos está contando cómo se conocieron y que Sam le hizo de guía en Los Ángeles —responde mi padre con una media sonrisa.

—De guía, ¿eh? —añado.

Bebo de mi agua con gas y disfruto de su frescor mientras miro a mi hermana que me ruega con los ojos que no diga nada. Sam está parapetado al lado de una columna y parece que va a salir corriendo en cualquier momento.

—Mamá, ¿qué te parece Sam para Em? —pregunto sin rodeos.

Mi madre, tan avispada como siempre, me reprende con un golpe en el hombro, pero se anima a contestar.

—Creo que voy a tener unos nietos preciosos.

Tanto mis padres como yo, irrumpimos en carcajadas porque mi hermana se ha quedado pálida. Pero, la cara de Sam ha pasado por todos los colores.

—Eres un gilipollas, David. Me las vas a pagar. —Mi hermana se lleva a Sam de la mano hacia su habitación.

Mis padres me regañan por mi actitud, pero cuando vemos entrar a Lu, más recompuesta y con sus padres de la mano, nos cuadramos a la vez para recibirlos.

—Señores Kane, estos son mis padres: Manuel y Lola —dice en inglés—. Papá y mamá, estos son David y Jane Kane, los padres de Dave —termina en español.

Nuestras madres se funden en un abrazo que dice muchas cosas. Nuestros padres se palmean la espalda entre sonrisas mientras nosotros los miramos encantados. Tras intercambiar unas cuantas frases en las que yo no he participado y he guardado silencio mientras Lu ha hecho de traductora, tomamos asiento en la mesa.

La cena pasa rápida entre sonrisas y bromas. Los padres de Lu no parecen tan perdidos como podríamos esperar por el desconocimiento del idioma. Hemos colocado a Jason muy cerca de la pareja para que pueda ejercer de traductor. Aunque mi madre se ha animado a chapurrear el español y se entienden muy bien.

Observo la larga mesa y me imagino repetir esta imagen en más ocasiones. Me siento feliz y muy orgulloso de la persona que soy en este momento. Hecho mucho en falta a Karen, pero con Kate tan pequeña y las carreteras en este estado, no han podido venir. El hueco de María sé que también lo siente muy suyo Lu, pero pronto podremos reencontrarnos.

Sam y mi hermana han perdido toda la decencia y se hacen arrumacos cada dos por tres. A veces le chisto a Sam que se asusta y la suelta, pero luego me mira enfadado. Me encanta sacarle de sus casillas y llevarlo al límite.

Danna está más desinhibida y creo que, en parte, es por el vino. Parece que, a medida que han ido conociendo a los demás invitados, se han ido relajando y ahora se intercambian arrumacos y miradas indecentes sin reparar en los demás.

Jason, por su parte, ha resultado ser un invitado muy discreto, pero presente en todo momento. No solo ha cuidado de mis padres y de los de Lu ayudándoles en las dificultades del idioma, sino que no ha dejado sola ni un momento a Mel. Ella está dando buena cuenta de sus atenciones y creo que, ambos, están deseando tener un momento a solas.

En cuanto al vino, pensé que iba a ser suficiente, pero menos mal que hice caso a Lu y enviamos alguna caja extra más porque veo que esta gente está dando buena cuenta de las botellas.

Llega el momento de los regalos y me siento cual chiquillo emocionado. Voy abriendo los paquetes bajo la atenta mirada de los invitados. El resultado es muy halagador porque ante mí tengo: un par de libros de ediciones antiguas, de mis padres y mi hermana Mel; un reloj para controlar la actividad cardíaca, de Emily, unas zapatillas de *running* que aún no han salido al mercado, pero que ha conseguido Sam; un vinilo de uno de mis grupos favoritos, de Danna y Kiannu, una copia de las llaves de la casa de Jason en Mallorca para que podamos ir cuando queramos; un libro sobre historia de España en inglés, de los padres de Lu; y una pulsera de cuero y oro blanco, preciosa, que me ha regalado mi novia.

—Y ahora, la tarta —dice mi madre nerviosa—. Hijo, no sabes la ilusión que me hace haberte colocado todas y cada una de las velas.

Uno de los camareros del *catering* trae la gran tarta. Enseguida veo que es mi favorita: la de galletas, flan y chocolate que hacía mi nana. Tengo que carraspear ante el detalle tan bonito de mi madre, al recordar cómo adoraba los postres de mi abuela materna.

Hay un revuelo de sillas cuando todos se levantan con sus copas en mano para brindar una vez que sople las velas.

—No te olvides de pedir un deseo —dice mi hermana demasiado alto.

Me levanto de mi asiento mientras reviso, por última vez, mi chaqueta en un gesto que llevo repitiendo toda la noche.

—Queridos amigos, querida familia —señalo con mi copa llena de agua con gas—, estoy muy agradecido de teneros a todos conmigo hoy aquí y de haber podido celebrar mi cuarenta cumpleaños tan bien acompañado.

Todos aplauden y murmuran mientras me empiezan a fallar las fuerzas.

—Pero, de lo que más feliz me siento, es de compartir mi vida con esta mujer que tenemos aquí —señalo a Lu, que se enciende como un semáforo en rojo—, y me gustaría compartir mi deseo de cumpleaños con ella.

Oigo a mi madre sollozar al fondo, pero me obligo a no mirarla para no caer en la emoción como ella. Cojo de la mano a Lu y la atraigo hasta la cabecera de la mesa conmigo. La hago girar para quedar enfrentado a sus ojos y me armo de valor.

—Querida Lucía, soy un hombre nuevo gracias a ti, por ti. Tu amor, tu energía y toda tú, me haces enloquecer. He comprendido que no quiero otra vida que no sea contigo y, por eso, me gustaría saber si quieres casarte conmigo.

Su cara es un poema. Está tan seria que, por un momento, me temo lo peor.

—¿Estás hablando en español? —me pregunta confusa.

—Sí, hija. No veas cómo ha mejorado la pronunciación desde que vino a vernos —dice don Manuel—, me pidió tu mano, ¿sabes? Como si yo tuviese algún poder en las decisiones de mi hija o fueses mía. Pero me pareció un gesto de respeto y es algo que alabo en un hombre.

—Gracias, don Manuel —respondo mirando impaciente a Lu.

—Llámame Manolo, hijo —responde de vuelta.

Lu alterna su mirada entre los invitados y yo, que estoy plantado ante ella como un pasmarote. Veo que no responde, así que decido hincar una rodilla, y repetir la pregunta:

—Lucía Prieto Fernández, ¿quieres casarte conmigo?

Me tira al suelo y me besa con locura. Me dice sí innumerables veces mientras nuestra familia

irrumpe en aplausos y nos lanzan servilletas, trozos de pan y todo lo que encuentran a mano. Conseguimos levantarnos de milagro, porque Lu no deja de besarme.

Mis hermanas lo han grabado todo y mis padres están muy emocionados. Lola y Manolo sonríen felices mientras se miran enamorados.

Cojo la mano de mi prometida y pongo en su dedo el anillo de mi nana. Lu lo mira embelesada y sonríe feliz a los improperios que nos dicen. La atraigo de nuevo hacia mí y recupero mi idioma materno por un rato.

—¿De verdad es un sí? —pregunto emocionado.

—Uno tan grande, que no cabe en la isla —responde entre lágrimas de felicidad.

Pasamos el resto de la noche pegados como una lapa. Hemos comprado uvas para celebrar el fin de año de la manera española. A todo el mundo le ha sorprendido y se nota que nunca hemos hecho esto, porque a excepción de Lu y sus padres, todos nos hemos atragantado.

Una vez que termina la conexión del canal internacional español, todos comienzan con las felicitaciones del año nuevo. Nosotros nos olvidamos del resto y nos besamos largo rato.

—Feliz año nuevo, mi amor —me dice Lu en su lengua materna.

—Feliz año nuevo, vida mía —respondo en mi idioma.

Todos sabemos que las estrellas fugaces tienen un principio y un fin. Durante su trayectoria brillan con luz propia y son tan mágicas que nos sentimos movidos a pedirles deseos.

Su estela, su existencia, nos demuestra que, en la oscuridad más absoluta, también puede haber luz.

Cuando mi carrera profesional se torció, hubo un momento en el que me vi en un pozo tan oscuro y profundo, que creí que jamás volvería a salir de él. Que me quedaría allí encerrado para siempre, en mis demonios, en mi propia oscuridad.

En mi caso, aunque mi estrella ha pasado a mejor vida, en mi día a día sigue presente su estela. Una en la que la gente me sigue deteniendo por la calle para pedirme un autógrafo o hacerse una foto conmigo. Y es algo que me hace sentir orgulloso, porque significa que, en gran medida, hice las cosas bien porque la gente me sigue apreciando.

Mi verdadero orgullo y mi recompensa es mi familia.

La que me ha tocado por lazos sanguíneos y la que yo he elegido con el paso de los años. Y mi premio más grande en la vida es mi persona favorita, Lucía. La que realmente le da luz a mi estela porque ella es mi estrella más brillante, ella es mi Sol.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A Bruno, por ser mi vida entera. Porque me siento orgullosa de ser tu madre, por todos los logros que consigues a diario. Porque solo tú y yo sabemos lo que hemos pasado, por eso nuestra relación es tan especial. Eres lo más bonito e importante que tengo. Te quiero más que a nada en este mundo.

A mi marido, por darme muchos ratos para escribir. Por ayudar a que me libere sin poner pegas u objeciones. Por no quejarte jamás cada vez que me has visto colgada del ordenador durante horas, comprendiendo que esa siempre ha sido mi vía de escape. Gracias, te quiero.

A Gema, por querer compartir a tus niños conmigo. Por plantear la idea de escribir a cuatro manos. Por ceder en mis ideas disparatadas, aunque fuera algo que no tenía pensado para su historia. Por nuestras conversaciones nocturnas, riéndonos de cualquier estupidez que se nos ocurría. Por ser valiente y animarte a desarrollar la historia. Por hacerme caso y tirarte a la piscina (esperemos que sigas haciéndolo con las demás historias que aguardan en el cajón de las ilusiones). Enhorabuena, ya tienes tu primera novela en tus manos. Huélela, disfrútala, porque la primera siempre es muy muy especial y se queda con un trocito importante de tu corazón.

A Marta, por confiar en La Estela de la Estrella y en nosotras. Estuviste desde mis principios y continúas ahí. Gracias por la ayuda, por acompañarme en el camino.

Quiero darle las gracias a mi yo de la adolescencia, a la que ya se le daba mejor escribir que hablar. Espero que estés orgullosa de lo que hemos conseguido con todo lo que llevamos en las espaldas. Cuando nadie creía en nosotras; cuando nos sentimos un cero a la izquierda; cuando lo veíamos todo tan negro que no sabíamos dónde estaba la salida… El camino ha sido muy duro, pero: SO PROUD OF MYSELF, NEVER DOUBT.

Gracias a ti, la persona que está con esta novela en las manos. En papel o en digital. Gracias por apoyar este proyecto que nació de una conversación a las tantas de la noche. Gracias por darle una oportunidad a David y Lucía. Espero que te sirva para dejar volar tu imaginación, para evadirte de tus problemas o, simplemente, para disfrutar de una bonita historia.

MAIKO PINK.

Sentarse a escribir los agradecimientos es casi tan duro como hacer la sinopsis. Siempre queda algo, siempre queda alguien… ¡pero vamos con ello!

Mi mayor agradecimiento es para Izaskun, quien ha logrado que esta obra finalmente vea la luz en lugar de quedarse acumulando polvo en un cajón. Es increíble pensar que apenas nos hemos visto una vez en persona y, aun así, hemos conseguido esta conexión que traspasa pantallas.

A Marta,de Romantic, por ser tan sencilla, práctica y cercana. Por ayudarme con mis miedos e inseguridades y creer en este proyecto tan curioso: nada más y nada menos que una novela escrita a dos manos. Has sido mi primera editora, y eso no se olvida nunca.

A mi Jorge, quien, aunque a veces le cuesta, sabe encontrar el equilibrio entre mis humores y

mis roles, y me deja ser yo y crear siempre que se puede, pese a ese pequeño jefe que dirige nuestras vidas y que es nuestro verdadero mandamás a quién le dedico, también, unas pequeñas palabras para su gran corazón. Porque mamá seguirá escribiendo historias para ti, cantándote canciones desafinadas con rimas imposibles, y queriéndote por encima de sus posibilidades.

A mis amigas, pocas, muy pocas, pero que creen en mí más de lo que yo misma lo hago, algunas de ellas lectoras cero de historias que no dejan de pedir más y más capítulos. GRACIAS.

A todas las madres que están al otro lado de estos libros y que se sumergen en ellos en ese único momento que encuentran para ellas mismas; a las que necesitan leer más que dormir y que disfrutan de las historias que tienen entre manos. Gracias. Espero de corazón que esta historia os ayude en esos días grises, os enganche en un fin de semana libre y os haga robarle una frase al libro en cualquier momento.

A mi seño de lengua del colegio, Teresa. Esa que me llevó a mi primer concurso de narrativa, que corregía todas mis historias y me regaló mi primer diario; la que me enseñó a amar los libros y adorarlos como se merecen, y que, cuando terminaba todos los libros de clase, traía más de su casa para mí.

A todas las autoras y autores que han guiado mi vida, por existir, por crear y por creer.

Y a mí. No quiero dejar de darme las gracias por haber superado tantas cosas y por haber encontrado en la escritura la terapia necesaria para seguir adelante. Como dijo Virginia Woolf, "No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente", y esa libertad me ha permitido crear este libro. Sé que a veces se me olvidará, y así sabré dónde tengo que volver para recordármelo.

Gracias.

DANIELA FERRI.